

M. ANGELES SORAZU

Fr. Luis Villasante, OFM

Doctor en Sgda. Teologia

M. ANGELES SORAZU

Un mensaje para tiempos difíciles

EDITORIAL FRANCISCANA ARANZAZU

OÑATE (Guipúzcoa)

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

ISBN 84-7240-124-3

Depósito legal: BU - 131. — 1981

Imprenta de Aldecoa. Diego de Siloe, 18. — Burgos 19879

PRESENTACION

La M. Angeles Sorazu es, ya, hoy una figura generalmente reconocida y estimada en el mundo de la Mística cristiana. Sus escritos le han merecido un puesto de honor en este dominio. Tratadistas como Royo Marín¹, Juberías², Jiménez Duque³, Lainati⁴, Ragazzini⁵ etc. la señalan como una personalidad señera y como una estrella de primera magnitud en el cielo de la Espiritualidad.

Baldomero Jiménez Duque ha podido escribir: «Es verdaderamente asombroso lo que allí —en los escritos de M. Angeles— se dice de la vida del alma: que pueda llegar a ese encuentro vivo y quemante con Dios Uno y Trino, con Jesucristo Verbo Humanado, con la Santísima Vir-

1. ROYO MARÍN (ANTONIO, O.P.), *Los grandes maestros de la vida espiritual. Historia de la espiritualidad cristiana*; Madrid 1973; p. 466-467.

2. JUBERÍAS (FRANCISCO, CMF), *La Divinización del hombre. Tratado teológico de la perfección cristiana*; Madrid 1972.

3. JIMÉNEZ DUQUE (BALDOMERO), «Madre Angeles Sorazu, testigo de la presencia de Dios entre nosotros», *Ecclesia* (1979), 1462-1463. — *La Espiritualidad en el siglo XIX español*; Madrid 1974; pág. 182. — *Teología de la Mística*; Madrid 1963. — El mismo, en GARCÍA VILLOSLADA (RICARDO), *Historia de la Iglesia en España*; Madrid 1979, tomo V, parte 6.^a «Espiritualidad y Apostolado».

4. LAINATI (CHIARA AUGUSTA), *Temi Spirituali dagli Scritti del Secondo Ordine Francescano*; 2 volúmenes; Assisi 1970.

5. RAGAZZINI (SEVERINO M., OFM CONV.), *Maria vita dell'anima (itinerario mariano alla SS. Trinità)*; Roma 1960.

gen... Para llegar a una que es participación (la autora lo proclama constantemente), pero en el ser purísimo de Dios, de tal manera que parece identificación. Es misterio de nuestra deificación subrayado con una energía estremece-dora»⁶.

Y Juberías, por su parte: «Su vida mística —la de Angeles Sorazu— es de una riqueza sobrecogedora. Sus aportaciones originales al conocimiento de los caminos del espíritu son muy numerosas, como igualmente sus méritos»⁷.

Y en otra parte: «De todos modos, una cosa es cierta: la absoluta seguridad con que pueden aceptarse estos datos, como producto de una auténtica experiencia mística y no de una mente alucinada. No ha faltado quien lo haya querido pensar así. Creemos que no ha leído los escritos de M. Angeles Sorazu; de otra manera es inconcebible. Quien haya admirado los altísimos conceptos que brotaron de la pluma de esta sencilla mujer, sin apenas instrucción, sobre todo al describir este sublime estado de unión transformante, no podrá dudar de que allí está el Espíritu de Dios»⁸.

Podríamos seguir espigando elogios, pero no hace al caso. Nuestro libro no pretende estudiar la vida mística, las altísimas experiencias, las ascensiones sobrecogedoras y estremece-doras que tuvieron lugar en aquella «humilde criatura»⁹.

Nuestro intento es, más bien, hacer luz sobre otra faceta de su personalidad espiritual: la que en cierto modo está en la base de todo. Tratamos de reconstruir, con ayuda de sus escritos y de los testimonios de las que la cono-

(6) «M. Angeles Sorazu, testigo de la presencia de Dios entre nosotros», *Ecclesia* (1979), 1462.

7. JUBERÍAS, *La Divinización del hombre*, p. 185-186.

8. JUBERÍAS, o. cit., p. 986 nota.

9. SORAZU, *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo*; 2.^a edición, Madrid 1956; p. 328.

cieron y vivieron con ella, lo que constituye, por así decir, el eje de su vida interior, su camino de santidad, la orientación primaria de su vida espiritual. Constataremos, tal vez no sin sorpresa, que este «eje» es de lo más simple y sencillo que cabe, es decir, el camino cristiano a secas y sin aditamentos, el ordinario y trillado, el que la Santa Madre Iglesia propone a sus hijos por el consabido cauce de la Liturgia y el Catecismo. El camino de santidad cristiano, vivido, eso sí, con una particularísima referencia a la Virgen.

Esta faceta presenta a primera vista como un contraste con la otra, con el prodigioso desarrollo de su vida mística, queremos decir. Pero no hay en ello ninguna contradicción, sino todo lo contrario: confirmación de que no hay más que un camino cristiano, el cual, cuando Dios quiere y así conviene a sus designios y planes, puede brillar en estos florecimientos.

Ante el naturalismo y ateísmo teórico-práctico que pretende anegarlo todo, ante tanto pregonero del «silencio de Dios», ¿cómo no pensar que Dios quiso depararnos a la M. Angeles como una gracia eclesial para hoy?

La prioridad de Dios —algo que en nuestro Cristianismo de hoy se ve tan amenazado— es lo que en definitiva nuestra hermana nos viene a recordar y a inculcar.

Para trazar este perfil espiritual de Angeles Sorazu nos hemos servido de los testimonios de las religiosas que la conocieron¹⁰, y, naturalmente, de los propios escritos de ella, amén de algunos otros documentos y testimonios.

10. Hemos de advertir que con posterioridad a la redacción de este estudio han aparecido dos testimonios más: el de la M. Presentación y el de Sor María de Jesús (soriana y bilbaína, respectivamente), que obraban en el archivo de los Capuchinos de la Provincia de Castilla. Naturalmente, no se citan en nuestro ensayo; pero nos consta que en nada sustancial alteran la imagen espiritual que aquí se esboza.

Las cartas que ella escribió al P. Mariano de Vega constituyen un arsenal que está todavía inexplorado. En ellas hallamos una prodigiosa variedad y abundancia de datos para conocer el itinerario de esta alma, para reconstruir la historia de la composición de muchos de sus escritos, para conocer su psicología, su actitud ante «lo místico», etc. Naturalmente nos hemos servido de esta riquísima vena en alguna medida para nuestro objeto, pero somos conscientes de que puede dar mucho más de sí.

* * *

Quien piense que para comprender el tuétano del Evangelio poco o nada nos puede servir una vida de esta índole, es más que probable que se equivoca. ¿No nos refiere el mismo Evangelio que en cierta ocasión Jesús, exultando de gozo en el Espíritu Santo, exclamó: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes, y se las revelaste a la gente sencilla. Muy bien, Padre, porque así lo quisiste»? (Mt 11, 25; Lc 10,21).

De todos modos, y sin que esto signifique —ni mucho menos— desconocer la importancia y aun la necesidad de las aportaciones de otros niveles —reflexión teológica, etc.—, es muy cierto que hoy debemos conceder particular atención al testimonio que nos viene por esta instancia del Espíritu y de la santidad.

Ocioso parece advertir que, al hablar aquí de la santidad de Angeles Sorazu, en manera alguna queremos prevenir o prejuzgar el fallo que algún día pudiera emitir la Iglesia, y que desde ahora acatamos.

* * *

Hemos preparado este ensayo de síntesis sobre el camino de santidad de la M. Angeles Sorazu pensando que

podría aportar alguna ayuda a los trabajos de la Causa de su beatificación —si algún día llega ésta a incoarse—, y a la vez confiando en que pueda servir para hacer un poco de luz en un momento en que las discusiones intraeclesiales parecen esparcir la duda y la niebla sobre tantos aspectos esenciales de la vida cristiana.

También hemos tenido particularmente presente, al escribirlo, la situación de nuestro amado país vasco, del que Angeles Sorazu es hija; país que actualmente se encuentra sometido a una ruda prueba en su fe cristiana tradicional e incluso padece los ataques de un ateísmo que alguien ha denominado «agresivo y anacrónico». Es cosa sabida que en los días de Angeles Sorazu los conventos femeninos de clausura, diseminados por toda la geografía española, conocían como cosa normal la presencia de religiosas procedentes de Euskal-Herria. En este sentido el caso de Angeles Sorazu no es más que uno entre tantos. D. Baldomero Jiménez Duque ha llegado a decir que el país vasco-navarro era algo así como el granero providencial de Dios para surtir de vocaciones a los monasterios de vida contemplativa.

Y entre tantas que ofrendaron su vida al Amor quiso Dios señalar a ésta para que fuese testigo y signo excepcional ante los hombres de ese mismo Dios por quien ellas vivieron y murieron. Abrigamos la confianza de que Angeles Sorazu puede ser una gracia singular para el pueblo del que es hija.

En nuestro trabajo se advertirán, sin duda, repeticiones. Ello se hacía inevitable, dado el plan adoptado, que es el de presentar distintos aspectos monográficos, pero, en fin de cuentas, servirán —así lo creemos— para dejar más claros y mejor perfilados los contornos.

Santuario de Nuestra Señora de Aránzazu
(Oñate, Guipúzcoa), 12 de Enero de 1980.

INTRODUCCION

Se ha vuelto un tópico hablar de crisis en la Iglesia.

La tarea de «aggiornamento», de puesta al día, querida por Juan XXIII y pedida por el Concilio Vaticano II, ha acabado sometiendo a prueba los mismos elementos constitutivos del ser cristiano.

Pero, al hacer esta labor de decantación, que pretende retener lo que es cristiano depurándolo de elementos caducos y de acarreos espúreos, ¿no correremos el peligro de echar el niño con el agua del baño, como suele decirse? El riesgo no es nada quimérico, a juzgar por lo que estamos viendo.

La ola de naturalismo, de antropocentrismo, temporalismo, secularismo y tantos otros «ismos», ¿no acabará diluyendo lo específico cristiano, a la manera como se diluye el azucarillo en el agua? La imagen está insinuada en la «Evangelica Testificatio»¹.

Sabemos que la Iglesia es indefectible por la promesa de Cristo, y que no sucumbirá ante las acometidas del Hades. Pero nadie ni nada nos garantiza que en determinados sujetos, áreas, épocas, lugares, etc. no vayan a producirse auténticas catástrofes, claudicaciones y apostasías. La historia del Cristianismo está llena de semejantes eventos.

1. PABLO VI, «Evangelica testificatio» 1971; introducción.

Pero Dios sabe suscitar providencialmente en su Iglesia luces, carismas y ayudas oportunas con el fin de que puedan orientarnos en estas coyunturas difíciles.

Debemos confesar que ha sido precisamente la crisis actual la que nos ha movido a volver los ojos a Angeles Sorazu y nos ha ayudado a descubrir la actualidad que puede tener hoy su mensaje.

Hoy que buscamos qué es lo específico cristiano, tal vez pocas vidas nos puedan ayudar a ello como la vida de esta monja, cuya existencia transcurrió dentro de los muros del claustro. Lo decimos a sabiendas de que ello sonará a muchos a tontería, que ni siquiera merece tomarse en cuenta.

Angeles Sorazu vivió su cristianismo en una época no muy distante de la nuestra, pero sí ya sensiblemente diferente bajo tantos aspectos. Como es obvio, ella se adaptó al marco externo, concepciones, usos, leyes, etc. vigentes en su tiempo. Ni podía ser de otro modo. Pero en muchos aspectos importantes revela poseer un instinto o sentido espiritual que la hace, en cierto modo, precursora de la espiritualidad enseñada por el Vaticano II, como veremos.

Es claro que también en la vida de ella se dan elementos, prácticas, etc. que responden a la sensibilidad o talante de la época. Y, como pasa con cualquier santo o siervo de Dios, es también claro que los ejemplos o enseñanzas sacadas de su vida no siempre pueden tomarse en su materialidad pura para ser imitados con un mimetismo que nunca, y menos ahora, es recomendable.

No se trata de eso. Pero, dentro de un marco externo que es propio de un ambiente y época determinados, en la vida y enseñanza de Angeles Sorazu sobresalen con relieve impresionante algunos de los rasgos esenciales y característicos que pertenecen al cristiano de hoy y de todos los tiempos. Rasgos que a veces vemos hoy cuestionados o ne-

gados y que, sin embargo, forman parte del tuétano de la vocación cristiana. Rasgos que, si se dejaran perder o se les restara importancia, la misma vida cristiana correría peligro de desintegrarse.

Por eso creemos puede ser hoy muy actual y conveniente para nosotros volver los ojos a Angeles Sorazu.

Este trabajo no pretende ser una biografía, aunque forzosamente tenga algo de ello. Precisamente hemos querido evitar la excesiva acumulación de noticias, pormenores y detalles, con el fin de que resalten más nítidamente estos aspectos, por así decir, medulares de su camino espiritual. Dicho con otras palabras: nuestro intento es destacar más bien las líneas maestras de la espiritualidad de esta alma, que es muy nuestra por ser de nuestro país y de nuestro siglo, y de cuya muerte nos separan poco más de cincuenta años.

Otra precisión se impone. Es sabido que Angeles Sorazu fue favorecida con gracias místicas excepcionales. Los escritos en que ella da cuenta de esta su vida mística gozan actualmente de un aprecio y autoridad generalmente reconocidos por cuantos se dedican al estudio de este ramo². Pero tampoco este aspecto nos interesa aquí directamente, aunque desde luego no puede dejar de estar presente de algún modo.

Lo que en la vida y camino de santidad de Angeles Sorazu hay de universal y universalizable, de *ordinario cristiano*, de valedero por tanto para todos, de permanente y

2. «El caso más relevante en este aspecto es la M. Angeles Sorazu, franciscana concepcionista de Valladolid. Como escritora es sin disputa la primera en estos siglos... No se puede dudar de la autenticidad de esa vida santa y mística como pocas han sido, pero hay que reconocer que revistió caracteres muy personales. A pesar de los valiosos estudios que ya se le han dedicado, M. Sorazu merece nuevas profundizaciones. Su talla es muy grande», BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE, *La Espiritualidad en el siglo XIX español*, Madrid 1974; p. 182.

aprovechable por todos, aquello que hoy urge más recordar, porque tal vez está en peligro en medio de nosotros: he aquí lo que en este ensayo tratamos de poner de relieve.

No vamos a pretender que todos los elementos cristianos resplandecen por igual en esta imagen. Sería una necedad. Nadie puede pretender abarcar todo el Evangelio. Pero repetimos que algunos elementos específicos, que pertenecen a la sustancia cristiana y que están en peligro entre nosotros, brillan con fulgor inusitado en el mensaje de Angeles Sorazu. Asimismo, ciertos aspectos que vendría a consagrar el Vaticano II sobresalen en ella con notorio fulgor muchos años antes de la celebración de este Concilio. Esto es tanto más notable, cuanto que en el ambiente en que le tocó vivir contaba con pocos medios humanos que pudieran ayudarle a percibir con tal nitidez el valor de estos aspectos. Por todo ello pensamos que se trata de una figura que es actual y que interesa rememorar.

Tal vez, en esta hora de búsqueda y de confusión, nuestra hermana nos pueda prestar una ayuda.

* * *

En la parte norte de la ciudad de Valladolid, separado de la iglesia parroquial de San Miguel —la iglesia de las cadenas— tan sólo por la calzada y aceras de la calle de La Concepción, se halla el monasterio de la Purísima Concepción, uno de los más antiguos de la capital castellana. El monasterio tiene su portería —entrada, torno, locutorios, etc.— por la calle de la Concepción, n.º 4. La iglesia del monasterio, en cambio, tiene el acceso por la calle de S. Ignacio, casi frente por frente de la Plaza de Fabio Nelli. Unos muros totalmente inexpresivos aislan al monasterio del caserío. Un pequeño jardín o trozo de huerto —que en los días de Angeles Sorazu debía de ser algo mayor, aunque también entonces era muy reducido— es

la única pieza con que cuentan estas religiosas de clausura para tener contacto con el aire libre, con la naturaleza, con la tierra y el cielo.

Sin duda que muy pocos transeúntes, al pasar por aquellas calles, tienen la menor idea de la epopeya de amor que dentro de esos muros se desarrolló en las postrimerías del siglo pasado e inicios del presente.

* * *

Al día siguiente de la muerte de la M. Angeles, el P. Mariano de Vega, Capuchino —principal director espiritual de ella, y el que más a fondo la trató y conoció—, desde el convento de Capuchinos de Madrid —Plaza de Jesús, n.º 2—, dirigía la siguiente carta de pésame a la Comunidad, que con esta muerte había quedado sumida en profunda orfandad:

«29 de Agosto 1921

R.M. Vicaria de la Concepción

Valladolid

Muy Rvda. Madre: Doy a V.R. y Comunidad el más sentido pésame y les acompaño en el dolor por la inmensa pérdida que han tenido con el fallecimiento de su santa Madre y Abadesa Angeles Sorasu³; alma muy grande entre lo grande, muy extraordinaria entre las extraordinarias, y muy santa y santísima entre las santas, como VV. RR. saben muy bien pues han sido testigos presenciales de su vida angélica y divina y han visto y palpado por largos años la heroicidad de sus virtudes tanto teologales como morales, y conocen muy bien el peso inmenso de dones celestiales extraordinarios con que el Altísimo quiso enriquecer el alma de su sierva. Así que su muerte ha sido preciosa ante el acatamiento divino, y no ha sido que más (sic) abrírsele nuevos horizontes (sic) a su entendimiento más angélico que humano, y nuevos ríos de amor a

3. Así con «s». También la propia interesada escribe su apellido a veces con «s» y a veces con «z».

su corazón más bien seráfico que de mujer, para así continuar en el cielo la misma forma de vida divina que por tantos años ha llevado sobre la tierra, la cual era ya indigna de poseer por más tiempo esa perla que no conoció, esa joya que no apreció y esa alhaja que ahora perdió. Pero VV. RR. si han perdido una Madre verdad, en cambio tienen ya una santa en el cielo que velará por todas y cada una de sus hijas que tanto la amaron mientras fueron compañeras en este mundo; no se ha muerto pues su Madre, sino que vive con Dios Padre y con Dios Hijo y con Dios Espíritu Santo al lado de María Inmaculada y asociada a nuestro S. Padre San Francisco cuidando de sus hijas para que se hagan santas como ella lo fue y después llevadas una a una al cielo que ella ya posee.

Luego no tanto les doy el pésame por el fallecimiento de la Madre Angeles, antes bien les felicito y les doy la enhorabuena por tener una santa de ese convento en el cielo.

De V.R. affmo. s.s. y hº en el S.P. San Frco.

Fr. Mariano de Vega».

La comunidad del monasterio de la Concepción guarda amorosamente diversos recuerdos de la M. Angeles: la mesita a modo de pupitre de que se servía para escribir, la vajilla que usó, el breviario y el ejemplar del Catecismo que utilizaba; una cajita con objetos de su uso: carboncillos y lápices para dibujar, la pluma, una disciplina y un cilicio, la almohadilla de la caja de costura, una gasa de color rosa que quedó empapada con la sangre que arrojaba en sus últimos días pero que hoy no presenta rastros de dicha sangre, etc. Conserva asimismo muchos dibujos y escritos de ella, amén de los ya publicados.

A pesar de los años transcurridos, la Comunidad sigue viviendo del espíritu que supo infundirles esta Madre, a la que consideran maestra, reformadora y casi nueva fundadora.

Pero se conservan los testimonios escritos de muchas de las que vivieron con ella. Testimonios escritos a veces

con faltas de ortografía y por quienes tienen poca o ninguna facilidad de escribir, pero en los que expresan, como pueden, lo que vieron en su Madre y lo que sienten acerca de ella. Como es obvio, estos testimonios tienen para nosotros un gran peso y valor.

* * *

Cuestión intrigante y actual: ¿hasta qué punto la vida de una religiosa contemplativa puede servir de paradigma para la vida cristiana en general y la de hoy en particular? ¿Hasta qué punto la enseñanza de una religiosa, cuya existencia transcurrió oculta y encerrada entre cuatro paredes⁴, puede arrojar luz sobre los problemas que hoy se debaten entre nosotros? En concreto, ¿qué nos puede decir ella sobre aquellos elementos básicos que constituyen como la esencia y especificidad de la vida cristiana?

¿No es verdad que interrogar a los Santos y a los que seriamente han tratado de responder al llamamiento a la santidad es lo que más puede servirnos a la hora de hacer los oportunos discernimientos?

¿No es verdad que, al fin y al cabo, los que aman a Dios son los que más saben de El?⁵

4. Si alguien opusiera que una vida encerrada entre cuatro paredes ya no interesa en estos momentos en que tanto al hombre como a la mujer se le piden tareas y responsabilidades de gran amplitud y complejidad, responderíamos repitiendo la respuesta que en la «*Marialis Cultus*» se da a la objeción que bajo este mismo aspecto se hace hoy a veces a la piedad mariana. No es la forma de vida que la Virgen pudo hacer —tan distinta de la actual—, ni la forma de existencia en que se desarrolló la vida de esta mujer lo que en definitiva interesa, sino las actitudes con que vivió su vida, la respuesta que supo dar a Dios en las circunstancias concretas de dicha vida. He aquí lo que tiene valor permanente, lo que puede servirnos de pauta, proporcionarnos luz y ayuda. Cf. PABLO VI, «*Marialis Cultus*», 1974; parte 2.^a, sección 2.^a.

5. HANS URS VON BALTHASAR, *Solo el amor es digno de fe*, Prólogo.

BIBLIOGRAFIA

a) Obras publicadas de la M. Sorazu

- *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo*; Valladolid, 1925. Existe 2.^a edición: Madrid, 1956. Se cita: *La Vida Espiritual*.
- *Exposición de varios pasajes de la Sagrada Escritura*. (Aparte de la revista *La Vida Sobrenatural*); Salamanca, 1926.
- *Vida de la R.M. Angeles Sorazu. Primera parte o Autobiografía «Mi historia»*; Valladolid, 1929. Se cita: *Autobiografía*.
- *Opúsculos Marianos*; Valladolid, 1929. Se cita: *Op. Mar.*
- *Itinerario Místico de la M. Angeles Sorazu*. Correspondencia epistolar con el P. Mariano de Vega, su director espiritual. 3 volúmenes; Madrid, 1942-1958. Se cita *Itin.*

b) Estudios acerca de la M. Sorazu

- POBLADURA (MELCHOR DE), *Una flor siempreviva. Sor M.^a de los Angeles Sorazu a la luz de su correspondencia epistolar*; Madrid, 1941.
- VILLASANTE (LUIS), *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu. Estudio místico de su vida*, 2 vols.; Bilbao, 1950-1951.

c) Ficha biográfica de las autoras de los testimonios que en el libro se citan:

- Sor Concepción* (Agueda Prendes), natural de Gijón. Murió el 31 de Octubre de 1939 con 72 años de edad y 47 de religión. Fue connovia de Sor Angeles.

- Sor Natividad de la Puebla* (Leonisa de la Puebla), natural de Carrión de los Condes (Palencia), murió el 12 de Mayo de 1960, con 72 años de edad y 56 de religión. Sucedió a *Sor Angeles* en el cargo de cantora.
- Sor Consolación* (Natividad Ipiña), natural de Bilbao. Murió el 21 de Junio de 1956 con 77 años de edad y 44 de vida religiosa.
- Sor Refugio* del divino Amante (Matea Alonso Ruiz de Gauda), natural de Vitoria. Murió el 20 de Marzo de 1960 con 60 años de edad y 40 de vida religiosa.
- Sor Purísima* (Enriqueta Heras), natural de Fuentes de Béjar (Salamanca). Murió el 12 de Marzo de 1965 con 73 años de edad y 46 de religión.
- Sor Lourdes*. En el siglo Dolores García Bustamante. Murió en 1979 con 100 años de edad. Había ingresado religiosa en 1913. Vivió con la M. Sorazu ocho años.

NOTA. Los testimonios se citan de los originales manuscritos (inéditos).

PARTE I

Notas sobre su biografía

CAPÍTULO I

FLORENCIA EN SU VIDA SEGLAR (1873-1891)

En estos primeros capítulos queremos ofrecer un bosquejo biográfico, es decir, un resumen de la vida externa de M. Angeles Sorazu, antes de abordar el tema de su espiritualidad o camino de santidad propiamente dicho. Ello parece necesario o al menos muy conveniente por muchas razones. Ante todo para que la figura aparezca centrada en el contexto histórico y humano que le corresponde. Y también porque conocer el entorno, las relaciones y los contactos que mantuvieron los siervos de Dios contribuye a acercarlos a nosotros, a hacer más humana su figura, alejando el peligro de considerarlos como a seres ideales o desencarnados.

Pero este bosquejo en manera alguna pretende ser una biografía completa. No pasa de ser un resumen en que se hace hincapié en algunos aspectos de su historia exterior que más interesan para nuestro propósito.

En Zumaya

María de los Angeles —en el siglo, Florencia— Sorazu y Aizpurua nace el 22 de Febrero de 1873 en Zumaya

(Guipúzcoa), villa de la costa cantábrica, y es bautizada al día siguiente en la iglesia parroquial de dicha villa. Sus padres, Mariano y Antonia, se habían casado en 1869, teniendo él 24 años y ella 20. En la partida de bautismo de Florencia el oficio de su padre aparece como de arriero. En la partida de casamiento de los padres él figura como de oficio labrador, y ella como de oficio sirvienta. Sabemos que el padre se dedicó al transporte y venta del pescado, y tal vez a esto aluda lo de *arriero*.

Notemos que Florencia nace en el mismo año que Santa Teresa de Lisieux. En cuanto a la situación política española, es el año de la primera República y del estallido de la última guerra carlista.

Precisamente a los pocos días de nacer Florencia, ante el peligro que amenazaba a la villa por causa de la guerra, la familia se refugia en el balneario de Cestona, donde vive por dos años, regresando luego a Zumaya.

En uno de los testimonios escritos por las religiosas acerca de M. Angeles (concretamente en el de Sor Consolación —Natividad Ipiña, bilbaína—) leemos que M. Angeles en sus confesiones generales confesaba siempre como el primer pecado de su vida uno cometido durante esa estancia en Cestona, cuando tendría de dos a tres años, estando aún en los brazos de su madre: debió de ser un mal juicio que formó internamente respecto a una mujer que en la conversación habló desfavorablemente de tercera persona. Sor Angeles se acusaba de este hecho como de una falta de caridad, y era ésta la primera falta de su vida de que tenía conciencia. Más adelante veremos cuán delgado hilará siempre en esta materia.

De los tres a los cinco años de edad la hallamos de nuevo en Zumaya.

Cuando contaba cuatro años recibió el sacramento de la Confirmación, en 1877, de manos del Obispo de Vitoria D. Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros.

En esta primera infancia Florencia frecuente, en calidad de parvulita, la escuela de las Hermanas Carmelitas de la Caridad, donde tuvo como maestra a la Hermana Encarnación Ugalde¹.

La familia de Sorazu era profundamente religiosa. En lo económico, muy pobre. Fue asimismo muy visitada por diversas tribulaciones y trabajos. Siendo Florencia de cinco años, sufrió la familia algún revés que le supuso la pérdida de los pocos bienes que tenía. Por esto, y porque con ello se facilitaba el transporte del pescado a Tolosa —que era el sitio preferido de venta del padre de Florencia—, se estableció la familia en San Sebastián. Este traslado a San Sebastián debió de ser en 1879.

Pero en Zumaya siguieron viviendo tíos y otros parientes de Angeles Sorazu. Esta, de religiosa, no dejará de tener relación epistolar con sus parientes de Zumaya, e incluso con el párroco, D. Manuel Beobide².

1. Esta Encarnación Ugalde vivió muchos años en Zumaya, encargada de los parvulitos. Después de muerta Angeles Sorazu, cuando empezó a divulgarse su fama de santidad, la H.^a Encarnación recordaba perfectamente a su antigua alumna y decía que era siempre la primera en el Catecismo.

La señora Julene Azpeitia de Escauriaza, hija de Zumaya, de profesión maestra —autora de varios libros en euskera y miembro honorario de Euskaltzaindia, recientemente fallecida— fue también de parvulita discípula, como Angeles Sorazu, de la misma Hermana Encarnación, y dice que ésta era natural de Amorebieta, que era muy querida de los niños, que hablaba con ellos siempre en euskera, etc.

2. Así lo afirma *Odieta*, que escribió acerca de este punto en el semanario vasco *Argia* (número de 18 de octubre de 1925). Este autor transcribe incluso unas cortas líneas redactadas por Angeles Sorazu en vascuence para su tía Luisa. Helas aquí textualmente —transcribimos como aparece en el semanario—: «Nere iseko maítia: Erregutu asco neregatik Jaungoikoari eta Ama Virgíña maítiarí orañ, eta gero Ceruan nere amaren compañian (arquitu nadilla). Ni naiz zure Illoba Florencia. Sor Angeles Sorazu». Traducido: «Mi querida tía: Ruegue mucho a Dios y a la amada Virgen Madre por mí ahora, y que luego me encuentre en compañía de mi madre en el Cielo. Yo soy su sobrina Florencia. — Sor Angeles Sorazu.»

El canónigo D. José Olaizola, hijo de Zumaya, estudió como seminarista en Valladolid. Por confesión suya sabemos que cuando iba de vacaciones y regresaba de ellas, visitaba a M. Sorazu y hacía de intermediario entre ella y sus parientes de Zumaya. Falleció en Bilbao en 26-IX-1979.

En San Sebastián

En San Sebastián la familia Sorazu vivió en la parte vieja —única que con el barrio llamado Antiguo entonces existía—, concretamente en la calle Puyuelo, hoy Fermín Calbetón. Florencia pasó en la capital donostiarra desde los seis hasta los once años de su edad.

En aquella fecha Zumaya no contaba con ferrocarril; San Sebastián, en cambio, sí. Esto representaba para el padre de Florencia una apreciable ventaja para poder transportar el pescado fresco hasta Tolosa. Aquí, en Tolosa, tenía casa puesta para la venta del pescado, y pasaba la mayor parte del tiempo en esta villa, visitando a la familia cada tres o cuatro días.

Mientras vivió en San Sebastián Florencia acudió a la escuela de primera enseñanza, única que cursó³, y aun a ésta, debido a sus frecuentes enfermedades, no pudo asistir con mucha asiduidad.

Nos dirá que en esta época de la infancia reconoció la facilidad que tenía para penetrar los misterios del sagrado libro de la doctrina cristiana. Habiéndolo notado la maestra de la sección, más de una vez requirió a la niña para que los explicara, y lo mismo hicieron diversas personas que observaron este don⁴.

3. Autobiografía, p. 90.

4. Id. *ibidem*.

Las desgracias y privaciones se abatieron también aquí sobre su pobre familia. Dos hermanitas de Florencia murieron por este tiempo.

En Tolosa

Según testimonio de la propia Florencia⁵, la razón principal del traslado de la familia de San Sebastián a Tolosa fue para distraerse de la pena que les produjo la muerte de las dos pequeñas. Este traslado debió de ser en 1883, cuando Florencia contaba once años. En esta edad hizo su primera comunión y se alistó a la congregación de hijas de María. Se confesaba mensualmente⁶.

Desde los once años hasta su ingreso como religiosa en Valladolid Florencia vivirá en Tolosa. Pero sucedía entonces con frecuencia que los hijos de familias pobres tenían que abandonar pronto la escuela y ponerse a servir para ganarse la vida. Así Florencia, cuando contaba trece años, pasó un año sirviendo en una familia de San Sebastián. Después trabajó como obrera en el mismo Tolosa, en la fábrica de boinas de Elósegui.

La familia Sorazu vivió en Tolosa en la calle Santa María frente a la dicha fábrica de boinas de Elósegui, en unas casas que actualmente no existen.

La crisis de los 15 años

Al cumplir Florencia los quince años comienza en su vida un período crítico, que sólo dura un año. Es el período que ella considerará de disipación, de mundanidad,

5. Autob., p. 15.

6. Autob., p. 19.

de afición a las diversiones profanas y de una relativa paganía. «Así viví, como pagana» dirá, exagerando un poco⁷.

Su disipación o mundanidad consistió en una desenfrenada afición a frecuentar —en los días de fiesta— los paseos públicos y a participar en el baile suelto, único que entonces se admitía.

Conocemos el nombre de la que debió de ser compañera inseparable de Florencia en esta época de afición a las diversiones: la «Juanita», Juana Urnau.

He aquí cómo hemos venido en conocimiento de este detalle. Después de muerta M. Angeles, su fama de santidad se fue divulgando algún tanto. Sobre todo en el país vasco, los periódicos hablaban con alguna frecuencia de ella. Un día, pues, en el año 1927, nuestra Juanita Urnau, que vivía entonces en Fuenterrabía (Mirandarena Garach) y llevaba más de treinta años sin tener la más mínima noticia de Florencia, hallándose en casa extraña, vio un periódico en que se hablaba de su antigua amiga. Su sorpresa y emoción no tuvo límites, y escribió varias cartas al convento de la Concepción de Valladolid pidiendo algún recuerdo, hablando de la amistad que tuvo con ella, etc. La monjita de Aldaz, de quien en seguida hablaremos, confirma también que esta Juanita era en aquella época la amiga inseparable de Florencia en los días de fiesta.

¿Se conserva alguna foto de Florencia?

¿Conservamos alguna foto auténtica de Florencia que la represente en esta época? Sobre este extremo hay varias cartas en la colección del monasterio —posteriores también a su muerte, por supuesto—. Y en el archivo conventual se guarda en efecto una foto que dicen ser de

7. Autob., p. 20.

ella y la representa en esta edad o época en que contaba dieciséis años.

En dicho archivo, como decimos, hay cartas sobre este asunto, de Orixe —Nicolás Ormaechea—⁸, del sacerdote Gabriel Manterola y de una religiosa agustina del convento de Aldaz (Navarra) —Sor Angeles de Santa Mónica—.

Por las cartas de M. Sorazu al P. Mariano de Vega, su director, sabemos que allá por 1911 ésta quemó una foto suya, que aún conservaba y que pertenecía a esta época⁹. La que actualmente conservan en el archivo como de ella, y que la representa en este tiempo de su juventud, fue enviada, creemos, por Gabriel Manterola, después de muerta ella. Ignoramos si está del todo claro que sea efectivamente auténtica. La publicamos aquí con estas reservas.

Algo nos pueden ayudar a esclarecer este punto los datos extraordinariamente concretos que la antes citada Sor María Angeles de Santa Mónica proporciona en sus cartas acerca de la fisonomía, carácter y aun vestimenta que usaba Florencia por la época.

Sobre el rostro, facciones y carácter de Florencia dice, pues, la referida:

La cara de Florencia era más bien algo redonda, es decir, ancha, no tan larga ni ovalada como aparece en esa postal que las monjas han divulgado después de su muerte. Los ojos grandes y más bien redondos, de mirada franca y dulce. La nariz algo remangada, la boca grande y la

8. Orixe no escribió directamente a las monjas de Valladolid sino a D. Ruperto Lopátegui, sacerdote bilbaíno que se interesaba por las cosas de M. Sorazu, y éste fue quien remitió la dicha carta a Valladolid.

9. *Itinerario Místico de la Madre Angeles Sorazu* (Correspondencia epistolar con el P. Mariano de Vega), Madrid 1952; tomo II, p. 77.

tez morena, ancha de espaldas y bastante gruesa. De estatura regular. Voz de barítono. Siempre se la veía risueña. Su mirada angelical, pero reveladora no de timidez, sino de resolución ¹⁰.

En otra carta, sin fecha, que debe de ser escrita hacia 1927, trata la misma Sor M.^a Angeles de Santa Mónica sobre el traje que vestía Florencia en los días de fiesta, en la época que andaba con la referida Juanita y que podría dar una pista para verificar si la foto es auténtica. (Hay que advertir que la monja de Aldaz no ha visto la foto, le han hablado de ella y proporciona por su parte los datos que pueden servir para contrastar la autenticidad): «Si tal retrato es del tiempo al que me refiero, no dudo estará vestida de negro y la chaqueta bastante corta y con una pechera plegada formando rombos, y quizá le caiga para adelante, de los costados, una cinta ancha de moaré formando un lazo para adelante: si resulta en la forma que digo dicha fotografía, no crea porque haya visto en visión, sino porque las dos llevábamos luto y teníamos idénticos trajes».

Como se ve, la monjita agustina de Aldaz fue contemporánea de la sierva de Dios y la conoció de cerca precisamente en este tiempo de sus diversiones mundanales.

¿En qué consistieron concretamente éstas? Por los datos que poseemos podemos afirmar con toda seguridad que los devaneos de Florencia se redujeron a una afición un tanto desmedida, aunque inocente, a frecuentar los lugares de esparcimiento público y a participar en bailes y romerías, etc., pero sin ningún asomo de deslices en materia erótica o libidinosa.

10. Carta escrita en 1924 rememorando a la Florencia de la época adolescente.

La conversión

Sabido es —porque nos lo ha contado ella¹¹— cómo acabó todo aquello: con una conversión o viraje drástico y radical, motivado por una reconversión de su buena madre.

La cosa ocurrió a mediados de 1889, o sea, cuando Florencia contaba dieciséis años. El día de la romería de San Pedro, Florencia regresó de Leaburu a casa más tarde de lo que los padres tenían ordenado. La madre manifestó su disgusto y su desencanto porque nunca había creído que aquella hija pudiera ser un día esclava del mundo, pero ahora los hechos estaban desmintiendo todos sus cálculos y previsiones.

Era la primera vez que Florencia veía a su madre apenada por su conducta. Las palabras de la madre delataban a las claras que aquella hija había mostrado siempre una inequívoca inclinación a las cosas de Dios. Precisamente por eso, ante el giro insospechado que la hija iba tomando, la madre mostraba su perplejidad. Veía como defraudadas las esperanzas que había depositado en ella.

¹¹ Florencia vivirá aún dos años en Tolosa, después de esta conversión. Durante este bienio seguirá trabajando como obrera en la fábrica de boinas, pero por lo demás llevará una vida totalmente abstraída del mundo y consagrada a las cosas de Dios. Por la autobiografía conocemos el género de vida que se impuso, absolutamente retirado, dedicado a la oración, a las prácticas piadosas y a las mortificaciones voluntarias; sabemos el horario que hacía, etc.

Conocemos también el nombre del sacerdote con quien se confesaba en esta época, D. Francisco Tellechea, que fue Vicario o Capellán del convento de Santa Clara de Tolosa. Tellechea era navarro y predicaba en su vascuen-

11. *Autob.*, p. 23.

ce de tinte navarro. Luego fue párroco de Icíar, donde le conoció D. Wenceslao Mayora, que fue quien nos dio estos datos.

Florencia se hizo del Apostolado de la Oración y de la Tercera Orden de San Francisco. Justamente en aquellos años atendía a la Tercera Orden de Tolosa el P. Crispín de Beovide, franciscano, natural de Azpeitia, que había ingresado fraile y realizado sus estudios en el país vascofrancés —Saint-Palais—, junto a un tío también religioso, que colaboraba con el P. Areso en la restauración de la Orden Franciscana en Francia.

En esta época no había comunidad franciscana en Tolosa; se había restaurado por un momento durante la dominación carlista, pero se dispersó al entrar en la villa las fuerzas alfonsinas. El P. Beovide vivía en una casa particular, vestido con su hábito, y atendía a la Tercera Orden, predicaba misiones, etc. En 1885 publicó *Asis-ko Loria*, biografía del Santo de Asís. Como Florencia nos dice que en los primeros años de su conversión se propuso la práctica de la imitación de S. Francisco¹², no es improbable suponer que conociera y leyera este libro que pocos años antes se había escrito e impreso en el mismo Tolosa y con cuyo autor trató ella sin duda, pues Florencia acudía a las funciones de la Venerable Orden Tercera que se realizaban en la iglesia de San Francisco¹³. El P. Beovide murió con 43 años de edad, en 1891, el mismo año que Florencia ingresará monja en Valladolid¹⁴.

En su nuevo género de vida Florencia tuvo también compañeras o amigas que más o menos participaban de sus mismos sentimientos.

12. Autób., p. 28.

13. En el archivo de la V.O.T. de Tolosa, de aquel tiempo, hay constancia de vales que se entregaban a los pobres para que pudieran comprar carne para sus enfermos, etc.

14. El libro *Asis-ko Loria* se reeditó en 1966, en la colección Auspoa.



Foto que probablemente corresponde a Florencia cuando contaba 15/16 años de edad

Una de estas amigas —Encarnación Vidal— nos ha conservado la deliciosa escena que captó a modo de instantánea. Es un diálogo vivo y entrecortado entre Florencia y su antigua compañera de diversiones que ahora la motejaba de haberse vuelto loca. Dice así:

«La primera vez que yo conocí a Sor Angeles fue en el puente de Santa Clara. Iba a la Salve a las cinco de la tarde. Se encontró con su amiga niñera que salía antes con ella, y le dijo su amiga:

— Chica, ¿te has vuelto loca!

Y ella le contestó:

— Más loca eres tú.

— ¿Cómo te has vuelto así?

— Pues como se vuelve una piedra al otro lado: ni más ni menos.

Y se marchó a la Salve. Servidora pasaba en aquel momento y escuché estas frases. Yo antes no la conocía. A los pocos días se acercó a nuestro grupo y nos dijo:

— Yo me agrego a vosotras.

Y de esta manera se hizo nuestra amiga».

Y la informante de este curioso episodio subrayaba el gesto decidido y altivo con que Florencia supo despedir a su antigua compañera de frivolidades¹⁵.

La vocación religiosa

La propia Florencia nos ha contado también¹⁶ cómo se decidió su vocación religiosa. Aun después de su conversión y después de haber abrazado una vida totalmente consagrada a Dios, no pensaba en ir monja. *Retirarse al de-*

15. Véase VILLASANTE, M. *Angeles Sorazu. Estudio místico de su vida*; Bilbao 1950; vol. 1.º, p. 72.

16. *Autob.*, p. 32.

*sierto*¹⁷ era la idea o pensamiento que le asaltaba con frecuencia, y esto con el fin de perfeccionar la oración de contemplación con que ya entonces la favorecía Dios alguna que otra vez.

Su confesor habitual —el dicho Tellechea— nada sabía de las interioridades, anhelos o aspiraciones de Florencia, porque ésta no se lo decía. Y ella no lo decía por retraimiento y por pensar que estas ideas suyas eran propias de persona rara o extravagante y, en todo caso, impropias de ella y sin relación con su condición de pecadora. Pero, sin duda, barruntando algo, el Sr. Tellechea le mandó en cierta ocasión que fuera a confesarse con un sacerdote que tenía fama de santo, D. Martín Barriola, párroco de Anoeta, aprovechando que éste se hallaba oyendo confesiones en otro confesonario del mismo templo. Obedeció Florencia, aunque tampoco a éste hizo ninguna declaración; mas él adivinó sus pensamientos de retirarse al desierto y le significó que Dios le deparaba el desierto en un convento de clausura. A esto alegó ella que sus padres eran pobres y no podían proporcionarle dote. El insistió que pretendiese, y que la aceptarían. El confesor ordinario confirmó el consejo del extraordinario, y le propuso un medio fácil para obviar el inconveniente de la dote, a saber, recibir unas lecciones de música e ingresar en calidad de cantora. En estas condiciones muchas comunidades recibían una religiosa aun sin dote. Y éste fue en efecto el procedimiento de que se sirvió Florencia para ingresar monja sin dote¹⁸.

17. Alude a esto sin duda el siguiente recuerdo que nos ha conservado su amiga Encarnación Vidal: «Un día me dijo: Yo viviría en una cueva en el monte Uzturre. Lo decía con una sonrisa en los labios que no se le notaba si era de veras o en broma» (VILLASANTE, o. cit., vol. 1.º p. 69).

18. Acerca de D. Martín Barriola, párroco de Anoeta, oímos contar a D. Wenceslao Mayora lo siguiente: que el dicho D. Martín había hecho los estudios en Salamanca. Estando allí, fue un

Florenxia decidió, pues, el asunto de su vocación por consejo de sus confesores¹⁹. La fe en los ministros de Dios y la persuasión de que por ellos concretamente nos descubre Dios su voluntad, especialmente en el punto de la vocación, está muy presente en la enseñanza de M. Sorazu. Expresamente afirma que muchas almas pierden la vocación con que el cielo las distinguiera porque no están fundamentadas en esta fe y se dejan arrastrar del criterio y voluntad de las personas que las rodean, pero que ignoran los designios de Dios sobre ellas²⁰.

Fijémonos en lo específico de esta vocación, que ella, por este tiempo, expresaba a su modo con la fórmula de *retirarse al desierto* para de ese modo responder al llamamiento a la Contemplación. Desierto y Contemplación: dos palabras que no gozan hoy de buena prensa. Incluso se ha querido probar que representan una desviación del auténtico Cristianismo. Pero sería preciso hacer tabla rasa de toda la historia de la Iglesia y cerrar los ojos a la evidencia para empeñarse en negar que hay aquí algo que pertenece a la misma esencia del ser cristiano. A Florenxia le parecían ideas extravagantes y por eso no las descubría al confesor. El se adelantó, como adivinándolas, y ella, *post*

día su padre a visitarle, vestido de blusa. El hijo se avergonzó de él. Tal confusión le entró después por este pecado, que hizo voto de vivir pobre y no hacer caso de elegancias. Y en efecto llegaba hasta la extravagancia en este punto.

D. José M.^a Ormazabal, secretario de Lazcano, natural de Anoeta, fue monaguillo de D. Martín. Cuenta que efectivamente se le tenía por santo, aunque con algunos ribetes de extravagante. D. Martín murió en Anoeta el 14 de marzo de 1916.

19. Aquí se impone una puntualización. En realidad el ministro de Dios se limitó a interpretar, concretar y confirmar la vocación que ella misma sentía. La vocación es algo que da Dios directamente a la persona. El representante de la Iglesia interviene sólo para examinarla, reconocerla y aprobarla.

20. Cf. Apéndice sobre la dirección, publicado junto con el tratado *La Vida Espiritual*, 1.^a edición, p. 364.

factum, le confirmó que ésta era efectivamente su aspiración.

El maestro que dio a Florencia las lecciones de música que le valieron por dote fue nada menos que D. Felipe Gorriti²¹.

En una carta escrita por Nicolás Ormaechea («Orixe») desde Tolosa en 1927 —carta que se encuentra actualmente en el monasterio de la Concepción de Valladolid— se lee este detalle sobre el comportamiento de Florencia como discípula de música, a saber: que era sincera en decir que tal o cual cosa no entendía bien, y que no quería pasar adelante hasta entenderla.

Viaje a Caspe

En la Autobiografía²² nos habla de un viaje que hizo a Caspe el año de 1890 para acompañar a una amiga que tomó el hábito de religiosa Capuchina en el convento de Nuestra Señora del Pilar de la dicha ciudad. Esta amiga se llamaba Sor M.^a Pilar Gavirondo.

Florencia misma quedó apalabrada y casi comprometida a ingresar también ella en las dichas Capuchinas de Caspe.

Esta amiga cuenta una anécdota de los días que Florencia estuvo en Caspe²³. Dice que en la sala del convitorio había unos hábitos de Padres Franciscanos. Que Florencia se vistió uno y predicó un sermón como si fuera un misionero, siendo aplaudida de algunas, pero también censurada de otras «juzgando que era demasiada soltura para una doncella». Estos detalles, así como el gesto decidido y altivo con que se desembarazó de su antigua compañera

21. Felipe Gorriti nació en 1839 en Huarte Araquil (Navarra). En 1867 se instala en Tolosa, donde muere en 1896.

22. Cf. *Autobiogr.*, p. 36.

23. Cf. *Autobiogr.*, p. 37 nota.

de diversiones y aun el mismo hecho de animarse a hacer un viaje tan largo para acompañar a su amiga hasta Caspe, demuestran que tenía realmente un carácter resuelto, lo que no excluye por otra parte cierta dosis de retraimiento y timidez en otros campos —singularmente para franquearse a confesores y directores, extremo muy atestiguado en su vida—.

Una persona que se fijó en Florencia en los días de su estancia en Caspe y que habrá de ser el instrumento, un tanto involuntario, que cambiará el rumbo de ésta hacia Valladolid, fue el «pedigüeño» de las Capuchinas de Caspe, o sea, el hombre que de pueblo en pueblo pedía limosna para aquellas monjas. Por un informe de él, en efecto, vendrían a tener noticia de Florencia las Concepcionistas de Valladolid y escribirían a Tolosa invitándola a ingresar allí, y acabarían consiguiéndolo.

Fallecimiento de la hermana

Pero volvamos a la época que estamos historiando. A principios de 1891, Concepción, que era la primogénita de la familia, inesperada y casi repentinamente muere, justamente cuando Florencia estaba haciendo sus preparativos para irse monja. Al quedarse ella como hija mayor —pues otro hermano, José Manuel, se había ido ya fraile—, Florencia se vio precisada a retrasar su entrada en el convento para ayudar a la familia.

«Con este fatal desenlace —la muerte de la hermana mayor, que acababa de cumplir 21 años—, toda la familia quedamos sumida en una terrible tribulación, la mayor que conocí en la historia de mi pobre familia»²⁴.

24. Autob., p. 37.

La M. Angeles, al hablar así, aun diciendo algo, parece ha querido ocultar o correr un discreto velo de silencio sin especificarnos en concreto la clase de disgustos que se abatieron sobre la familia en esta ocasión.

Debemos a la sobrina de M. Sorazu²⁵ la aclaración de lo que veladamente se insinúa en las citadas palabras.

Ocurrió, pues, que ante el inopinado y súbito accidente de aquella muerte, alguien propaló en el pueblo que debía de ser viruela, y que seguramente la familia estaría también contagiada. Entonces, sin más averiguaciones, y sin miramientos, tomaron el cadáver y lo llevaron a enterrar de forma desconsiderada, y a la familia la internaron en el hospital o casa de misericordia de Arramele, hasta que se hicieran las oportunas indagaciones. Mientras tanto, alguien que no tenía mucho miedo de la viruela les desvalijó la casa...²⁶.

Ante el estado de postración de la familia Florencia retrasa medio año el ir monja. Y en este tiempo se opera un cambio de rumbo. Ella estaba decidida y medio comprometida a ingresar en las Capuchinas de Caspe, donde había entrado una amiga suya y a las que ya conocía personalmente.

Se decide por Valladolid

Pero sucedió que el «pedigüeño» de dichas monjas fue en cuestación a Valladolid y se llegó al convento de la Concepción. Dejó allí el Niño Jesús con su urna para que las religiosas le hiciesen sus peticiones. Las buenas monjas

25. Esta sobrina se llama Concepción Olascoaga Sorazu. Vive en Tolosa, c/ Mayor 27, 1.º. Es hija de María, la hermana menor de Florencia, única que llegó a contraer matrimonio y que también murió muy joven.

26. Véase «Tolosatik Jerusalemenera», *Aránzazu* (1968), p. 18.

habían hecho los siete domingos a S. José y novenas a la Virgen para conseguir una cantora. Al depositar la limosna en la urna también pidieron lo mismo al Niño Jesús, o sea, que les proporcionara una cantora. Cuando el pedigüeño se disponía a marcharse, se le ocurrió a la tornera preguntarle a ver si conocía alguna joven que fuese cantora y quisiera venir de monja. El pedigüeño contestó que sí, y les dio las señas de Florencia, a quien había conocido en Caspe. Entonces la abadesa de la Concepción de Valladolid, ni corta ni perezosa, escribió a ésta.

Florencia quería mantener la palabra dada a las Capuchinas de Caspe. Pero la madre, que conocía la poca salud de su hija, temiendo que ésta no podría resistir los rigores de las Capuchinas, le aconsejó aceptara la oferta de las Concepcionistas de Valladolid.

El modo un tanto prodigioso o insólito como consiguieron esta vocación después de tantas peticiones al cielo y limosnas, contribuyó sin duda a que las monjas consideraran a Florencia como traída por el Niño Jesús. Además, padecían de falta de vocaciones desde hacía tiempo. Por todo ello nada tiene de extraño que la recibieran como la esperanza y el porvenir de la Comunidad. El tiempo se había de encargar de demostrar que lo que pensaban y decían las monjas acerca de Florencia iba a resultar más verdad de lo que ellas mismas podían imaginar entonces.

Aun desde Valladolid Sor Angeles no dejará de interesarse por las cosas de Tolosa. Así, por ejemplo, por iniciativa suya se establecerán más tarde los Jueves Eucarísticos en la iglesia de los Corazonistas de dicha villa ²⁷.

27. Gracias a la amabilidad del P. Timoteo Urquiri CMF hemos podido consultar los datos que sobre la historia de esta asociación se conservan en el archivo del convento de PP. Corazonistas de Tolosa. En especial, la crónica inédita del convento, escrita por el P. Ismael Torres con motivo del 50 aniversario de la fundación del mismo (1914-1964). En dicha crónica se hace amplia mención de la parte que tuvo la M. Sorazu en el origen de dicha asociación. Los

Ya hemos dicho más arriba que en los tiempos en que Florencia vivía en Tolosa no había en esta villa comunidad franciscana. Dicha comunidad no se restauró hasta el año 1916.

Florencia para su vida religiosa cotidiana frecuentaba la iglesia parroquial, que tenía cerca de casa y de la fábrica de boinas, pero también acudía con frecuencia a la iglesia de San Francisco según cuenta su compañera Encarnación Vidal²⁸. Y la propia Florencia consigna el detalle significativo²⁹ de cómo el día en que tomó el tren para Valladolid visitó por última vez dicha iglesia de San Francisco.

* * *

Sor Natividad de la Puebla —en el siglo Leonisa de la Puebla— vivió muchos años con la M. Sorazu en el convento. Era natural de Carrión de los Condes. Murió en 1960 con 72 años de edad y 56 de monja.

Pues bien, esta sencilla monja castellana que amó mucho a la M. Angeles, tiene esta ingenua salida en el testimonio que escribió sobre ella: «Si los de su tierra hubieran penetrado el tesoro que en Florencia Sorazu se encerraba estoy segura que hubiesen puesto un muro en sus puertas para no dejarla salir fuera de su tierra, pero Dios quiso en su infinita sabiduría que viniese a Castilla la Vieja, y entre las capitales de Castilla la Vieja escogió a Valladolid»³⁰.

PP. Corazonistas de Tolosa conservan además tres cartas autógrafas de M. Sorazu relativas al tema: 1) una dirigida a su hermana María, que vivía casada en Tolosa. No tiene fecha, pero debe de ser de 1919. 2) otra, dirigida al P. Orbe (Mayo 4, 1919). 3) otra, en fin, dirigida al P. Superior, de fecha Noviembre de 1919, felicitándole por el fausto principio que ha tenido la asociación. Efectivamente ésta se inauguró solemnemente en Noviembre de 1919.

28. Cf. VILLASANTE, o. c., I, p. 79.

29. Autob., p. 40.

30. Testimonio 2.º, p. 43.

La misma Sor Natividad dice también que el porte de M. Sorazu era tan fino y delicado, que parecía hija de grandes señores o de la aristocracia; que hasta que leyó la autobiografía impresa³¹, ella nunca supo ni pudo sospechar que pertenecía a una familia modesta de pescadores, y esto debido al trato fino que tenía³².

* * *

En la historia de la infancia y juventud de Florencia se destacan ciertos puntos básicos sobre los que conviene retengamos la atención porque presagian o explican en cierto modo los desarrollos futuros:

1) La niña Florencia crece en el seno de una familia profundamente religiosa. Ella veía en su propia familia algo así como un trasunto de lo que la religión le enseñaba. Esto se desprende claramente de lo que dice en su Autobiografía³³. En una de sus cartas al P. Mariano³⁴ dice también que le parecía que sus antepasados se le quejaban porque en el relato de su vida con sus exageraciones o silencios daba pie para que se pensase que descende de una familia anticatólica, cuando es todo lo contrario.

2) Otra nota que sobresale en la infancia de Florencia es su predilección por el Catecismo y cierta facilidad para penetrar en las verdades y misterios del mismo. Como veremos, todo su camino de santidad seguirá esta misma línea u orientación.

3) Nos dice que a los seis o siete años comprendió la verdad de las palabras «servir a Dios es reinar»³⁵, no

31. Se imprimió en 1929.

32. Testimonio 3.º, p. 91.

33. Autob., p. 15-16.

34. Itinerario, vol. I, p. 235. (Carta de 12 de febrero de 1911). Cf. también Itin. III, p. 69.

35. Autob., p. 16.

seguramente con estas palabras o con esta formulación, pero sí la entraña de las mismas. Y a la edad de nueve años hace el propósito de ser santa, respondiendo con ello al deseo de su madre, si bien relegaba el cumplimiento hasta su mayor edad, o sea, para cuando tuviera 25 años, pensando ingenuamente que la mayoría de edad le proporcionaría las fuerzas para la absoluta impecabilidad que, según creía, implicaba tal propósito³⁶.

4) Tanto por la Autobiografía como por las Cartas³⁷ sabemos que desde los tres años de edad estuvo persuadida de ser la criatura más pecadora, inútil y pobre de todas, a pesar de que en casa gozaba de opinión de santa. Considerándose digna de los mayores castigos, aceptó siempre con resignación los frecuentes padecimientos físicos y morales, contrariedades, etc.

5) Entre sus hermanas Florencia se señaló —fuera del período de los 15-16 años— por su inclinación al retiro y a las cosas de Dios: «Parecía que yo había nacido para ermitaña»³⁸.

6) Finalmente, la conciencia de pecadora es un rasgo que sobresale con trazos firmes ya en la infancia, rasgo que se afirmará con el período de disipación de los 15-16 años y con otros incidentes posteriores, y que no la abandonará jamás. El párrafo con que se abre la Autobiografía es buena muestra de ello³⁹.

Respecto al carácter o modo de ser de Florencia, tal como se perfila ya en esta época y se evidencia aún más en la siguiente, podemos señalar estos rasgos:

36. Autob., p. 18-19.

37. Autob., p. 15; Itinerario, vol. I, p. 82-83 (carta 1-9-1910).

38. Autob., p. 24.

39. Autob., p. 13.

- 1) Porte fino y elegante.
- 2) Carácter decidido.
- 3) Cierta dificultad para franquear sus íntimas aspiraciones y realidades a los confesores por creerlas impropias de una pecadora.
- 4) Temperamento complaciente, inclinado a condescender.
- 5) Cierta inclinación al retiro y silencio⁴⁰.
- 6) Dificultad o imposibilidad de armonizar la práctica de la virtud con los pasatiempos mundanales⁴¹.

40. «Nunca fui habladora»: *Autob.*, p. 26.

41. *Autob.*, p. 25.

CAPÍTULO II

ALGUNAS COMPAÑERAS DE FLORENCIA DURANTE LA EPOCA DE SU VIDA SEGLAR

Angela Vidador

— En las páginas precedentes hemos citado algunos párrafos de varias cartas de *Sor Angeles de Santa Mónica*, agustina de Aldaz (Navarra), en que se hace referencia a Florencia. La M. Abadesa del monasterio de Agustinas de la Ssma. Trinidad de Aldaz de Larraun (Navarra), Sor María del Camino, en carta de fecha 3 de abril de 1975 nos envió la siguiente ficha biográfica de esta religiosa: «Esta religiosa se llamó Angela Vidador Imaz, la cual, al entrar en religión cambió el nombre por el arriba dicho. Nació en la villa de Tolosa, Guipúzcoa, el 2 de agosto de 1872, donde vivió hasta su ingreso en este convento, que fue el 6 de agosto de 1892. Viven en esta Comunidad varias religiosas que tuvieron la dicha de convivir con ella, las cuales guardan muy buenos recuerdos como religiosa observante y ejemplar. Poseía cualidades musicales extraordinarias, desempeñando los oficios de cantora y organista. — Con varias religiosas de esta misma Comunidad, el 19 de agosto de 1929 se trasladó a Toledo, para restaurar la Comunidad de Agustinas (vulgo Gaitanas) de dicha ciu-

dad, donde falleció el día 7 de noviembre de 1948, siendo enterrada en aquel mismo convento. — Le dio la profesión el Rvdo. D. Patricio Orcaiztegui, Párroco por entonces de la villa de Tolosa».

Encarnación Vidal

— Otra amiga, de la que también hemos hecho mención, fue *Encarnación Vidal*, fallecida en Tolosa el 13 de Marzo de 1961 con casi 92 años de edad. Vivía en la calle Correo, n.º 5, 2.º. A esta amiga dejó Florencia, al irse monja, tres libros ascéticos que debió de emplear en el último bienio de su vida seglar como alimento de su vida religiosa. He aquí los autores y títulos de estos libros: 1) ARBIOL, *La religiosa instruida*; 2) N. CAUSINO, *Padre Espiritual. Tratado de su gobierno según el espíritu del glorioso San Francisco de Sales*; 3) ENRIQUE OSSÓ, *El cuarto de hora de oración según las enseñanzas de la seráfica virgen y doctora Santa Teresa de Jesús*. Los dos primeros obran actualmente en poder nuestro, pues nos hizo donación de ellos la citada Encarnación, que se quedó con el tercero¹. Encarnación, por su parte, regaló a Florencia una pequeña imagen del Sagrado Corazón que ella llevó consigo al convento².

1. Véase cuáles son los libros que utilizó en el siglo según testimonio propio (Autob., p. 30): «Para estas meditaciones [de la Pasión] me ayudé de un libro que me parece se titula «Reloj de la Pasión». Los libros que usé en el siglo además del citado librito, fueron estos: La biografía de N.P.S. Francisco, el Kempís, la Religiosa instruida por el P. Arbiol y el Cuarto de hora de oración de Santa Teresa. Como me sentía llamada a la imitación de S. Francisco, la biografía del Santo fue la que utilicé más y me aproveché». Como ya dijimo sarriba, la biografía de San Francisco que Florencia utilizó fue probablemente la escrita en vasco por el P. Beovide, que había sido impresa pocos años antes en el mismo Tolosa.

2. Autob., p. 53.

María Otegui

— Otra amiga fue *María Otegui Tejería*, que vivía en Tolosa, Plaza Idiáquez, 13, 4.º. Trabajó en la fábrica de boinas juntamente con Florencia. Aún vivía por los años de 1950³.

Pilar Otegui

— Otra es la que ingresó Capuchina en Caspe. A ésta acompañó Florencia en su viaje y entrada de monja, haciendo de madrina en su toma de hábito. En una nota puesta por el P. Nazario en la Autobiografía p. 37 se llama a esta religiosa *Sor M.ª Pilar Gavirondo*. En el convento de M. Sorazu hay cartas escritas por esta antigua amiga de Florencia —después de muerta ésta— en que firma *Sor M.ª Pilar Otegui*. Entre otras cosas dice que tiene en su poder muchas cartas que le ha escrito M. Sorazu, de las que no quiere desprenderse «por ahora». Habiendo escrito nosotros a las Capuchinas de Caspe pidiendo aclaración sobre la diversidad de apellido con que es designada esta religiosa, sobre el paradero de las cartas que ella conservaba recibidas de M. Sorazu, etc., nos contestaron con fecha 9 de junio de 1975 lo siguiente: 1.º que perdieron toda la documentación de la Comunidad en la guerra de 1936-1939; 2.º que ciertamente tuvieron una religiosa llamada *Sor M.ª Pilar Otegui Gavirondo*, la cual por haber vivido siempre con su madre tenía la costumbre de llamarse *Sor M.ª Pilar Gavirondo* (omitiendo el primer apellido). 3.º A ésta acompañó Florencia en su viaje a Caspe e hizo de madrina en su toma de hábito. 4.º Era nacida en Tolosa, y en Tolosa vivió hasta su ingreso en

3. VILLASANTE, o. c., I, p. 19.

Caspe. 5.º Respecto a las cartas de M. Sorazu, que poseía, nos dicen: «Cuando M. Sorazu murió o mejor dicho cuando iban a escribir su vida, nos pidieron todas las cartas y escritos y las enviaron todas a Valladolid». Ignoramos si este extremo es cierto. Al menos no concuerda con lo que la propia Sor M.^a Pilar dice en el texto poco ha citado. Además en el convento de la Concepción de Valladolid no hay constancia de estas cartas.

Andrea Frago

— Otra compañera de los últimos años de la vida seglar de Florencia fue M. *Andrea Frago*, religiosa de las Hijas de S. José que se dedican a cuidar enfermos. A raíz de la muerte de M. Angeles escribió a la Concepción de Valladolid desde Villafranca del Panadés diciendo que había sido en el siglo íntima amiga de ella. «No pensábamos en otra cosa que en ser religiosas», dice. Dos meses más tarde que Florencia ingresó ella en esta congregación que tiene Noviciado en Gerona⁴.

Rafaela Alonso

— Durante los días de su estancia en Caspe —la estancia de Florencia en dicha ciudad se prolongó ocho días— conoció y trabó amistad con una muchacha, hija de Caspe, que había de ser Clarisa en Lerma (Burgos) con el nombre de M. *Esperanza de San Rafael* —en el siglo Rafaela Alfonso y Fuentes—. Era hija del organista de Caspe, que examinó a Florencia para comprobar si estaba

4. Andrea (en el siglo Avelina) Frago era hermana de Encarnación Vidal (aunque de distinto padre). Fue Superiora del Hospital de Comillas. Murió en Carrejo (Santander).

suficientemente impuesta como para desempeñar el oficio de cantora en las Capuchinas. Había nacido, como Florencia, en 1873 y murió en 1936. El P. Andrés Ocerin-Jáuregui escribió un opúsculo acerca de ella: *Manual Espiritual* (Bilbao, 1941). En la Autobiografía y en las Cartas al P. Mariano hay varias referencias —aunque veladas— a M. Esperanza⁵.

M.^a Asunción Iriondo

— En las cartas de M. Sorazu al P. Mariano se hace mención también de una religiosa del convento de Santa Brígida de Valladolid, con motivo de su fallecimiento. Debíó de ser amiga de Florencia, aunque no tenemos datos concretos sobre el particular⁶. En religión se llamaba Sor Asunción del Beato Reginaldo. Según datos que nos han enviado del dicho convento de Santa Brígida, esta religiosa se llamó *María Asunción Iriondo*, era natural de Azpeitia, tomó el hábito en 1894 y murió el 6 de Febrero de 1911 con 37 años de edad. Era, pues, prácticamente coetánea de Florencia.

Sor Victoria de S. José Gabirondo y otras

— En el convento de MM. Clarisas de Salvatierra de Alava hubo también varias religiosas que en el siglo conocieron y trataron más o menos a Florencia. Una de ellas se llamó en religión *Sor Victoria de San José Gabirondo*. Era hermana del franciscano P. Luis Gabirondo. A raíz

5. *Autob.*, p. 255, p. 274, p. 276. *Itinerario* vol. II, p. 164 (carta de fecha 16 Diciembre 1911).

6. Véase *Itinerario* vol. I, p. 238 (carta de 12 Febrero 1911); *Itin.* I p. 129 (carta de 15-X-1910); *Itin* I p. 186 (carta 8-I-1911).

de la muerte de M. Sorazu escribió a la Concepción de Valladolid pidiendo algunos recuerdos. En dicha carta dice que ella vio muchas veces a Florencia en Tolosa; que dos hermanos de ésta aprendieron el oficio —debe de ser oficio de zapatero— en su casa y que la madre de la interesada atendió en su última enfermedad a la madre de Florencia —ésta murió en Agosto de 1920, justo un año antes que su hija—. Esta religiosa nació en 1870, tomó el hábito en 1892 y falleció en 1924. — Otra: *María de las Mercedes Jusué y Mocoroa*, nacida en 1867 en Tolosa, ingresada en 1892 con el cargo de cantora y fallecida en 1927. — Otra: *M.^a Gregoria de Sta. Margarita Jusué y Mocoroa* —hermana de la anterior—. Nació en Tolosa en 1872, ingresó en 1895 con el cargo de organista y murió en 1922. — Otra, en fin, *Josefa Ignacia de la Soledad Larrarte*, nacida en Alzaga (Guipúzcoa) en 1869, ingresada en 1892 y fallecida en 1934. Esta debió de ser condiscípula de Florencia en los estudios de música ⁷.

Juana Urnau

— Respecto a Juanita, la compañera de diversiones de Florencia, parece se trata de Juana Urnau Aroztegui. Según nos comunica nuestro amigo Fernando Artola, que vive en Fuenterrabía, *Juana Urnau Aroztegui* falleció en esta ciudad el día 1.º de Enero de 1942 a la edad de 72 años. El registro de defunción se encuentra en el libro XIII folio 393 vto. de la Parroquia. Juana Urnau fue, efectivamente, amiga de Florencia. En edad era algo mayor que ella.

7. Véase Libro de Defunciones del convento de Santa Clara, de Salvatierra (Alava).

Su sobrina María Garayalde Urnau da fe de que su tía fue siempre muy religiosa, terciaria franciscana, etc. Había nacido en San Sebastián y trabajado de joven en la Tabacalera. Hablaba muy hermoso euskera. Ella sacó adelante en la vida a cuatro niños huérfanos que dejó su hermana al morir. Vivió también algunos años en América.

La dicha sobrina conserva aún dos cartas escritas a su tía desde el convento de la Concepción de Valladolid en respuesta a las que escribió ella interesándose por su antigua amiga. Conserva asimismo algunos otros recuerdos referentes a M. Sorazu recibidos del dicho convento.

CAPÍTULO III

FR. PEDRO, EL HERMANO FRANCISCANO DE SOR ANGELES (1871-1948)

Hermanos de Florencia

El matrimonio Mariano Sorazu - Antonia Aizpurua tuvo siete hijos. Dos niñas murieron en la primera infancia. Entre los cinco hijos restantes Florencia era la tercera.

José Manuel, que en edad era mayor que Florencia, y Joaquín-Luis, que era más joven que ésta, aprendieron el oficio de zapatero en la casa de Gabirondo. Pero José Manuel se fue fraile franciscano en calidad de hermano lego antes de que Florencia marchase monja.

En cuanto a Joaquín-Luis, éste murió muy joven a principios de siglo —en abril de 1901—. Las gracias y finezas de Dios que para él obtuvo en este trance su hermana, recluida en un convento de clausura, dejarán en ésta honda huella. Sus familiares de Tolosa escribieron a Florencia cómo Joaquín-Luis había muerto «cantando»¹.

Entre los detalles que sobre la familia de Florencia cuenta la sobrina antes citada —Concepción Olascoaga—

1. Autob., p. 186.

tenemos este dato: que todos los hermanos eran muy aficionados a la música, al canto y a los versos. Dicha sobrina incluso recuerda y canta alguna estrofa compuesta por ellos con ocasión de las fiestas navideñas:

Ama ikusi degu
besigu erretzen
aita danboliñakin
gaztaiñak erretzen
aizpa zizarrakain ²
zizar karriatzen
anaia lagunakin
bertsoak botatzen ³

Pero también recuerda esta otra estrofa que alude a hechos luctuosos y tristes:

Aita ta ama negarrez
dirurik ez dute
etxetikan kanpora
bialdu gaituzte
orrelako gauzarikan
ez genduben uste
oraindikan panaderian
ogia zor dute... ⁴

2. *Zizar*, sidra hecha con residuos de la primera fermentación (Diccionario Vasco de Azkue).

3. «Hemos visto a la madre asando besugo, al padre asando castañas con el tamboril, a la hermana trayendo sidra, al hermano haciendo versos con los amigos».

4. «El padre y la madre están llorando. No tienen dinero. Nos han echado fuera de casa. No creíamos tal cosa. Aun tienen a deber el pan en la panadería». — La dicha sobrina refiere también que siendo ella de 6 años, a raíz de la muerte de su madre —ésta murió en 1924 y el padre había muerto antes—, vinieron parientes de Zumaya y se llevaron un buen lote de cartas que guardaban de la tía monja. Actualmente ignoramos el paradero de tales cartas.

El idioma familiar de Florencia

El idioma corriente en la familia de Florencia fue sin duda el vasco. Esto no quiere decir que Florencia no supiera también el castellano: por su vida de fábrica, amigas, lecturas, etc. deducimos que Florencia en esta época era bilingüe, o sea, hablaba el vasco y también el castellano.

Cuando en 1919 M. Angeles envió sus escritos al P. Nazario Pérez, le decía textualmente: «Le suplico que corrija con entera libertad todos los defectos que hallara en los escritos, especialmente en el estilo y forma, porque estoy persuadida de que hablo la lengua castellana incorrectamente, como generalmente lo hacen todas las que hablaron primeramente el vascuence»⁵.

* * *

Fr. Pedro, el hermano franciscano

De entre los hermanos de Florencia dedicamos un breve apartado a José Manuel —en religión Fr. Pedro Regalado—, único que alcanzó longevidad. El P. Arce, historiador de la Custodia de Tierra Santa, escribió sobre él en el *Boletín de Amigos del País*⁶.

José Manuel era en edad más viejo que Florencia. Nació en Zumaya en 1871. Al igual que Florencia, siguió a la familia en todas sus vicisitudes y traslados: Zumaya-Cestona-Zumaya-San Sebastián-Tolosa.

5. Fragmento publicado en el prólogo a *La Vida Espiritual*, 1.^a edición, p. 6.

6. ARCE (AGUSTÍN, OFM), «Aventuras de un misionero de Tierra Santa», B A P (1967), 213-223.

La sobrina Concepción —que vive actualmente en Tolosa— conoció y trató bastante a Fr. Pedro cuando venía de vacaciones. Ella cuenta algunos detalles sobre la vocación religiosa de éste.

José Manuel, cuando cumplió 15 años, pidió permiso a la madre para irse fraile. La madre le dijo: —¿Qué te crees: que ir fraile es lo mismo que cantar? Te daré la respuesta de aquí a un año.

Observa la sobrina que todos los hermanos de la familia eran muy aficionados a la música y al canto, y que a esto aludía la respuesta de la madre.

Al cumplirse el plazo del año, fue la propia madre la que interpeló al hijo:

— ¿Te acuerdas de lo que me dijiste hoy hace un año?

— Sí, por cierto.

— Pues si persistes en tu idea puedes irte.

José Manuel ingresó para hermano lego en los franciscanos de Zarauz. Acompañado de su propia madre, hizo a pie por monte el viaje desde Tolosa a Zarauz, bebiendo agua en todas las fuentes y arroyos que encontraban en el camino⁷. En Zarauz estuvo tres años en calidad de aspirante.

En el mismo convento de Zarauz había otro aspirante: Martín Larburu, de Urnieta. Por la lectura de las revistas de Misiones, concibieron ambos la idea de ir a prestar sus servicios a Tierra Santa, donde los franciscanos custodian los Santuarios de los lugares en que se realizaron los misterios de la vida de Jesús. Por carta se entendieron con el Custodio de Tierra Santa —italiano—, y a principios de 1890 salieron de Zarauz con dirección a Marsella. Aquí se dieron cuenta de que no llevaban dinero suficiente para pagar el pasaje del barco. Telegrafieron a Je-

7. «Tolosatik Jerusalemeta», *Aránzazu* (1968), 18.

rusalén, y el Custodio autorizó al Comisario de Tierra Santa en Marsella para que les pagase el viaje.

En Tierra Santa José Manuel fue destinado al Santo Sepulcro, con el cargo de sacristán; aquí tuvo de Guardián al P. Guereca, vizcaíno, de la Provincia de Cantabria. Después fue destinado a Alejandría (Egipto), y encargado de las compras y demás negocios económicos de aquella comunidad en vista de la destreza que mostraba para el manejo de estos asuntos.

En 1894 hizo en Nazaret el Noviciado. Aquí cambió el nombre, tomando el de Pedro Regalado. A poco de profesar fue enviado de nuevo a Alejandría, donde le estimaban por su habilidad en la administración económica. En Alejandría hizo su profesión solemne en 1898. En dicha ciudad permaneció once años continuos. Por afición y caridad hacia sus hermanos en religión, se dedicó al estudio de la medicina y farmacia; no le faltaban para ello buenos libros y otros religiosos competentes, de quien poder aprender. Por ello, ya en Alejandría, le confiaron el cuidado de los enfermos.

En 1905 los superiores le ponen al frente de la enfermería y clínica del convento central de la Custodia, en Jerusalén —convento del Santísimo Salvador—.

Pero hacia 1913 comienza a agriarse la convivencia entre los religiosos de la Custodia por cuestiones de nacionalidad. Como supervivencia, sin duda, de los siglos en que España y Francia representaban los intereses de la Catolicidad ante el Imperio Turco, los religiosos de estas naciones tenían —y, en parte, aún conservan— ciertos derechos: determinados puestos debían conferirse a religiosos de dichas naciones, etc. Los superiores italianos empezaron a manifestar sin rebozo su intención o propósito de anular tales privilegios. Pero esto provocó el resentimiento.

miento y la inmediata reacción de los frailes de estos países.

En consecuencia Fr. Pedro en 1913 se desincorpora de la Custodia de Tierra Santa y se incorpora a la Provincia de Santiago de Compostela —sin dejar, por esto, de seguir prestando sus servicios en la Custodia—. Sin duda, como dice el P. Arce, escogió la Provincia de Santiago y no la de Cantabria, para poder residir en Tierra Santa o ir, si llegara el caso, a la misión de Marruecos, ya que dicha Provincia tiene vinculación particular con estas dos misiones.

A todo esto, en 1914 estalla la guerra europea. Turquía, que dominaba en Tierra Santa, expulsó a los frailes de las naciones del bando aliado —no a los italianos, que sólo al fin entraron en la contienda—. Se rumoreaba que también España iba a entrar en la guerra.

La situación se hacía problemática. Pesaban además en el ánimo los disgustos por los planes del P. Custodio, a los que antes nos hemos referido. Varios religiosos españoles pidieron permiso para regresar a España, y el P. Custodio se lo negó. Un día el cónsul español recibió un telegrama en que se decía que todos los que quisieran marcharse aprovecharían el primer vapor, pues tal vez no iba a haber ya otro. Ante esto, quince religiosos españoles —entre los cuales estaba Fr. Pedro—, en cuanto supieron que llegaba el vapor, con acuerdo del Sr. Cónsul se fueron a Jafa y embarcaron. En Alejandría —donde estuvieron algunos días— pidieron obediencia al P. General, el cual se la mandó inmediatamente; y con viaje pagado por el Cónsul español regresaron a España.

La misma tarde que se marcharon el Custodio los excomulgó en pleno refectorio, pronunciando sus nombres uno a uno, y les privó del derecho a los sufragios de la Custodia. Además los Superiores de la Custodia decreta-

ron que no se permitiese la vuelta a Tierra Santa a ninguno de los que tomaron parte en esta histórica fuga.

En consecuencia Fr. Pedro permaneció en la Provincia de Santiago ocho años y medio, o sea, desde 1914 a 1923. Precisamente cuando murió su hermana, Fr. Pedro se hallaba en Santiago de Compostela. En el archivo de la Concepción de Valladolid hay cartas de él escritas a raíz de la muerte de M. Angeles, y también alguna escrita más tarde desde Tierra Santa.

Como se puede suponer, la hermana estaba al corriente de todo lo sucedido, porque el propio Fr. Pedro se lo contó. Incluso —así lo afirma el P. Arce— aseguró a su hermano que regresaría a Tierra Santa, lo cual parecía de todo punto imposible, dada la prohibición que pesaba sobre los que habían tomado parte en la odisea. Pero la cosa se realizó en 1923, después de muerta M. Angeles. En efecto, Fr. Pedro fue el único del grupo de los quince religiosos que pudo volver a Tierra Santa y quedarse allí.

La cosa ocurrió de esta manera. En 1923 Fr. Pedro solicita para Tierra Santa sin indicar, a lo que parece, que él era uno de los que se marcharon en las circunstancias que hemos referido. En la Custodia le dieron el permiso pensando que no era de los del grupo de marras. Para velar su identidad personal debió de servirse de una pequeña treta, que le dio resultado: su nombre religioso era Pedro Regalado y su apellido Sorazu, pero sabiendo él cómo era conocido y nombrado comúnmente por los frailes de la Custodia, omitió, en la solicitud, el apelativo por el que era conocido y puso únicamente el otro.

Claro que tan pronto como llegó a Jerusalén fue reconocido, y el P. Custodio ordenó su inmediato retorno a España. Fr. Pedro comenzó a dar los pasos para volver, con el visado del pasaporte. Pero el cónsul español, Sr.

Jaurrieta, le retuvo el pasaporte y no quiso devolvérselo. Todo cuanto se hizo fue inútil, y así, por necesidad, tuvo que quedarse. Que era lo que él quería, desde luego; y con ello también la Custodia salió ganando.

Fue nombrado enfermero en Jerusalén y luego en Ramleh. El recuerdo más vivo que Fr. Pedro dejó entre los religiosos de Tierra Santa fue el de excelente enfermero.

Murió en Jerusalén el 18 de Diciembre de 1948.

Nunca fue hablador, dice el P. Arce, que lo conoció y trató. Muy observador de las prácticas religiosas y metódico. Siempre formó parte de la Coral de Tierra Santa como cantor.

Fr. Pedro está enterrado en el cementerio que los religiosos franciscanos tienen en Getsemaní.

* * *

Relaciones de Fr. Pedro con su hermana

Además de las visitas que le hacía cuando venía de vacaciones —de diez en diez años⁸—, sabemos que Fr. Pedro se escribía con Sor Angeles. Tanto el P. Arce —historiador de la Custodia Franciscana de Tierra Santa— como el P. Miguel Quecedo, de la Provincia de Santiago —que conoció también muy de cerca a Fr. Pedro— confirman este extremo. A ambos nos dirigimos queriendo averiguar si en Jerusalén o en Santiago se conserva algo de esta correspondencia epistolar. Ambos nos contestaron que no, o que al menos no tienen la menor noticia de ello.

En la Autobiografía, al referir las cosas de su vida por el año 1904, Sor Angeles hace esta curiosa puntualiza-

8. Una de estas visitas —probablemente la primera— fue en Junio de 1899. Cf. *Itinerario* II, p. 236.

ción: «Unos minutos antes de las once despertaba (tenía despertador)»⁹.

Este despertador se lo compró y proporcionó su hermano en una de estas venidas que, como hemos dicho, hacía cada diez años, y se lo compró por petición de ella, pues para cumplir su propósito de levantarse a orar tan pronto como despertase del primer sueño, tropezaba con la dificultad de que a veces se dormía. Este propósito de levantarse a orar cuando despertara del «primer sueño» fue uno de los más fundamentales de la vida de M. Sorazu. Hay muchas referencias a él en la Autobiografía¹⁰.

A veces, como hermano, Fr. Pedro se permitía gastar algunas bromas a su hermana. Sor Natividad de la Puebla nos dice que en cierta ocasión le escribió diciéndole que se había hecho protestante, musulmán o no sé qué. Ella, no pudiendo contener el llanto, se fue con la carta delante de Jesús Sacramentado a quejarse de que hubiese permitido que sucediera tal cosa a su hermano. Seguidamente escribió a éste diciéndole que confiase mucho en la misericordia de Dios, que se convirtiese, etc. A los pocos días llegó nueva carta de Fr. Pedro diciendo que le había escrito aquello para probarla... Dice la informante de este episodio que Sor Angeles pasó unos días malísimos con aquella noticia¹¹.

Cuando Fr. Pedro residía en Santiago —después de su célebre partida de Tierra Santa—, también se cartearba con M. Angeles. Alguna vez ésta le envió algunos dibujos suyos sobre motivos espirituales. Parece que él le correspondió dibujándole barcos... Sin duda que en su larga estancia de Alejandría había tenido ocasión de contemplar muchos.

9. O. Cit., libro IV, cap. 2, p. 269.

10. Cf. pp. 61, 76, 118, 121, 132, etc.

11. Testimonio 3.º de Sor Natividad, p. 56.

No obstante estas salidas y ocurrencias, Fr. Pedro, según nos informó el P. Quecedo, apreciaba y amaba mucho a su hermana.

El P. Quecedo decía también, refiriéndose a Fr. Pedro: «Era un carácter muy original».

Una vez que el P. Quecedo tuvo que ir de Santiago a Valladolid, llevó carta de Fr. Pedro para la M. Angeles. Entonces dicho Padre tuvo ocasión de saludar a ésta. Dice que era gruesa, al estilo de su hermano, pero no recordaba ningún otro dato particular o de interés.

El mismo P. Quecedo decía también que alguna vez Fr. Pedro le mostró cartas de su hermana con un cierto orgullo, diciendo: «Mira, ésta que antes apenas sabía castellano, ¡cómo escribe ahora!»¹².

En la segunda época de su estancia en Tierra Santa —o sea, después de muerta su hermana—, Fr. Pedro convivió allí con dos franciscanos tolosanos, que habían conocido a Florencia en su vida seglar: los PP. Cándido Beraza y Luis Gabirondo, de la Provincia de Cantabria¹³. Estos se mostraban muy entusiastas de la veneración de su paisana; Fr. Pedro, en cambio, prefería inhibirse y guardar silencio. «Fr. Pedro nada dice», escribe acerca de esto el P. Andrés Ocerin-Jáuregui en una carta enviada desde Belén en 1925 y que se guarda en la Concepción de Valladolid.

A veces, cuando le abordaban con preguntas sobre su hermana, se salía por la tangente, diciendo: «Era buena bailarina, sabía bailar muy bien». Este detalle, que corresponde al período de los 15-16 años de la vida de Floren-

12. El P. Miguel Quecedo nació en Gumiel del Mercado (Burgos) en 1896. Tomó el hábito en 1912, se ordenó de sacerdote en 1920. Fue misionero de Tierra Santa. A Fr. Pedro le trató tanto en España como en Tierra Santa.

13. El P. Cándido Beraza murió en San Sebastián en 1939. El P. Luis Gabirondo murió en Olite (Navarra) en 1943.

cia, seguramente que no lo supo Fr. Pedro sino por la lectura de la Autobiografía impresa, que apareció en 1929, pues se refiere a una época en que él había partido ya de casa. Precisamente la propia interesada nos dice que para aliviar la pena que le causó la partida del hermano, la hermana mayor, Concepción, se fue a San Sebastián a pasar una temporada con unos parientes, con lo cual Florencia se quedó en cierto modo sola, sin el apoyo de los hermanos mayores, y en parte esto fue causa de su crisis o disipación¹⁴.

En la extensa correspondencia de M. Sorazu con el P. Mariano se encuentran, aquí y allá, algunas referencias fugaces a su hermano¹⁵.

14. *Autobiografía*, p. 23.

15. Véase *Itinerario* vol. II, p. 47, p. 76, p. 236; III, p. 119. — Al fin de la carta antes citada, dirigida a su hermana María y que se guarda en los Corazonistas de Tolosa, M. Angeles escribe: «Hace pocos días, me escribió Fr. Pedro. Está contento y muy bien. Pronto le escribiré, y le contaré tus hazañas apostólicas para que se ría un poco. El P. Provincial también me escribió. Es de Orio, y quiere mucho a Fr. Pedro». Las «hazañas apostólicas» a que alude son los desvelos de María por la implantación de los Jueves Eucarísticos en Tolosa; y el P. Provincial no es otro que el de la Provincia franciscana de Santiago, donde se hallaba a la sazón Fr. Pedro.

CAPÍTULO IV

INGRESO DE FLORENCIA EN EL CLAUSTRO Y PRIMEROS AÑOS DE VIDA RELIGIOSA (HASTA QUE FUE NOMBRADA ABADESA)

(1891-1904)

El día 25 de Agosto de 1891, de dos y media a tres de la tarde, Florencia toma el tren en Tolosa para Valladolid. La acompaña en el viaje su confesor D. Francisco Tellechea. El día 26 por la tarde hizo su entrada en el «sagrado claustro»¹.

A la sazón la Comunidad de la Concepción se componía de solas ocho monjas, de las cuales una era hermana lega, y las restantes, religiosas de coro. Poco antes habían muerto dos religiosas jóvenes y dos ancianas. La perspectiva no era, pues, nada halagüeña.

El mes de postulante lo pasó —según confiesa ella— más triste que alegre. Por un lado, no dejaba de ver el relativo estado de relajación en que se hallaba la Comunidad y lo difícil que le iba a ser responder en ella a su vocación²; por otro, sentía con viveza la separación de

1. *Autobiografía*, p. 40.

2. Conocía los designios de Dios en su vocación religiosa «con bastante claridad» (*Autob.*, p. 42).

sus padres y hermanos. Expuso sus temores, relacionados con la observancia de la Regla, a la Maestra —que a la vez era Abadesa—; ésta le prometió que le daría todas las facilidades para que pudiera cumplir la Regla, y le aconsejó que tomara el hábito. Lo tomó, en efecto, el día de San Miguel, 29 de Septiembre. Entonces le cambiaron el nombre de Florencia por el de Sor María de los Angeles.

También el año de Noviciado confiesa haberlo pasado en una cierta aridez y sumida en sufrimientos, sobre todo interiores. Reconoce que en parte ella misma era la responsable de este estado, ya que no ponía al confesor al corriente de su vocación e interioridades. Los sufrimientos interiores provenían de incertidumbre y ansiedades respecto al estado de su conciencia —esta crisis la asaltó ya en el último año de su vida seglar—. Además tenía como una convicción de haberse equivocado al dejar a las Capuchinas de Caspe por las Concepcionistas de Valladolid. Sentía una continua tentación de abandonar esta Comunidad para entrar en otra más observante, donde pudiera responder a su vocación sin necesidad de singularizarse³. Véase privada de todo consuelo «divino y humano»⁴.

Mas, por otra parte, el cariño y deferencias de que le daban muestras las religiosas la ayudó a superar la tentación de abandonar la Comunidad, pues no le cabía en el corazón dejar a unas religiosas que cifraban en ella sus esperanzas. También sentía al vivo la ausencia de sus padres y hermanos; pero el amor a Dios y la justa estima de la vocación religiosa⁵ la ayudaron a vencer la tentación que por este concepto sufrió.

3. *Autob.*, p. 43.

4. *Autob.*, p. 44.

5. «Apreciaba en su justo valor la vocación religiosa», *Autob.*, p. 45.

El 6 de Octubre del año de 1892 hizo Sor Angeles su profesión solemne —única que entonces se hacía—, y empezó a cumplir sus votos y la Regla con la perfección que Dios le exigía, lo cual no dejó de ocasionarle tribulaciones por parte de las religiosas; pero ella estaba dispuesta a morir antes que ser infiel a sus juramentos ⁶.

La revelación de la vida mariana

Esta fecha de la profesión está relacionada en la vida de Sor Angeles con el descubrimiento o revelación de la vida mariana, que ha de desempeñar un papel capital en su itinerario espiritual. Cuando, muchos años más tarde, Sor Angeles lea el libro *Vida Mariana*, del P. Nazario Pérez S. J., y se entere por él de lo que es la perfecta consagración a la Virgen y de la doctrina espiritual del entonces Beato, hoy Santo, L. M.^a Grignon de Montfort, dará gracias a Dios de que esto mismo en sustancia, y sin intermediarios humanos, se le hubiese descubierto en aquella fecha o momento de su profesión.

Sor Angeles, pues, al iniciar su vida religiosa se consagró a la Virgen, la escogió por su protectora, Maestra, Directora y Reina, pidiéndole que aceptase los cargos que le confiaba. Y reconoce que este fue el principio de su vida espiritual ⁷.

Por lo demás, el conservarse en una pureza total de afectos era su principal preocupación ⁸.

6. *Autob.*, pp. 47-48.

7. *Autob.*, p. 49.

8. «Dejé a mis padres y hermanos que tanto amaba, y vine a esta tierra extraña donde nada me gusta ni satisface el corazón, y después de haber sacrificado todo cuanto amaba en la tierra ¿pondré mi afecto en criaturas desconocidas para mí? No, Dios, y solo Dios será en adelante el único objeto de mi amor, solo Dios, solo Dios», *Autob.*, p. 45.

Poco después de Sor Angeles ingresan en el convento dos nuevas religiosas jóvenes: una guipuzcoana, en calidad de hermana lega —Juana Francisca Lasa, en religión Sor Visitación; murió en 1926—; y la otra, religiosa de coro, Sor Concepción Prendes, asturiana, que murió en 1939. Sor Angeles intimó con las dos jóvenes, procurando inculcarles sus sentimientos respecto a la santidad de la vida religiosa. Sor Concepción Prendes es autora de uno de los testimonios que se conservan sobre la vida y virtudes de la Madre Sorazu.

Los oficios que desempeñó en esta primera época —aparte del de cantora— fueron los siguientes: ayudar a la hermana lega en los quehaceres de la cocina y en el aseo del convento, hasta que vino otra. Luego, a los pocos días de su profesión, le confiaron el cargo de tornera segunda.

La segunda conversión

El día 15 de Agosto de 1893, con una intervención de San Francisco que ella no sabe cómo explicar², tiene lugar la *segunda conversión*. Propone consagrar a la oración todo el tiempo libre de sus obligaciones, quitar al sueño de la noche una o dos horas para practicar sus ejercicios de piedad, abstraerse del comercio —innecesario en las religiosas—, mortificarse con el ayuno y penitencias, meditar en la Pasión y en los Novísimos, etc.

En este mismo momento se inicia también en su vida lo que denomina *Purgatorio de la vida espiritual* o época de purgación y purificación, descrita en la Autobiografía muy por extenso y al detalle. Es, sin duda, uno de los relatos de noche mística más logrados, pormenorizados y

9. *Autob.*, p. 59.

emotivos que conocemos¹⁰. Nosotros no vamos a exponer aquí las vicisitudes de esta fase mística, pues ello no parece propio de este breve resumen biográfico, que es principalmente externo. Por la misma razón tampoco vamos a detenernos en la descripción de la entrega de Dios que tuvo lugar el 25 de Septiembre de 1894 y del estado de unión que a dicha entrega siguió. Todo ello está también descrito en páginas insuperables, de gran valor literario, en la *Autobiografía*¹¹.

Después de unos tres meses vividos en este estado de unión se produce un descenso a un estado más ordinario¹².

En este estado, caracterizado por la nostalgia de la unión perdida, considerándose peregrina en el mundo, sola en medio de las religiosas y de la creación entera, perseverará largos años, buscando ansiosamente a sus amores, Jesús y María, en la contemplación de los misterios de la vida terrena de Cristo.

* * *

En el convento de Jesús-María

De Septiembre de 1895 a Junio de 1898 Sor Angeles, juntamente con toda su Comunidad, vivirá en otro convento: en el de Jesús-María, convento también de Concepcionistas, en la misma ciudad de Valladolid. Este traslado temporal fue ordenado por la autoridad eclesiástica, en vista del estado ruinoso del edificio, hasta tanto que se hicieran en él las debidas reparaciones.

10. *Autob.*, p. 65ss.

11. *Autob.*, p. 108ss.

12. *Autob.*, p. 115.

El convento de Jesús-María estaba situado en el extremo norte de la ciudad de Valladolid¹³.

De trece religiosas se componía la Comunidad de Sor Angeles que se trasladó con carácter temporal a Jesús-María. Cuando retornaron —en 1898— constaba ya de catorce. Por cierto que estuvieron a punto de no poder volver, pues el vecindario se oponía al regreso y pedía que la Comunidad de la Concepción se fusionase con la de Jesús-María. Pero gracias a la protección de almas buenas que las ayudaron, pudieron las monjas realizar las obras de reparación y retornar a su monasterio después de casi tres años de ausencia.

Durante el tiempo que permaneció en Jesús-María, la vida de Sor Angeles no presenta ningún hecho de relieve particular, fuera tal vez del descubrimiento bibliográfico de los Evangelios, que nos narra en la Autobiografía¹⁴. Hasta ahora Sor Angeles no había conocido evangelios en lengua vulgar ni sabía que existieran. Al topar con un ejemplar de ellos su felicidad no tuvo límites.

Por efecto, sin duda, de los grandes ayunos y privaciones que se imponía, tuvo por este tiempo —Nochebuena de 1897— una especie de ataque¹⁵. La consecuencia fue que las monjas le quitaron los ayunos, aunque esta prohibición no debió de durar mucho.

En esta época con frecuencia padecía Sor Angeles ansiedades de conciencia. Conocía que la gracia le pedía que tuviera dirección espiritual, pero no veía modo de hacerlo. Sentía una dificultad invencible para franquearse con los ministros de Dios, fuera de lo imprescindible en el sacramento de la Penitencia. Preguntaba a las monjas a

13. Actualmente esta Comunidad se ha trasladado de lugar y edificado nuevo convento cerca del cementerio de la ciudad, más allá del barrio de San Pedro Regalado.

14. *Autob.*, p. 138.

15. *Autob.*, p. 143.

ver dónde había un convento de Padres de la Orden, y éstas le decían que en La Aguilera (Burgos) ¹⁶.

Efectivamente, por aquellas fechas, en la ciudad de Valladolid no había ningún convento de Franciscanos ni Capuchinos. El convento franciscano geográficamente más próximo era el mencionado de La Aguilera.

El P. Andrés de Ocerin-Jáuregui, vizcaíno, morador a la sazón del convento de La Aguilera, conoció y trató por primera vez a Sor Angeles en el tiempo en que ésta se hallaba en el convento de Jesús-María ¹⁷. Cuando Sor Angeles se decida a someterse a la dirección, éste será su primer director.

Por lo demás, mientras Sor Angeles estuvo en Jesús-María, no tuvo otras ocupaciones externas que la de ayudar en el canto de las funciones y en las labores que le mandaba la obediencia ¹⁸.

Por razón del oficio de cantora, trató un poco más de cerca con la M. Valeriana, que era la cantora de oficio de la Comunidad de Jesús-María. Esta religiosa apreció y amó tanto a la M. Angeles, que llegó a decir que ella no podría superar el desgarrón de la separación, cuando Sor Angeles volviera a su convento. Y así sucedió, en efecto, pues murió al mes justo de haberse separado las dos Comunidades ¹⁹.

Sor Natividad de la Puebla comenta así este hecho: «Esta religiosa decía que le había hecho más bien la conversación de Sor Angeles que todos los sermones que había oído a todos los Predicadores en el tiempo que llevaba en el convento, y sus ejemplos más que todo lo leído en los libros; a la verdad, Madre Valeriana amó ver-

16. Véase *Autob.*, p. 54 nota.

17. Véase *Autob.*, p. 127 nota.

18. *Autob.*, p. 146.

19. *Autob.*, p. 147 nota. — Madre Valeriana murió el 20 de Julio de 1898 a los 57 años de edad y 41 de religión.

daderamente a Madre Angeles con ese amor puro y santo que se tienen dos seres que aspiran a ayudarse mutuamente en el camino de la virtud y perfección»²⁰.

Para comprender este episodio es preciso tener en cuenta que Sor Angeles para estas fechas había gustado gracias y favores místicos muy altos, y en lo espiritual se hallaba muy aventajada; por lo que, quien la tratara con alguna intimidad, no podía dejar de percibir los efectos y frutos que emanan de estas almas favorecidas por la gracia. Sin duda, esto fue lo que le pasó a la M. Valeriana. Se benefició ampliamente del trato con la M. Angeles, aunque luego su separación le costó la vida.

* * *

Retorno al propio convento

Uno de los dones o favores que con más frecuencia experimentaba Sor Angeles era el de sentir vivamente la presencia de Dios en la naturaleza²¹.

Tal vez por esta razón, en el período inmediato a su regreso de Jesús-María se dedicó al cultivo de las flores en el exiguo huerto de su convento. Ayudábala en estas labores una religiosa leonesa que también intimó mucho con M. Angeles: Sor María de Jesús, fallecida en 1907 con 36 años de edad²².

En Mayo de 1900 fallece su padre, Mariano, en la lejana Tolosa. Sor Angeles había amado a su padre con un amor muy vivo, como se desprende de varios detalles y

20. Sor Natividad de la Puebla, Testimonio 2.º, p. 46.

21. En la *Autobiografía* hay descripciones preciosas de este don o experiencia; véase por ej., págs. 120, 129, 136, 148, 353, etc. Véase también *Itinerario* I, p. 150.

22. *Autob.*, p. 147 nota.

episodios de su vida²³. En la Autobiografía nos ha dejado constancia de lo que experimentó con ocasión de su muerte y de las gracias que con este motivo recibió²⁴.

La noche del 31 de Diciembre del año 1900, por iniciativa de Sor Angeles, la Comunidad de la Concepción celebró una memorable función de hacimiento de gracias a Dios por todo el culto tributado a la Virgen en dicho siglo, y singularmente por la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. Sor Angeles se sintió aquella noche poseída del Espíritu, llamada a coronar todo este culto, a dar gracias al Señor por él y a iniciar el que tributaría a la Señora el siglo xx. Debió de ser éste uno de los actos con que Sor Angeles comenzó a destacarse algún tanto a los ojos de la Comunidad, pues, por lo demás, ella cifraba todo su empeño en el ocultamiento y en pasar desapercibida²⁵.

A los pocos meses, por Abril de 1901, fallece en Tolosa su hermano Joaquín-Luis, único varón que quedaba en casa. Sor Angeles se hacía perfecto cargo de la situación de desamparo en que quedaban sumidas su madre y hermana. Arrojando en Jesús todos sus cuidados, obtuvo para su hermano la más preciosa de las muertes²⁶.

23. *Autob.*, p. 97.

24. *Autob.*, p. 168. — Hay en la biografía de M. Sorazu —especialmente con ocasión del fallecimiento de familiares, pero también en otros hechos— ciertos detalles que hacen pensar que pudieron existir en ella ciertas dotes o facultades de telepatía, o capacidad innata para ciertos fenómenos de esos que registra y estudia la parapsicología. Nosotros, naturalmente, no vamos a dilucidar esta cuestión. Con ello, por otra parte, no se quita ni se pone nada a la realidad y verdad de su vida mística, ni a la bondad de su espíritu, solidez de virtudes, etc. — Véase, por ejemplo, la carta al P. Mariano de 5-IV-1911; *Itin.* I, p. 261 donde refiere ciertos conocimientos que tal vez hayan de explicarse así.

25. La descripción de esta función de fin de siglo está en la *Autobiografía*, p. 178.

26. *Autob.*, p. 186.

Sor Angeles desempeñó el oficio de cantora y directora de la «Schola cantorum» de la Comunidad por espacio de trece años, o sea, de 1891 a 1904. Pero ya para esta fecha tenía su hermosa voz casi enteramente perdida, sin duda por sus excesos en los ayunos y penitencias. La razón de estas penitencias y ayunos era la imperiosa necesidad que sentía de identificarse con Jesús paciente, pobre, etc., de modo que se le hacía violentísimo e imposible el no acompañarle, el procurarse alivios para defenderse del rigor del frío, etc.²⁷.

Al verse inútil para cumplir su oficio, pidió a su difunto hermano le alcanzara la dote para que pudiera ser relevada del cargo de cantora. Una señora de Valladolid, que luego ingresó religiosa en el convento, fue la que proporcionó la dote a Sor Angeles. Una nueva religiosa, Sor Natividad de la Puebla, entró a sucederla como cantora²⁸.

El ultimátum del cielo

Pero había un punto en que Sor Angeles seguía recalitrante, sin cumplir lo que la gracia le pedía: era el punto de la dirección espiritual. Vivía una vida espiritual intensa. Conocía que Dios le pedía que se confiara a la dirección, ella misma lo deseaba, pero retrocedía ante el cúmulo de dificultades que se le antojaban montañas. Los ministros de Dios ignoraban en absoluto las gracias que había recibido, así como su vocación singular, por la sencilla razón de que ella misma no se franqueaba por una humildad mal entendida, vergüenza, etc.

27. Cf. *Autob.*, p. 140.

28. Sor Natividad falleció en 1960. Ha dejado escritos tres extensos testimonios acerca de la M. Angeles Sorazu.

Pero llegó el momento en que Dios no le iba a esperar más. El 10 de Diciembre de 1903 se le muestra disgustado por su tardanza en cumplir la orden relativa a la dirección, y le amenaza con abandonarla para siempre, si no pone en ejecución esta orden²⁹. La tribulación en que con este motivo se metió ella misma fue la más grande de todas las que había padecido hasta entonces³⁰.

En consecuencia, por Enero de 1904 empieza a dirigirse con el P. Andrés de Ocerin-Jáuregui OFM, que vivía en el convento de La Aguilera y con alguna frecuencia venía a Valladolid³¹.

Ya anteriormente se había relacionado Sor Angeles con este Padre, como hemos dicho. Incluso alguna vez había recibido de él una reprensión bastante dolorosa³².

La razón por la que ella misma entendió que necesitaba de dirección es significativa, pues nos descubre un rasgo importante de su talante espiritual. Dicha razón es la siguiente: necesitaba de dirección porque derrochaba las gracias o hacía poco aprecio de ellas, y tenía necesidad de que el ministro de Dios le enseñase esto, es decir, le enseñase a tener en más consideración las gracias y a corresponder mejor a ellas. Efectivamente, para estas fechas Sor Angeles había recibido gracias y favores inauditos, extraordinarios; pero supuesto que se le hacían a ella, pecadora, concluía lógicamente que no debían de valer gran cosa. Se inclinaba a negar su realidad, y si esto

29. *Autob.*, p. 251.

30. *Autob.*, p. 253.

31. M. Sorazu nos dirá que este director —al igual que los siguientes— le fue señalado por el mismo Dios: *Autob.*, p. 253.

32. Véase *Autob.*, p. 223.—La causa de la reprensión fue que dicho Padre introdujo en la Comunidad ciertas reformas contando para ello con el apoyo y colaboración de Sor Angeles, la cual al principio secundó estas iniciativas, pero viendo que la Comunidad estaba dividida y que las ancianas no estaban conformes, por amor a la paz y a la unión, dejó de apoyar las citadas reformas, lo cual el dicho Padre llevó muy a mal.

no podía, a tener en poco dichas gracias. Pero esta actitud constituía un serio obstáculo para corresponder a los designios de Dios³³.

En la correspondencia epistolar con el tercer director, P. Mariano de Vega, hay numerosos pasajes que abundan en estas mismas ideas³⁴.

Otra razón que apunta es que Dios no quería confiarle el cargo de Abadesa mientras no tuviera Director. Por ende, con su dilación en cumplir esto que Dios le pedía, era ella la responsable del malestar que reinaba y de las faltas que se cometían en la Comunidad³⁵.

En la Autobiografía hay numerosos datos por los que se colige que por aquellas fechas la Comunidad se hallaba dividida, había bandos en ella, faltas de caridad, estado de relajación y decadencia, etc. La situación de Sor Angeles solía ser bastante delicada, por cuanto no quería pertenecer a ningún bando y venía a ser un poco el paño de lágrimas de todas, especialmente de las más infortunadas³⁶.

En realidad, el entender que tan pronto como tuviera Director sería hecha abadesa, fue una razón más para que no lo quisiera tener. Sor Angeles durante toda su vida religiosa huyó del comercio humano y de las obras externas, buscando la soledad y el retiro para darse del todo a la oración y contemplación. Ante el temor de que el cargo le pudiera arrebatar este bien, hizo lo posible para evitar lo que veía venir³⁷.

33. *Autob.*, p. 175.

34. Véanse algunos: No quiere fijarse en los dones, *Itinerario* vol II (carta de 21-4-1912), p. 217; no da importancia a los dones, *Itinerario*, vol. III (16-1-1921), p. 251, etc. Más abajo hablaremos más en particular de esta actitud de M. Sorazu, que, corregida de lo que pudiera tener de defectuoso, persiste como un elemento constitutivo de su espiritualidad.

35. *Autob.*, p. 252.

36. Vide *Autob.*, pp. 164, 202, 236.

37. *Autob.*, p. 248-249.

No obstante, al recibir esa especie de ultimátum, se rindió. El P. Ocerin, después de una primera negativa, accedió a ser su director³⁸.

Con todo, no parece que Sor Angeles lograra vencer del todo su repugnancia a franquearse enteramente hasta que en 1905 empezó a dirigirse con el Sr. Deán, que fue su segundo Director.

Al mes de haberse confiado a la dirección del P. Ocerin, es elegida Sor Angeles Abadesa (21-2-1904). Cuenta 31 años de edad. Con ello empieza un nuevo período de su vida.

38. El P. Andrés de Ocerin-Jáuregui, franciscano, era natural de Ceánuri (Vizcaya). Desempeñó grandes cargos en la Orden. Fue Rector y Guardián, Vicario y Maestro de Novicios de La Aguilera, cuando este convento era independiente. Fue también profesor en dicho convento. Definidor provincial de la Provincia de Cantabria, Vicario General de España, promotor del Congreso Nacional de la Tercera Orden de 1914, afamado misionero y autor de numerosos escritos ascético-místicos. Murió en Portugalete (Vizcaya) en 1943, a los 79 años de edad y 63 de hábito. El P. Ocerin fue a La Aguilera como profesor —era Lector General— a petición de dicho convento, que solicitó este género de ayuda tanto a la Provincia de Cantabria como a la de Santiago. Véase CARRIÓN (LUIS, OFM), *Historia documentada del convento Domus Dei de la Aguilera*; Madrid, 1930.

A juzgar por los que le conocieron de cerca, el P. Ocerin estaba dotado de grandes dotes para la acción externa; era más activo e impulsivo que reflexivo y ponderado. Alguien dijo de él que era de esos hombres para quienes en el verbo está de más el modo subjuntivo y sólo cuenta el indicativo y el imperativo. Incluso parece que sostenía que tratándose de cosas que glorifican a Dios importan poco las exageraciones y las afirmaciones poco exactas. De hecho algunas afirmaciones suyas sobre la M. Sorazu fueron matizadas y rectificadas en parte por el P. Mariano de Vega, tercer director de M. Sorazu.

CAPÍTULO V

SEGUNDA PARTE DE LA VIDA RELIGIOSA DE M. SORAZU

(DESDE QUE FUE NOMBRADA ABADESA HASTA SU MUERTE)
(1904-1921)

El 21 de Febrero de 1904 hubo elección en el convento. De doce religiosas votantes obtuvo la M. Sor Angeles Sorazu once votos, y la M. Sor M.^a del Rosario, uno. Actuó de Presidente en la elección, en calidad de delegado del Sr. Arzobispo, el Deán de la Catedral D. José Hospital. Acompañaba a éste, entre otros sacerdotes, D. Teodoro Lefler, párroco de S. Nicolás y confesor ordinario de la Comunidad¹.

A la verdad, no era ésta la primera vez que las electoras habían manifestado con su voto que querían a la M. Angeles para Abadesa. Ya en 1898, en 1900 y en 1903, en otras tantas elecciones, obtuvo la mayoría, pero, por falta de la edad requerida por los cánones, el Sr. Ciudad, obispo auxiliar del Cardenal Cascajares, se negó a confirmar la elección².

1. *Autob.*, p. 258 nota.

2. *Autob.*, p. 257 nota.

En los años que precedieron inmediatamente a su elección definitiva como Abadesa, Sor Angeles había desempeñado los cargos de tornera, Vicaria de la Comunidad y Maestra de Novicias³.

Por cierto que durante el tiempo en que fue Maestra de Novicias, según dice Sor Natividad⁴, no tuvo más que una novicia, y por más diligencias y empeño que puso en su formación, fue todo inútil —se trataba de una que ya anteriormente había estado en otros conventos y había salido de todos—. De acuerdo con las Madres fue despedida dicha novicia, siendo causa este despido de algunos disgustos que se le siguieron a la Maestra, es decir, a M. Angeles. Esta fue Maestra de Novicias de 1900 a 1904.

Al ser ahora elegida Abadesa, en el mismo acto de la elección dijo en presencia de todos los asistentes que no aceptaría el cargo sino con la condición de que las religiosas aceptasen como verdadera Abadesa de la Comunidad a la Ssma. Virgen. La Comunidad aceptó la proposición y acto seguido el Visitador confirmó el nombramiento⁵. Meses más tarde, y coincidiendo con la conmemoración del 50 aniversario de la definición del dogma de la Inmaculada, la Comunidad nombró a la Virgen Abadesa perpetua.

Este gesto de Sor Angeles de no querer ser Abadesa sino a condición de ser una mandataria o delegada de la Virgen —y de Dios, aunque no nombró a Este por no creerlo necesario «pues siéndolo la Virgen lo es Dios»⁶—, este gesto, decimos, tiene un precedente en la Venerable M. Agreda. Supuesto que Sor Angeles leía mucho a ésta, no resulta improbable suponer que conociera el hecho y le sirviera de inspiración, aunque ella nos dice que fue la

3. *Autob.*, p. 257.

4. Testimonio 3.º, p. 78.

5. *Autob.*, p. 257-258.

6. *Autob.*, p. 258.

propia Virgen Ssma. la que ya en 1895 le indicó que sería Abadesa y la intimó a que hiciera renuncia en ella de tal cargo ⁷.

Aun se conserva en el archivo de la Concepción de Valladolid el acta por el que la Comunidad elige por Abadesa a la Virgen. Lleva fecha de 7 de Diciembre de 1904.

M. Angeles estuvo al frente de su Comunidad desde 1904 a 1921, o sea, hasta su muerte, ininterrumpidamente, pues fue elegida en las sucesivas elecciones de los trienios siguientes.

Por alguna nota que hemos visto en el archivo de la Concepción —y que debe de ser de M. Presentación, sucesora de M. Angeles en el cargo de Abadesa— se deduce que de 1906 a 1920 recibió a veinte jóvenes, y a todas dio ella misma Ejercicios para las tomas de hábito y profesiones. Para su formación les daba a leer la *Mística Ciudad* y el P. Alonso Rodríguez.

Una de las grandes dificultades de su gobierno era la gran diferencia entre las antiguas y las jóvenes. Esto lo confiesa ella misma en carta escrita al P. Alfonso, que fue su 5.º Director. Las religiosas jóvenes, formadas en su espíritu, secundaban mejor sus planes de reforma. Hay que decir, con todo, que también alguna de las jóvenes le dio serios disgustos.

Entre los bienhechores que más ayudaron al convento por este tiempo se cuenta D. Anastasio Serrano Rubio, párroco de S. Miguel, que falleció antes que M. Angeles.

En el mismo archivo de la Concepción hay otra acta fechada el 5 de Junio de 1910, firmada por siete religiosas de las jóvenes, más la abadesa, que es la M. Angeles. En ella se comprometen a secundar los deseos del Papa Pío X en orden a desterrar de la iglesia el uso de panaderetas, tambores, etc., así como también a aceptar ciertas

7. *Autob.*, p. 257.

normas relativas a las visitas del locutorio. Las jóvenes firmantes de esta acta son Sor Soledad, Anunciación, Natividad, Presentación, Sagrario, Purificación y Perpetuo Socorro.

Labor desplegada por M. Angeles como Abadesa

No nos es posible trazar aquí la historia de la labor de M. Angeles como Abadesa. Sor Natividad de la Puebla no duda en dar a ésta los nombres de «reformadora», «fundadora», etc.⁸.

Nos limitaremos a hacer algunas breves indicaciones, tomadas principalmente de los testimonios de la citada Sor Natividad.

Ya antes hemos dicho algo sobre el estado en que se hallaba la Comunidad en los años anteriores a la prelación de M. Angeles. La caridad se hallaba bastante resfriada. Como dice Sor Natividad⁹, poco a poco la M. Angeles fue poniendo las cosas en su punto. A decir verdad venía trabajando en este sentido desde antes de que fuese elegida abadesa. Pero una vez entrada en el cargo, trabajó con denuedo para que todas las religiosas se amasen con caridad perfecta y amor puro, sin amistades particulares. Corregía y castigaba las faltas con amor de Madre, pero sobre todo era rigurosa con las faltas contra la caridad, las que corregía y castigaba en público.

Para quitar relajaciones y abusos introducidos tuvo que vencer oposiciones, pero a base de bondad, mansedumbre y prudencia consiguió en poco tiempo lo que deseaba. Aun las más rebeldes se le entregaban, admiradas de su prudencia, mansedumbre y discreción.

8. Véase, por ej., Testimonio 3.º p. 99.

9. Testimonio 1.º, p. 105.

10. Testimonio 1.º, p. 80.

Por lo que se refiere al aspecto económico, la Comunidad se hallaba en situación francamente mala, o sea, falta de recursos materiales; pero ella confiaba en el Señor y nunca le faltaba lo necesario. En los momentos de apuro se recibían limosnas y donativos que resolvían la pa-peleta.

«Siempre en todo buscó lo más santo y perfecto para el bien de la Comunidad sin arredrarla obstáculos o dificultad alguna, siempre vencía su magnanimidad y fortaleza de ánimo, que no le tenía pequeño»¹¹.

A fin de año hacía las compras al por mayor quedando todo pagado al poco tiempo¹².

Cuando la bolsa estaba vacía mandaba a las Provisoras que se la colgaran al cuello a la imagen de la Virgen del coro, que presidía en la silla prioral, y otras veces al cuello de S. Antonio. Las limosnas que se recibían en el torno eran la respuesta a la fe de la Madre¹³.

No obstante, no tentaba a Dios. No se lanzaba a emprender obras sin tener los medios¹⁴.

Cuando entró en el cargo el convento estaba bastante deteriorado. No había más remedio que hacer algunas reparaciones, y se hicieron bastantes. Entarimó la iglesia, se hizo la casa del capellán, hospedería, etc.¹⁵.

Nunca dejó nada a deber a nadie. Era justa y equitativa en pagar¹⁶.

Cuando Sor Angeles entró religiosa, las monjas daban a lavar la ropa a personas de fuera. M. Angeles puso lavadero en casa y dispuso que fuesen las monjas mismas las que hiciesen el lavado, y ella misma iba a lavar, como

11. Testimonio 1.º, p. 119.

12. Testimonio 1.º, p. 120.

13. Testimonio 1.º, p. 120.

14. Testimonio 1.º, p. 121.

15. Testimonio 1.º, p. 128.

16. Testimonio 1.º, p. 128.

también a barrer, y no se diga a servir y atender a las enfermas, en lo que se distinguió mucho¹⁷.

Era muy celosa en que se guardase el silencio¹⁸. Justa en castigar y premiar¹⁹ y en la distribución de los oficios: ponía en ellos a las más dignas, sin miramientos humanos y sin importarle los disgustos y persecuciones por la justicia que de ello se le pudieran seguir²⁰.

Observaba con gran cuidado las reglas y constituciones y demás leyes de la religión. Tenía las reglas escritas en un cuadernito que llevaba siempre consigo junto con el Catecismo y los santos Evangelios²¹.

La recreación era de una hora. Ella mismo era la animadora, la que con sus preguntas y requerimientos —generalmente sobre cosas de Dios y de la vida espiritual— hacía hablar a todas, daba solución a las dudas, etc.²².

Poco a poco transformó la Comunidad²³ y convirtió el claustro en paraíso²⁴. Su caridad sin límites para con todas las religiosas era sobre todo lo que hacía que todas se sintiesen contentísimas bajo su mando y dirección²⁵.

Nada hacía a la ligera²⁶. No se movía a todos los vientos, sino que fue constante en el modo de obrar²⁷.

Oposiciones y persecuciones no le faltaron, sobre todo cuando hubo de reformar la Comunidad, quitando abusos introducidos en contra de la Regla, etc.; pero olvidaba las injurias que se le hacían, hablaba cariñosamente a las con-

17. Testimonio 1.º, p. 131.

18. Testimonio 1.º, p. 124.

19. Testimonio 1.º, p. 124.

20. Testimonio 1.º, p. 126.

21. Testimonio 1.º, p. 123.

22. Testimonio 1.º, p. 125.

23. Testimonio 2.º, p. 64.

24. Testimonio 2.º, p. 67.

25. Testimonio 2.º, p. 67.

26. Testimonio 3.º, p. 80.

27. Testimonio 3.º, p. 81.

trarias, excusaba sus intenciones, las encomendaba a Dios, las favorecía cuanto le era posible, etc.²⁸.

Su celda estaba patente para recibir con mucho agrado a todas sus religiosas, por grandes que fuesen sus ocupaciones²⁹. «Nunca nos despedía, y si alguna vez lo requería el caso, lo hacía con tal delicadeza y tan finos modales, que la religiosa no se disgustaba por ello»³⁰.

Muchas veces corregía con la mirada, sin necesidad de decir más³¹.

Introdujo el Viacrucis diario en Comunidad³².

Puso toda su diligencia en que el rezo del Oficio Divino y toda la Liturgia se hiciera siempre con la máxima dignidad, atención y cuidado³³.

Implantó dos horas de meditación diarias³⁴.

Todas las monjas que nos han dejado testimonio sobre ella subrayan la calidad de las pláticas que dirigía a la Comunidad con ocasión de las festividades del año, tiempos litúrgicos o explanando los misterios de la fe, etc.³⁵.

Una de las razones por las que Sor Angeles procuró sustraerse al cargo de Abadesa fue —como ya dijimos— por temor de perder el bien del retiro y de la soledad³⁶. En realidad, Dios que le dio el cargo la ayudó para que por él no se perjudicase a sí misma ni sufriese detrimento en su vida espiritual.

28. Testimonio 3.º, p. 68.

29. Testimonio 3.º, p. 56.

30. Testimonio 3.º, p. 57.

31. Testimonio 3.º, p. 57.

32. Testimonio 1.º, p. 39.

33. Testimonio 1.º, p. 41.

34. Testimonio 1.º, p. 47.

35. Un esquema de una de estas pláticas nos ha dejado ella misma en carta al P. Mariano. Cf. carta de 9-Novbre.-1920: *Itinerario*, vol. III, p. 180. Se refiere a la festividad de Todos los Santos.

36. *Autob.*, p. 259.

Cambio de director espiritual

En las páginas anteriores dimos cuenta de cómo Sor Angeles se sometió por primera vez a la dirección espiritual a principios de 1904. Su primer director fue —como también dijimos— el P. Andrés de Ocerin-Jáuregui, franciscano. Pero esta dirección no duró mucho. Ni parece que Sor Angeles acertase a franquearse plenamente a este su primer director. No hay que olvidar que éste residía en el convento de La Aguilera (Burgos), y sólo de vez en cuando iba a Valladolid.

¿Cuál fue la causa de este cambio de dirección? En una carta escrita por el propio P. Ocerin a la Concepción con motivo del fallecimiento de M. Angeles, dice aquél que se vio obligado a dejarla: 1.º porque no se creía competente para esta dirección; 2.º porque comenzaron las envidias, «nos cortaban la correspondencia en la Orden y no nos dejaban vivir»; 3.º porque él no podía disponer de su persona para atenderle a ella; 4.º porque veía que les harían sufrir mucho los frailes a los dos. (A continuación hay renglones borrados).

Parece, pues, claro, a juzgar por esta carta, que fue el mismo P. Ocerin quien tomó la determinación de desentenderse de esta dirección.

En la Autobiografía de M. Sorazu³⁷ hay una indicación sobre el fin que se propuso Dios al confiarle al Padre Ocerin, a saber, «la santificación y consuelo de una alma penitente suya, quien padecía cierta necesidad y quería remediarla por este medio». Parece referirse a la M. Esperanza, clarisa del convento de Lerma (Burgos). Esta M. Esperanza no es otra que la muchacha a quien Florencia conociera de seglar en Caspe con ocasión del viaje que hizo a aquella ciudad —según dijimos en su lugar—. En otro

37. *Autob.*, p. 255.

lugar de la Autobiografía³⁸ hay otra alusión a los padecimientos interiores de la religiosa por cuyo motivo le había el Señor ordenado que se dirigiese con el P. Ocerin. Sor Angeles dice que se ofreció ella a padecer los sufrimientos por la referida y cree que Dios aceptó efectivamente el ofrecimiento y se los mandó, no entonces mismo, pero sí más tarde, o sea, en los tres últimos años en que ella se dirigió con el Sr. Deán³⁹.

La persona del segundo director de M. Angeles nos es ya conocida. Se trata del Sr. Deán de la Catedral, el mismo que actuó de Presidente en la elección en que M. Angeles salió elegida Abadesa. Se llamaba D. José Hospital Frago. Era catalán. Había nacido en Os de Balaguer (Lérida) en 1846. Falleció en 1916⁴⁰.

Con el nuevo director se dirigirá la M. Angeles cinco años, si bien solamente durante los dos primeros fué esta dirección real y efectiva, mientras que en los tres últimos el Sr. Deán fue solamente Director nominal, si vale la palabra. Más adelante diremos algo sobre esta crisis que fue una de las pruebas más penosas que sufrió la M. Angeles.

El nuevo Director reunía, sin duda, las dotes requeridas para conseguir que la M. Angeles lograra vencer la repugnancia y dificultad grandes que experimentaba a la hora de franquearse con los ministros del Señor. Ella sabía que esto era lo primero y casi lo único que Dios le pedía. Ella misma lo quería y lo deseaba, y, con todo, a la hora de hacerlo se le ponían delante montañas de dificultades. La gran bondad del nuevo Director la ayudó sobremanera, y, a lo que parece, es ahora cuando por primera vez consigue Sor Angeles traducir perfectamente su

38. *Autob.*, p. 274.

39. *Autob.*, p. 276.

40. MELCHOR DE POBLADURA, OFM Cap., *Una flor siempre viva*, Madrid 1941, p. 52.

alma y dar cuenta de los grandes favores y dones recibidos a un ministro del Señor. Este era el gran servicio, «el único» que por entonces Dios le pedía ⁴¹.

Refiere Sor Angeles que por Junio de 1905 el Sagrado Corazón de Jesús la visitaba y acompañaba, mostrándosele afable y amoroso. Ella, maravillada, preguntaba: «¿Qué es esto? ¿qué he hecho yo para que así me favorezcas?». Y Jesús le contestó: «Has hecho lo que decías que te costaba tanto —traducir su alma al director—. ¿Ves cómo no te ha costado?» ⁴².

La M. Angeles afirma que por medio de este Director Dios le favoreció mucho durante los dos primeros años (1905-1907).

La M. Angeles comienza a escribir

Este Director fue también el que metió a M. Angeles por el camino de escritora. Realmente, si tenemos en cuenta lo publicado y lo inédito y lo que sabemos que escribió y luego destruyó, resulta verdaderamente ingente la producción literaria de esta monja de clausura, que ingresó en el claustro sin apenas instrucción y con un conocimiento a todas luces insuficiente de la lengua castellana.

Pero el mandato de escribir y la necesidad de escribir constituirá para ella una nueva fuente de sufrimientos interiores, de remordimientos, escrúpulos y ansiedades; mil veces renegará de la hora en que empezó a escribir. Con todo, la obediencia podrá más. La destreza y relativa facilidad que tiene para ello harán que salga adelante esta su vocación. Ella misma dirá que Dios no le ha dado gracia más que para dos cosas: contemplar y escribir ⁴³.

41. *Autob.*, p. 275.

42. *Autob.*, p. 277.

43. Carta al P. Mariano, de fecha 17-1-1921; *Itinerario*, vol. III, p. 259.

Humanamente hablando, la afición a la lectura que siempre tuvo Sor Angeles, y singularmente su trato asiduo con el libro *Mística Ciudad* de la Vble. M. Agreda, influyó y contribuyó mucho sin duda a que adquiriera este dominio y destreza que revela en el manejo de la lengua. También hay que decir, con todo, que persisten algunas ligeras incorrecciones o faltas de que no llegó a librarse y que al fin y al cabo sirven para probar la autenticidad de sus escritos.

Ciertamente, la M. Angeles no leía la *Mística Ciudad* ni los otros libros ascéticos que pudo conocer con fines literarios ni profanos: «Leer por curiosidad los libros santos no lo hice nunca»⁴⁴. El único móvil que le guiaba en la lectura era el de sacar de ellos luz y ayuda para la santificación de su alma y para mejor responder a la voluntad de Dios; pero no por eso es menos cierto que el trato asiduo con una obra tan extensa y de tan altas calidades literarias como es la *Mística Ciudad* tuvo que influir muy beneficiosamente para que pudiera llegar a poseer el instrumento necesario para desempeñar esta su vocación como escritora.

El primer escrito de alguna extensión salido de la pluma de M. Angeles fue, a lo que parece, la vida de San Juan Evangelista, escrita por iniciativa propia a fines de 1905 o principios del siguiente, y que envió como presente de una fiesta a su Director⁴⁵.

Por este pequeño trabajo vino a conocer el Director las aptitudes que la Madre tenía para escribir. Ello fue causa, sin duda, de que por Agosto de 1906 le mandara que pusiera por escrito algunas cosas que había entendido en sus contemplaciones respecto al infinito Ser de Dios y

44. *Autob.*, p. 256.

45. Cf. *Autob.*, p. 307 nota; *Una flor siempreviva*, p. 111.

sus divinos atributos⁴⁶. Este escrito, por otra parte, no iba a ser más que el prelude de una obra que describiera la Vida divina y eterna del Verbo Encarnado⁴⁷, o sea, la Vida divina de Jesús⁴⁸. Escribir este libro es un proyecto que Sor Angeles acarició siempre, pero que nunca llevó a cabo. Mejor dicho, lo escribió en parte, luego lo arrojó al fuego, volvió a escribir —parte— y volvió a destruirlo⁴⁹.

Crisis directiva

Después de haber recibido grandes beneficios de la dirección del Sr. Deán, a fines de 1907 se inicia con dicho Director una crisis dolorosa que durará tres años. Es ahora cuando M. Sorazu cree que Dios le envió los padecimientos que ella se ofreciera a padecer por su amiga.

La causa de esta crisis fue, a lo que parece, la siguiente. En Octubre de 1907 el Sr. Arzobispo Cos, de regreso de un viaje a Roma, y con el fin de impartir la bendición apostólica a las religiosas, giró visita a la Comunidad, confesó a todas las religiosas, etc. A la M. Angeles preguntó con quién se dirigía, y al declararle ésta el nombre de su director, le hizo saber que él no estaba conforme con la dirección que éste acostumbraba impartir, que en consecuencia buscarse otro Director, pero que mientras tanto

46. *Autob.*, p. 307, p. 309.

47. *Autob.*, p. 309.

48. Parece que en el origen y en la base de este libro está la extraordinaria iluminación que Sor Angeles recibió el 24 de Marzo de 1900 acerca del amor de Dios a los hombres, que fue el que movió a Este a decretar la Encarnación y Redención.

49. Véanse noticias sobre esta obra, hoy perdida irremediamente, de la que llegó a escribir dos libros, el primero compuesto de 5 capítulos, y el segundo de 8, en POBLADURA, *Una flor siempre viva*, p. 112ss.

continuara con el mismo sin revelarle a él este consejo confidencial.

Puede imaginarse la situación comprometida en que por causa de este consejo quedó la M. Angeles. Para ella un consejo del representante de Dios era una orden. Por una parte, ya no podía fiarse del Director; por otra, buscar uno nuevo no era para ella negocio fácil, al menos mientras Dios no le señalase el sujeto; al interesado tampoco podía decirle nada, etc.

Con este motivo se inicia una largo período de torturas interiores y aun de persecuciones exteriores, pues el Director pronto notó que algo había cambiado en las relaciones de M. Angeles con él, y no sabía la causa.

¿Cuál fue la razón por la que el Arzobispo dio este consejo a M. Angeles? ¿Fue movido a ello por delaciones o chismes de alguna otra monja? Es verdad que había en la Comunidad una, llamada Sor Mercedes, un tanto desequilibrada y que armó disgustos a M. Angeles con motivo de dirección. Sor Mercedes murió en 1920. Pero la propia M. Angeles⁵⁰ afirma taxativamente que «no es cierto que el Prelado se inspiró en las religiosas para aconsejarme esto». Más abajo indicaremos cuál pudo ser la razón que pesó en el ánimo del Sr. Arzobispo.

De todos modos, durante mucho tiempo M. Angeles no tuvo más remedio que seguir en esta situación violenta, sin encontrar salida a la misma.

Para mayor agravamiento de las cosas el 15 de Mayo de 1909 el Sr. Deán es nombrado confesor ordinario de la Comunidad, pero el Sr. Arzobispo escribe a M. Angeles una carta vedándole comunicarse con el Padre y detenerse en el confesonario. En esta prohibición sí debieron de tener su parte o influjo las quejas o delaciones de algunas monjas —una de ellas debió de ser la citada Sor Mer-

50. Véase carta al P. Mariano de 25-XI-1910; *Itin.* I, p. 160.

cedes—. Fue entonces cuando Sor Angeles quedó, según frase de ella misma, colgada entre el cielo y la tierra.

Por boca de una religiosa que desde años trataba con el Deán vino éste a saber que fue el Arzobispo quien le había obligado a M. Angeles a dejar su dirección⁵¹.

Como veremos más adelante, también la dirección del tercer Director sufrirá un corte brusco y largo como consecuencia de otra intervención del mismo Arzobispo Cos—o, al menos, de su Provisor, *sede plena*, Carlos de Cos—.

La crisis de dirección provocada por el primer consejo del Sr. Arzobispo fue la causa inicial y principal de un largo período de ansiedades de conciencia, zozobras, escrúpulos y temores, que está descrito en la Autobiografía⁵², aunque por discreción silencia muchas cosas. Estas zozobras y escrúpulos coexistían, por otra parte, con un estado de intimidad con Dios realmente grande.

A todo esto, la reacción del Sr. Deán ante la nueva situación o comportamiento de su dirigida para con él no debió de ser nada buena. Se volvió contra ella, habló mal de ella y hallando apoyo en alguna que otra monja desafecta promovió campañas de descrédito contra ella, etc.

El Sr. Deán murió, como hemos dicho, en 1916. En el testimonio escrito por Sor Consolación Ipiña acerca de las virtudes y santidad de M. Angeles, se leen estas líneas que parecen referirse a este Sr. Deán y a la postura de M. Angeles respecto de él. Dice así: «Una persona muy respetable creyó o pareció creer de ella una cosa muy indigna, y en una ocasión en que nos hablaba de esta persona —con motivo de su fallecimiento—, un Sr. Sacerdote, la R. M. Angeles se deshizo en alabanzas de esta persona, que verdaderamente las merecía, pero así demostró

51. Cf. carta citada de 25-XI-1910, *Itin.* I, p. 160.

52. *Autob.*, p. 330ss.

no tener ningún resentimiento aun cuando a ella la había mortificado siendo inocente. Sobre este caso oí a una religiosa mejor enterada que servidora, que bastaba ver cómo sobrellevó nuestra querida Madre esta tribulación para decir que era una Santa»⁵³.

Hay que advertir que Sor Consolación, autora de este testimonio, ingresó monja hacia 1912, es decir, cuando ya había pasado aquella tormenta o persecución originada por el Sr. Deán. Por eso, sin duda, se basa en lo que ha oído de otra religiosa.

¿Cuál pudo ser la razón por la que el Sr. Arzobispo desconfiaba de la dirección que el Sr. Deán impartía a las almas? Lo ignoramos. En una carta de fecha posterior, refiriéndose al Sr. Deán, ya difunto, dice la M. Angeles: Algo tenía de crédulo y aficionado a las vías sobrenaturales, pero no tanto como se dijo⁵⁴.

Como se ve, no rechaza de plano la imputación. Tal vez nos hallemos aquí ante la pista. Sabido es que en el apéndice al tratado *La Vida Espiritual* hay unos capítulos muy sustanciosos sobre los directores espirituales. Nada se fustiga en ellos con tanta vehemencia como este defecto de ser sobrado crédulo, poco crítico, aficionado a lo sensacionalista, maravillosista, a «exterioridades» en fin, como dice ella⁵⁵. Los detalles concretos con que se describe a esta clase de Directores parecen delatar crisis vividas por ella misma, aunque en el mencionado Apéndice—como en todo el tratado *La Vida Espiritual*— se expresa siempre en forma general e impersonal.

Por la misma Autobiografía sabemos que este Director impuso a su dirigida obediencias totalmente imprudentes,

53. Testimonio de Sor Consolación Ipiña, p. 9-10.

54. Carta al Ilmo. Sr. Hospital, Prior que fue de la Cartuja de Miraflores, de fecha 24 de Agosto de 1919. Véase VILLASANTE, *M. Angeles Sorazu*, vol. I, p. 221.

55. Cf. cap. 2.º del citado Apéndice; 2.ª edición, p. 343ss.

temerarias e inadmisibles, como cuando le prohibió tomar ningún alimento⁵⁶. En este mismo lugar se indica la razón de esta prohibición, o sea, que el Sr. Deán atribuía a causa sobrenatural los padecimientos físicos que sufría M. Angeles.

Parece, pues, claro que, junto con sus buenas cualidades, tenía su fallo el Sr. Deán por este lado⁵⁷.

Mariano de Vega, el «Padre-verdad»

Pero prosigamos con nuestro resumen biográfico. La M. Angeles, como hemos dicho, no escogía director mientras Dios mismo no le indicase el sujeto. Fue en Julio de 1910 cuando se confió a su tercer Director, el Capuchino P. Mariano de Vega, «mi Padre-verdad», como ella lo llamará. Las circunstancias y modos como vino a conocer a éste y a confiarse a su dirección están detalladas por el P. Melchor de Pobladora⁵⁸.

En 1908 el P. Mariano de Vega, siendo Provincial de los Capuchinos de Castilla, vino a Valladolid a tantear las posibilidades de fundar un convento Capuchino en la capital castellana. Casualmente se entera de la existencia del convento de MM. Concepcionistas, dirige a él sus pasos y conoce a la M. Abadesa, que no es otra que la M. Angeles. Durante dos años las visitas se repiten varias veces. La M. Angeles, presa de ansiedades de espíritu que devoran su alma, quiere confesarse con el Padre, pero no logra el permiso del Sr. Arzobispo por razón de que el

56. *Autob.*, p. 296.

57. En el archivo de las monjas hay copia de una carta de M. Angeles a la Srta. Pepita Hospital dándole el pésame por la muerte del Sr. Deán. La carta es de fecha 16-VII-1916.

58. *Una flor siempreviva*, p. 54ss; *Itinerario*, vol. I, Introducción, p. Vss.

Padre no ha cumplido aún los 40 años. La proyectada fundación que motivó los viajes del P. Mariano a Valladolid tampoco se realizó por entonces.

El Sr. Cos no acostumbraba a nombrar confesores extraordinarios permanentes para las monjas. Tenían que pedírselo en cada una de las tómporas, o sea, cuatro veces al año. Sor Angeles entendió —en 1910— que por medio del primer confesor extraordinario que fuera a la Comunidad recobraría la paz de su alma. No sabía quién iba a ser éste. Incluso todo parecía indicar que no sería el P. Mariano, pues en la primera quincena de Junio estuvo predicando en Valladolid el capuchino P. Baltasar de Lodares. La abadesa obtuvo licencias del Arzobispo para que dicho Padre confesara a la Comunidad, pero el interesado se excusó diciendo que no estaba autorizado para religiosas; entonces la M. Angeles pidió esta autorización al Provincial; llegó, en efecto, la autorización, pero el religioso se ausentó sin confesar a las monjas. Por fin vino el propio P. Mariano, que había cesado de Provincial, y confesó a las monjas en calidad de confesor extraordinario de tómporas —1.º de Julio de 1910—. La M. Angeles había encontrado el timonel que necesitaba.

El P. Mariano había nacido en Vega de Espinareda (León) el 22 de Marzo de 1871. Fue Provincial de los Capuchinos de Castilla en dos trienios. Al cesar en este cargo en 15 de Junio de 1910 es destinado a León como Vicario, Director del Colegio teológico y profesor. En 1916 será elegido nuevamente Provincial por tercera vez⁵⁹.

No vamos a hacer aquí un estudio de la labor directiva de este Padre con la M. Angeles. La extensa y frecuente correspondencia epistolar mantenida entre el P. Ma-

59. Sobre el P. Mariano de Vega véase POBLADURA (MELCHOR DE), «Semblanza del M.R.P. Mariano de Vega de Espinareda (1871-1946)», en *Estudios Franciscanos* 58 (1957), 183-206; (1958), 43-70, 187-220.

riano y M. Angeles con fines de dirección da pie, sin duda, para un estudio de esta índole, que sería bien interesante. Están publicadas las cartas de M. Angeles a P. Mariano; no así las de éste, que también se conservan⁶⁰.

El P. Mariano fue director de M. Angeles en dos etapas de la vida de ésta: 1910-1913 y 1920-1921.

Como por este tiempo el P. Mariano vivía en León, era forzoso tener que completar la dirección por escrito, aunque también la atendía directamente por medio de visitas que realizaba con alguna frecuencia.

El P. Mariano trabajó a conciencia por atender a esta alma y, para comenzar, por sacarla del impasse en que la encontró, y lo logró en efecto.

Gracias a su ayuda remonta la M. Angeles la crisis purgativa que venía padeciendo, y el 10 de Junio de 1911 tiene lugar la entrega de la Sma. Trinidad a su alma o arribo de ésta a la unión transformante. Esta gracia, lo mismo que otras importantes que recibirá M. Angeles, aparecen estrechamente ligadas a la dirección espiritual, como si Dios quisiera de este modo fortificar la fe en la dirección, ya que por sí misma la M. Angeles fácilmente era presa de escrúpulos en esta materia.

El P. Mariano se adaptó perfectamente a la vocación y necesidades de Sor Angeles. Algunas veces llega ella a apuntar algún reparo: quiere que la trate con confianza y cariño, alusión sin duda a que el trato del Padre con ella parecía un tanto frío, seco, severo o reservado. Ella, que había conocido a Dios, quería ver en su representante un trasunto de El, y el topar con esta corteza un tanto áspera la desconcertaba un tanto⁶¹.

60. *Itinerario Místico de la M. Angeles Sorazu. Correspondencia epistolar con el P. Mariano, editada y anotada por el P. Melchor de Pobladora*; 3 vols. Madrid, 1942-1958.

61. Véase, por ej., carta de 8-I-1912; *Itiner.*, II, p. 180.

Pero esto no impidió que la compenetración entre ambos fuera total, y grande el progreso y provecho de M. Angeles.

Composición de la Autobiografía

Una de las primeras cosas que hizo el P. Mariano fue requerir a la M. Angeles para que le enviara el «vestido andrajoso» de sus pecados, o sea, una relación escrita de los pecados y faltas de su vida, juntamente con los principales favores recibidos de Dios. La relación que M. Angeles le mandó en cumplimiento de esta orden constaba de 126 páginas, y precisamente al leerla concibió el P. Mariano la feliz idea de mandarle escribir la Autobiografía⁶². La historia de la composición de esta obra y de su refundición hasta llegar al texto definitivo que sería publicado por el P. Nazario Pérez en 1929, se halla brevemente trazada por el P. Melchor de Pobladura⁶³.

En el tratado *La Vida Espiritual* —así como también en las cartas al P. Mariano— hay numerosos testimonios sobre los sufrimientos que este trabajo «escriturario», impuesto por obediencia, le originaba⁶⁴. Estos sufrimientos eran múltiples: por una parte, escrúpulos e inquietudes de conciencia por tener que escribir sobre sí y poner la atención refleja sobre sus cosas, con lo cual temía ofender a Dios; por otra parte, para escribir tenía que apartar la mente del objeto de sus contemplaciones, fijarlo en este mundo limitado y buscar en él los términos y expre-

62. VILLASANTE, *M. Angeles Sorazu*, vol. I, p. 225.

63. *Una flor siempreviva*, p. 98ss. También por las Cartas al P. Mariano se puede, en parte al menos, reconstruir esta historia. Véase *Itin.*, II, pp. 101, 133, 140, 208, 275, 283, 314, 6; *Itin.*, III, p. 63.

64. Véase, por ej., pp. 182, 186 (2.^a edición).

siones de la lengua humana, vaciar en ellos el contenido de altísimas contemplaciones informes, con la consiguiente constatación de que estas traducciones al lenguaje humano de lo que en sí es informe son siempre imperfectas e inadecuadas. No obstante esta imperfección —que es obligada e inevitable en estas materias—, Sor Angeles nos ha dejado páginas incomparables, que a nosotros los humanos nos traen nuevas del mundo divino, páginas que tienen algo de ese frescor e inmediatez de los relatos directos, y son en cierto modo similares a los reportajes de viajeros y exploradores que visitaron tierras lejanas ignotas e inaccesibles para el común de los mortales.

Cese del P. Mariano en la dirección

El P. Mariano residía, como hemos dicho, en León. Por esta causa la dirección espiritual y la cuenta de conciencia de su dirigida tenía que hacerse en gran parte por correspondencia; mas también viajaba con alguna frecuencia a Valladolid para completar la dirección con el intercambio personal. El P. Mariano gozaba de gran ascendiente en la Concepción. Era director no sólo de la Abadesa, sino también de otras monjas de la misma Comunidad.

Mas de aquí precisamente parece que se originó la contradicción. Por una intervención autoritativa de la Curia estas relaciones van a sufrir un corte brusco, que se prolongará casi siete años. «El 21 de Octubre de 1913 un lacónico oficio de la Curia Arzobispal de Valladolid, firmado por el Provisor y Gobernador Eclesiástico sede plena Dr. Carlos de Cos, prohibía a las religiosas del convento de la Purísima Concepción «todo trato de palabra y por escrito» con el «P. Fray Mariano de Vega, Capuchí-

no del convento de León», «sin que esto signifique censura alguna para el Padre»⁶⁵.

Así se cortó, al menos por ahora, la relación directa de Sor Angeles con el que ella llamará su Padre-verdad.

¿Qué había pasado, o cuál fue la razón o causa de esta intervención? A juzgar por la documentación que conocemos, parece que la celotipia fue la causa. El Padre confesor ordinario de la Comunidad veía con malos ojos el ascendiente de que el P. Mariano gozaba ante las monjas. Tal ascendiente redundaba en merma del suyo propio, o al menos así se lo figuraba. Veinte días antes de que viniera la orden prohibitoria, Sor Angeles escribía al Padre Mariano: «Yo estoy muy tranquila, pero algún tanto preocupada por V.R. en vista de lo que el demonio trabaja para echarle de esta santa casa, especialmente por medio del Confesor. Este está terrible porque le llamé (a V.R.) en las próximas pasadas Témporas; y está diciendo lo que no es en contra de V.R. y servidora, con el fin de ponernos en mal lugar con la Comunidad, o al menos con las religiosas que quieren dar oído a sus chismes y cuentos, que esto y no otra cosa son las cosas que dice. Dios sea bendito por todo»⁶⁶.

65. MELCHOR DE POBLADURA, *Una flor siempreviva*, p. 57.

66. Carta de 1-X-1913; *Ilin.*, II, p. 364 nota. — Habiendo preguntado nosotros por carta al P. Melchor de Pobladura a ver si existió algún incidente que pudo servir de pretexto u ocasión próxima para tal prohibición, recibimos la siguiente contestación fechada en Roma el 19 de Octubre de 1976: «Por lo que se refiere a su consulta fecha el 10 de los corrientes, no puedo ser más explícito y concreto de cuanto lo he sido en los lugares que usted conoce e indica. Si estuviera en Madrid —en donde tengo más documentación— tal vez podría añadir algún otro detalle, pero pienso que lo sustancial no cambiaría. Podría, p. ej., indicar con su nombre propio la monja que por «celotipia» contribuyó a crear o facilitar las condiciones de aquella lamentable prohibición. — Hubo rumores acerca del «motivo próximo» del alejamiento del P. Mariano, pero según me informé a su debido tiempo, carecían de fundamento».

El golpe hubo de ser terrible para la M. Angeles, que nuevamente quedaba huérfana y desprovista de la dirección, que tanto necesitaba; golpe tanto más sensible cuanto que provenía de la autoridad puesta por Dios en la Iglesia. En el tratado *La Vida Espiritual*, al describir las pruebas sufridas por este tiempo, no faltan trazos harto claros y aun páginas de subido carácter autobiográfico alusivas a este episodio ⁶⁷.

Sirviéndose del Cantar de los Cantares como de cañamazo para describir los sucesos propios, aplica a este hecho el pasaje que dice: «los guardias y centinelas de la ciudad me quitaron el manto» ⁶⁸.

Durante unos dos años y medio M. Angeles continuará sin director.

Nada tiene de extraño que ella misma califique alguna vez de «desconcertante» su historia ⁶⁹.

Lazos con el monasterio «Madre de Dios» de Logroño

Por este tiempo el monasterio de la Concepción de Valladolid va a entrar en relaciones fraternas y de ayuda con otro monasterio de la misma Orden, geográficamente distante, a saber, el llamado «Madre de Dios», de la ciudad de Logroño. Este convento concepcionista se hallaba en situación bastante precaria, tanto material como espiritual. Fueron los franciscanos PP. Andrés Ocerin y To-

Tanto el P. Mariano como la M. Sorazu fueron solamente «víctimas» y de ninguna manera agentes responsables. ¡Designios de Dios!».— Sobre maquinacionse de algunas religiosas de la propia Comunidad —que al fin consiguieron lo que se proponían— hay referencias en las cartas al P. Mariano: *Itin.*, I, pp. 261, 275, 278; II, p. 242.

67. *La Vida Espiritual* (2.^a ed.), p. 247ss.

68. *Id. ibid.*, p. 272.

69. *Itin.*, III, p. 134.

más Soloeta —Guardián este último a la sazón del convento franciscano de Nájera (Logroño)—, los que hicieron de intermediarios. En algún momento la propia M. Angeles pensó en ir personalmente ⁷⁰; pero el Arzobispo no lo consintió y ella misma comprendió que no debía dejar su monasterio. Entonces ofreció algunas de sus mejores religiosas jóvenes, formadas en su espíritu, para que fueran con carácter temporal, a ayudar, reforzar y reformar dicho monasterio. Pero nuevamente se chocó con la resistencia de la autoridad eclesiástica, que en un principio se negó a dar los oportunos permisos para el traslado de las religiosas. No hay que olvidar que en aquella época se tomaba con una rigidez extrema la ley de la clausura.

Las repetidas gestiones personales del P. Soloeta fueron inútiles. Contaba dicho Padre que cuando él expuso a la M. Sorazu su decisión de volverse a Nájera en vista de la actitud del Arzobispo, la Madre le dijo: No se vaya, pues tendrá que volver, porque el Sr. Arzobispo mudará de parecer. Pero él no hizo caso, y se marchó. Efectivamente, a las pocas horas el Arzobispo cambia de parecer, otorga los permisos, y el P. Soloeta tiene que volver a Valladolid a acompañar a las monjas en su traslado a Logroño. Este traslado tuvo lugar en Mayo de 1914.

Fueron tres las religiosas que partieron a Logroño: M. Presentación, Sor Margarita y Sor Inmaculada. Estas monjas llevaron a cabo una obra de reactivación del convento de Logroño, el cual con este motivo mantuvo lazos espirituales íntimos con el de la Concepción de Valladolid y con su Abadesa. La religiosa Sor Purísima Ibarrolaburu, del convento de Logroño, guarda como preciada reliquia algunas cartas que le escribiera M. Angeles.

Poco después el P. Soloeta fue destinado por los superiores a Cuba. Decía que la M. Sorazu, al saberlo, le

70. Véanse las cartas al P. Mariano: *Itin.*, II, p. 359ss.

dijo: ¿Por qué le enviará Dios a Vd. a Cuba? Y que al sobrevenirle después allí algún encuentro de esos que llamamos fortuitos creyó ver en ello la causa o motivo al que parecían referirse las palabras de la Madre⁷¹.

El P. Narciso, 4.º director de la M. Angeles

A todo esto, M. Angeles siguió por algún tiempo sin confiarse a la dirección de ningún sujeto concreto. No obstante, trata de buscarlo entre los Padres de la Orden. En Valladolid no hay —por aquellas fechas— ningún convento de franciscanos ni de capuchinos. En Medina del Campo residen los PP. Mariano Martínez y Leonardo Cardeñoso, de la Provincia de S. Gregorio de Filipinas, con los que mantiene alguna relación, pero no como para confiarse a su dirección. Estos Padres estaban en Medina como capellanes de las Clarisas.

En Calabazanos (Palencia) estaba el P. Narciso Nieto, de la Provincia de Santiago, también como capellán de las Clarisas de dicha localidad.

A principios, pues, de 1916 la M. Angeles toma a este Padre por director⁷². El P. Narciso había nacido en Ricobayo (Zamora) en 1876.

La relación con el P. Narciso servirá más tarde a la M. Angeles para buscar una salida o remedio a un doloroso incidente que tuvo con una de sus súbditas, M. Anunciación, a quien procurará el traslado a las clarisas de Calabazanos.

71. El P. Soloeta murió en 1956 en San Sebastián, donde en sus últimos años fue capellán de la clínica de S. Antonio y era muy querido por los enfermos, que lo veneraban como santo.

72. Sobre las causas por las que se confió a la dirección de este Padre, el tipo de ayuda que él le prestó, etc., véase la carta al P. Mariano de 25-VIII-1920; *Itin.*, III, p. 125.

El P. Alfonso, 5.º director de la M. Angeles

No hay que olvidar que el P. Narciso tampoco residía en Valladolid ni la M. Angeles llegó a ponerle al corriente de sus relaciones sobrenaturales. Por eso mismo su dirección no fue muy efectiva. Por otra parte, ella sentía la necesidad de director de un modo cada vez más perentorio.

A falta de franciscanos, esta vez se fijará en la Orden que considera más cercana o próxima a éstos, o sea, en la Orden de Sto. Domingo, que tenía convento en Valladolid.

Así pues el P. Alfonso Vega O.P. será el 5.º director de la M. Angeles. La dirección del P. Alfonso se inicia por Octubre de 1917.

El P. Alfonso nació en Castromocho (Palencia) en 1869. M. Angeles lo conoció con ocasión de unos Ejercicios que dio a la Comunidad. Sabido es que bastante cerca de la Concepción tienen los dominicos convento —en San Pablo—. Allí residía el P. Alfonso.

Este Padre trató a fondo a M. Angeles y la ayudó mucho.

Era muy aficionado a las obras de Santa Teresa y a la Mística. Esto le daba una cierta seguridad o confianza a la hora de enjuiciar los caminos de las almas. Cuando su dirigida le dio cuenta de los estados por los que había pasado, gracias que había recibido, etc., el Director creyó notar alguna anomalía, algo que no parecía estar en regla o de acuerdo con los cánones de la Mística que él había estudiado, y en consecuencia expresó su juicio o fallo negativo a la espiritualidad de su dirigida. Y ella, que siempre solía estar pronta a admitir reparos sobre la bondad de su camino, esta vez se afirmó frente al Director. ¿Cómo podía negar los favores de Dios de que tenía plena evi-

dencia? Luchó a brazo partido defendiendo la realidad de dichos favores. Así se prolongó este período de examen y de forcejeo entre Director y dirigida, hasta que el Director, formando un juicio más exacto, cambió de parecer y aprobó su espíritu. Mas entonces dice ella que se invirtieron los papeles. Renacieron los escrúpulos, temores, inquietudes y dudas que tantas veces la asaltaban, y ahora fue el Director el que tuvo que sostenerla ⁷³.

El P. Alfonso mandó a la M. Angeles que escribiera un Diario, que debía ser continuación de la Autobiografía. De este Diario sólo se han salvado unos fragmentos ⁷⁴. El resto lo entregó a las llamas la propia autora. El trozo que se salvó fue porque se encontraba en manos del P. Alfonso.

El P. Alfonso fue también quien le mandó escribir el tratado que lleva el título *La Vida Espiritual* y que en cierto sentido es la obra principal de la M. Angeles ⁷⁵.

Por este tiempo de la dirección del P. Alfonso la M. Angeles tuvo también algunas relaciones con el célebre P. Arintero. Sobre dichas relaciones se encuentran algunos datos en las cartas al P. Mariano del último período.

M. Angeles envía sus escritos al P. Nazario Pérez, S.J.

Durante la dirección del P. Alfonso tuvo lugar otro hecho, decisivo para el futuro de los escritos de M. Angeles. Esta hace entrega de dichos escritos al P. Nazario

73. Sobre esta crisis véase carta al P. Mariano de 25-VIII-1920; *Itin.*, III, p. 132, y el Apéndice sobre la dirección espiritual que figura al final de *La Vida Espiritual*, cap. 3 (2.^a ed., p. 351ss).

74. Se publicaron en *Revista de Espiritualidad* XI (1953), 50ss.

75. Sobre la historia de la composición de esta obra, vicisitudes, etc., véase MELCHOR DE POBLADURA, *Una flor siempreviva*, p. 105ss.

Pérez, jesuita que residía en Carrión de los Condes, a quien la M. Angeles no conocía personalmente ni había tenido trato alguno con él, ni siquiera por carta. Eso sí, había leído el opúsculo *Vida Mariana* de este Padre. Vio tal coincidencia en la espiritualidad que se enseña en este libro con la que ella practicaba e inculcaba a sus monjas, que se consoló mucho y quiso que este Padre fuera el depositario de sus escritos, no fuera que tal vez algún día se publicaran a otra luz o bajo otro aspecto o enfoque.

Al pedir permiso al P. Alfonso para hacer dicho envío, obtuvo primeramente una negativa. El P. Alfonso opinaba que debía mandarlos a los franciscanos de Santiago, donde ella tenía un hermano y donde además había imprenta, y sobre todo por razón de la afinidad espiritual, dada la unión de las Concepcionistas con la Orden Franciscana. Ella insistió firmemente en que era voluntad de Dios que dicho Padre jesuita y no otro fuera el depositario de sus escritos, con lo que al fin el P. Alfonso le otorgó el permiso ⁷⁶.

La M. Angeles reconoce que después del P. Mariano fue el P. Alfonso el que más tranquilidad le procuró ⁷⁷.

Pero después de un período en que el P. Alfonso le fue útil, la vida espiritual de M. Angeles entra en unas profundidades que su director no podía ni sospechar. Lo cierto es que llegó un momento en que dicha dirección ya no le era útil ⁷⁸.

A principios de 1920 el P. Alfonso es destinado por los Superiores a Santiago y así concluye su dirección ⁷⁹.

76. Existe biografía del P. Nazario: CAMILO M.^a ABAD, S.J., *El R.P. Nazario Pérez de la Compañía de Jesús*. Una vida totalmente consagrada a Nuestra Señora, 1954; Ed. Sal Terrae, Santander.

77. Carta al P. Mariano de 25-VIII-1920; *Itin.*, III, p. 132.

78. Véase carta al P. Mariano de 9-V-1920; *Itin.*, III, p. 18.

79. Carta al P. Mariano de 9-V-1920; *Itin.*, III, p. 17-18.

Un incidente doméstico

Un incidente doméstico penoso tuvo lugar en los últimos años de vida de M. Angeles —debió de ser en 1919—. Incidente provocado por la conducta de M. Anunciación. Era ésta una de las religiosas jóvenes recibidas y formadas por M. Angeles, natural de Carrión de los Condes, de oficio organista, de buenas cualidades, talento, etc. Sea que aquel ambiente cerrado en que la M. Angeles gozaba de un protagonismo único se le hiciera irrespirable, sea por celos o envidias o por otras causas, lo cierto es que la citada M. Anunciación era presa de arrebatos histéricos contra la M. Angeles. Parece que a veces se desfogaba contra ella en su propia celda, sin que la cosa trascendiera a las otras monjas. Pero una vez se puso a gritar desde la ventana para que la oyeran de la calle. Incluso injurió a la Madre, etc. Entonces la Comunidad obligó a M. Anunciación a hacer culpa pública y a pedir perdón. La M. Angeles gestionó para ella el traslado al convento de Clarisas de Calabazanos (Palencia).

En el archivo de la Concepción existen cartas de Madre Anunciación escritas desde Calabazanos a raíz de la muerte de M. Angeles. En ellas se deshace en alabanzas de la Madre y expresa su deseo de retornar a su primitivo convento. La Comunidad no quiso que volviera, y M. Anunciación tuvo que quedarse para siempre en las Clarisas de Calabazanos.

El P. Furelos, exprovincial de la Provincia de Santiago, que fue capellán de Calabazanos durante diez años y conoció a M. Anunciación, decía que era algo histérica, y que como tal pudo hacer actos de los que uno no sabe si el sujeto es enteramente responsable.

Otra vez el «Padre-verdad»

Entre tanto, el tiempo y los hechos se habían encargado de desvanecer las nieblas, recelos y calumnias que sobre la dirección del P. Mariano había acumulado la envidia. El Cardenal Cos moría el 17-XII-1919. El Obispo auxiliar y Vicario Capitular D. Pedro Segura y Sáenz —luego Cardenal Segura, muerto en 1957— escribe con fecha 26 de Abril de 1920 a M. Angeles autorizándola a dirigirse por escrito con el P. Mariano y a confesarse con él cuando pasara por Valladolid⁸⁰.

En consecuencia, la M. Angeles vuelve a llamar a las puertas de su Padre-verdad. En esta segunda época éste residía en Bilbao, en el convento de Capuchinos de Bazar-surto, con el cargo de Maestro de Novicios.

En realidad poco más de un año de vida quedaba ya a la M. Angeles.

Las vicisitudes de su dirección espiritual en este último período pueden seguirse gracias a las cartas de M. Angeles al P. Mariano, que están publicadas⁸¹. Por ellas se ve claro que aunque M. Angeles tuvo varios directores, a éste considera como a su Padre-verdad.

Sin embargo, la reanudación de las relaciones con él le supuso una pequeña prueba o tribulación. Como anteriormente dijimos, en la época en que se dirigía con el P. Alfonso, la M. Angeles había enviado voluntariamente sus escritos al P. Nazario Pérez, constituyendo a este Padre jesuita depositario de los mismos. Aun en vida de Madre Angeles el P. Nazario empezó a dar pasos para publicar algunos de estos escritos.

Pero he aquí que al encargarse nuevamente el P. Mariano de la dirección de M. Angeles, ordena a ésta que

80. *Itin.*, III, p. 11 nota.

81. *Itin.*, vol. III.

reclame o pida dichos escritos. No hay que olvidar que una de estas obras, la Autobiografía, la había escrito Madre Angeles por encargo del P. Mariano. A la M. Angeles le fue muy sensible esta orden de su director, ya que por propia iniciativa había mandado las obras al P. Nazario, y ella persistía en su anterior voluntad —que creía además ser la de Dios—. No obstante, obedeció, y escribió al P. Nazario trasmitiéndole la orden del P. Mariano. A lo que el jesuita contestó que ella hacía bien en obedecer a su director, pero que él no estaba obligado a devolver lo que ella voluntariamente había cedido. Ante esta negativa el P. Mariano hubo de desistir de su empeño. No obstante, pidió al P. Nazario que suspendiera sus planes editoriales, ya que parecía prematuro publicar nada aún. A esto segundo sí accedió el P. Nazario⁸².

En Agosto de 1920 muere en Tolosa, a la edad de 78 años, la madre de Sor Angeles, Antonia Aizpurua, despidiéndose con tres besos, uno por cada uno, de los tres hijos que dejaba en la tierra; eran éstos Fr. Pedro, Sor Angeles y la hija menor, María, que vivía casada en Tolosa y había de morir muy joven, en 1923.

Por Octubre de 1920 regresa de Logroño la M. Presentación, en cuyos brazos va a morir también M. Angeles.

Ultima enfermedad y muerte

A todo esto, la M. Angeles no andaba bien de salud. Mejor dicho, nunca tuvo buena salud. En sus escritos, sobre todo en sus cartas, se hallan muchas alusiones o referencias ocasionales a esta su falta de salud y a las causas que a su juicio motivaban sus enfermedades. Así dirá

82. Véase ABAD (CAMILO), biografía citada, p. 325.

que no puede tener salud mientras tenga memoria de que hay Dios, pues el alma con todas sus fuerzas vitales se siente arrastrada hacia el objeto divino, abandonando o desempeñando mal las funciones orgánicas⁸³. Las comunicaciones místicas aniquilaban también sus fuerzas naturales⁸⁴.

Pocos meses antes de su muerte practicó un retiro de cuarenta días con objeto de ensayarse para la vida del cielo⁸⁵.

Pasó muy mal el último invierno; pero fue por Pascua de Pentecostés cuando se puso grave. Recibió el sacramento de la Unción. Pidió al Prelado que se dignase venir a bendecirla. Fue el Excmo. Sr. Remigio Gandásegui —que en 1920 había sido nombrado Arzobispo de Valladolid— quien en persona vino a visitarla y bendecirla el 13 de Junio de 1921 a las seis de la tarde. Aún tuvo ratos de mejoría, hasta que el 15 de Agosto se agravó de tal modo que ya no abandonó más el lecho.

Los últimos días fueron de muchos dolores y sufrimientos, vómitos de sangre, etc. La M. Presentación, que la atendía, dice que la víspera de su muerte dirigió una plegaria al Santo del día siguiente, S. Agustín, en vasconce. En medio de grandes sufrimientos, e invocando a Dios, *maternidad divina*, falleció hacia las seis de la mañana —28 de Agosto de 1921—. Tenía 48 años de edad.

El médico dictaminó cáncer. Y lo mismo dice Fr. Pedro, hermano de M. Angeles, que era experto enfermero, en la carta que escribe desde Santiago en respuesta a la que le escribieron las monjas notificándole el triste suceso.

Permítasenos recoger aquí la impresión de una testigo presencial. María Antonia —alias Ovidia— Navarro se

81. Véanse testimonios coleccionados de las Cartas: VILLASANTE, *M. Angeles Sorazu*, vol. II. Apéndice Documental 262.

84. Apéndice Documental 263 y ss.

85. Apéndice Documental 269.

hallaba a la sazón en el convento como aspirante a religiosa. Había nacido en San Juan de Alcaraz (Albacete) en 13-VI-1888, pero de niña vino a Santander y luego a Bilbao. En 1919 entró en la Concepción de Valladolid. Conoció, pues, a la M. Angeles en los dos últimos años de la vida de ésta. En total estuvo nueve años de monja. Abandonó la vida religiosa en 1928. Después de su salida vivió entre Bilbao y Munguía. Aquí la visitamos en 1961 (calle Zubiaga 8, 1.º izqd.).

María Antonia, pues, nos manifestó que ella conservaba un alto concepto de la M. Angeles y de su santidad. Decía también que de haber vivido M. Angeles ella no hubiera salido del convento. Sobre todo subrayaba esto: «era muy madre».

Respecto al momento de la muerte decía que en dicho momento todas las monjas estuvieron en torno a ella. Que debió de sufrir mucho, aunque externamente no fue cosa de espanto, pues estaba tranquila. Hasta aquí el testimonio de María Antonia ⁸⁶.

86. Cabe citar aquí el testimonio de las hermanas de D. Angel Montuno, que era a la sazón Capellán de la Comunidad. Dichas hermanas —Paca, Encarna y Enriqueta— vivían con su hermano, pegando al convento. Nosotros conocimos a Paca y Enriqueta, viviendo en Bilbao, c/ Ronda, 2, 2.º derecha. He aquí lo que recordaban sobre la M. Sorazu y particularmente sobre el día de su muerte: Decían que tuvieron algún trato con ella, pero sobre cosas puramente externas. Que se presentaba siempre con velo, aunque un velo muy traslúcido. Que era delgada, muy simpática. Ellas no se enteraban de las interioridades del convento, pues su hermano no les decía nada.

Especialmente recordaban que el día de la muerte por la mañana reunieron a todas las religiosas y la Madre les habló. La alocución impresionó mucho a las monjas y al mismo Capellán. Este le dio la comunión. No pasaría un cuarto de hora y murió de vómito. La sagrada forma hubo que echar a la piscina porque la devolvió en el vómito.

Decían, finalmente, que la M. Angeles apenas era conocida en Valladolid, pues las monjas llevaban una vida enteramente retirada y abstraída de todo trato con la gente.

Hasta aquí el testimonio de las hermanas Montuno. A pesar de lo dicho por éstas sobre el desconocimiento casi general en que vivió M. Sorazu, hay que precisar que en el clero de Valladolid había no pocos sacerdotes cultos que la conocían y estimaban. Para convencerse de ello basta repasar las cartas de condolencia que se recibieron al saber su muerte, y que se conservan en el convento. Respecto a la clase de muerte que desde muchos años atrás M. Angeles pedía para sí, hallamos detalles en una carta al P. Mariano de fecha 22-II-1911; *Itin.*, I, p. 242.

PARTE II

Los amores fundamentales

CAPÍTULO VI

LUGAR QUE OCUPA LA VIRGEN MARIA EN EL CAMINO ESPIRITUAL DE LA M. SORAZU

«...pues fue Ella mi guía y la que me enseñó a servir y amar a mi Dios. Jamás lo olvidaré»
(Carta al P. Mariano de 25-IV-1912;
Itin. II, 238).

Más que de crisis de fondo se trate tal vez de una necesidad de reajuste, de revisión de formas y modos, pero lo innegable es que la piedad mariana está conociendo en la Iglesia posconciliar un momento particularmente delicado.

El P. De Lubac cuenta que el Cardenal Suenens preguntó a Karl Rahner a ver cuál podía ser la causa de esta crisis, y que el teólogo alemán le contestó: Muchos cristianos tienen tendencia a hacer del Cristianismo una ideología, una abstracción; y las abstracciones no tienen necesidad de Madre¹.

La observación parece justa —aunque seguramente no sea una explicación total del hecho—. Por mucho que la

1. DE LUBAC, *Las iglesias particulares en la Iglesia Universal*, Salamanca 1974; p. 229.

época actual declame —a veces violentamente— contra el racionalismo, el intelectualismo y el abstractismo, la verdad es que somos hijos de una cultura modelada según ese patrón. Y son los cultos, por supuesto, los más expuestos a caer en este escollo. Ellos, que fácilmente critican la religión de los humildes, del pueblo sencillo e ignorante, acusándola de desviaciones.

Es muy real la tentación de reducir la religión a un sistema ideológico o concepción del mundo. Pero el cristianismo no es sólo ni es primariamente eso. Al contrario, la religión cristiana supone e implica unas relaciones personales, vivas y directas con Dios, con Cristo, con la Virgen, con los Santos, etc., es decir, con unas personas reales y vivientes. Y esta faceta en la vida espiritual de la M. Sorazu destaca de una manera conmovedora. También por ello esta vida es altamente aleccionadora y actual, pues nos muestra un rasgo esencial cristiano que nuestra civilización abstracta corre el peligro de perder.

En un libro sobre la M. Sorazu resulta imprescindible tratar este tema del principio mariano, dado el lugar destacado que el mismo ocupa en su vida.

Recientemente aún el Papa Pablo VI publicó (2-II-1974) la Exhortación «*Marialis Cultus*» que aborda precisamente este punto. Entre las causas que han podido influir en la crisis actual de la piedad mariana el Papa alude a ciertas exageraciones o presentaciones un tanto unilaterales y desenfocadas del principio mariano, que no responderían del todo a la genuina fe cristiana; asimismo el que ciertas formas concretas de piedad mariana parecen ser fruto o guardar relación estrecha con medios socio-culturales que ya no son los nuestros; finalmente, un Ecumenismo mal entendido querría reducir al mínimo el puesto que le corresponde a la Virgen en la fe y en la vida cristiana, creyendo que tal reducción facilita o favorece la unión de los cristianos. Pese a todas las objeciones, pre-

textos y razones, e insistiendo en que se debe enderezar lo que haya de desviado y actualizar las formas que parezcan caducas, el Papa enseña en la citada Exhortación que la piedad mariana es algo consustancial a la fe cristiana; algo que no puede ser cercenado sin que se toque a la misma fibra y tuétano de esta fe. Y presenta a la Liturgia, tal como ha sido reformada y actualizada por orden del Concilio Vaticano II, como el mejor exponente o espejo en que se refleja este lugar eminente que a la Virgen corresponde en el conjunto del misterio cristiano.

El Papa en esta Exhortación —Véase parte 2.^a sección 1.^a— subraya también que es sumamente importante que este culto mariano muestre su referencia a Cristo, o sea, que no se presente como algo desgajado, segregado, como un algo absoluto y cerrado en sí. La Virgen es medio para llegar al pleno conocimiento de Cristo. La misión de María es reproducir en los hijos los rasgos del Hijo².

Características de la piedad mariana de la M. Sorazu

Viniendo ya a la piedad mariana de la M. Sorazu, hay que decir que ésta no es en modo alguno algo cerrado en sí, sino que se halla armónicamente integrada en la totalidad de su vida cristiana.

«Desde que me consagré a la Virgen, jamás he separado a Dios de la Señora ni a ésta de Dios», nos advierte expresa y taxativamente³. Salta a la vista la importancia de este texto. El nos está diciendo claramente que para M. Angeles la Virgen no era algo separado del conjunto

2. Véase la Conclusión de la citada Exhortación «*Marialis Cultus*».

3. *Autob.*, p. 78-79.

de la fe. Esto se colige, además, de todo el tenor de su vida.

El día en que fue elegida Abadesa pidió «a Dios y a Virgen» que ellos fueran los Superiores de su Comunidad, de modo que ella fuera una simple coadjutora, y entendió que Dios y la Virgen aceptaban el cargo. Por ello, en el momento de ser nombrada Abadesa, en presencia del Sr. Visitador y testigos dijo que no aceptaría el cargo si la Comunidad no aceptaba por su Abadesa y Prelada a la Virgen. No mencionó aquí a Dios sino sólo a la Virgen, pero se cree en la obligación de dar de ello explicación: «No dije nada de la elección que hice de Dios nuestro Señor para superior por no creerlo necesario, pues siéndolo la Virgen lo es Dios»⁴.

Breve historia del germen mariano y de su desarrollo en la vida de M. Angeles

No vamos a hacer aquí una exposición detallada y pormenorizada de todo lo referente al tema mariano que se encuentra en la vida y obras de esta alma, ya que ello sería muy largo. En otra parte han quedado recogidos muchos datos⁵. Pero aunque sea a grandes rasgos se hace preciso trazar una sucinta historia del tema.

Ya desde su vida seglar, antes de su ingreso en el convento, dice haber experimentado la presencia e influencia del «germen mariano», que luego va a desarrollarse tan extraordinariamente en su vida. A este propósito recuerda la visita que hacía a la Virgen pintada en una imagen en

4. *Autob.*, p. 257-258.

5. VILLASANTE (L.), «Vida y doctrina mariana de la sierva de Dios R.M. Angeles Sorazu», *Miscelánea Comillas XX* (1953) 109-166.

la pared sobre la sacristía de la iglesia parroquial de Tolosa con ocasión del acto mensual de las Hijas de María»⁶.

Pero la clara epifanía o manifestación de la vida mariana de la M. Angeles guarda relación con el acto de su profesión religiosa (año 1892). Entonces es cuando con toda confianza y afecto filial se consagra a la Virgen, la toma por Madre y Maestra y se confía a ella, poniendo en sus manos el futuro de toda su vida⁷.

Según lo advierte expresamente, este acto no lo hizo guiándose por magisterio humano ni inspirándose en lectura de libro alguno; fue un impulso totalmente interno el que le llevó a hacerlo. Muchos años más tarde —por el año 1913 ó 1914, según confesión de ella en carta de 23 de Octubre de 1919 al P. Nazario⁸— la M. Angeles conocerá y leerá el librito del P. Nazario Pérez titulado *Vida Mariana*, donde verá detalladamente explicado lo que es la vida de consagración a María o vida en íntima dependencia de amor con la Virgen. Su sorpresa y alegría al leer estas cosas fue muy grande, pues veía expuesto en forma explícita en este libro lo que ella misma venía practicando desde la fecha de su profesión religiosa. Además en su convento vivían de esta forma no sólo ella, sino también muchas otras religiosas de la Comunidad, adoc-trinadas por ella.

Desde aquella fecha, pues, se inspirará para todo en la Virgen. La tomará por Madre y Maestra con un amor y confianza nunca desmentidos.

Esta relación íntima con la Madre no excluye, por supuesto, sino que por el contrario incluye, similares relaciones de intimidad con el Hijo, es decir, con Cristo. Sobre cómo quería «agregar al reino de María el de su Hijo divino» en aquel primer principio de su vida religiosa, hay

6. *Autob.*, p. 47.

7. *Autob.*, pp. 46, 49-50.

8. Véase prólogo a *La Vida Espiritual*, 1.^a ed., p. 8.

detalles curiosos en la Autobiografía⁹. En definitiva, la intimidad con Jesús y con María y el acompañar a ambos en los misterios de su vida constituirá el bien propio y el lote de esta alma durante muchos años de su itinerario espiritual.

En el año de 1905 sitúa Sor Angeles un hecho que viene a significar algo así como un cambio o inversión en el modo u orden de sus relaciones divinas y marianas, si vale la palabra¹⁰. Hasta entonces todas las comunicaciones divinas las ha recibido por medio de la Virgen. Ahora es la Virgen misma la que la requiere para que vaya con su divino Hijo y se abisme en El. Al principio ella teme y se resiste, porque los caminos de Dios en que no interviene la Virgen le son desconocidos, le parecen erizados de peligros. Mas, al fin, por obedecer a la misma Señora, acepta, pero haciendo un pacto en que reafirma su adhesión a María. Este pacto lo renovaba todos los días. La fórmula del pacto también nos la ha dejado¹¹.

Efectivamente, el prodigioso desarrollo que tendrá lugar después en la vida mística de M. Sorazu traerá consigo el que ésta pase por estados de unión o fases en que ni la Virgen ni la misma Humanidad de Cristo aparecen en el horizonte de su conciencia. Esto sucederá sobre todo con su elevación al estado de unión transformante y durante los primeros grados de este estado. Dicha elevación tiene lugar en Junio de 1911. En los años siguientes se desarrollan los grados que llama de «contemplación de la pura Divinidad»; pero en 1915 se inicia la «contemplación mixta», que a la pura Divinidad agrega el aspecto externo que presentan la Humanidad de Cristo y la Virgen. Hasta ahora por debilidad o incapacidad no había podido simultanear ambas cosas, pero en las fases supre-

9. Vide *Autob.*, pp. 53, 56.

10. *Autob.*, p. 279s.

11. *Autob.*, p. 283ss.

mas del estado transformante el alma se hace capaz de ello, y así la Virgen, lo mismo que la Humanidad de Cristo, reaparecen de nuevo. Tal vez sea este dato o constatación una de las aportaciones más originales de la M. Sorazu a la Mística¹².

La M. Sorazu en sus últimos años dibujó algunos cuadros en los que trata de expresar de algún modo sus experiencias místicas, sus vivencias espirituales, etc. Algunos de estos cuadros son directamente de tema mariano; y en otros, que representan estados místicos vividos por ella, la Virgen figura en lugar preferente. Uno de estos cuadros representa a la Virgen Medianera Universal, otro a la Iglesia Católica identificada con la Ssma. Virgen y con su divino Hijo, etc.¹³.

En el librito titulado *Opúsculos Marianos* hay uno titulado «La Ovejita de María Inmaculada» en que, tomando pie de unas postales de la Divina Pastora, se hace historia de la vida religiosa y ascensiones espirituales de un alma anónima que no es otra que ella misma¹⁴. Otro jugoso escrito que figura en esta edición versa sobre la excelencia del Rosario, la solidez y meollo riquísimo que encierra esta práctica de piedad¹⁵.

Pero para abarcar en toda su amplitud y volumen el lugar que ocupa lo mariano en M. Sorazu se hace preciso tomar en cuenta cuanto sobre el tema se halla desparra-

12. Véase cap. 21 de *La Vida Espiritual*. — Sobre su identificación con la Humanidad de Cristo y con la Virgen en la última etapa de su vida, véase también carta de 25-XI-1920, *Itin.*, III, p. 193; *Itin.*, III, p. 199, etc.

13. Véase *Opúsculos Marianos*, editados por P. Nazario Pérez, pp. 15 y 31.

14. *Op. Mar.*, p. 101ss.

15. *Op. Mar.*, p. 184ss.

mado, ya en las cartas de dirección, ya en sus grandes escritos de carácter autobiográfico ¹⁶.

Como colofón diremos, glosando sus palabras, que la devoción mariana fue la primera piedra fundamental del templo que Dios erigió en su alma, que todo se lo debe a la Virgen Santísima, que Ella la introdujo en la intimidad divina ¹⁷.

* * *

En la elección del P. Nazario para depositario de sus escritos jugó, sin duda, un papel decisivo el hecho de que este Padre fuera apóstol de la devoción mariana.

La M. Angeles nunca llegó a tratar personalmente con el P. Nazario, pero le cobró particular afecto por su libro *Vida Mariana*, que respondía a algo muy sentido por ella. Como ya dijimos anteriormente, la M. Angeles, interpretando mociones que juzgó como expresiones de la voluntad de Dios, constituyó por depositario de sus escritos a dicho Padre. Temía, además, que el enfoque mariano podría no estar suficientemente puesto de relieve, si tales escritos los publicaban otros. Siendo editor de los mismos el P. Nazario, apóstol de la devoción mariana, no había cuidado por este lado.

La M. Angeles dio, pues, sus escritos al P. Nazario, y se los dio en el tiempo en que ella se dirigía con el dominico P. Alfonso, contando para ello con la anuencia de éste, quien no se avino a dar tal permiso sino después de repetidas insistencias por parte de ella.

Pero he aquí que cuando más tarde volvió a dirigirse otra vez con su Padre-verdad —el capuchino P. Mariano

16. Véase carta al P. Mariano de 6-XII-1911; *Itin.*, p. 156, donde se refiere al cambio en sus relaciones con la Virgen, después que fue elevada al estado de transformación.

17. *Autob.*, p. 49-50.

de Vega—, tuvo que pasar por la prueba de que éste le mandó reclamar los escritos que ella voluntariamente había enajenado. La M. Angeles obedeció, pero con este motivo hubo una cierta tirantez o tensión que se advierte en las cartas, ya que ella persistía en su anterior voluntad. Incluso, y a pesar de que este director ocupa en la vida espiritual de la M. Angeles un puesto totalmente único y a todas luces excepcional, con todo no dejó de aludir a una posible ruptura de las relaciones directivas, si persistía en su actitud de obligar al P. Nazario a devolver los escritos¹⁸.

Se tocaba aquí algo sustancial en que no estaba dispuesta a ceder. Y, en el fondo, esto sustancial era sobre todo el principio mariano.

En el prólogo de la Autobiografía, escrito por el P. Nazario, se nos dice, reproduciendo palabras textuales de la misma M. Angeles, que el fin de sus escritos es «difundir la doctrina de la Vida Espiritual, mostrando... que el único camino para la unión con Dios es la imitación y el amor de Cristo, y que en este camino se entra por la verdadera devoción a Nuestra Señora»¹⁹. He aquí expresamente reconocido el puesto sobresaliente que en su doctrina asigna a la Virgen.

La «Mística Ciudad» de la Vble. M. Agreda

Un libro que le sirvió de alimento para su vida mariana, a la vez que de guía sólida en la formación cristiana —al menos en la primera parte de su vida religiosa— fue la *Mística Ciudad* de la Vble. M. Agreda.

18. Véase carta al P. Mariano de 13-VII-1920; *Itin.*, III, p. 41ss.

19. *Autob.*, p. 12.

Sor Angeles llegó a tener noticia de esta obra en los primeros años de su vida religiosa, sin que podamos precisar con más exactitud la fecha²⁰. Debió de ser hacia 1892-1893, coincidiendo poco más o menos con el purgatorio de la vida espiritual o noche mística, que con tanta intensidad padeció, y que está tan conmovedoramente descrita en la Autobiografía.

La lectura y rumia de la *Mística Ciudad*, hecha con asiduidad y perseverancia, y proseguida durante años, siempre bajo la mirada de la Virgen y con el propósito de conformar la propia vida con este modelo, ejercerá en ella un influjo profundo y a todas luces provechoso. En efecto, no hay que perder de vista que la *Mística Ciudad* es una vida de la Virgen, en la que se presenta a ésta como la más perfecta discípula de Cristo. Prescindiendo de esa fronda de anécdotas que viene a ser como un ropaje o revestimiento externo, en esta obra se da una doctrina sólida y bien expuesta sobre las virtudes cristianas, su ejercicio por la Virgen y la necesidad que tiene el cristiano de entrar por este camino de la práctica de dichas virtudes.

Dado el amor y deseo vivísimo que tenía Sor Angeles de seguir el magisterio de la Virgen, se comprende que con estas disposiciones el libro le hiciera un bien incalculable, proporcionándole instrucción sólida y segura e impulsándola a adquirir aquellos mismos sentimientos, aspiraciones y procederes que en esta obra se atribuyen a la Virgen. En suma, este libro, juntamente con el Catecismo, le sirvió para adquirir una auténtica y sólida formación cristiana bajo la mirada de la Virgen.

En la Autobiografía la M. Angeles nos ha descrito largamente y con muchos detalles cómo su vida de intimidad con la Virgen, sus estrechas relaciones con ella, fueron

20. *Autob.*, pp. 54, 81.

una ayuda decisiva para que pudiera superar con éxito la dura prueba de la noche purgativa²¹.

Consta que en sus últimos años M. Angeles ya no leía esta célebre obra, pero siempre le guardó respeto y afecto²².

La Virgen le enseñó la ciencia del puro amor

El magisterio de la Virgen tuvo decisiva eficacia en un punto: «La señora me enseñó la ciencia del puro amor y con este socorro me arrastró a la muerte mística y al establecimiento del reino de Dios en mi alma»²³.

Esta fue, al parecer, la cosa principal e importantísima que la Virgen le enseñó y que confiesa haber aprendido en aquella noche purgativa. Es decir, que en el espejo de la Virgen y con las enseñanzas que leía en el libro de la M. Agreda —y bajo la acción de la gracia, claro está—, aprendió que Dios debe ser amado por ser quien es, por El solo, y que es preciso cifrar nuestra felicidad en este culto, servicio y amor desinteresado de Dios²⁴.

A ello contribuirían también, paradójicamente, los desprecios, los rechazos, la frialdad o indiferencia que en Dios encontraba. Ella misma nos lo dice taxativamente: «Quizá sea yo una de las almas que Dios ha tratado con mayor frialdad, y la ha probado con mayores desprecios en el purgatorio de la vida espiritual»²⁵. Pero todo esto, bajo el magisterio de la Virgen, no fue sino nuevo incentivo, talismán o estímulo para el desarrollo en su alma de

21. Cf. *Autob.*, pp. 67ss, 74ss, 88.

22. Existe nueva edición: *Mística Ciudad de Dios. Vida de la Virgen María*. Texto conforme al autógrafo original; Madrid, 1970.

23. *Autob.*, p. 88.

24. Cf. *Autob.*, p. 74.

25. *Autob.*, p. 74.

ese amor puro de caridad, que es la sustancia de la vida cristiana, el tuétano o esencia de la perfección y de la santidad.

En sus relaciones íntimas con Jesús, María y José aspiraba a ser como la cuarta persona de la Sagrada Familia. Esclava, por un lado, si se quiere; pero, por otro lado, su intimidad no le permitía contentarse con la mera y simple esclavitud²⁶.

El afecto de complacencia

Este tema del amor puro o del amor de caridad para con Dios nos lleva a hablar de un aspecto del mismo que destaca de modo muy sobresaliente en la vida y obras de la M. Angeles Sorazu, y del que dan fe también los testimonios de las religiosas que la conocieron y trataron. Nos referimos a lo que ella llama «afecto de complacencia».

El «afecto de complacencia» no es otra cosa que una espontánea manifestación de este puro amor de caridad que cifra su felicidad en la felicidad del amado, en que él sea feliz y dichoso. Es decir: el gozarse y sentirse feliz al comprobar la felicidad del ser amado, el complacerse en sus grandezas y bienandanza: esto es lo que la M. Sorazu llama afecto de complacencia.

Nos haríamos interminables si quisiéramos citar todos los pasajes y lugares de sus obras en que aflora este sentimiento. Únicamente referiremos alguno de los muchos casos en que este afecto de complacencia lo hace extensivo a la Virgen y le lleva a gozarse de sus privilegios, a dar gracias a Dios por ellos, etc.

26. *Autob.*, p. 100.

En Mayo de 1908 Sor Angeles sufre una grave enfermedad con muchos padecimientos físicos. Pues bien: ofrece estos padecimientos en agradecimiento a la Beatísima Trinidad por los dones y privilegios que concedió a la Ssma. Virgen, más en agradecimiento a la Virgen por los favores dispensados a la interesada, en agradecimiento al Padre por los tesoros que comunica al Verbo y a la Humanidad de Cristo, etc.²⁷.

Vivía más de la gloria de María que de la propia vida, dice en otro lugar²⁸.

En un momento de grave tribulación se toma la libertad y confianza de hablar así a la Virgen: ¿Es posible que hagas esto conmigo que tanto te quiero y me gozo en tu felicidad más que en la mía?²⁹.

En un pasaje notable de las cartas al P. Mariano habla de los transportes de alegría, gozo y gratitud que experimentó en cierta ocasión al contemplar la creación de María Inmaculada por Dios³⁰.

En los momentos en que se sentía afligida de verse tan ruin, no era raro que súbitamente su estado se trocase en júbilo y felicidad al parar mientes en la santidad y dones que resplandecen en María, en Jesús, en Dios, etc. Es que el afecto de complacencia le hacía apropiarse en cierto modo de la santidad, dicha y grandezas de estos seres por ella tan queridos. «¿Qué me importa a mí ser pecadora, ser ruin, siendo mi Dios y Purísima Madre lo que son? ¡Bástame saber que ellos son santos, que ellos son felices para serlo yo también!»³¹.

27. *Autob.*, p. 339.

28. *Autob.*, p. 86.

29. *Autob.*, p. 105.

30. Carta de 3-XII-1910; *Itin.*, I, p. 168-169.

31. Carta de 11-III-1911; *Itin.*, I, p. 249.

La fiesta de la Inmaculada Concepción y su Novena constituía una de las ocasiones más propicias para la manifestación de este sentimiento.

En sus devociones diarias procuraba unirse a todos los fieles cristianos que honraban a María en todos los templos y santuarios del mundo dedicados a ella, entre los cuales recordaba especialmente el del Pilar, que tuvo ocasión de visitar en 1890 con motivo de su viaje a Caspe³².

*Feliz conjunción de los tres amores: a Dios,
a Cristo y a la Virgen*

Dice el Papa en la «*Marialis Cultus*» que la cuestión Cristo domina hoy en los espíritus y que por esto es más urgente que nunca el que la devoción a la Virgen muestre de manera clara su referencia a Cristo.

Por lo que a la M. Sorazu se refiere, la verdad es que ella nunca tuvo dificultad en conjugar el amor de Cristo con el de su Madre. Por lo demás, es a todas luces evidente que Cristo ocupa un papel central en su vida. Cuando su segundo director, allá por el año de 1906, le mandó que meditara en el Ser de Dios, Sor Angeles se sintió perpleja y como perdida, pues sin Cristo no podía dar un paso; la tierra de la pura Divinidad se le hacía extraña e inaccesible; hasta que Cristo le dio a entender que El es el que manda en aquella tierra³³. Más tarde sí, como hemos dicho, será elevada a un estado de contemplación de la pura Divinidad.

Hans Urs Von Balthasar ha hecho notar con razón que, si se ha pecado fomentando una devoción mariana un tanto desgajada de Cristo, hoy con frecuencia se está

32. Cf. *Autob.*, p. 271.

33. *Autob.*, p. 299.

cometiendo el mismo pecado con Cristo, al presentar un Cristo desgajado a su vez de Dios. Se toma la humanidad de Cristo como modelo para el hombre en un plano meramente humanístico. Es decir, que con Cristo se está haciendo algo similar a lo que se vitupera en cierta piedad mariana. Jesús es camino al Padre. No podemos estancarnos en el hombre Jesús ³⁴.

Dice también el mismo autor que la Iglesia posconciliar, por esta crisis del principio mariano, ha sufrido grandes pérdidas en sus rasgos místicos ³⁵. Se está convirtiendo en una Iglesia masculina, unisexual y asexual, dice él. Una Iglesia donde todo se reduce a establecer fines, objetivos, medios, conferencias, discusiones, o sea, algo que aburre muy pronto. Dijérase que esta Iglesia ha perdido la feminidad. Este empeño por reducir todo a la categoría de medios y fines es algo masculino. Pero el hombre es hombre y mujer, y en el plan de Dios —tanto en el de la Creación como en el de la Redención— esto se ha tenido en cuenta, y así María tiene su lugar, que no puede ser ignorado.

En cuanto al peligro de aislar a María del contexto teológico de la salvación o de ponerla en concurrencia con la misión salvadora del Hijo de Dios, sabido es que el Vaticano II lo ha conjurado situando a la Mariología en el capítulo final de la doctrina eclesiológica ³⁶ y volviéndola a integrar en el conjunto de la verdad salvífica.

De todas formas, la M. Sorazu nos trae el mensaje del valor perenne del principio mariano, principio que pertenece a la esencia de la fe y de la vida cristiana.

34. *El Cristianismo es un Don*, p. 92.

35. O. cit., p. 96.

36. Véase «Lumen Gentium», cap. 8.

CAPÍTULO VII

LA INVIOLEABLE ADHESION A JESUCRISTO

Plática del día de Todos los Santos

Sor Angeles no llegó a conocer la fiesta de Cristo Rey, que Pío XI establecería poco después de muerta ella (1925). En su tiempo la fiesta de Todos los Santos podía considerarse como la clausura, el epílogo y la recapitulación solemne del año litúrgico. Pues bien: en una de sus cartas al P. Mariano nos ha dejado algo así como el croquis o esquema de una plática que dirigió a las monjas con motivo de esta fiesta del primero de Noviembre¹.

En dicha carta se expresa así:

«Si de la abundancia del corazón habla la boca, ya comprenderá mi Padre que hablé del Santo de los Santos empezando por exponer el invitatorio de Maitines: Regem Regum Dominum, venite adoremus, quia ipse est corona sanctorum omnium».

La mencionada plática, tal como se ve por el esquema que de ella nos ha dejado, toma como pauta el oficio de Maitines de ese día y tiene como centro al Verbo Encar-

1. Carta de 9-XI-1920; *Itin.*, III, p. 180.

nado. Ya indicamos en otros capítulo que M. Angeles fue muy amante de seguir el año litúrgico y de identificarse con la liturgia. Pero al no tener los textos del misal a su alcance, se alimentaba sobre todo del Breviario. Bien es verdad que hallaba en esos textos aquello que ya tenía en su corazón. Así viene a confesarlo en este otro pasaje de la citada carta:

«Todo me habla de los dos inefables misterios de la Trinidad y Encarnación, que ocupan mi pensamiento y ama mi corazón. Si leo o recuerdo lo que escribió V.R. en el respaldo de la estampa del Santo Cristo de Limpias, por el rostro entiendo la historia de la Encarnación, o sea, el Verbo Encarnado, a quien hallo en el seno de Dios. Y todo así, a mi modo».

Nos haríamos interminables si fuéramos a transcribir pasajes de sus escritos en que se constata este amor de preferencia y el papel, no ya central sino a todas luces único, que la persona de Cristo ocupa en la vida espiritual de la M. Sorazu. Con todo, tratándose de un tema tan capital, se hace inexcusable esbozarlo, siquiera sea a grandes rasgos. En otros capítulos y a propósito de otros temas aparecen también numerosos detalles que de algún modo confirman, completan y enriquecen lo que aquí un tanto esquemáticamente diremos.

En *La Vida Espiritual*², a propósito del texto del Apocalipsis 22,17 «Et Spiritus et Sponsa dicunt: Veni», Sor Angeles habla de las almas llamadas a la divina unión, y pone en boca de ellas una encendida oración o llamada a Jesús, en que de modo impresionante resalta el puesto preeminente que la persona de Jesucristo y la adhesión a la misma ocupan en la santidad cristiana. No nos resistimos a citar un fragmento de este pasaje:

2. O. cit., cap. 5, p. 62-63 (2.^a ed.).

«Tú mismo, ¡oh Jesús divino y Esposo de nuestras almas!, introdúcenos en la eternidad dichosa, colocados sobre tu frente como diademas gloriosas que nuestro Padre celestial te regalara, pues eso queremos ser para Ti en la eternidad: diademas de gloria que adornen tu frente y abrillanten tu belleza, y vivir eternamente sometidos a tu imperio y puestos al servicio de tu felicidad, dejándote a Ti el honor de pronunciar la última palabra de la creación, cual es la suprema glorificación de la beatísima Trinidad. Así sea».

Entre los muchos lugares de la extensa y dilatada correspondencia que mantuvo con su Padre-verdad y que podrían citarse, sólo seleccionaremos algunos pocos textos.

Sobre Cristo, obra «ad extra»

He aquí uno de los más notables, ocasionado por la expresión «obra ad extra» de una carta del P. Mariano:

«Me dice en su apreciable del 14 que quiero concretarme a un solo punto en mi cuenta de conciencia, el cual reviste menos importancia para V.R., pues es obra ad extra. ¿A qué llama obra ad extra? Si a mi Dios Humanado, El es mi vida, mi gloria, mi todo en Dios Uno y Trino. Es verdad que la Encarnación se cuenta entre las obras de Dios que se llaman exteriores o ad extra, y que Jesús, como Redentor, Mediador, mi Justicia, Santidad, etc., etc., me acompaña o se extiende a mi alma como fuera de la Divinidad para protegerme con sus virtudes y méritos, vida y misterios, y avalorar mi alma y mis súplicas y merecerme las comunicaciones de la Divinidad. Mas, al mismo tiempo, este Dios Humanado, vida de mi vida, muéstrase como Hijo Unigénito natural de Dios, consustancial al Padre y al Espíritu Santo, identificado con la Divinidad, sobredignísimo de toda alabanza y adoración y como doble abismo, o un abismo divino encerrado e identificado en otro abismo a quien encierra en el propio seno o en su doble naturaleza por modo inexplicable.

Muy grande se muestra Dios Uno y Trino a mi alma, a quien aprendo³ siempre infinito, incomprensible, inefable; pero estoy por decir que me parece y le aprendo más excelso, más inefable e incomprensible en el misterio de la Encarnación, o sea, en el Verbo Encarnado, que aislado, si cupiera que prescindiera Dios de este inefable misterio después que se cumplió, que para mí no existe tal aislamiento, pues siempre, siempre me acompaña el inefable misterio de la Encarnación y lo aprendo presente, presentísimo en Dios y a Dios como extasiado y perdido en El, al mismo tiempo que lo encierra y absorbe en su seno»⁴.

Ocioso parece advertir que el Jesucristo a quien Sor Angeles presta una adhesión tan incondicional no es un Jesucristo desgajado de Dios, cual hoy a veces se nos quiere presentar. Es ni más ni menos el Jesucristo de la fe cristiana, Hijo de Dios, Dios y Hombre verdadero.

Los nombres de Cristo

En el texto siguiente, que es de la misma carta, nos habla de los nombres de Cristo que más la afectan:

«Me enloquece recordar cualquiera de los nombres de Jesús, especialmente estos que me son más familiares: mi Dios Humanado, Divina Encarnación, Unión Hipostática, Admirable comercio, Divina Inefabilidad, Abismo divino, Hijo Unigénito de Dios, Esplendor de la gloria del Padre, etc., etc.»⁵.

En otra carta de fecha muy anterior habla de su devoción al nombre de Jesús y de los favores recibidos con esta ocasión:

3. Sic por *aprehendo*.

4. Carta de 16-I-1921; *Itin.*, III, p. 247.

5. Carta de 16-I-1921; *Itin.*, III, p. 249-250.

«Los favores que he recibido el día del Dulce Nombre de Jesús por espacio de varios años y en los obsequios que diariamente hacía a este Dulcísimo Nombre son tantos y tan gratos a mi alma, que si pudiera escribir o expresarlos, me parece sería lo mejor de todo lo que he escrito o consignado en el relato de mi vida y lo que escribiría con más gusto. Pero me es imposible, y me complazco en esta imposibilidad, porque gozo a solas el bien que no puedo comunicar. Bendito Dios y bendito mil veces su Hijo Unigénito que tanto me ha querido y favorecido. A El la gloria por los siglos de los siglos»⁶.

Véase también este otro texto en que se nos narra un favor recibido en el refectorio y el modo cómo durante él aprehendió a la Humanidad de Cristo unida a la persona divina:

«Otro día estando con la Comunidad en el refectorio (por la noche) oí a la lectora hacer mención de los desposorios del Verbo con la naturaleza humana en el misterio de la Encarnación, o no sé qué. Nada más oír pronunciar «la Encarnación», me trastorné y perdí toda. ¿Cómo decir lo que vi? Imposible. El refectorio se convirtió en un verdadero cielo. Introducida mi alma en un mundo sobrenatural, en una región de luz clarísima y sublime, en aquel paraíso divino que se presentó o abrió ante mí, vi al Verbo Divino en forma bellísima con una gloria y majestad infinita. La Persona Divina que unía en sí a las dos naturalezas divina y humana, acariciaba, besaba y abrazaba a la Humanidad y se solazaba con ella, cual no se puede explicar. Parecía un padre cariñoso, tierno y enamorado de su hijo pequeñuelo, cuando se regala y entretiene con éste, respecto de la Humanidad, la cual unida e identificada y absorta toda y refundida en la Persona del Verbo, aparecía anegada en un mar inmenso, infinito de gloria y felicidad, recibiendo las caricias que incesantemente le prodigaba la Persona Divina que le informaba y a que estaba unida, y correspondiendo a ellas en una forma que no es posible ex-

6. Carta de 25-IV-1912; *Itin.*, II, p. 232.

presar; pues, aunque representaba la edad de treinta o treinta y tres años, parecía enteramente un niño respecto de la Divinidad o un Príncipe acariciado y regalado y tiernísimamente amado de su Padre Rey, siendo este Padre Rey no el Padre Eterno, sino la misma Persona del Verbo a que estaba unida. Viendo al Verbo Divino con tanta gloria y majestad, tan enamorado de su Humanidad Santísima, y a ésta elevada al ser de Dios, anegada en aquel mar de gloria y de riquezas divinas, yo me deshacía de contenta, de amor, de gratitud a la Divinidad por su unión con la Humanidad y de ansias y deseos de glorificar al Verbo Divino Humanado en cuyo amor ardía mi corazón. Jesucristo, con una leve insinuación, me indicó que quería desposarse conmigo, pero yo tan embebida estaba en glorificar a Jesús, y tan enamorada de Él que, cifrando toda mi gloria y felicidad en la suya, desprecié la que me prometía su Majestad en su unión conmigo, pues empleadas todas mis facultades, ansias y aspiraciones en amar y glorificar al mismo Verbo Humanado no reconocía ni podía reconocer más dicha ni felicidad que la suya»⁷.

Coincidiendo con estos mismos sentimientos, dice en otra carta:

«No, Padre mío, no; nada conmueve mi corazón fuera de la gloria de Dios, de mi Dios Uno y Trino y de su Verbo Encarnado, único móvil de mis afectos, mi única intención y suprema aspiración»⁸.

En la misma carta hallamos este otro pasaje, también notable, en que trata de expresar lo que constituye, por así decir, su vocación:

«¿Qué significa, a qué obedece, desde cuándo data esta unión y vocación a perderme en Dios? Por toda respuesta me ha significado mi Dios Uno y Trino, ora el Padre, ora el Ver-

7. Carta de 21-IX-1911; *Itin.*, II, p. 92-93.

8. Carta de 17-I-1921; *Itin.*, III, p. 253.

bo o el Espíritu Santo, que mi vocación data desde que salí de la nada, mejor dicho, desde la eternidad, que obedece a su libérrima elección y divina misericordia, que quiso ser mi vida, mi amor, mi tesoro y patrimonio, para procurarme una felicidad infinita, pues soy la más pobre de vida y voluntad, que nada tengo ni puedo tener propio, ni de bienes espirituales ni materiales, porque soy así, incapaz de querer ni poseer nada de mí, y de no haberse Dios entregado, hubiera sido sumamente desgraciada... Se ha portado así conmigo por su infinita bondad y misericordia, gravitada y particularmente inclinada a favorecerme por los méritos y mediación de Jesús y María, quienes, obligados de mi inviolable adhesión, no pueden menos de favorecerme, protegerme, etc., más por la buena voluntad que ha visto en mi alma, incluso en los períodos de mayor extravío. A los motivos indicados muchas veces se ha agregado el que indiqué ayer, o sea, la gloria que espera de mí el Verbo Encarnado y le procuraré escribiendo su historia»⁹.

El libro que quiso escribir

Aquí, como en otros varios pasajes de las cartas al P. Mariano, se hace referencia a una idea, propósito o proyecto que acarició Sor Angeles durante muchos años, que la persiguió siempre, que a veces trata de rechazar como tentación o cosa del diablo, pero otras veces se le impone como cosa de Dios, idea que somete al juicio del Director, etc.: es el propósito de escribir la historia o vida divina del Verbo Encarnado.

El P. Melchor de Pobladora¹⁰ nos traza la historia de este viejo proyecto de Sor Angeles, nunca realizado. En realidad, no fue mero proyecto, pues sabemos que redactó partes de dicha obra, que luego ella misma quemó. A

9. Carta de 17-I-1921; *Itin.*, III, p. 256-257.

10. *Una flor siempreviva*; Madrid 1941; p. 112ss.

pesar de todo, nunca, hasta la muerte, le abandonará la idea de componer esta obra.

Bien es verdad que ella misma afirma en una de sus cartas —refiriéndose a este asunto—:

«Dios no quiere la ejecución de todas las obras para las cuales requiere a sus criaturas, sino que muchas veces quiere sólo el consentimiento para galardonar el propio vencimiento»¹¹.

En realidad, no todo se ha perdido de la proyectada obra. En el libro que publicó el P. Nazario Pérez con el título de *Opúsculos Marianos*¹² se publican «Meditaciones sobre el misterio de la Encarnación». Son en total cuatro, sumamente originales, entrañables, y profundas, que nos permiten hacernos una idea de lo que hubiera sido este libro¹³.

* * *

Orientación cristocéntrica de la vida espiritual de la Madre Sorazu

Ya en la primera conversión de Florencia, cuando ésta contaba 16 años de edad, la meditación de la Pasión fue su devoción preferida, lo que llenaba su jornada¹⁴.

Cuando ingresó religiosa, llevó consigo al claustro una imagen o estatua del Sagrado Corazón, regalo de una amiga suya¹⁵.

11. Carta de 19-I-1921; *Itin.*, III, p. 262.

12. O. cit.; Valladolid 1929; p. 63ss.

13. Sobre el libro de la Vida divina de Jesús, véase *Itinerario*, vol. II, p. 322.

14. *Autobiografía*, p. 30-31.

15. *Autob.*, p. 53.

Después de la entrega de Dios que tuvo lugar el 25 de Septiembre de 1894 y del subsiguiente descenso a un estado más ordinario¹⁶, se inicia en su vida un largo período caracterizado por la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, desde la Encarnación hasta la Asunción. Refiriéndose a este tiempo nos dirá M. Sorazu que en el girasol veía la imagen de su alma:

«El girasol parecíame un retrato de mi alma, la cual fija su mirada en el Sol de Justicia, le seguía paso a paso en la carrera de su vida mortal, desde la Encarnación hasta su triunfal Ascensión a los cielos, y cuando el Salvador se ocultaba a mi mirada, con el impenetrable velo de su inefable gloria a la diestra del Padre, me quedaba como suspensa mirando al cielo —como el girasol queda suspenso vuelto hacia el Occidente cuando pierde de vista al rey de los astros— hasta que pasado un rato volvía a buscarlo en el misterio de la Encarnación»¹⁷.

La imperiosa necesidad de imitar a Cristo, de participar en sus penas, era la verdadera causa que impulsaba a Sor Angeles a las mortificaciones, privaciones, ayunos, al aguante de las inclemencias del tiempo sin admitir alivios, y, en fin, a toda clase de obras y prácticas aflictivas que por esta época se imponía¹⁸.

Cuando Sor Angeles se hallaba en el monasterio de Jesús-María tuvo lugar un hecho que tendrá consecuencias para el resto de su vida, a saber, el descubrimiento de los Evangelios en lengua vulgar¹⁹. Este suceso ocurrió en 1896. Desde entonces los evangelios serán uno de sus libros predilectos. Pero antes de descubrir este libro, y aun después, para conocer a Jesús Sor Angeles dispuso, además, del camino real de la Liturgia, de otros libros de piedad, y, muy

16. *Autob.*, pp. 108ss, 115ss.

17. *Autob.*, p. 151-152.

18. *Autob.*, pp. 99-100, 142-143 y otros lugares.

19. Cf. *Autob.*, p. 138.

particularmente, de la Mística Ciudad de la Vble. M. Agreda, y del Catecismo.

El ejercicio que llamaba su «recreación»

Hallándose también —según parece— en el mismo convento de Jesús-María, recibió una gracia muy entrañable, que dejó en ella huellas imborrables. Fue una gracia que le hizo comprender el infinito amor de Dios. Padre al género humano, que le movió a entregarnos su divino Hijo en el misterio de la Encarnación²⁰.

De resultas de esta gracia tomó la costumbre de hacer diariamente un ejercicio, que llamaba su «recreación», que consistía en dar gracias al Padre porque nos dio a su Hijo, etc.²¹.

Sin Jesús, perdida en la tierra de Dios

Cuando su segundo Director, el Sr. Deán, allá por 1906, le mandó que meditara en el Ser divino, Sor Angeles se sintió perpleja y desorientada, sin capacidad para cumplir lo que se le ordenaba. Sin la compañía del Dios Humanado veíase como perdida y extraña en la tierra de Dios, hasta que Jesús le hizo saber que El es el que manda en dicha tierra, es decir, en la tierra de Dios.

Hermosa y profunda verdad ésta que Sor Angeles ha sentido y vivido como pocos: Jesús es el dueño que manda en la casa de Dios porque efectivamente es el hijo de la casa, el Hijo de Dios, el que a nosotros nos introduce y da carta de ciudadanía en el país de Dios.

20. *Autob.*, p. 137.

21. Cf. *Autob.*, p. 259ss. En este lugar se halla largamente explicado y descrito este hermoso ejercicio.

Cuando Sor Angeles sea elevada a estados más altos, a la contemplación de la pura Divinidad, el Verbo Humanado seguirá siendo el quicio o eje de toda su vida espiritual, como expresamente se afirma en aquella plegaria ardiente que escribió comentando el «Veni/Ven», con que se cierra el Apocalipsis:

«Y después de haberte seguido millares de veces en la carrera de tu vida mortal, si te place elevarnos a la contemplación de tu divinidad gloriosa, aun allí, en el seno mismo de Dios, sé tú nuestro único pensamiento, nuestro único amor, nuestro único sentimiento, única aspiración, y el norte y fin de nuestra vida y operaciones»²².

Después de elevada a la unión transformante, y tras un período más o menos largo en que se vio «abismada en la contemplación de Dios, identificada con sus comunicaciones internas y abstraída de la creación», súbitamente en las fases superiores de dicha unión transformante, reaparece otra vez el Verbo Encarnado, inaugurando el estado que ella llama de «contemplación mixta»²³.

Aun en las cartas de los últimos meses de su vida encontramos testimonios fehacientes de esta su nunca desmentida adhesión a Jesús —y a María—²⁴.

La participación de la Pasión

Hay un hecho, episodio o suceso ocurrido durante la recreación de las monjas a fines de 1920, que casi todas las testigos que escribieron sobre ella consignan en sus testimonios. M. Angeles mostró a sus hijas un cuadro dibujado por ella y alusivo al Cantar de los Cantares. En él,

22. *La Vida Espiritual*, cap. 5, p. 63 (2.^a ed.).

23. *La Vida Espiritual*, cap. 21, p. 269 (2.^a ed.).

24. Véase, por ejemplo, carta de 17-III-1921; *Itin.*, III, p. 273.

tomando pie del libro sagrado, se representan las diversas fases, estados y lances por los que pasa el alma en su camino hacia Dios. Una de las religiosas tuvo la ocurrencia de poner en papeletas estas fases y estados y de sortearlos entre las monjas para ver qué estado tocaba a cada una. A la M. Angeles le cupo en suerte «el monte de la mirra», o sea, la participación de la Pasión.

Con gran admiración de todas las monjas, Sor Angeles, al conocer por aquel sorteo la gracia que Dios le tenía reservada para el fin de su vida, prorrumpió en inusitadas demostraciones de alegría, dando incluso saltos de gozo como una niña²⁵. Y todas las testigos coinciden también en ver en su última enfermedad y muerte el cumplimiento de lo que el dicho sorteo anunciara. De este episodio habla también ella misma en una carta al P. Mariano²⁶.

Abundando en la misma idea, en la parte final de *La Vida Espiritual*, la M. Sorazu ha colocado la participación de la Pasión como la fase suprema y última de su itinerario²⁷.

* * *

Testimonios de las religiosas

A continuación, y para completar esta breve exposición acerca del papel central que la persona de Cristo representa en su vida y espiritualidad, aduciremos diversos detalles y noticias que constan en los testimonios de las religiosas que la conocieron.

25. Véase Sor Concepción, p. 24; Sor M.^a Refugio, p. 10; Sor M.^a Consolación, p. 12; Sor Purísima, I, p. 13.

26. Carta de 24-X-1920; *Itin.*, III, p. 174.

27. *La Vida Espiritual*, caps. 22 y 23, p. 316ss (2.^a ed.).

Sor Concepción (connovicia): «Algunas veces me ha dicho: «¡Qué dicha es andar con Nuestro Señor, en sus correrías de su predicación por la Palestina!»²⁸.

La misma testigo nos dice que hacía el Vía crucis todos los días con la cruz a cuestas²⁹.

Sor M.^a Refugio: «Hija e imitadora de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, el Pesebre y el Calvario eran sus predilectos, viendo en uno y otro misterio el amor tan infinitamente misericordioso de Dios Nuestro Señor para con sus criaturas»³⁰.

Sor Lourdes: «En Natividad llevaba al divino Infantito y a su alrededor nos sentábamos en el suelo incluso ella. Nos mandaba coger un instrumento de música y todas a tocar; ella tocaba el tambor y lo hacía a las mil maravillas (como todo lo que hacía), pues tanto sus modales como su conversación tenía tal atractivo que siempre estábamos deseosas de estar con ella»³¹.

Sor Purísima: «Muchas veces nos recomendaba con vivo interés la lectura del libro de la Pasión de la Mística Ciudad de Dios»³².

Los siguientes testimonios son de Sor Natividad: «Se me olvidaba decir que el Sábado Santo por la noche después de Maitines, que rezamos de 8 a 9 de la noche, nos llevaba a las religiosas al Capítulo, donde teníamos un hermosísimo cuadro de Jesús en el sepulcro con la Magdalena y los dos Angeles guardándole, mejor dicho, Jesús muerto pero sin colocar en el sepulcro. Pues bien, todas reunidas comenzábamos otros maitines alusivos al acto,

28. Testimonio de Sor Concepción, p. 7.

29. Testimonio de Sor Concepción, p. 21.

30. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 8-9.

31. Testimonio de Sor Lourdes, p. 18-19.

32. Testimonio de Sor Purísima, II, p. 27.

compuestos por ella, de antífonas y salmos, que expresaban admirablemente el misterio de la muerte y sepultura de Jesús. Lo que me admira y llena de emoción es la fe tan grande y sublime con que celebraba todos los misterios de la vida de Jesús hasta en los menores detalles. Su alma vivía verdaderamente de la vida del hombre Dios»³³.

«Por iniciativa de ella se puso la hermosa costumbre de hacer el Calvario en común todos los días, pues antes se hacía esta devoción en particular»³⁴.

«Con heroica fe y grandísimo afecto del corazón contemplaba el misterio de la Encarnación del Verbo en el seno purísimo de nuestra Purísima Madre, celebrando esta fiesta el 25 de Marzo con inusitado gozo y alegría, preparando su alma con el mayor recogimiento y abstracción de todo lo visible para las grandes comunicaciones que en este día tenía con las tres divinas Personas de la Beatísima Trinidad, siendo llamada todos los años por esta fecha a mayores alturas de alma y sublime contemplación»³⁵.

«[El Crucifijo] lo llevaba siempre consigo colgado al cuello de un cordón, siempre le colocaba al lado de su corazón, diciéndole con cariño infinidad de actos de encendido amor»³⁶.

«Con muy subidísima y elevada oración de contemplación meditaba con mucho fervor y medros de su espíritu en la Pasión del Señor, recogiendo grandes enseñanzas para su espíritu»³⁷.

* * *

33. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 10.

34. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 39.

35. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 55.

36. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 28.

37. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 76.

Epílogo

Finalmente, y a modo de epílogo, citaremos dos hechos o afirmaciones que son capitales para evidenciar el puesto central que corresponde a la Humanidad de Cristo en la espiritualidad de la M. Angeles.

El primero es que ella misma dice taxativamente que el fin de sus libros no es otro que inspirar en las almas la afición a los misterios de la vida de Jesús y a la práctica de la vida mariana³⁸.

El segundo: ella misma reconoce que si Dios la favoreció tanto fue por esta su inviolable adhesión a la persona de Cristo³⁹.

38. Carta al P. Nazario Pérez, parcialmente publicada en el prólogo de la *Autobiografía*, p. 10.

39. Carta al P. Nazario de 17-I-1921; *Itin.*, III, p. 256.

CAPÍTULO VIII

«A VERANEAR AL SAGRARIO»

La devoción a Jesús Sacramentado: he aquí otro rasgo sobresaliente en la fisonomía espiritual de Sor Angeles.

También esta devoción o adoración de Jesús Sacramentado se ha querido desautorizar en nuestros días, pretextando que la Eucaristía es un acontecimiento y no un estado. Es terrible esta manía de cuestionarlo todo, de fabricar razones para llegar a las más disparatadas conclusiones.

La distinción, empero —como observa Hans U. V. Balthasar— falla. La Encarnación redentora, por la que Dios nos dio a su Hijo, fue una irrupción de la eternidad en el tiempo, pero a esta irrupción no sigue un retorno a la eternidad desde el tiempo. Jesús ha venido y está; no se vuelve. El «una vez por todas» se anuncia en cada Eucaristía. La devoción a las especies eucarísticas es «el recuerdo y el a-cuerdo del corazón en el punto donde el amor eterno irrumpe en el tiempo y el tiempo alborea ya en el amor eterno. Nadie puede realizar cumplidamente este recuerdo y a-cuerdo durante la celebración comunitaria¹.

«La idea de un automatismo sacramental es indigna del cristiano»².

* * *

1. *El Cristianismo es un don*, p. 163.

2. O. cit., p. 164.

La devoción a Jesús Sacramentado

Sor Lourdes nos ha conservado una expresión que, según parece, gustaba de emplear Sor Angeles. Cuando terminaban los tiempos fuertes de la Liturgia con sus grandes festividades de Ascensión, Pentecostés, Trinidad, etc., les decía a las monjas que era llegado el tiempo de ir a veranear al Sagrario. He aquí las palabras textuales de la testigo:

«Cuando pasaba la Sma. Trinidad, decía: Ya se han terminado todas las fiestas; ahora todo el mundo se va a veranear; pues nosotras también iremos al Sagrario y desde allí en unión del divino Prisionero haremos nuestras excursiones por los campos de la eternidad»³.

El veraneo en el Sagrario. No era una mera frase vacía. Era algo que constituía su vida.

Sobre la conciencia que tenía del gran bien que representaba esta devoción eucarística y el sentimiento que le causaba el desconocimiento de este tesoro, Sor Natividad nos informa:

«También la oí decir que sin Jesús Sacramentado la hubiese sido la vida insoportable, que cuando tenía tristezas y su espíritu no podía vivir sin su amado, se iba a la iglesia y se ponía muy cerquita del Sagrario, y le contaba con el candor de una niña todo lo que pasaba por su alma»⁴.

«Nos decía en sus exhortaciones que era una pena muy grande que las almas del mundo no conociesen el tesoro escondido que se encierra en el Sagrario de Jesús Eucaristía. ¡Cuántas lágrimas se verían enjugadas, cuántas penas consoladas, cuántas necesidades remediadas, cuántos peligros evitados y cuántos pecados evitados también, si con fe vivísima y confianza sin límites acudiesen todas las criaturas, sin ex-

3. Testimonio de Sor Lourdes, p. 6.

4. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 24.

cluir a nadie, a ese Dios de infinita Majestad y grandeza, que se halla en nuestras iglesias sacramentado por nuestro amor...!»⁵.

Esta devoción a Jesús Sacramentado tuvo sus principios ya en el tiempo de su vida seglar. Sobre todo a partir de su conversión a los 16 años el acompañar al Señor del Sagrario es un hecho atestiguado en su vida.

He aquí lo que leemos en la Autobiografía⁶, al referir el horario o tenor de vida que hacía por este tiempo—o sea, después de su conversión—:

«Habiendo cumplido con mis devociones me iba al templo, recibía la sagrada Comunión y oía dos misas en el altar del Comulgatorio, en presencia de Jesús Sacramentado y la Santísima Virgen, a quien estaba consagrado el altar; oraba un rato a mi manera, y me retiraba a casa para cumplir mis obligaciones».

Y por la tarde:

«De siete a ocho y media permanecía en el templo donde rezaba el santo Rosario, escuchaba la vida del santo que el señor sacerdote leía en el púlpito, hacía el ejercicio del Vía-crucis, acompañaba un rato a Jesús Sacramentado y practicaba otras devociones en obsequio de Jesús y de la Virgen».

Cuando entró religiosa, durante bastantes años tuvo que atenerse a la disciplina entonces vigente:

«Entonces no comulgaban [las monjas] ordinariamente más que domingos y jueves, primeros viernes y fiestas»⁷.

El verse privada de la comunión era para ella una fuente de sufrimientos. En la descripción que nos hace de sus

5. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 33.

6. *Autob.*, p. 29-30.

7. *Autob.*, p. 153 nota.

trabajos de jardinería hay una delicada alusión al tema. Por la mañana temprano veía a las margaritas gozosas porque pronto iba a salir para ellas el sol; ella, en cambio, no tenía la misma dicha:

«Dad gracias al Creador —les decía— porque os sustrae a mi pena, haciendo nacer al sol sobre vosotras todos los días. Si supiérais lo triste que es vivir ausente de la vida, del sumo bien, arduosamente amado, vivamente anhelado y rara vez poseído, os sentiríais dichosas con vuestra suerte»⁸.

Aunque su primero y segundo Director, en vista de lo que sufría por este motivo, estuvieron dispuestos a facilitarle una recepción más frecuente del Cuerpo del Señor, ella no quiso aceptarla, por no singularizarse. Sólo a condición de que las facilidades se extendieran a todas estas dispuestas a aceptarlas⁹.

Sor Natividad nos dice también¹⁰ que Sor Angeles hizo muchas peticiones a Dios para que la Iglesia cambiara la disciplina en este punto; y tuvo el consuelo de conocer este cambio, cuando el papa San Pío X promovió la comunión frecuente y aun diaria.

No obstante todo lo dicho, la propia Sor Angeles reconoce que en los primeros años de su vida religiosa no vivía vida de sacramento, al menos en la medida y con la intensidad que después:

«Empero, como Jesús se revelaba a mi alma, y se dejaba poseer más perfectamente cuando meditaba, o le buscaba en la meditación de los misterios de su vida mortal, que cuando le adoraba en el Sagrario, los primeros años de mi vida religiosa no vivía vida de sacramento —o así me parece— ni comunicaba con Jesús en la Eucaristía con la frecuencia que en otros episodios de su vida, excepto en los períodos de prue-

8. *Autob.*, p. 153.

9. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 27.

10. Testimoniode Sor Natividad, I, p. 27.

ba o de sufrimientos, en los cuales, no estando la mente ocupada en la meditación de dichos misterios, tenía alguna facilidad para hallarle en el Sagrario, y allí le buscaba y le rendía mis homenajes»¹¹.

Fue a partir de 1900 cuando empezó «a vivir de la vida de Jesús Sacramentado», para emplear sus palabras¹².

Como sabedora del tesoro que aquí se oculta, tuvo especial empeño en enseñar y recomendar a las monjas que hicieran visitas particulares o privadas a Jesús Sacramentado por propia iniciativa¹³.

Sor Angeles acostumbraba sustraer al sueño varias horas de la noche para dedicarlas a la oración. Pues bien: uno de sus ejercicios preferidos durante este tiempo nocturno era la adoración a Jesús Sacramentado¹⁴.

Sor Natividad cuenta también que en cierta ocasión preguntó a la Madre a ver cómo se las arreglaba para permanecer siempre en su ser, siempre alegre y regocijada en Dios, pase lo que pase. Y refiere que la Madre le contestó —entre otras cosas—:

«Si algo sufre mi naturaleza, en vez de ir en busca del consuelo de las criaturas, me voy al coro, me pongo en comunicación con Jesús Sacramentado, le cuento todas mis cuitas y todo lo que en aquel día me ha ocurrido y salgo de allí más contenta que unas pascuas: esta es la costumbre que tuve desde que entré de religiosa en esta santa casa; así que me ha ido tan bien con ella que de todo corazón te lo aconsejo a ti...»¹⁵.

11. *Autob.*, p. 191. — Véase también *La Vida Espiritual*, cap. IX, p. 119-120 (1.^a ed.).

12. Sobre sus relaciones con Jesús Sacramentado hay páginas bellísimas en la *Autobiografía*. Remitimos a ellas: pp. 173ss, 191ss, 229, 230, 248-249.

13. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 33.

14. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 29.

15. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 7.

La comunión espiritual es otra práctica ampliamente atestiguada en su vida¹⁶.

La misa de renovación de las especies

Sor Lourdes nos refiere otro detalle sumamente delicado, una atención o traza que sugirió a esta alma el amor agradecido, deseoso de mostrar al Señor el reconocimiento porque quiso quedarse junto a nosotros en el Sacramento. Dice así:

«Implantó la santa costumbre de celebrar la Misa de renovación de las sagradas formas todos los jueves con acompañamiento de armonium y cánticos eucarísticos»¹⁷.

Su aprecio y agradecimiento al gran beneficio de la Eucaristía le inspiró esta forma de homenaje en la misa de renovación de las especies eucarísticas.

Sor Purísima nos dice también:

«La sierva de Dios oraba ante el Ssmo. Sacramento con gran fervor y reverencia, causando grande admiración y devoción el verla»¹⁸.

Esta misma testigo refiere que no podía sufrir las faltas de respeto ante el Santísimo, y cuenta la siguiente anécdota:

«No podía sufrir la menor falta de respeto ante Jesús Sacramentado. Recuerdo que en una ocasión estaba en el coro no con toda la reverencia que debiera, y mi santa Madre, cuando me vio, llena de un santo celo, se levantó inmediatamente de su sitio y me indicó la manera de estar con respeto

16. Véase Sor Natividad, II, pp. 32, 36; Sor Lourdes, p. 2.

17. Testimonio de Sor Lourdes, p. 2.

18. Testimonio de Sor Purísima, I, p. 21.

y reverencia ante Jesús Sacramentado, dejándome grandemente admirada y enseñada. Y lo mismo si no rezaba el oficio divino con la debida atención y devoción, me solía decir la sierva de Dios: ¡Pero qué poquito amor de Dios tiene! Palabras que pronunciaba con gran sentimiento de su alma, y tan llenas de amor de Dios, que profundamente quedaban grabadas en mi corazón, sirviéndome de estímulo para proseguir en el servicio de Dios»¹⁹.

Estando enferma, no quería que le llevaran la comunión a la cama, sino que hacía los posibles para levantarse para comulgar²⁰.

Escribió para uso de sus religiosas diversos coloquios o ejercicios, enseñando el modo de hacer la visita al Santísimo, la preparación para la Comunión, etc.

A pesar de ser monja de clausura, su celo por dar a conocer este bien que se esconde en la devoción a Jesús Sacramentado la llevó a trabajar en la implantación y difusión de diversas obras eucarísticas.

Sor M.^a Consolación dice:

«Trabajó con gran celo en una obra eucarística que por entonces no tuvo éxito, pero que más tarde se llevó a efecto en esta ciudad»²¹.

Los Jueves Eucarísticos de Tolosa (Guipúzcoa) —como ya dijimos—, se fundaron por iniciativa y recomendación de M. Angeles. Y por supuesto los implantó también en la iglesia de su convento, como se desprende de las cartas de M. Sorazu que conservan los Corazonistas de la villa de Tolosa.

19. Testimonio de Sor Purísima, I, p. 22.

20. Cf. carta de 22-XII-1920; *Itin.*, III, p. 219.

21. Testimonio de Sor M.^a Consolación, p. 18. Debe de referirse a la obra de las Cuarenta Horas.

Dice Sor Lourdes²² que en el triduo de Semana Santa consideraba al Sagrario como el sepulcro adonde acudía presurosa con los aromas, como las santas mujeres del Evangelio.

Sor Natividad²³ nos hace saber también que introdujo la misa de Gallo, o sea, la misa de medianoche del día de Navidad. Acerca de este particular la mencionada testigo nos proporciona los siguientes detalles:

«Hay que tener en cuenta que antiguamente esta Misa no se celebraba en esta Comunidad; por iniciativa de nuestra Santa Madre se instaló esta hermosa costumbre; ahora se celebra todos los años y a puerta abierta, sin haber conocido en los 29 años que llevo ningún desorden por parte de los seglares, sino que reina mucho orden y gran devoción, debido sin duda a las súplicas que para el efecto haría a Dios esta santa religiosa, pues al principio de poner esta costumbre la indicaron lo hiciésemos a puerta cerrada. Madre Angeles dijo que confiaba en Dios que nada desagradable ocurriría en esta noche en nuestra iglesia».

Respecto a su última enfermedad y viático nos informa Sor M.^a Consolación²⁴:

«En su última enfermedad pidió los Santos Sacramentos, que los recibió con demostraciones de afecto y fervor nada común, los que grandemente conmovieron al Sr. Capellán que se los administraba y a la Comunidad».

Sor Purísima²⁵ dice también al respecto:

«Recibió con extraordinario fervor de su alma los últimos Sacramentos, conmoviendo los corazones de todos los circunstantes en una fervorosa y conmovedora exhortación que dirigió

22. Testimonio de Sor Lourdes, p. 5.

23. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 16.

24. Testimonio de Sor Consolación, p. 25.

25. Testimonio de Sor Purísima, I, p. 24.

a N. Señor como verdadera hija de la Iglesia Católica momentos antes de recibir el Ssmo. Viático, dejándonos llenas de admiración».

Digamos, finalmente, que en muchas de sus cartas la M. Sorazu suele firmar de este modo: «Sor Angeles de Jesús Sacramentado», Sabemos que en su toma de hábito —que tuvo lugar el 29 de Septiembre, fiesta del arcángel S. Miguel—, le impusieron el nombre de Sor María de los Angeles²⁶. Ignoramos la razón de este otro sobrenombre o apelativo, pero tal vez no sea difícil barruntarla. La devoción a los ángeles, y en especial a los ángeles del Sagrario, tiene una parte muy importante en su vida; dice que ellos la enseñaron a venerar el Santísimo, que los tomó por modelos y maestros en esto, etc.²⁷. Tal vez por esto quiso completar su nombre de religión con esta adición: Angeles de Jesús Sacramentado.

* * *

También por este rasgo M. Angeles se nos presenta como un espíritu sumamente afín y gemelo del de San Francisco. Cualquiera que conozca las cartas y demás escritos del Santo sabe el lugar que ocupa en ellos la Eucaristía.

La Eucaristía para Francisco es la prolongación de la Encarnación, es Cristo que sigue viviendo entre nosotros; y como sólo los sacerdotes pueden consagrar y administrar este sacramento, en torno a la Eucaristía y al sacerdocio viene a centrarse su visión de la Iglesia²⁸.

26. *Autob.*, p. 43.

27. Véase *Autob.*, p. 188ss, especialmente p. 195ss.

28. Cf. Escritos de San Francisco, especialmente Admoniciones, Cartas y Testamento.

CAPÍTULO IX

LA ASPIRACION A LA SANTIDAD

La Iglesia en la oración del día de Santa Teresa —15 de Octubre— pone en nuestra boca la siguiente petición: «Enciende en nosotros el deseo de la verdadera santidad».

Es notorio cuánto inculca San Buenaventura la importancia que tiene este deseo de la santidad como motor impulsor. Para ello suele tomar pie de la Escritura que llama a Daniel «varón de deseos» (Cf. Dn 9,23; 10,11; 10,19).

En su opúsculo *Veinticinco Memoriales de perfección* escribe el Santo:

«Demos gracias de todo corazón a Aquel que, olvidando nuestra ingratitud, no ha retirado de nosotros la benignidad de su misericordia y ha despertado en nuestro corazón el deseo de correr por el camino de sus mandamientos, camino que nadie puede correr sin antes desearlo. No menospreciemos este beneficio, sino reputémosle por muy grande, cuando el más eximio de los Profetas lo codiciaba, diciendo: Ardió mi alma en deseos de amar tu justísima ley en todo tiempo»¹.

Según esto, el deseo de la perfección o santidad es un don de Dios. Pero este don Dios no nos lo puede negar si lo pedimos con confianza (Cf. Lc 19,9ss; Jac 1,5).

1. «Veinticinco Memoriales», Prólogo; *Obras de San Buenaventura*, t. IV, B.A.C.

Efectivamente, la santidad es una exigencia que va implícita en la misma vocación cristiana. Todo cristiano ha sido llamado a la misma, como nos lo ha recordado el último Concilio².

El Nuevo Testamento nos lo recuerda en infinidad de lugares, que no es preciso citar aquí.

Pero sin el deseo, que a modo de llama arde en el corazón, apenas se concibe cómo el hombre pueda orientar su vida hacia la consecución de este objetivo.

Si todo esto vale para la vida cristiana en general, es claro que con mayor razón ha de valer para la vida religiosa. Pablo VI en un discurso a religiosos de distintas Ordenes afirmaba taxativamente: el fin primero de toda Orden religiosa es ofrecer a sus miembros medios y clima apropiado para que alcancen la perfección. Y añadía: La santificación del religioso o de la religiosa es el fin principal y general de cualquier instituto, fin que nunca se puede olvidar y que no obsta tampoco para que cada instituto tenga también otros fines particulares; pero el primer fin es la santificación de los miembros, que se habrá de alcanzar dentro del particular género de vida de cada instituto, Orden o Congregación³

* * *

El deseo de la santidad, cuestionado

No obstante lo dicho, hoy no es difícil detectar una cierta prevención contra este deseo de la santidad. Parece verse en él la fuente y el origen de ciertas deformaciones y desviaciones. Podría —se piensa— alimentar una orienta-

2. Cf. *Lumen Gentium*, cap. V «Vocación universal a la santidad en la Iglesia».

3. Cf. *Acta Apostolicae Sedis* 56 (1964), 566ss.

ción egoísta de la vida, contribuiría a replegar a la persona en sí misma apartándola del servicio al prójimo, podría ir mezclado con una concepción farisaico-pelagiana de la perfección o santidad, etc.

No es que estos peligros y reproches carezcan de todo fundamento real.

Las cosas más delicadas y preciosas pueden dar lugar a las más sutiles y peligrosas desviaciones. Por de pronto pueden ser mal entendidas. La verdadera santidad cristiana implica un salir de sí y un saber unir el amor a Dios y el amor al prójimo. Es obvio también que la santidad es don de Dios, que hay que pedir y esperar de El. Pero es claro asimismo que exige la cooperación humana, el esfuerzo de nuestra parte para vivir la fe recibida y traducirla en obras.

Ahí está, entre tantos textos inspirados que se podrían citar, la epístola católica de Santiago ordenada toda ella a recalcar y recordar esta obligación que tiene el cristiano de hacer fructificar la fe recibida.

Por otra parte, no deja de ser real el peligro de que una persona, no suficientemente desasida de su egoísmo, conciba la empresa de la santidad a manera de un negocio interesado y apetecible para sí, orientando en consecuencia su vida por un camino falso y hacia un derrotero o fin que en definitiva no conduce a ninguna parte. Por eso, sin duda, como previniendo contra tal engaño, San Juan de la Cruz advierte: «porque estas mercedes no se hacen al alma propietaria»⁴, es decir, al alma interesada, a la que busca los dones de Dios para apropiárselos o tomarlos como suyos.

De estos peligros de desviaciones se hace eco también la M. Sorazu en una carta al P. Nazario Pérez, S.J. que fue publicada en la primera edición del libro *La Vida Es-*

4. *Subida*, II, 26, 10.

piritual. En ella la M. Angeles afirma que a algunas almas hace mal la lectura de los libros de Mística, aunque también reconoce que a otras hace bien.

Véase el siguiente fragmento de dicha carta:

«Otras [almas], aunque fundamentadas en varias virtudes y reguladas sus costumbres por las leyes establecidas, no han cultivado la humildad, caridad y propia abnegación. Como sienten la influencia de varias virtudes y abrigan sentimientos devotos y hasta hambre canina de santidad, se creen buenas, llamadas a mayor perfección, mejor dicho, a mayor intimidad con Dios que otras al parecer menos ilustradas y de más corto talento. Buscan orientaciones en los libros de Teología Mística y en los confesores o directores para arribar a la unión soñada, pero sin comprometer su orgullo, yo humano y demás pasiones que las retienen lejos, muy lejos de la sólida piedad, de la verdadera perfección, que consiste en la conformidad con Jesucristo, en asimilarse su humildad, caridad, paciencia, resignación en la voluntad divina, etc., etc. En éstas se desarrollan los vicios de la envidia, ira, etc., cuando ven que otras almas con menos aptitudes alcanzan la perfección que justamente las niega Dios a ellas; pero en lugar de llenar las condiciones requeridas para merecer la unión que anhelan, procuran resarcirse de la contrariedad y pena que padecen por los medios indicados. A estas almas, lo mismo que a las primeras, las perjudican los libros de referencia, porque no buscan en ellos a Dios, sino a sí mismas, la satisfacción de su amor propio, vanidad y demás pasiones; apetecen los dones y rechazan los medios reglamentados y los apetecen para engrandecerse con ellos y sobresalir entre las personas que las rodean, no para glorificar a Dios y aprovechar al prójimo, que es el fin para que los concede el Señor»⁵.

«Hambre canina de santidad». La expresión no puede ser más gráfica. Indudablemente, la M. Angeles tiene aquí

5. Carta al P. Nazario Pérez, de 16-X-1919. Véase *La Vida Espiritual*, 1.^a edición, p. 39-40 nota.

presentes casos o hechos reales observados y conocidos de cerca en la vida del claustro.

Pero —volvamos a repetirlo—, el hecho de que haya peligros y se den desviaciones no invalida la cosa. La semilla cristiana recibida en el bautismo exige fructificar, la perfección o santidad es el fin de toda vida cristiana, y más de la religiosa. Este fin debe ser el norte del cristiano, fin que ha de ser querido porque es querido por Dios. Y este fin no se logra si el hombre no pone de su parte su colaboración. Ello supone desear la santidad —que es el fin— y tender a ella. El deseo, por otra parte, no es posible si el fin no es conocido, pues, como decían los escolásticos, «ignoti nulla cupido», es decir, «nadie desea lo que no conoce».

Sin este deseo o pasión prendida en el corazón y atizada constantemente, no hay humanamente posibilidad de tender al objetivo, de alcanzarlo ni aun de acercarse a él —aun habida cuenta de que aquí se trata de un objetivo que en sí es sobrenatural y don de Dios—.

* * *

El deseo de la santidad en M. Sorazu

En Angeles Sorazu a veces parece advertirse como una cierta dificultad de armonizar estos dos fines o polos: la gloria de Dios, por una parte, y la propia salvación y santificación, por otra. Y cuando se encontraba ante semejante dilema —falso dilema, pero que, a veces, en momentos de prueba, se le presentaba como real— lo resolvía optando siempre por el primero de los términos: la gloria de Dios.

He aquí un caso que nos cuenta Sor Purísima:

«Fui al locutorio en compañía de nuestra santa Madre con motivo de venir a visitarnos un Sacerdote, y no sé cómo hablando entre otras cosas la oí decir que si era Voluntad de Dios, que aun en el infierno estaría contenta con tal que allí amase a Dios N. Sr. y no le ofendiese, dejándonos a todos admirados de su grande confianza en Dios»⁶.

Por lo demás —como llevamos dicho en otros lugares—, la M. Angeles, sirviéndose del examen y del ejercicio de buena cristiana y buena religiosa, trabajó sinceramente por modelar su vida según las exigencias de la ley de Dios. Sin esto, la aspiración a la santidad sería algo irreal y engañoso. Como vimos también, la luz purgativa trabajó en ella sobre todo en este sentido de enseñarla a renunciar al yo egoísta, de modo que buscara el servicio de Dios por sí mismo.

Y después de sentadas así las bases y de haberse realizado en ella los más maravillosos progresos y alcanzado las más altas cimas, hace observar que Dios se complace en mostrarle los frutos y bienes que su alma atesora. En *La Vida Espiritual*, parafraseando el Cantar de los Cantares 5,1 escribe:

«En este momento consagrado con la revelación de Dios Uno y Trino en el fondo de su ser, que se declara dueño del místico huerto, recoge sus frutos, come de ellos y los distribuye entre sus carísimos, entiende el alma que sus anhelos relacionados con las místicas y divinas concepciones, se han cumplido; que Dios vive en ella y la posee enteramente; y que en medio del despojo de los frutos y suma pobreza de sus propios bienes que experimenta, es dichosísima e inmensamen-

6. Testimonio de Sor Purísima, I, p. 16-17. En otros lugares de sus escritos se halla el mismo razonamiento. Véase, p. ej., *Autobiografía*, p. 71.

te rica, y como segunda encarnación de Dios y de sus divinas perfecciones»⁷.

«Segunda encarnación de Dios y de sus divinas perfecciones». La frase podrá parecer audaz y pretenciosa; y, sin embargo, salvadas las distancias, eso son los santos. En otro lugar habla de «perfección relativa... en virtud de los méritos de Cristo y a través de su santa Humanidad»⁸. Compárese con el Concilio: «Se reviste de una verdadera, si bien imperfecta, santidad»⁹.

La M. Sorazu se cuida de advertir, por otra parte, que ni aun en las más altas cimas de la santidad están del todo ausentes las faltas:

«Al verla favorecida con las comunicaciones divinas descritas en este capítulo y en los anteriores, quizá piense alguno que el alma esté exenta de toda culpa. No es así, sino que incurre en algunos defectos leves, hijos de la humana miseria; pero no comete ningún pecado mortal ni venial de transcendencia; y cuando cae en alguna falta, en seguida se levanta y procura resarcir su debilidad con la contrita confesión y las virtudes que practica»¹⁰.

* * *

Sta. Teresa de Lisieux y Sorazu

Santa Teresita parece que decía a sus novicias que no había que buscar «directamente» la perfección por el peligro de orgullo, egoísmo, etc. que puede encerrarse en ello¹¹.

7. *La Vida Espiritual*, cap. 20, p. 244 (2.^a ed.).

8. *La Vida Espiritual*, cap. 20, p. 263 (2.^a ed.).

9. Cf. L. G. n.º 48.

10. *La Vida Espiritual*, cap. 20, p. 268 (2.^a ed.).

11. HANS URS VON BALTHASAR, *Teresa de Lisieux. Historia de una misión*; Herder 1964, p. 109.

Esto, naturalmente, no invalida cuanto llevamos dicho, sino que lo matiza. Parece además que Teresita llegó a esta conclusión al cabo de años. El propósito explícito de llegar a ser una gran santa lo tiene ella desde niña. Por lo que se refiere a Sor Angeles, también en ésta aparece explícitamente este deseo entre los sentimientos de su infancia¹². Pero luego habían de venir los escarmientos de la adolescencia, sus crisis tras la conversión, los períodos frecuentes de pruebas, oscuridades, las alternativas de presencia y ausencia de Dios, los fallos y desfallecimientos, las caídas en faltas, etc., todo lo cual contribuyó sin duda a que adquiriera una idea más verdadera y realista de lo que es la santidad.

Sor Angeles en sus primeros años de vida religiosa no parece, pues, que pensara precisamente en altas santidades; su humildad, su conciencia de pecado, etc. no se lo permitía. Pero eso no quita, por otra parte, que fuese fiel a Dios y procurase siempre conformarse en todo con lo que Dios nos pide, sin pretender por ello ni esperar favores especiales ni cimas de santidad que creía no estaban hechas para una pecadora como ella.

La vida teologal cristiana vivida con intensidad y con todas sus exigencias —¿y qué es esto, en el fondo, sino aspirar a la perfección y quererla, aunque a ella le pareciera esto «común» y lo otro reservado para almas selectas?—, esta vida cristiana, decimos, fue la que buscó vivir siempre como respuesta a la voluntad de Dios. Y la fidelidad a las exigencias de dicha vida la conducirá, en cooperación con la gracia, hasta la más alta santidad. Esto es —dicho con otras palabras— hacerlo sin decirlo o sin llamarlo por su nombre.

La M. Sorazu, salvo error, no menciona nunca en sus escritos a Teresa de Lisieux. Ello es obvio, pues ésta no

12. Véase *Autobiografía*, p. 18.

fue glorificada por la Iglesia sino después de muerta M. Angeles. Es casi seguro que no conoció los escritos de la santa. Que oyera hablar de ella es posible; y si oyó hablar, lo más probable es que fuera en sentido desfavorable, pues antes de que el juicio de la Iglesia se pronunciara sobre su santidad y sobre la solidez y legitimidad de su «caminito», había opiniones encontradas sobre el particular; y según tenemos entendido, el P. Ocerin-Jáuregui, que trabajaba mucho con las monjas y se relacionó con M. Sorazu y aun fue su director —aunque por breve tiempo—, se manifestaba en desacuerdo con esa «nueva» santidad, «acaramelada», etc.

Pero sea lo que fuere de esto, y sin negar las grandes diferencias entre la santa de Lisieux y la M. Sorazu, hay que decir que la coincidencia de ambas en basarse en lo sólido de la vida cristiana es manifiesta.

* * *

Empeño por la santificación de las religiosas

A continuación vamos a recoger algunos testimonios de las religiosas en lo que se refiere a este punto particular del deseo de la perfección. El modo de hablar de algunas de ellas no creemos contradice a las precisiones anteriores. Estos testimonios insisten casi más en su empeño por la santificación de las religiosas que por el de su propia santificación.

Sor María Refugio:

«Como tenía tanto conocimiento de Dios N. Señor, de sus divinos atributos y perfecciones, por eso estaba tan endiosada y tan identificada con Dios N. Señor y con nuestra Purísima Madre, todo lo hacía en su unión y por medio de la divina Señora, Reina y Madre de sus amores; de ahí que amase tanto la

santificación de las almas, deseara su paz, su felicidad, no podía ver que nadie sufriera por ninguna causa; tan abrasada como estaba de amor en la caridad divina, no podía menos de desprenderse en bien de todos lo que atesoraba en su humildísimo, grande y caritativo corazón»¹³.

He aquí una de sus máximas favoritas:

«Somos nada y nada podemos por nosotras mismas sino pecar, pero con la fe y confianza en Dios N. Señor que nos requiere para la santidad y unión divina lo podemos todo»¹⁴.

La misma Sor Refugio dice también:

«Nos amaba a todas en general y a cada una en particular con amor entrañable, deseando y trabajando por todos los medios por la santificación de nuestras almas afianzándonos e inculcándonos a la virtud, a conseguir el fin para el cual Dios N. Señor nos ha llamado y prometimos en el santo Bautismo y santa Profesión religiosa»¹⁵.

Sor M.^a Consolación:

«Tenía grande afán de que todas nos santificáramos y de ayudarnos a ello, lo que hacía siempre que podía»¹⁶.

«La sierva de Dios era prudentísima enderezando todas sus obras a la mayor gloria de Dios, propia santificación, adquisición de las virtudes y bien de los prójimos»¹⁷.

Sor Lourdes:

«Decía: Para poseer el todo hay que dejarlo todo»¹⁸.

13. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 17.

14. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 18.

15. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 28-29.

16. Testimonio de Sor Consolación, p. 7.

17. Testimonio de Sor Consolación, p. 10.

18. Testimonio de Sor Lourdes, p. 8.

Pero es tal vez Sor Natividad la que en sus extensos testimonios nos ha dejado más cosas concernientes al tema que nos ocupa. Refiriéndose a lo que trabajó por la santificación de las religiosas dice:

«Esta alma fervorosa y santa, que vivió toda para Dios y para la salvación de las almas, en especial trabajó y pidió por la santificación de sus religiosas, pues no se le concedía gracia que no hiciese participantes a sus religiosas, a quien amaba con amor verdaderamente maternal y divino»¹⁹.

Y más abajo:

«Trabajó incansable por la santificación de todas sus hijas en religión. Con sus ejemplos en primer lugar, y después con sus consejos y exhortaciones nos animaba al fiel cumplimiento de la santa regla, constituciones y demás ceremonias y costumbres santas de comunidad. Trabajó lo increíble por hacernos almas perfectas por el fiel cumplimiento de las obligaciones de cristianas y religiosas»²⁰.

Sobre cuánto importa confiar en Dios y esperar de El los bienes de salvación tenemos este bello testimonio:

«Varias veces la oí decir en las conferencias que me daba en particular hablándome de la confianza y esperanza en Dios, me decía que el alma tanto alcanza y consigue de Dios, cuanto es su confianza y esperanza en El, que Dios no se deja vencer en generosidad por sus criaturas, que el mayor agravio que podemos inferir a Dios N. Señor es el no confiar en su Bondad y misericordia»²¹.

Sor Natividad afirma también que Sor Angeles solía decir —o dijo alguna vez— que no se hubiese santificado

19. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 31.

20. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 103.

21. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 2.

si Dios no la hubiera traído a Castilla. No nos debe extrañar demasiado esta afirmación. Si bien por una parte es claro que Dios puede hacer santos en todas partes y en todos los ambientes y circunstancias, pero por otra no es menos cierto que, dada nuestra fragilidad, se dan a veces determinados condicionamientos que en un caso concreto pueden representar obstáculos o dificultades prácticamente insalvables.

Aunque al fin y al cabo todo es una misma cosa, hay algo que Sor Angeles pone antes de la santificación propia: la gloria de Dios, la voluntad de Dios, el culto divino, el pedir por los otros, etc. Sor Natividad, después de describir el empeño que ponía por vivir de la Liturgia y de sus misterios, por rezar y hacer rezar debidamente el oficio, añade:

«Nos decía que la única ocupación de una religiosa perfecta consistía o tiene que consistir en cumplir bien con estas obligaciones sobre otra obligación, en dar alabanza, honor y culto, en todo tiempo y lugar, lo mismo en el coro que fuera de él, al Dios tres veces santo, y esto en nombre de todas las criaturas, en agradecimiento a tantos beneficios como está continuamente derramando sobre nosotros y toda la creación. Era de ver con qué fervor hacía ella estos oficios de rezar en el coro alabando y cantando las misericordias del Señor»²².

Esta primariedad del culto de Dios —como es obvio— no excluye sino que expresamente incluye la búsqueda o el empeño por la propia santificación, en cuanto también ésta es querida por Dios.

* * *

22. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 4.

La santidad, hoy

El entonces P. General de la Orden Franciscana, C. Koser, en una intervú concedida al P. P. Anasagasti²³ recordaba cómo la vida de oración exige o supone el que se dejen de lado otras cosas, y cómo esto hoy se ha vuelto más difícil por los condicionamientos que la vida moderna crea o impone, y en especial por el aluvión de impresiones, noticias, objetos y estímulos de todas clases que nos solicitan continuamente, materialmente nos agobian y anegan, impidiendo que la persona se concentre y aun que llegue en nada a lo sólido y sustancial.

En consecuencia, el ideal de santidad y la atención al mismo se ha vuelto también más difícil, en parte por esta evolución de la vida y por el fardo de ocupaciones materiales que pesan sobre nosotros, pero en parte también por los slogans que tienden a desacreditar o a infundir recelos sobre todo lo que a este asunto se refiere, y, en fin, por las interpretaciones que intentan derivar y desplazar el acento de lo cristiano hacia otros campos. Pero la vocación cristiana auténtica que llama a la santidad con todas sus exigencias sigue estando en pie, sigue siendo la misma hoy que ayer, y nos sigue urgiendo. Y Dios asimismo sigue, por su parte, dando la gracia y suscitando santos.

23. Cf. *Misiones Franciscanas* (1977), 261.

CAPÍTULO X

LA VOLUNTAD DE DIOS

En el Evangelio Jesús se nos aparece enteramente vuelto hacia su Padre. Su ilusión, «su comida» es hacer la voluntad de su Padre (Jo 4,34). «Yo hago siempre lo que a El le agrada» (Jo 8,29).

Y sin embargo, hacer la voluntad del Padre supuso para Jesús el aceptar la cruz. A Pedro, que pretende disuadirle de ello, Jesús le contesta: «¿Es que no voy a beber el cáliz que me dio mi Padre?» (Jo 18,11).

Jesús nos ha merecido y alcanzado el que también nosotros podamos llamar Padre a Dios. Relaciones filiales similares a las que hay entre Jesús y el Padre deben existir entre el cristiano —hijo de adopción— y Dios.

De aquí la importancia capital que para el cristiano reviste la aceptación amorosa de la voluntad de Dios. Buscar la voluntad de Dios y cumplirla con amor: he ahí el todo de la vida cristiana. A aquella mujer que alababa a la Madre de Jesús exclusivamente por haber sido su Madre física o corporal, Jesús le hizo esta puntualización: «Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11,28).

En fin de cuentas, la santidad y perfección cristiana no es otra cosa que esta aceptación amorosa de la voluntad de Dios.

Hoy en día se propalan con frecuencia slogans y términos extraños a la fe cristiana, tomados sin crítica ni reflexión de Marx, Freud, Nietzsche, etc., pensando tal vez que con ello se moderniza y pone al día el Cristianismo. No nos damos cuenta de que lo que en definitiva se hace es vaciar el Cristianismo por dentro de lo que constituye su mismo tuétano. La verdad de la paternidad de Dios y de la Voluntad de Dios es una de estas verdades amenazadas por ideologías extrañas al Cristianismo e incompatibles con él.

* * *

Voluntad de signo y voluntad de beneplácito

Al tratar de delimitar o acotar el campo que abarca la voluntad de Dios —por lo que a nosotros se refiere—, los teólogos suelen señalar dos sectores o parcelas, que se distinguen entre sí con bastante claridad, y a cada uno de dichos sectores lo denominan con su nombre propio. Al primer sector o parcela llaman *Voluntad de signo* o *Voluntad significada*. Al segundo, *Voluntad de beneplácito*.

La voluntad de signo o significada es la Voluntad de Dios que se manifiesta por las leyes divinas y humanas, instituciones legítimas, por las inspiraciones, por el dictado de la conciencia, etc. La voluntad de beneplácito, en cambio, es la que se nos descubre por medio de los sucesos prósperos o adversos que Dios permite que nos ocurran, acontecimientos que condicionan nuestra vida. En fin, todo ese cúmulo de eventos que nos afectan y de los que no podemos evadirnos, al menos sin cometer pecado.

Con la voluntad de signo dice relación el «*Acatad a toda institución humana por amor del Señor*», que leemos en la primera carta del apóstol San Pedro (1 Pt 2,13). El cumplimiento amoroso y fiel de las leyes divinas y humanas, civiles y eclesiásticas, el secundar las inspiraciones divinas, etc. forma parte, y parte esencial e ineludible, del camino cristiano.

Para cumplir las leyes y obligaciones es preciso conocerlas. El secundar las inspiraciones implica saber discernirlas o poner los medios conducentes para ello. Es claro que el instruirse sobre todo esto es un deber. Toda la vida debemos luchar contra la ignorancia. La ley, si se la ama, no es pesada. Bajo su certeza desagradable, que es la obligación, debemos descubrir su meollo amable, que es la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es lo dulce de la ley.

Decir que hoy estamos padeciendo toda una ofensiva contra la ley no es decir ningún secreto. Todo lo que es fidelidad y adhesión a la ley es tildado de legalismo, juridicismo y puesto en oposición al Evangelio. Es un procedimiento harto conocido el de emplear la terminación «ismo» para entintar con un matiz peyorativo aun las virtudes más sanas y auténticas: legalismo, autoritarismo, paternalismo, tradicionalismo, etc. Pero que la fidelidad a la ley pertenece a la misma entraña cristiana es algo que no podrá negar quien haya saludado el Evangelio. Precisamente el cristiano es libre porque y en la medida que es siervo de Dios y acepta y acata la voluntad de Dios.

Por lo que a la M. Sorazu respecta, esta necesidad de adherirse a la voluntad de signo y de plegarse a ella es algo cuya importancia aparece firmemente recalcada en su doctrina. Su perfecto cumplimiento por la interesada está asimismo atestiguado por los testimonios de los que la conocieron.

La sólida fundamentación cristiana

Tanto en la Autobiografía como en el libro titulado *La Vida Espiritual*, al referirse a la segunda conversión, la M. Sorazu se ocupa largamente de este punto, o sea, de la importancia que tiene —para que el alma se establezca sólidamente en Jesucristo— el que conozca a fondo las leyes, misterios y artículos de la fe cristiana, que vienen en el Catecismo, así como también la Regla y Constituciones de su Orden, y el que se aplique a cumplirlas fiel y amorosamente. Para esto compuso el «ejercicio de buena cristiana y buena religiosa»¹.

A esta meditación de las leyes y misterios cristianos dedicó mucho espacio, a fin de construir sobre base sólida el edificio de su vida espiritual. Sobre los frutos de dicha meditación y sobre el modo como ella miraba la ley, véase este hermoso pasaje que hallamos en *La Vida Espiritual*:

«En esta meditación, iluminada con luces especiales del cielo, ve de maravillosa manera el alma la perfección altísima que contiene y un arsenal de virtudes cada mandamiento divino; y su cumplimiento hace del cristiano la imagen perfecta de Jesucristo y le eleva a la cumbre de la santidad. Esta noticia de la perfección que encierra la ley no es árida, sino fecundísima para el alma, y obra en ella maravillosos efectos, de los cuales el primero es su firme e inviolable adhesión a Jesucristo, cuyo espíritu se asimila (casi sin darse cuenta) mediante el fiel cumplimiento de sus divinos preceptos y la práctica de las virtudes consignadas en el catecismo»².

Un punto en que M. Sorazu tardó bastantes años en adaptarse a la voluntad de Dios —como ya dijimos— fue el de la dirección espiritual; pero al fin, y a pesar de

1. Cf. *Autob.* p. 89.

2. *La Vida Espiritual*, cap. 5.º, p. 60-61; 2.ª ed.

sus repugnancias, se plegó también en esto a ella. Aun después de iniciada la dirección y casi durante toda su vida, fue presa de frecuentes tentaciones y aprensiones en esta materia.

A retraerla de la dirección contribuían, sin duda, las costosas obediencias que el Director le imponía, sobre todo en orden a escribir. «Defendedme de la obediencia», dice alguna vez a Dios³. En una carta al P. Mariano le dice también que siente la tentación de pasarse al bando de las rebeldes, de romper el yugo de la obediencia, etc.⁴.

En las dichas cartas al P. Mariano se encuentran numerosas quejas y protestas por esta causa. No obstante, éste, que la conocía bien, sabía que no pasaban de ser unos desahogos y no parece que les diera demasiada importancia. Además, a fin de que pudiera dedicarse más plenamente a la contemplación, le concedía vacaciones en su trabajo «escriturario».

Las religiosas que escribieron testimonios acerca de la M. Sorazu reconocen a una voz que ésta se plegó plenamente al cumplimiento de las leyes divinas y humanas, obedecía a las autoridades, etc.

La propia M. Sorazu nos dice también que la fe viva hacia la Iglesia y hacia los sacerdotes es un rasgo genuino del alma sinceramente cristiana y piadosa⁵.

Sin embargo, esta fe y obediencia se vieron muchas veces sometidas a pruebas, y a pruebas bien rudas. Después que por adaptarse a la voluntad de Dios se sometiera a la dirección espiritual, de esta misma dirección se le originaron lances bastante desconcertantes, tales como la persecución que provino de parte de su segundo director. La autoridad eclesiástica, a la que ella veneró y obedeció

3. *La Vida Espiritual*, cap. 17, p. 186 (2.^a edición).

4. Carta de 29-I-1913; *Itin.*, II, p. 306.

5. *La Vida Espiritual*; apéndice sobre la dirección, cap. 1.^o, p. 331 (2.^a edición).

siempre puntualmente, tuvo no pocas veces una conducta poco comprensiva con ella; el golpe más rudo fue, sin duda, cuando le prohibió dirigirse con el P. Mariano, pero aun antes tropezó con numerosas pegas, miras estrechas, cicaterías, arbitrariedades, etc. de los representantes de dicha autoridad, de los Confesores, etc. No obstante, a todo se sobreponía su fe en la Iglesia. Cuando le vino la prohibición de tratar con el P. Mariano, el gozo en la voluntad de Dios la hizo, en parte, insensible al dolor⁶.

En su libro *La Vida Espiritual*, a pesar del estilo un tanto impersonal y abstracto que en él adopta la autora, no deja de haber huellas autobiográficas y alusiones claras a este incidente⁷.

Refiriéndose a la oposición que algunas monjas hacen a su gobierno, en carta al P. Mariano escribe también estas palabras:

«...hasta en el que debía ser como el apoyo y sostén del principio de autoridad, no he encontrado hasta el presente, más que enemigos y, a veces, sembradores de cizaña (no se escandalice)»⁸.

Pero, como hemos dicho, a todo se sobreponía la fe y el abrazo con la divina voluntad.

Hoy la sumisión y la obediencia no tienen buena prensa. A la autoridad se le llama represión, es decir, limitación ilícita de la libertad. Este error —como ha dicho H. U. Von Balthasar— reposa sobre una cierta idea sociológica muy superficial de la libertad, que no tiene nada de común con la idea cristiana, según la cual se alcanza la libertad necesariamente por la renuncia de sí mismo y se la practica por el medio de la disciplina eclesiástica⁹.

6. Carta de 22-X-1913; *Itin.*, II, p. 365.

7. *La Vida Espiritual*, cap. 20, p. 247ss (2.^a ed.).

8. Carta de 17-IX-1913; *Itin.*, II, 363.

9. H. U. VON BALTHASAR, *Le complexe antiromain*, p. 102.

Es claro que no seremos nunca verdaderos cristianos si no sabemos acatar la voluntad de Dios que se manifiesta por las leyes y autoridades legítimas.

Pero las leyes positivas, en su forma codificada y explícita, no abarcan tampoco —no pueden abarcar— todo el campo de la voluntad de Dios, llamada de signo. Por no darse cuenta de esto es frecuente incurrir en simplificaciones y reducciones. Así ocurre que algunos no encuentran de qué confesarse, pues recorriendo los mandamientos no hallan haber faltado contra ellos. El cumplir todo lo que a Dios agrada o todo lo que Dios quiere de uno es claro que comprende mucho más: comprende el campo de las inspiraciones internas, de las mociones de la gracia, del dictado de la conciencia, etc. El caminar de Santa Teresa hacia la santidad se vio paralizado mientras ésta no se decidió a romper con ciertas cosas, tal como Dios le pedía. Ella por mucho tiempo se resistió, pues lo que hacía entraba dentro de lo que era tenido por lícito y legal. También en la vida de la M. Sorazu vimos que Dios le hizo saber que no se limitara a vivir como las demás religiosas, contenta con seguir las prácticas comunes, etc.¹⁰.

Es decir, que la voluntad de signo no se reduce a lo taxativamente señalado por la ley, aunque incluye también esto.

10. En una carta al P. Mariano Sor Angeles relata los reparos que ella puso a Dios cuando Este le dio a entender que la había elegido para grandes empresas relacionadas con su gloria y con la salvación de las almas. Ella trató de disuadir a Dios diciéndole que cambiara de decreto, que buscara para este fin otras almas más nobles y mejores, etc., pero al fin hubo de aceptar el divino querer. Cf. carta de 1-IX-1910; *Itin.*, I, 83ss.

Actitud de Sor Angeles ante los favores de Dios

La voluntad de beneplácito consiste —como hemos dicho— en el conjunto de disposiciones o permisiones divinas que afecta a nuestra vida y en cierto modo la condiciona. Es decir, en el conjunto de sucesos que la Providencia de Dios ha querido que constituyan como la trama de nuestra existencia. Sucesos —entiéndase bien— que no dependen de nuestra libertad, que la sobrepasan; condicionamientos de los que no podemos librarnos, al menos sin transgredir la ley de Dios. Tal es el campo o dominio de la voluntad de Dios llamada de beneplácito.

La aceptación de la voluntad de beneplácito supone fe en el amor que Dios nos tiene; fe que nos lleva a acatar sus disposiciones con amor, o al menos con conformidad. Esta fe viva es tanto más necesaria cuanto que con frecuencia, en un caso concreto, los caminos de Dios para con nosotros pueden parecernos misteriosos, ininteligibles y aun desconcertantes.

La voluntad de beneplácito se refiere, pues, a sucesos de toda índole, tanto prósperos como adversos, que pueden afectarnos.

También en la vida espiritual propiamente dicha nos hallamos con sucesos o acontecimientos de signo contrario. Por una parte están los acontecimientos que podemos denominar prósperos: las llamadas «consolaciones», los favores de Dios, etc. Por otra parte, las pruebas, tribulaciones de toda especie, fases purgativas, «noches», cruces, etc.

Aunque a primera vista pudiera parecer que no, el saber recibir las consolaciones y favores de Dios como es debido, es una ciencia difícil. Los autores espirituales nos dicen, en efecto, que el alma puede apegarse a los favores de Dios y por ellos puede dejar al mismo Dios. Este peligro no es nada quimérico, sino muy real. Es decir, peli-

gro de buscar los consuelos de Dios, pero no a Dios mismo, que en resumidas cuentas es el fin, siendo todo lo demás meros instrumentos y medios.

En la vida de Sor Angeles las gracias y favores de Dios ocupan un lugar muy importante; pero es también muy digna de notarse la actitud de reserva, de temor y desapego que ella adopta frente a dichos favores. De esto se ha hablado o se hablará en otros lugares. Sorazu quería a Dios y no sus dones. Por esto miraba a éstos con cierto temor, y guardó hacia los mismos una actitud de reserva, como si temiera que le arrebatasen el bien esencial. Tal vez, en parte, porque no había peligro de mal uso, Dios la favoreció tan extraordinariamente¹¹.

Pero, por otra parte, las pruebas, las tribulaciones y los sufrimientos de toda especie hicieron también presa en su vida.

La aceptación de la cruz

La aceptación del dolor y de la cruz es lo que más cuesta al hombre. Todas las filosofías han pretendido o tratado inútilmente de desvelar el misterio del mal y del dolor. La revelación cristiana nos enseña que Dios no es autor del mal, pero el pecado se introdujo en el mundo, y con él ha entrado también el mal, el dolor, la injusticia, la muerte, etc. Cristo nos ha redimido del pecado, pero no nos ha quitado el mal en esta vida —y esto conviene recordarlo en un momento en que tantos utopistas

11. Comentando el episodio de la Anunciación, M. Sorazu para mientes en la actitud de la Virgen, que no se apresura a recoger para sí el don o favor de ser la Madre del Mesías sin antes cerciorarse de ciertos extremos. De aquí deduce ella cuál es la actitud de María en este punto: preferir la virtud a los dones o privilegios. Cf. *Opúsculos Marianos*, p. 66.

pregonan liberaciones falsas y paraísos terrenales químicos—.

Mas Cristo ha hecho en este punto algo nuevo e inaudito: ha asumido la cruz, haciéndola agente de redención y salvación para el hombre —con tal de que éste la acepte en unión con El y con los mismos sentimientos con que El aceptó la suya—.

El dolor y la cruz en la presente economía es, pues, un instrumento de elevación y de redención para el hombre. Aun hablando humanamente pocas almas verdaderamente profundas y maduras se conocen que no hayan sido visitadas por el dolor.

El hombre en su adolescencia y juventud fácilmente incurre en el orgullo, se cree centro del mundo, vive en la vanidad y en la mentira. Pero las pruebas de la vida, debidamente aceptadas, le reconducen a la verdad.

Una de las causas por las que más difícil se le hace al hombre aceptar la cruz es por esa inclinación que tiene a tomar esta vida terrenal como si fuera la única vida, la vida absoluta, y, en consecuencia, los bienes de aquí como los únicos bienes. Pero la fe cristiana le enseña que esta vida está ordenada a otra, y que esa otra es la vida verdadera y definitiva.

Además sabemos que los bienes y males de esta vida no guardan relación necesaria con los de la vida eterna. Por eso la espiritualidad cristiana ha enseñado siempre que el cristiano debe adoptar una actitud de indiferencia o desapego en cuanto a los bienes o males que Dios nos envía o permite que nos sucedan, porque, al fin y al cabo, de tener que elegir nosotros, no sabríamos si elegimos lo que en realidad y en definitiva nos conviene. Sabiendo que Dios nos ama sabemos que El dispone para nosotros lo mejor. Nuestra actitud debe ser, pues, el aceptarlo con amor.

Lo que más ayuda y posibilita esta actitud es el ver la mano de Dios en los acontecimientos, por encima de las causas segundas, que al fin y al cabo son instrumentos. Dicho con otras palabras: el saber ver las cosas desde el ángulo o punto de vista de la fe, que es el único verdadero.

* * *

En la vida de M. Sorazu —como ya lo hemos visto en muchos lugares— abundan las pruebas, las tribulaciones y cruces de todas clases: noches místicas y fases purgativas, enfermedades y dolores físicos, escrúpulos y ansiedades de conciencia, persecuciones, contrariedades y oposiciones de parte de las criaturas, etc. Su vida estuvo ampliamente salpicada por la cruz, que ella supo aceptar con espíritu de fe y de amor. Esta actitud, por otra parte, no suprime el carácter doloroso de la cruz, aunque en alguna medida lo aligere¹².

A continuación citaremos algunos pasajes referentes al tema tomados de los testimonios de las religiosas que la trataron. Lo hacemos así porque creemos que nada puede sustituir al testimonio de las que vivieron con ella y conocieron de cerca el tenor de su vida.

Sor Concepción:

«Siempre estaba alegre y resignada en los sufrimientos que Dios N. Señor le enviaba, y le daba gracias porque sufría algo por su amor»¹³.

«Asimismo en su penosa enfermedad, que fue larguísima, siempre constante y alegre en medio de sus dolorosas dolencias; pues una mañana le pregunté cómo había pasado la noche, y me dijo: Me he figurado que estaba con N. Señor en el calabozo, porque no he podido estar nada en la cama; toda

12. Cf. *La Vida Espiritual*, cap. 20, p. 250 (2.^a ed.).

13. Testimonio de Sor Concepción, 12.

la noche he estado paseando por la galería. ¡Qué trabajitos da el Señor a sus hijas! Pero estoy muy conforme con lo que El quiera»¹⁴.

Sor Purísima:

«Tenía perfecta conformidad en todo con la divina Voluntad de Dios, ya fueran las cosas que le sucedieren prósperas o adversas»¹⁵.

Sor Natividad:

«Varias veces estuvo a las puertas de la muerte y las religiosas llorábamos desconsoladas. Nos reprendió nuestra poca conformidad con la voluntad de Dios diciendo que Dios que quiere nuestro bien mejor que nosotros, nos da siempre lo que más nos conviene... Pero tenemos que dejarle hacer con libertad de nosotros lo que El quiera; para eso nos manda las cruces, tribulaciones, enfermedades, todo aquello que sirve para labrar este tosco madero que es nuestra alma con sus imperfecciones, faltas y malos hábitos»¹⁶.

La voluntad de Dios, el argumento decisivo

En los escritos de la M. Sorazu el tema de la Voluntad de Dios ocupa un lugar preferente. La Voluntad de Dios como atributo divino gustado y participado por ella ha inspirado algunas de sus mejores páginas¹⁷.

Pero nosotros únicamente nos ocuparemos de la voluntad de Dios en cuanto incide en los avatares de su vida y le sirve a ella de brújula para orientarse en los mismos.

14. Testimonio de Sor Concepción, p. 24.

15. Testimonio de Sor Purísima, I, p. 10.

16. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 16.

17. Cf. *La Vida Espiritual*, cap. 19, p. 208ss (2.^a ed.).

Aun esto sólo lo podemos tocar muy sumaria y parcialmente.

Las obediencias o preceptos de escribir que su Director le imponía eran para ella fuente de grandes sufrimientos, y la razón principal de estos sufrimientos estribaba en que no veía claro —en algunos momentos— si obedeciendo en esto al Director cumplía la voluntad de Dios. Así se desprende del siguiente pasaje de una carta al Padre Mariano:

«¿Si me persuadiera que es voluntad de mi Dios que yo escriba, cree, Padre mío, que me negaría a hacerlo, aunque supiera que escribiendo me condenaba? No, por cierto. Es tan grande mi ansia de cumplir en todo la voluntad divina y vivir según el beneplácito de Dios, que mil muertes que me enviara las sufriría con indecible gusto, pues la idea de agradar y complacer a mi Dios y cumplir su querer divino hace mi felicidad en la tierra. No lo querrá creer, pero es certísimo, y cada vez amo más y me siento más unida a esta divinísima voluntad, al beneplácito eterno de mi Dios, que abrazo con toda mi alma, ansiosa de confundirme y perderme en él con mi Dios Espíritu Santo»¹⁸.

Los trabajos de escribir le estorbaban para darse más plenamente a la contemplación. En consecuencia, piensa que pueden causar detrimento a su santificación. Esto no dejaba de preocuparla. No obstante, la cuestión capital era siempre la voluntad de Dios:

«Pero estoy resuelta a obedecer y sacrificarme hasta la muerte, si fuere ésta la voluntad de mi Dios. Es muy grande el sacrificio, máxime por aprender que es mejor no escribir que escribir, y que daría más gloria a Dios y santificaría mejor mi alma en el coro que en el escritorio. Pero si el Señor quiere que yo escriba y sea menos santa, y aunque me condene a cos-

18. Carta de 5-VI-1913; *Itin.*, II, p. 327.

ta de los trabajos que me cuesta escribir, me abrazo con la voluntad divina y continuaré escribiendo por amor a la misma hasta morir»¹⁹.

La identificación con la Voluntad divina abrió en ella una fuente de felicidad:

«Ya no hay sufrimientos verdaderos o puro padecer para esta alma, que mira todas las cosas dentro de la voluntad de Dios, y las acepta como disposiciones adorables del divino querer, que en todo busca su felicidad al propio tiempo que la gloria divina»²⁰.

«Este divino querer, perfectamente cumplido en Dios y relativamente en la creación, se manifiesta en el alma como fluido glorioso procedente de la beatitud divina, que informa su vida, regula sus acciones, diviniza sus sufrimientos y la hace dichosísima»²¹.

«Todos los acontecimientos de la vida, prósperos y adversos, se presentan ante su vista saturados de la gloria divina porque en todo ve la voluntad de Dios infinitamente buena y bienhechora que quiere su felicidad más que ella misma y la procura en todas sus disposiciones o permisiones divinas»²².

«Ama tanto la voluntad de Dios y de tal manera influye en ella, que su simple memoria la transporta a la gloria y beatitud divina para participar su honor y dicha inefables»²³.

Claro está que estos estados y sentimientos aquí descritos son fruto de dones místicos muy altos. Y ellos no excluyen tampoco que, en la práctica, ante muchos hechos contingentes y ocurrencias inesperadas, tuviera perplejidad y abrigara sus dudas o aun padeciera equivocaciones sobre cuál fuera en un caso concreto la voluntad de Dios.

19. Carta de 4-I-1913; *Itin.*, I, p. 301.

20. *La Vida Espiritual*, cap. 19, p. 234; (2.^a ed.). Véase también p. 241.

21. *La Vida Espiritual*, cap. 20, p. 246 (2.^a ed.).

22. *La Vida Espiritual*, cap. 20, p. 250 (2.^a ed.).

23. *La Vida Espiritual*, cap. 20, p. 252 (2.^a ed.).

Así, por ejemplo, cuando el P. Ocerin-Jáuregui le propuso que fuera al monasterio de Concepcionistas de Logroño con algunas otras monjas en calidad de reformadora, parece que en un principio M. Angeles dio su conformidad por creer que ésta era la voluntad de Dios. Así se desprende de los textos siguientes:

«No he podido, Padre mío, negarme al sacrificio —para mí grande— de salir de esta santa casa para ir a la Comunidad de Concepcionistas de Logroño, por parecerme ser ésta la voluntad de Dios»²⁴.

«Claro que le habrá llamado la atención verme obrar en contrario de sus indicaciones o consejo. Las razones que me han movido a esto son: 1) la firme convicción en que he vivido siempre de que Dios Nuestro Señor tiene determinado infundir o difundir por mi medio en la Orden Concepcionista el verdadero espíritu divino y mariano, aunque ignorando cómo y de qué manera se realizará este designio de Dios; 2) la convicción no menos firme de que en las Comunidades religiosas de nuestra Orden Concepcionista no reina el espíritu propio (que entiendo) de nuestra Santa Orden, y que nuestra Madre Purísima en el siglo xx quiere reformar la Orden Concepcionista». Etc.²⁵

Según se dijo en otro lugar, la autoridad eclesiástica no permitió que M. Angeles —que era Abadesa— abandonara su Comunidad para ir a Logroño, pero sí consintió en que fueran tres religiosas súbditas.

En suma, la voluntad de Dios es el norte de la vida de Sor Angeles. La voluntad de Dios fue ni más ni menos la que le indujo a abrazar la vida religiosa, como asimismo a aceptar la dirección espiritual. Esta voluntad de Dios no le ahorró borrascas, incertidumbres ni cruces, pero tampoco dejó de proporcionarle goces y gracias inefables.

24. Carta de 15-IX-1913; *Itin.*, II, p. 360.

25. Carta de 17-IX-1913; *Itin.*, II, p. 363.

Una vez alcanzado cierto grado espiritual, el dolor no llega hasta el fondo de su alma, aunque sacuda la superficie. Esto conviene advertirlo, pues las cartas de la M. Sozazu pueden inducirnos a engaño, ya que en ellas alcanzan un gran desarrollo los relatos de aflicciones, pruebas, etc.; pero ello se debe a que con más facilidad y frecuencia se pone a narrar lo que atañe a esta parte periférica, por así decir, del alma. Mas si nos fijamos con atención echaremos de ver que en dichas cartas no faltan constataciones de que allá en el fondo gozaba de imperturbable paz.

Valga un botón de muestra. A continuación de haber narrado sus aflicciones en una carta a su Padre-verdad, de pronto se da cuenta de que lo dicho no es del todo cierto, pues hay en ella otro espíritu al que en modo alguno convienen estas descripciones:

«Alguna cosita más quisiera decirle, pero no sé por dónde comenzar, pues hay en mí otro espíritu tan distinto del que aparece en el relato de esta carta, aunque constituye con ésta una misma alma, que si se lo demuestro, todo lo dicho hasta aquí parecerá mentira; y, sin embargo, no es así, sino que es verdad todo lo que he insinuado en esta y otras cartas de mis sufrimientos, temores, tristezas, etc., etc., aunque parezca lo contrario a quien contempla y mira mi alma en Dios, no en las criaturas; en la parte superior de la misma, no en la inferior; pues ésta parece una ciudad sitiada, siempre en guerra; mientras que la otra es un cielo de paz, de alegría y de luz, tan diferente de la parte inferior como el cielo de la tierra. De aquí que no acierto a demostrar estas dos partes del alma a un mismo tiempo, ni puedo tampoco sin contradecirme en todo y darme un solemne mentís a mí misma en cada renglón que escribo; porque mientras está la parte inferior gimiendo y llorando y refiriendo los mil desastres y desgracias que le ocurren y penas que devora, y se presenta a quien la mira como un espíritu agitado y angustiado en gran manera, la parte superior se ríe, y cual si fuera una reina, una sobe-

rana criada para gozar y descansar y tratar sólo con Dios. «Deja que hable y se desahogue primero esa pobrecilla —parece que me dice, refiriéndose a la parte inferior—, que yo estoy bien; después que remedies las necesidades de ésta remediarás las mías». «Vaya unas necesidades que tienes tú —contesto yo—, no vives más que para dormir y descansar, y descansar y dormir, gozando y disfrutando delicias mil; bien puedes permanecer callada, aunque sea por toda la eternidad»...

El texto es más extenso y sumamente bello. Pero, por no alargar más la cita, hacemos alto aquí²⁶.

26. Carta de 1-V-1911; *Itin.*, I, p. 287.

PARTE III

Algunos aspectos particulares

CAPÍTULO XI

EL CARISMA DE M. ANGELES SORAZU

Queremos presentar en este apartado aquello que parece constituir la vocación específica de M. Sorazu, su camino peculiar. La voz *carisma* no creemos se halle en sus escritos. Entonces esta palabra no estaba de actualidad, como sucede hoy día. No obstante, la realidad o la cosa que con esta palabra se quiere expresar sí creemos que se halla presente en la vida y escritos de M. Angeles. Carisma, Vocación o Elección divina en orden a un quehacer o misión para edificación de la Iglesia, he aquí lo que queremos decir.

M. Angeles tuvo siempre conciencia de haber sido enriquecida con dones especiales en el bautismo. Mejor dicho, y hablando con propiedad, habría que decir que se rindió ante esta evidencia un poco a pesar suyo, pues el bajo concepto de sí, su amor a la verdad, el temor de ser ilusa, etc., la inclinaron siempre fuertemente por el lado opuesto; mas hubo de capitular ante los hechos, y admitir que gratuitamente y sin méritos propios había sido enriquecida con gracias especiales y tenía que responder a la vocación consiguiente que dimanaba de estas gracias.

Son numerosos los lugares de sus obras en que se refiere a estas gracias especiales recibidas en el bautismo,

gracias cuyo efecto y presencia dice haber sentido ya en la infancia y en la juventud y hasta en la misma época de extravío¹; y por supuesto, a lo largo de toda su vida religiosa. Muchos de estos lugares han sido recogidos en el Apéndice Documental de nuestro estudio sobre la M. Sorazu².

Diversas clases de almas

La obra que bajo ciertos aspectos podemos designar como la obra principal de M. Angeles, titulada *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo*, se abre en su primer capítulo con una clasificación de las almas en diversas especies o clases, y esta diferencia entre las almas proviene, a juicio de M. Sorazu, de que unas han recibido en el bautismo gracias por así decir comunes, y otras, en cambio, han sido enriquecidas y adornadas con gracias de predilección, excepcionales o extraordinarias. Después de haberse opuesto a semejante idea durante muchos años por considerar que encerraba una cierta peligrosidad, M. Angeles acabó reconociendo que ella era una de estas almas enriquecidas de modo singular en el bautismo, y que en consecuencia estas gracias pedían también de ella una respuesta calificada y peculiar.

La vida de M. Angeles Sorazu transcurrirá en el seno de una comunidad religiosa de clausura. Sabido es que una cierta concepción de la vida común religiosa, que ha estado particularmente en boga en la época preconiliar —la época, por tanto, en que vivió M. Angeles—, no era

1. *La Vida Espiritual*, 2.^a ed., p. 20.

2. VILLASANTE, *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu*, vol. II, Índice Analítico, palabras Bautismo, Vocación singular.

precisamente muy a propósito para reconocer estas vocaciones especiales y para que pudieran realizarse. Sin embargo, M. Angeles la realizó. También por esto su caso es muy actual y altamente instructivo. Ello prueba que la gracia, por encima de las situaciones históricas contingentes más o menos favorables o adversas, alcanza sus fines.

Prevalecía en aquella época —y esta concepción ha perdurado casi hasta estos últimos años— una visión un tanto legalista y niveladora de la vida religiosa, que se expresaba con la conocida fórmula de «vida común»: todos los religiosos y religiosas tenían que ser iguales, llevar la misma vida, etc. En esta concepción parecía no haber lugar para vocaciones especiales. Sin embargo, no es así la realidad³. Habrá siempre una especie de tensión —y conviene que la haya— entre inserción en la comunidad y realización de la vocación personal. De lo contrario, la vida religiosa correría el peligro de ser despersonalizadora, de ser como una apisonadora que todo lo nivela y borra toda originalidad.

Mas no por esto se crea que M. Angeles minusvalorara las leyes o se zafara de cumplirlas, como a menudo sucede hoy con el pretexto de realizar la vocación personal. Todo lo contrario es lo que se desprende de su vida.

Pero no es menos cierto que aparte o por encima de lo que es común a todas las religiosas, M. Angeles tenía conciencia clara de haber sido distinguida con una vocación particular, que exigía y demandaba de ella una respuesta y unas responsabilidades también muy peculiares y específicas.

3. Con esto no queremos insinuar, evidentemente, que la vida común bien entendida no siga siendo válida y necesaria en la vida religiosa.

Vocación singular a la santidad

En una carta al P. Mariano refiere algo que Dios le hizo saber. Estas son sus palabras que ella pone en boca de Dios:

«No trates de vivir en la Religión como una de tantas religiosas, contenta con la observancia común y en un estado de gracia ordinaria, porque no perseverarás en él, pues estás destinada a ser santa, y, si no lo eres, serás la criatura más perversa. Entrarás en el cielo en compañía de muchas almas que yo tengo determinado salvar por tu medio, o no te salvarás, porque para ti no hay término medio»⁴.

En la Autobiografía nos dice que cuando se hallaba en el convento de Jesús-María, el confesor ordinario —que ignoraba en absoluto las gracias que esta alma había recibido— le aconsejaba que se conformara en todo con la vida que hacían las monjas; pero esto era precisamente lo que a ella la perjudicaba, no porque la vida de las monjas fuese mala, «sino por mi especial vocación a la santidad»⁵.

Hallándose también en Jesús-María le sucedió que por sus enfermedades —causadas por sus excesos en los ayunos, etc.— las monjas la obligaron a un género de vida en que no hacía otra cosa que «hablar, comer y dormir», abandonando la oración y el trato familiar con Dios. Ella comenta: «Me quedé como muerta»⁶. Es decir, aquello significaba privar a su vida y persona de lo que constituía su misma alma o tuétano vital.

Pero ella sola, dejada a sí misma, no hubiera acertado a responder a su vocación. Por un lado, el bajo concepto de sí la inclinaba a dudar de las gracias que recibía,

4. *Itin.*, I, t. I, p. 28; carta de 27-VII-1910.

5. *Autob.*, p. 128.

6. *Autob.*, p. 144.

a ser incrédula respecto a ellas o a tenerlas en poco cuando no podía negar la realidad de las mismas. Por otra parte, su insobornable amor a la verdad le hacía temer ser víctima de ilusiones y engaños funestos en este punto. El importante papel que la dirección espiritual juega en su vida tiene sentido y explicación precisamente en orden a este cometido: es decir, para ayudarla a responder a su vocación, ya que sola difícilmente hubiera acertado a ello. Esto también nos lo dice en la Autobiografía como algo que entendió de Dios:

«La razón de esta necesidad —de la dirección— entendí que era el poco aprecio que hacía de sus gracias de predilección, las que derrochaba por el mero hecho de haberlas depositado el Señor en mi alma pecadora, y que era necesario que un ministro suyo me enseñase a estimar sus dones y a corresponder a ellos, obligándome a vivir en conformidad con sus designios de amor en mi alma»⁷.

Naturalmente, con esto no se descartan otras razones en la dirección.

* * *

Pero veamos o tratemos de precisar más en concreto de qué índole o cuál era el camino particular, la vocación o carisma de Sor Angeles. «Vocación especial a la santidad» la llama algunas veces, pero claro está que esto es todavía un poco genérico. Esta vocación particular a la santidad, no a una santidad como quiera, sino a una santidad eminente y calificada, tiene aún sus características especiales, sus rasgos genuinos. Y a esto es a lo que aquí nos referimos con la palabra carisma.

El tema de los carismas y de su papel en la Iglesia está de actualidad. La palabra carisma se ha puesto de

7. *Autob.*, p. 175.

moda. Incluso se abusa de ella. No es raro que se invoque el carisma para justificar cualquier proceder, por más desmandado que éste sea. Ya hemos indicado que no es éste el caso de M. Sorazu.

De todos modos, que en la Iglesia existen los carismas es un hecho que el último Concilio ha puesto bien de relieve. No son una patente de corso para dispensarse de las leyes y de la obediencia a la Jerarquía. Al contrario, a ésta corresponde en último término el discernir, aprobar y juzgar de la bondad de tales carismas.

«Por carisma se entiende de ordinario —dice Hans Urs von Balthasar— una misión especial y personal encomendada a un cristiano particular, misión que tiene sus raíces en su gracia bautismal personal y en la misión de la confirmación»⁸.

Dios enriquece a la Iglesia con carismas que comunica a las almas que El quiere. Las vocaciones son de origen carismático, es decir, proceden directamente de Dios. Dígase lo mismo del estado religioso, de los fundadores de Ordenes, etc. Los carismas suelen ser personales; con todo, tampoco puede afirmarse en absoluto que se extingan con la persona: los carismas de los Fundadores de Ordenes imprimen su sello a generaciones enteras de religiosos y despiertan una forma especial de seguimiento y obediencia carismáticos⁹.

La contemplación de la verdad revelada

¿Cuál es, pues, en concreto el carisma de Sor Angeles? Fijémonos en dos rasgos que aparecen subrayados con gran relieve en su vida seglar e incluso en la infancia. El

8. *Ensayos Teológicos II Sponsa Verbi*, p. 489.

9. O. cit., p. 488.

primero es esa facilidad que tenía para penetrar las verdades del Catecismo, la asombrosa claridad con que se le imponían y el don que tenía de exponer estas verdades a otras personas. Este don dice haberlo advertido en sí desde la infancia¹⁰. Y toda su vida religiosa no será sino un magnífico desarrollo y desenvolvimiento de este don.

Por otra parte —y este es el segundo rasgo, complementario del primero—, cuando Florencia se convirtió a sus dieciséis años de edad, no pensaba precisamente en ser religiosa. Su idea o pensamiento favorito era otro, a saber: *retirarse al desierto*. ¿Para qué quería ir al desierto? Nos lo dice también: para perfeccionar la oración de contemplación con que Dios la favorecía alguna que otra vez¹¹.

Retirarse al desierto, dedicarse a la contemplación de la verdad cristiana. He aquí unos datos altamente interesantes y actuales. Actuales, sobre todo, porque hoy corremos el peligro de echarlos en olvido, de no cotizarlos, de no concederles el puesto que les corresponde en la definición de lo cristiano.

Con la insidiosa insinuación de que se trata de una intrusión de origen gnóstico, neoplatónico, budista, etc., se quiere borrar del ser cristiano un elemento esencial del mismo.

Claro está que en esto como en todo caben desviaciones; pero no es menos cierto que aquí tocamos un aspecto esencial, un elemento que es constituyente. En la Iglesia habrá vocaciones que vivan y cultiven este aspecto de un modo más pleno y preeminente, pero todo cristiano, por solo el hecho de serlo, deberá a su nivel y en su vida y según sus circunstancias, tratar de cultivar esta faceta. He aquí algo que no puede olvidarse.

10. *Autob.*, p. 90.

11. *Autob.*, p. 32-33.

Dios «no me ha dado gracia más que para dos cosas: contemplar y escribir o exteriorizar por la pluma mis conceptos y sentimientos en la forma posible», escribe M. Angeles al P. Mariano¹².

El contemplar la verdad revelada, beber de ella y vivir de ella es, efectivamente, la característica típica, la más relevante que sobresale en su vida. Para ello el desierto, la soledad, el silencio, un cierto apartamiento del tráfico mundano, es necesario, y también esto destaca de modo muy notable en la vida de esta alma.

Pero tratemos de precisar aún más qué es lo que contempla Angeles Sorazu, de dónde toma los grandes temas de su contemplación, bajo qué ángulo los mira y asimila, etc., etc., pues todo esto reviste la mayor importancia y aun se hace necesario para no llegar a conclusiones erradas. En sus escritos, principalmente en sus cartas, podríamos espigar muchos pasajes. Pero ahora vamos a limitarnos a lo esencial. En otro capítulo descenderemos más a estos detalles.

Por de pronto, que Dios la ha favorecido con una vocación que ella llama *divina* pues tiene a Dios por objeto, es algo que no puede negar «porque es una evidencia tan palpable que de negarlo tendría que negar mi existencia física y moral»¹³.

Falta de interés por la mística descriptiva

¿Consistirá esta vocación divina en prestar atención refleja a los grados místicos o mercedes sobrenaturales, fenómenos extraordinarios, etc. que hace Dios a las almas o se cumplen de algún modo en las personas muy adelan-

12. Carta de 17-I-1921; *Itin.*, III, p. 259.

13. Carta de 24-VII-1920; *Itin.*, III, p. 62.

tadas en las vías de la perfección y que se cumplieron también en ella? No. Nada de eso. De los escritos de M. Angeles se desprende palmariamente su falta de interés, su prevención incluso o actitud más bien reticente o reacia a prestar atención a estas cosas, como si en ello recelara un peligro: el peligro a apegarse a algo que no es Dios.

No hay que olvidar que por este tiempo había ruidosas discusiones en torno a la «cuestión mística» y que M. Angeles tuvo ocasión de tratar con personas que sostenían diversas y encontradas opiniones en torno a la misma. Pero ella revela tener una manifiesta falta de interés por estos temas de la teología mística. Piensa que el manjar con que ha de alimentarse el alma, su alimento normal y sobresustancial e insustituible lo constituyen las verdades reveladas, los grandes dogmas y hechos cristianos, no la descripción pormenorizada de los grados, favores, fenómenos, etc. que ocurren en la vida espiritual de ciertas almas. El desplazar el campo de la atención de lo uno a lo otro o sustituir el manjar ordinario del alma cristiana por estos otros temas —aunque sean muy necesarios de ser conocidos, sobre todo por los directores de almas— puede ocasionar una desviación peligrosa y acarrear consecuencias funestas.

La actitud de M. Angeles es claramente contraria a esta divulgación o uso indiscriminado de los temas de la mística. Y es que el señuelo de unos dones a alcanzar, concebidos como algo apetecible y que enriquece a uno, puede desviar peligrosamente toda la orientación de la auténtica vida cristiana, es decir, puede dar a ésta un enfoque egoísta.

Centrarse y sumergirse en la revelación objetiva hecha por Dios de una vez por todas y para todos, he ahí, pues, la vocación de Sor Angeles.

En suma, lo que a M. Angeles interesa, lo que constituye su vida y vocación, es el camino cristiano a secas. El universal y valedero para todos —aun admitiendo que a ella le tocó vivir esta vida cristiana en condiciones muy singulares—.

Cabe decir, por tanto, que el carisma de M. Angeles no consiste en otra cosa que en haber vivido con esta particular intensidad y profundidad, con la ayuda de gracias especiales, algo que por lo demás pertenece al tuétano de toda vocación cristiana; y en haber acertado a exponerlo y enseñarlo con notable lucidez.

* * *

Las desviaciones de hoy

Hoy el peligro de desviación de este camino real cristiano no tanto consiste en sustituir sus temas u objetos por los de la mística descriptiva. Otros desplazamientos del campo de atención tienen lugar en nuestro tiempo: hacia la Sociología, Política, secularización, temporalismo, horizontalismo, liberación de signo puramente terreno, etc.

En cualquier caso, la enseñanza de M. Angeles sigue siendo actual. Como ha recordado recientemente la «*Evangelii Nuntiandi*», la Iglesia no puede desentenderse o hacer abstracción de las circunstancias concretas, necesidades particulares, etc. de los hombres a quienes evangeliza, pero esto no quita el hecho de que la evangelización tiene unos contenidos esenciales que nunca pueden ser omitidos ni sustituidos por otros¹⁴.

Por todo ello creemos que M. Angeles es muy actual, es decir, nos es muy necesaria. Más adelante volveremos sobre el tema, al tratar de la orientación decididamente objetiva de su camino espiritual.

14. «*Evangelii Nuntiandi*», cf. *Ecclesia*, 3-I-1976 y ss.

CAPÍTULO XII

HIJA DE LA IGLESIA

La adhesión a la verdadera fe y la adhesión a la Iglesia han sido el distintivo de los grandes místicos católicos. Un teólogo moderno —González de Cardedal— ha podido escribir: «significativamente en la vida y en el pensamiento de los grandes místicos católicos: santa Catalina de Siena, san Juan de la Cruz, santa Teresa o santa Teresita, san Ignacio de Loyola y Carlos de Foucauld la afirmación de la fe como base de la comunicación real con el Dios real y la adhesión a la Iglesia como fundamento de la comunión con el Cristo histórico y Señor viviente, son el nervio de sus vidas y de sus escritos»¹.

Huelga decir que estas palabras se cumplen plenamente en el caso de la M. Angeles Sorazu. En otro capítulo veremos hasta qué punto y grado M. Angeles trató de plegarse a la Revelación de Dios, es decir, fue oyente de la palabra, procuró vivir anclada en ella, adaptarse y plegarse a sus exigencias. En el presente vamos a ver algo que está muy relacionado con este mismo tema de la fe, a saber, la adhesión a la Iglesia.

En efecto, la Iglesia es la prolongación de Cristo hasta nosotros, su Cuerpo, como nos dice San Pablo.

1. *Elogio de la encina*, p. 251-252.

Relaciones con la Jerarquía

La Iglesia es un presupuesto necesario en nuestra fe católica. Ella transmite la verdadera fe, la custodia y nos la propone. En la Iglesia hay una Jerarquía puesta por Cristo, que en su nombre y representándole a El, ejerce esa triple función de santificar, enseñar y gobernar a los fieles.

Naturalmente esta Iglesia jerárquica no es fin. Su misión es darnos a Dios y a Cristo. No debemos pararnos en ella como en el objetivo final, sino servirnos de ella a manera de un instrumento querido por Dios para ir a El.

M. Angeles sabe esto muy bien. Sabe que hay personas que tienen mucha relación con confesores, directores, etc., y nada con Dios; éstas serán siempre «arcas vacías». Dios quiere que tengamos relaciones directas con El: esto es algo esencial e insustituible. Pero también quiere que completemos las relaciones inmediatas con las mediatas, es decir, que nos sometamos a la autoridad de sus ministros y representantes visibles. Entre otras cosas, para que nuestra piedad sea objetiva, o sea, cimentada en la verdad. Andando solos, y sin el control de la Iglesia visible, corremos el peligro de caer en subjetivismos, en desviaciones, engaños, aberraciones, etc. La historia de la espiritualidad está llena de ejemplos que corroboran lo dicho.

Las siguientes palabras de M. Angeles revelan bien a las claras el espíritu de fe con que ella miraba a los representantes de Dios: «Las almas cristianas sólidamente virtuosas están animadas de una fe viva, confianza y cariño filiales y de respeto profundo a la Iglesia Católica y a los ministros que la representan, desde el Soberano Pontífice hasta el más humilde sacerdote. Dicha fe y veneración las demuestran en sus relaciones con los sacerdotes regulares y seculares que tratan; pero singularmente con su

confesor o Director, en quien ven a Jesucristo y respetan su divina autoridad»².

Incluso llega a decir que muchas almas pierden su vocación porque a la hora de decidirla no se dejan guiar por la palabra del Director sino por las personas que les rodean³.

Sin embargo, y no obstante esta fe viva y respeto que sentía por la Iglesia visible y sus representantes o ministros, debido a la repugnancia que sentía a franquear sus interioridades, Sor Angeles tardó mucho tiempo en plegarse en este punto a la voluntad de Dios, que claramente conocía. Ella confesaba sus pecados al confesor, pero para traducir su interior y singularmente para dar a conocer los favores recibidos de Dios sentía una repugnancia invencible. Después de ingresar en el convento estuvo unos trece años sin director, nos dice Sor Natividad⁴.

Aun después que se plegó a la voluntad de Dios en este punto y comenzó a tener dirección, no desaparecieron las repugnancias, tentaciones, sufrimientos y escrúpulos por este motivo, sino que hubo de padecerlos casi durante toda su vida.

Era bastante propensa M. Angeles por su temperamento o carácter a ser víctima de escrúpulos, turbaciones, ansiedades sobre el mal estado de su alma, etc.⁵. Las más de las veces estas tentaciones y turbaciones estaban relacionadas con la dirección o con el precepto de escribir que el director le imponía. Más de una vez escribió a su tercer director —el P. Mariano— que ella no valía para tener dirección⁶. El P. Mariano le contestó que sólo valía para

2. *La Vida Espiritual*; Apéndice sobre la dirección, cap. 1.º, p. 31 (2.ª ed.).

3. Id. *Ibid.*, p. 332.

4. Sor Natividad, Testimonio 1.º, p. 116.

5. Véase *Autobiografía*, p. 164 nota.

6. Véase, por ejemplo, carta de 4 de agosto de 1910; *Itin.*, I, p. 50.

eso. En efecto, abandonada a sí misma, hubiera sido una calamidad por el mar de dudas e incertidumbres en que se metía, y aunque Dios puede suplir la falta de los hombres, pero El ha querido que normalmente seamos llevados a El por medio de otros hombres.

Un cierto control de nuestras relaciones con Dios por medio de la Iglesia externa es, pues, ordinariamente necesario y nos hace mucho bien, para evitar desviaciones, desarrollar el espíritu de fe, de obediencia, etc. Si no fuera porque la comparación tiene algo de frívolo, tal vez se pudiera decir que el oficio de los ministros de Dios es en cierto modo semejante al de los guardias que vigilan el tráfico y la circulación a fin de que todos anden según las normas debidas.

Sobre esta veneración, fe y respeto que Sor Angeles sentía por los sacerdotes encontramos muchos datos en los testimonios de las que la conocieron y trataron. Mencionaremos algunos.

A una monja que solía remedar a los predicadores, le impuso penitencia para quitarle la costumbre⁷.

Tenía especial veneración, respeto y amor por el Papa, por el cual hacía incesantes oraciones⁸. Por Abril de 1912 se propaló la noticia —que luego resultó ser falsa— del fallecimiento del Papa San Pío X. Bajo la impresión de esta noticia Sor Angeles escribió al P. Mariano estas palabras que son el más hermoso testimonio de su amor a la Iglesia y al Papa:

«Hoy he llorado mucho por el fallecimiento de nuestro Santísimo Padre Pío X, que mi querido Dios tenga en gloria, pues lo he sentido cual la hija más adicta y fiel de mi Santa Madre Iglesia, en cuyo nombre y de todos los fieles he hecho cuanto mi Dios querido se ha dignado inspirarme a favor del

7. Sor Natividad, Testimonio 3.º, p. 60.

8. Sor Natividad, testimonio 1.º, p. 78.

finado y de la misma Iglesia para que el Señor se apiade de ella y de todos nosotros, sus hijos...— Por si la causa de llevar consigo el Señor a nuestro Santo Padre han sido mis pecados y los de los hijos ingratos e infieles —tantos como hay— de la Santa Iglesia, me he arrepentido y llorado y pedido perdón a mi Dios en mi nombre y de todos los pecadores, solicitando de su bondad, más todavía que el perdón, la gracia de un Santo Pontífice para la Iglesia. Y estoy contenta porque espero que mi Dios querido otorgará mi petición y nos dará otro Pontífice Santo, cual lo necesita nuestra Santa Madre Iglesia y nuestra Seráfica Religión»⁹.

Sobre su veneración a los sacerdotes, cómo les pedía la bendición, etc., testimifica también Sor Purísima¹⁰.

Un año, en el día de la Inmaculada, estando la Comunidad en el refectorio, entró el Sr. Arzobispo en la iglesia a adorar al Santísimo, que estaba expuesto. Una de las dos religiosas que estaban velando en el coro fue a decírselo a la Abadesa, que era M. Angeles. Al punto dejó la comida y con ella toda la Comunidad para ver al que estaba en el lugar de Dios Nuestro Señor¹¹.

Cuando el Papa San Pío X prohibió el uso de ciertos instrumentos músicos en la iglesia, inmediatamente se atuvo a lo mandado, pues hasta entonces parece que se usaban algunos de dichos instrumentos en la misa de gallo de Nochebuena¹².

«Cuando podía escuchaba de rodillas las pláticas que nos hacían los Ministros del Señor», dice Sor M.^a Consolación¹³.

9. Carta de 11-IV-1912; *Itin.*, II, 211.

10. Testimonio de Sor Purísima, pp. 3, 10.

11. Testimonio de Sor Concepción, p. 6.

12. Véase Sor Concepción, p. 1; Sor Natividad, Testimonio 1.^o, p. 17; *Itin.*, I, p. 200.

13. Testimonio de Sor M.^a Consolación, p. 17.

Cuando fue suprimida la vigilia o abstinencia de carne el día de Jueves Santo, parece que a alguna monja no le entraba esto. La M. Angeles dijo: «Pues yo, mandándolo el Sumo Pontífice, aunque fuera el viernes santo me quedaría muy tranquila»¹⁴.

Tenemos, por fin, el caso notable de cómo a la hora de la muerte pidió y obtuvo que viniera el Sr. Arzobispo en persona a bendecirla. Rasgo original que indica hasta qué punto tenía conciencia de ser hija de la Iglesia y obraba con la confianza y libertad de tal¹⁵. Fue el Excmo. D. Remigio Gandásegui, arzobispo de Valladolid, quien vino a bendecirla.

La «corteza humana» en la Iglesia

Y sin embargo, la Iglesia tiene su corteza humana. Y Sor Angeles era bien sensible a este aspecto, que no se le escapaba. La Jerarquía está compuesta de hombres, y donde entra lo humano, entra la limitación, la torpeza, los defectos, las ignorancias y toda clase de miserias y lastres. Al tropezar con esto, muchos se escandalizan y se echan para atrás. No se dan cuenta que la Iglesia es un misterio de fe y que hay que saber elevarse por encima de esa corteza.

Ingenuamente le suele decir al P. Mariano en sus cartas que le hace sufrir mucho su frialdad, tan en contraste con la bondad de Dios. Quisiera ver en los representantes de Dios las mismas cualidades que conocía en su trato experimental con el Señor.

14. Sor Concepción, p. 16.

15. Sor Concepción, p. 6.

De parte de sacerdotes, directores, autoridades eclesiásticas, etc. tuvo que sufrir grandes disgustos.

En otro lugar dijimos algo de los rúspices que recibió del P. Andrés Ocerin-Jáuregui sin motivo justificado.

Con el segundo director, que fue el Sr. Deán, José Hospital Frago, el cual le ayudó mucho al principio, tuvo luego grandes disgustos y contradicciones. Esta tormenta fue por el año de 1907 y siguientes. Parece que hubo dos o tres religiosas que fueron cómplices con dicho Director y entre todos le ocasionaron a M. Angeles una tempestad horrorosa de humillaciones, desprecios, calumnias, etc. Ella lo sufrió todo con invicta paciencia ¹⁶.

Para conservar el espíritu de la Orden M. Angeles solía querer que la Comunidad tuviera confesores o directores franciscanos. Pero chocaba con las pegas que le ponía la autoridad eclesiástica. No podían llamar para confesores extraordinarios a Padres que fuesen extradiocesanos, siendo así que a la sazón en la diócesis no existía ningún convento o casa formada de franciscanos ni de Capuchinos.

Pero el golpe más sensible y doloroso que recibió fue por Octubre de 1913 cuando por orden venida del Palacio Episcopal se le prohibió dirigirse ni tener contacto alguno con su director el P. Mariano. Siete años duró esta situación hasta que en 1920 del mismo lugar se le notificó que tal prohibición quedaba revocada.

En su tratado *La Vida Espiritual* han quedado ecos de estos sucesos e incluso nos habla de tentaciones contra la fe e institución divina de la Iglesia ¹⁷. En su comentario a varios pasajes del Cantar de los Cantares, aplica a este hecho el texto aquel: «Lleváronse mi manto los guardas de los muros» ¹⁸.

16. Sor Natividad, Testimonio 1.º, p. 41.

17. *La Vida Espiritual*, cap. 20, p. 249 (2.ª ed.).

18. *Cant.* 5,7. Véase *Exposición de varios pasajes de la Sagrada Escritura*; Salamanca 1926; p. 103.

No puede negarse que el golpe fue duro: Dios quería que se sometiera a la dirección, y los representantes de Dios le quitan el Director...

A pesar de todo, y aunque no dejara de experimentar sus luchas y tentaciones, la M. Angeles Sorazu obedecía y acataba estas duras decisiones de la autoridad eclesiástica. Sostenida por la fe, sabía remontarse por encima del elemento humano y acatar la voluntad de Dios, aunque no dejase de ver móviles humanos, a veces rastreros, o abusos de poder o arbitrariedades en las órdenes de los representantes de Dios. Una vez más la M. Sorazu, dejando la cáscara, lo accidental, va derecha al meollo, y no se equivoca. ¡Qué lección tan de actualidad en estos tiempos de contestación, de protesta, en que por doquier se predica la rebeldía, la desobediencia, aun en la Iglesia!

Que la M. Sorazu tenía los ojos bien abiertos para ver lo torcido de muchas de las actuaciones de los representantes de Dios se ve palpablemente al leer el apéndice a *La Vida Espiritual*, donde habla sobre los directores de almas. Ella sabía que era voluntad de Dios obedecerles¹⁹. Pero los procederes de éstos para con ella fueron a veces bastante distintos y aun contrarios. Como conocedora también de la vida interior y situación de muchas otras religiosas, cuando habla aquí de los Directores y de los errores que a veces cometen parece que no tiene en cuenta sólo su caso.

En dicho lugar habla, pues, la M. Sorazu del director que por una compasión mal entendida en el período de purgación puede con sus palabras inspirar en el alma un secreto orgullo que lo echaría a perder todo²⁰; de la conducta que debe tener el director con las almas dobles y

19. *La Vida Espiritual*; apéndice, cap. 1.º, p. 333 (2.ª ed.).

20. Id. *ibid.*, cap. 1.º, p. 336.

astutas²¹, con las tímidas²²; de la necesidad de que conozca los diversos caminos para adaptarse al de cada uno²³; de los directores crédulos y del mal que hacen²⁴; de los que se pagan de las exterioridades, de las obediencias totalmente contrarias al querer de Dios que a veces imponen a las almas²⁵, de la afabilidad de Dios y la esquivéz de su representante²⁶. Dice también que la acritud y dureza hiere a unas²⁷, pero el trato amoroso también hace mal a otras; habla de los directores excesivamente incrédulos²⁹, de incidentes que pasan con confesores extraordinarios³⁰. En fin, no tiene pelos en la lengua para calificar de «fa-tuos» a ciertos directores³¹.

Con este material humano siempre deficiente hemos de contar en la obra de nuestro caminar hacia Dios.

A pesar de experimentar tan vivamente la miseria de este material humano, la fe se sobrepone. Sabe que Dios se sirve de todo para lograr sus designios. San Pablo lo dijo bien claro: A los que aman a Dios todas las cosas contribuyen a su bien³². Pero para que esto sea así, es preciso tener una fe profunda, que sabe remontarse de las causas segundas hasta la primera.

Hay otro caso en la vida de M. Sorazu en que también chocó, al menos al principio, con la negativa de la autoridad eclesiástica. Se trataba de ayudar a otro convento de la Orden enviando algunos elementos jóvenes para

21. Id. *ibid.*, cap. 2.º, p. 339.

22. Id. *ibid.*, p. 339.

23. Id. *ibid.*, cap. 2, p. 339.

24. Id. *ibid.*, cap. 2, p. 343.

25. Id. *ibid.*, cap. 2, p. 343.

26. Id. *ibid.*, cap. 3, p. 349.

27. Id. *ibid.*, cap. 3, p. 350.

28. Id. *ibid.*, cap. 3, p. 351.

29. Id. *ibid.*, p. 351.

30. Id. *ibid.*, cap. 4, p. 357.

31. Id. *ibid.*, cap. 2, p. 344.

32. Rom 8,28.

revitalizarlo; concretamente, al convento Madre de Dios, de Logroño. El Prelado se opuso, ya que la salida de clausura en aquellas fechas sólo rarísimamente se concedía. El franciscano P. Tomás Soloeta anduvo de por medio, gestionando los permisos. Pero todo en vano. Cuando en vista de la inutilidad de su empeño el P. Soloeta había iniciado ya su viaje de regreso a Nájera —de donde era Guardián—, recibió aviso de que el Sr. Arzobispo había cambiado de actitud. Así fue, en efecto, y otorgó el permiso.

En resumen, la M. Angeles Sorazu es hija genuina de la Iglesia. Como tal, está animada de amor filial, reverencia, estima y obediencia para con la Jerarquía eclesiástica. Y como hija que es, tiene también la confianza y aun la libertad bien entendida, propia de los hijos.

No deja de ver las cosas como son, y las dice. También por esto es muy actual la M. Angeles y tiene algo que enseñarnos en estos tiempos difíciles. Hay en ella una feliz conjunción entre fidelidad y verdad, obediencia y libertad.

* * *

Por importante que sea la Jerarquía en la Iglesia, es claro que la Iglesia es algo más que la Jerarquía. Y Sor Angeles lo sabe. Tomando pie de un responsorio del oficio del día de Todos los Santos, la expresión «trono de Dios en el cielo» la aplica a la Iglesia. Gracias a ella, en efecto, podemos aquí en la tierra contemplar a Dios, gozarle, amarle, etc. Véanse sus palabras:

«...yo me quedé con el Profeta Isaías contemplando y amando a mi Dios Uno y Trino sentado sobre su excelso trono, en unión de mi Padre y de los Serafines, no en el cielo, sino en la tierra, donde poseo el cielo, confirmando el derecho que tengo a gozar la presencia de mi Dios en la vida mor-

tal la sagrada Liturgia de la dicha festividad en el responsorio que sigue a la lección primera, que es o habla del trono de Dios en el cielo; como si dijera la Santa Iglesia: No envidies la suerte de los bienaventurados, pues aquí en la tierra puedes contemplar a tu Dios, gozarle, amarle, etc.»³³.

Pero los actos de amor, ofrecimiento, etc. que practicaba, se extendían a todas las criaturas del cielo y de la tierra, donde la Iglesia, como congregación de los fieles, ocupaba sin duda un puesto singular; mas tampoco limitaba a ella su amor y su plegaria:

«Entre los mortales excuso decirle que la santa Iglesia es la primera, aunque no puedo limitar a ésta mi amor y mi plegaria, sino que necesariamente amo a todas las almas capaces de conocer a Dios. El purgatorio se me representa como parte integrante de la Iglesia militante, o un departamento destinado para purificar las almas que todavía le pertenecen y se preparan para la visión beatífica»³⁴.

33. Carta de 9-XI-1920; *Itin.*, III, p. 180.

34. Carta de 25-XI-1920; *Itin.*, III, p. 195.

CAPÍTULO XIII

FILIACION FRANCISCANA DE LA M. ANGELES SORAZU

Como es sabido, el último Concilio ha puesto en la vuelta a las fuentes, o sea, en el retorno a la primera inspiración de los Institutos uno de los quicios o principios básicos para la renovación de la vida religiosa¹. La «Lumen Gentium»² afirma sin ambages que la Iglesia protege y favorece la índole propia de los diversos Institutos. Según esto está claro que la voluntad de la Iglesia es que cada Orden o familia religiosa cultive su especificidad y busque en su carisma propio la raíz y el principio de su vitalidad. No sería, pues, ningún ideal o desideratum el caminar hacia una vida religiosa indiferenciada: o sea, una masa amorfa diluida en unos rasgos comunes.

Pero, por otra parte, es también notoria la crisis que en este punto se advierte. Casi se siente ya rubor o mal-estar para hablar de espiritualidades diversas que correspondan a las grandes familias religiosas que viven en el seno de la Iglesia. Tal vez haya en ello una reacción contra ciertos capillismos, estrecheces y exclusivismos, contra la tendencia a crear compartimientos estancos. Está bien, sin duda, el que ante todo se ponga en evidencia lo co-

1. Cf. «Perfectae Caritatis», n.º 2.

2. L. G. n.º 45.

mún, lo que une a todos. Pero, por otra parte, esto no debe ser razón para que cada familia religiosa deje de cultivar su índole propia tal como es voluntad de la Iglesia, pues es precisamente así como ella contribuye al bien del todo.

La M. Angeles, como veremos, sin exclusivismos y con amplitud católica, quiso ser fiel a la propia vocación franciscana, y, dentro de la familia franciscana, al espíritu de su Orden Concepcionista.

La nota franciscana en la M. Sorazu

La nota franciscana no es difícil de detectar en la familia de Florencia. Como ya dijimos en su lugar, ésta tuvo un hermano, algo mayor que ella en edad, que ingresó como aspirante a franciscano en el convento de Zarauz (Guzúcoa) y que después fue a Tierra Santa. Dicho hermano fue hijo de la Custodia de Tierra Santa y luego miembro de la Provincia franciscana de Santiago de Compostela.

De Florencia misma sabemos que después de su conversión a los dieciséis años, o sea, viviendo en Tolosa, ingresó en la Tercera Orden Franciscana y que acudía a las funciones que los Terciarios celebraban en la iglesia de San Francisco de esta villa. Nos es conocida la personalidad del que dirigía la Tercera Orden de Tolosa por este tiempo: el franciscano Fr. Crispín de Beobide, quien, al no haber comunidad formada, vivía en una casa particular vistiendo su hábito franciscano. Dicho Fr. Crispín de Beobide publicó una vida de San Francisco escrita en euskera, que probablemente fue conocida y leída por Florencia, pues el libro apareció pocos años antes (1885), y Florencia, aunque hija de familia pobre, como obrera ganaba su jornal y podría disponer de algún dinero.

Por propia confesión de la interesada sabemos que el Señor le impuso la práctica de la imitación de San Francisco

y, por medio del Santo Patriarca, la imitación del mismo Cristo nuestro Señor, pero con la particularidad que las dos devociones se desarrollaban bajo la protección de la Santísima Virgen en cuyo obsequio empleaba la mayor parte del tiempo³.

En el último año de su vida seglar Florencia se vio sumida en un mar de tribulaciones interiores, aprensiones de conciencia, etc.; y según confesión propia uno de sus principales desahogos durante esta prueba eran las frecuentes visitas que hacía al Patriarca San Francisco en una devota efigie del Santo. «A la Virgen y a San Francisco contaba todas mis cuítas»⁴.

Cuando se decidió el problema de su vocación religiosa, su primera idea fue ingresar en las Capuchinas de Caspe, como ya dijimos. Quería entrar allí porque eran pobres —leemos en el testimonio de Sor Natividad de la Puebla—⁵.

Después, por los motivos que también dijimos, se orientó hacia las Concepcionistas Franciscanas de Valladolid.

* * *

La Orden de las Concepcionistas Franciscanas fue fundada por Santa Beatriz de Silva en el siglo xv y tiene por fin rendir culto al misterio de la Inmaculada Concepción de María, o mejor, a María en dicho misterio. Es una Orden de vida contemplativa. Tiene Regla propia aprobada por Julio II. Aunque conservando su propia autonomía y fin específico, desde sus inicios es filial de la gran familia franciscana. Sabido es que los franciscanos fueron los defensores amartelados del dogma de la Inmaculada Concep-

3. *Autob.*, p. 28-29. — Y más abajo, p. 30-31: «Como me sentía llamada a la imitación de S. Francisco, la biografía del Santo fue la que utilicé más y me aproveché».

4. *Autob.*, p. 39.

5. Testimonio 1.º de Sor Natividad, p. 81.

ción, muchos siglos antes de que este dogma fuera definido por el Papa Pío IX (1854). Por todo lo dicho, salta a la vista que una espiritualidad de cuño mariano parece corresponder a la Orden Concepcionista por su mismo designio u objetivo fundacional, o sea, como un patrimonio de familia o bien propio⁶.

Una vez en el convento, lo que ella llama segunda conversión —que va a ser realmente el principio de sus grandes avances en el camino espiritual—, la atribuye también a una intervención de S. Francisco. Fue el 15 de Agosto de 1893. Al sortear entre ella y dos religiosas jóvenes tres papeletas que contenían tres virtudes con los correspondientes Santos, a ella le tocaron en suerte las virtudes de pobreza y humildad, y de protector a «nuestro Patriarca San Francisco de Asís». Lo que en aquel momento le pasó, no lo sabe explicar, pero nos lo resume de este modo: «Parecióme que nuestro Santo Padre me citaba a juicio para pedirme cuenta del don de la vocación religiosa, de los requerimientos de la gracia a la imitación de sus virtudes y las demás gracias que N. Señor me había concedido en el decurso de mi vida, singularmente desde los dieciséis años»⁷.

De este modo, tras un breve y relativo estancamiento, su vida espiritual vuelve a reanudar su marcha.

Pero en un punto Sor Angeles tardará aún en plegarse a la voluntad de Dios: en el punto relativo a la dirección.

-
6. Sobre la Orden Concepcionista y su fundadora puede verse: — OMAECHEVARRÍA (IGNACIO, OFM), *Orígenes de la Concepción de Toledo*; Burgos 1976.
— ID., *Las monjas concepcionistas. Notas históricas sobre la Orden fundada por Beatriz de Silva*; Burgos 1973.
— GUTIÉRREZ (ENRIQUE, OFM), *Santa Beatriz de Silva, y origen de la Orden de la Inmaculada Concepción*; 2.ª ed.; Burgos 1976.

7. *Autob.*, p. 59-60.

Cuando vivía en el convento de Jesús-María, en los momentos en que más al vivo sentía la falta de un director que le ayudase a responder a las gracias recibidas, sabemos que ella pensaba en los Padres de la Orden, es decir, de la Orden Franciscana. En la capital vallisoletana a la sazón no había ningún convento de Franciscanos ni de Capuchinos. Ella preguntaba a las monjas a ver dónde había un convento de «Padres de la Orden»⁸. Estas le dijeron que en la Aguilera (Burgos).

Y efectivamente, su primer director será un franciscano, el P. Andrés de Ocerin-Jáuregui, que residía en el convento de la Aguilera. Como ya vimos, la dirección del P. Ocerin no duró mucho. Siguió la del Sr. Hospital, Deán de la Catedral de Valladolid.

A estos dos directores sucede el Capuchino P. Mariano de Vega, que por entonces residía en León. Este tercer director ocupa un lugar de excepción entre todos los directores de la M. Sorazu. Esta reconoce abiertamente que él fue su Padre-verdad, el que se adaptó plenamente a lo que su alma necesitaba, el que cual ninguno la ayudó a responder a lo que exigía su vocación.

Pero pasado un trienio (1910-1913), esta dirección sufrió un corte brusco por orden superior de la Curia Arzobispal. Entonces la M. Angeles se confía a la dirección del P. Narciso Nieto, también franciscano, que residía en Calabazanos (Palencia). Por fin será un dominico, el P. Alfonso Vega, que vivía en la misma ciudad de Valladolid. En una carta al P. Ocerin le dice M. Angeles que el ser los Dominicos una «Orden próxima y amante de la nuestra» contó en esta elección⁹.

8. *Autob.*, p. 53 nota.

9. Véase el texto de VILLASANTE, *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu*, vol. I, p. 317.

Al ausentarse de Valladolid el P. Alfonso y cesar los motivos que cortaron la dirección del P. Mariano, M. Angeles volverá de nuevo a llamar a las puertas de su Padre-verdad.

O sea, que, a pesar de los inconvenientes que suponía el no residir el director en Valladolid, de los cinco Directores que tuvo, tres pertenecieron a la familia franciscana.

Actitud respecto a otras Ordenes, etc.

Pero no por esto debemos pensar que M. Angeles fuera en este punto de criterio cerrado. Amaba a la Orden Franciscana y quería alimentarse de su espíritu, pues sabía que esto entraba dentro de su vocación. Entre Capuchinos y Franciscanos no hacía discriminación, pues ambas Ordenes pertenecen a la familia franciscana. Por otra parte, se sabía hija de la gran Iglesia, sentía estima y amor por todas las Ordenes y por los sacerdotes seculares o diocesanos, veneraba y acataba con fe las disposiciones de la Jerarquía, etc. Apreció grandemente al jesuita P. Nazario y quiso que éste fuera el depositario de sus escritos.

Consta además que trató, más o menos ocasionalmente, con otros franciscanos: PP. Tomás Soloeta, Manuel Torres¹⁰, Justo Trecu¹¹, los PP. Capellanes de Medina Ma-

10. Cf. Testimonio 2.º de Sor Natividad, p. 84.

11. En las cartas al P. Mariano de la primera época hay referencias sobre el P. Justo Trecu, Guardián a la sazón de La Aguilera. Véase *Itin.*, I, p. 134; II, p. 246. El P. Justo Aldabalde-Trecu Huici era natural de Huarte Araquil (Navarra), pero su familia vivía en Deva (Guipúzcoa). Fue el primer novicio de la Provincia restaurada de Cantabria. Guardián de Aránzazu, Bermeo, Habana, Aguilera y Zarauz. Definidor por tres veces. Murió en Olite en 1917 con 56 años de edad.

riano Martínez y Leonardo Cardeñoso, el Capuchino Padre Guernica, etc. Hacia el final de su vida se hablaba ya de una próxima fundación de los Franciscanos en Valladolid. Pero ella misma dijo que no se realizaría en vida suya, pues de ser así moriría de alegría¹². Efectivamente, los Franciscanos entraron en Valladolid en 1923, a los dos años de su fallecimiento. No hay duda que uno de los grandes sufrimientos de su vida religiosa fue esta dificultad para relacionarse con los Padres de la Orden¹³.

Por otra parte sabemos que también tuvo relaciones con Padres de otras Ordenes —jesuitas y dominicos principalmente—, con sacerdotes diocesanos, etc.

Los confesores ordinarios de la Comunidad fueron normalmente sacerdotes diocesanos, alguna vez también Carmelitas —el convento Carmelita de la iglesia de San Benito está relativamente cerca de la Concepción—¹⁴.

En cuanto a confesores extraordinarios, ella quería que a poder ser fueran de la Orden, pero para lograrlo tropezaba a veces con *pegas* que le ponían en la Curia¹⁵. El comienzo de su dirección con el P. Mariano tuvo lugar con ocasión de una visita de éste en calidad de confesor extraordinario. Como es sabido, los confesores extraordinarios atienden a las religiosas de clausura cuatro veces al año, y su visita se hacía en torno a las cuatro témporas.

Los capellanes del convento fueron sacerdotes diocesanos. De 1894 a 1906 fue Capellán Don Florián Pérez, que era profesor del Seminario. En el archivo de la Concepción hay carta del mismo expresando su condolencia a

12. Véase testimonio de M.^a Consolación, p. 20.

13. Cf. VILLASANTE, *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu*, I, p. 317.

14. Sobre conflictos al elegir confesor cf. *Itin.*, II, 241; III, 168, 170.

15. Que una vez al año el confesor extraordinario debía ser cura, cf. *Itin.*, II, 295. Aun para confesarse «ad casum» tenían restricciones, *Itin.*, II, 298.

la Comunidad con ocasión de la muerte de la M. Angeles. Tras D. Florián, fue Capellán Don Angel Montuno, de quien hicimos mención más arriba.

La Orden en que M. Sorazu ingresó conforma o configura de algún modo la modalidad del camino espiritual de ésta. Ya hemos indicado que la Orden de la Concepción por su misma fundación está orientada al culto de un misterio mariano y es filial de la gran familia franciscana, en la que está inserta. Así vemos que la espiritualidad de M. Angeles es también profundamente mariana y, a la vez, franciscana.

En la Autobiografía¹⁶ se nos informa también que en los primeros años de su vida religiosa una de sus devociones preferidas fue meditar las alabanzas que en obsequio de Dios y de la Virgen compuso S. Francisco y que figuraban al principio del breviario seráfico que las religiosas Concepcionistas empleaban. En aquella fecha nuestras monjas se servían del Breviario Romano, pero tenían otro suplementario con los Oficios propios de los Santos de las tres Ordenes de San Francisco, y al principio de este breviario figuraban, en efecto, dichas alabanzas¹⁷.

También acerca de las Crónicas de la Orden que ella oyó leer en el refectorio y luego leyó por su propia cuenta, hay referencias en la Autobiografía¹⁸. Se trata, sin duda, de las clásicas Crónicas del P. Damián Cornejo, etc.

16. *Autob.*, p. 96.

17. He aquí cuáles son los textos de los escritos de Nuestro Padre que figuran al principio de los Breviarios de aquella época:

- a) alabanzas a Dios que van al final de la paráfrasis del Padrenuestro.
- b) alabanzas a Dios que figuran en el papel que dio a Fr. León.
- c) las alabanzas a la Virgen.

18. *Autob.*, p. 115.

En una carta al P. Mariano le habla también de lo mucho que le gustan las cartas que San Francisco escribió a todos los fieles¹⁹.

Para que les predicasen los Ejercicios Espirituales que todos los años practicaba la Comunidad recurría, en cuanto podía, a Padres franciscanos o capuchinos; pero no siempre podía contar con los mismos, razón por la cual también acudía a religiosos de otras Ordenes (Jesuitas, Dominicos, etc.)²⁰.

La carta al P. Ocerin que más arriba hemos citado revela que ella tenía conciencia de que frecuentando el trato con otras Ordenes más que con la propia se exponía a perder el espíritu de la propia vocación²¹. Es posible que al expresarse de esta manera M. Sorazu tuviera en cuenta las ideas del destinatario, es decir, del P. Ocerin, que era un tanto extremado en este punto.

Para la educación y formación de las religiosas jóvenes sabemos que estimaba y empleaba el libro clásico del jesuita P. Alonso Rodríguez *Ejercicios de Perfección y Virtudes cristianas*²². M. Sorazu es partidaria decidida de la sólida fundamentación cristiana y religiosa, fundamentación centrada en la asimilación del Catecismo, en la práctica de las virtudes, etc. No quiere que se oriente a las religiosas y a las almas en general por los caminos de un misticismo aéreo que desdeña o tiene en poco la adhesión a la fe, el cumplimiento de los mandamientos, deberes de estado, etc.²³.

19. *Itin.*, II, p. 110 (carta de 14-10-1911).

20. En la carta al P. Mariano de 25 de Agosto de 1920 (*Itin.*, III, p. 123) hay datos sobre quiénes fueron los predicadores de Ejercicios de la Comunidad en diversos años (1914 y siguientes).

21. VILLASANTE, o. cit., I, p. 317.

22. Cf. *Autob.*, p. 53.

23. Véase la riña que dirigió a una monja que buscaba cariños humanos del director: «le he dicho que... de lo contrario no será

M. Natividad de la Puebla testimonia también que era enemiga de que se hiciesen comparaciones entre las Ordenes religiosas²⁴.

En las cartas al P. Mariano se encuentra también el siguiente dato curioso: le pide permiso para mandar dos álbums de Tierra Santa, que había recibido de su hermano, al convento de la Aguilera. No los considera propios para ellas, pero cree que pueden ser útiles a los Padres²⁵.

* * *

Finalmente, en la última etapa de su vida vuelve a estar presente San Francisco, sobre todo cuando Dios la llama a reproducir el misterio del Calvario «y su historia repetida en el santo monte Alvernia» en compañía de mi seráfico y llagado Padre²⁶.

En su obra capital, *La Vida Espiritual*, capítulo postrero, se extiende en consideraciones sobre el misterio de las llagas de S. Francisco, su significado, etc. La estigmatización de este y otros Santos no es el fin, sino el comienzo o inauguración del misterio de la Pasión que se irá reproduciendo en estos Santos a partir de este momento. Presiente que pareja suerte le aguarda a ella²⁷.

nunca nada: una de tantas mujeres vestida de hábito y nada más» (carta de 1-I-1913; *Itin.*, II, 301).

24. Testimonio 2.º, p. 39.

25. *Itin.*, II, 293. — El convento de la Aguilera fue incorporado a la Provincia de Cantabria en 1906. Antes de esta fecha funcionó como convento independiente durante 18 años.

26. Carta de 6-X-1920 (*Itin.*, III, 167). Cf. también *Itin.*, III, 142, 159.

27. *La Vida Espiritual*, p. 350ss. (1.ª edición).

CAPÍTULO XIV

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA Y EL ESPIRITU DE COMPUNCIÓN

Repetidas veces se ha referido el Papa a la pérdida de la conciencia de pecado y ha calificado este hecho como uno de los síntomas más graves de nuestros días.

Y es que, en efecto, la conciencia de pecado, es decir, el saberse pecador, la persuasión existencial de que la propia respuesta al amor de Dios es mala, defectuosa, ingrata y que no está en consonancia con lo que el amor revelado por Dios reclama, viene a ser fruto espontáneo o consecuencia legítima y directa de la fe y de la auténtica vida de fe.

Todo aquel que cree, recuerda y repasa frecuentemente los hechos en los que el amor de Dios se nos ha manifestado, descubre sin dificultad qué clase de respuesta piden estos hechos por nuestra parte.

Es pues cuestión de fe y de vida de fe ante todo. ☩

Por eso mismo la pérdida de la conciencia de pecado en último término es índice claro e inequívoco de la pérdida o debilitamiento de la fe.

Es un hecho que en estos momentos la práctica o recepción del sacramento de la Penitencia conoce una aguda

crisis. No queremos simplificar las cosas ni negar que múltiples causas han podido contribuir a ello. Pero que el debilitamiento de la verdadera y genuina fe tiene también su parte parece innegable.

El Magisterio de la Iglesia sigue insistiendo en la importancia y valor que tiene la recepción frecuente del sacramento de la Penitencia como medio para excitar en nosotros la actitud de conversión y para mantener vivo y despierto el impulso hacia la santidad. Sin embargo, estas declaraciones del Magisterio son con frecuencia preteridas, silenciadas o expresamente «contestadas».

Por otra parte, que la conciencia de pecado sea algo consustancial al fiel creyente que tiene su fe viva y despierta, se deduce de modo inequívoco de la enseñanza revelada. Valga por todos este texto de San Juan: «Si afirmamos no tener pecado, nosotros mismos nos extraviarnos y, además, no llevamos dentro la verdad. Si reconocemos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, perdona nuestros pecados y, además, nos limpia de toda injusticia. Si afirmamos no haber pecado nunca, dejamos a Dios por embustero y, además, no llevamos dentro su mensaje. Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis; pero, en caso de que uno peque, tenemos un defensor ante el Padre, Jesús, el Mesías justo, que expía nuestros pecados, y no sólo los nuestros, sino también los del mundo entero»¹.

* * *

Conciencia de pecado

En este capítulo tratamos de exponer brevemente cuál es la postura o actitud que en la M. Angeles se comprueba respecto a los temas del epígrafe.

1. 1 Jo 1,8-2,2.

Que la conciencia de pecadora es algo que acompaña a la M. Angeles durante toda la vida, algo que se halla hondamente arraigado en su psicología, es a todas luces evidente para el que conozca sus escritos. Además, sabe por experiencia que esto es condición indispensable para sus ascensiones en Dios. Véase este significativo pasaje de una carta al P. Mariano:

«Con las ganas que tengo de lanzarme a Dios para no volver jamás a la tierra, no sé lo que será de mí ni lo que haré cuando llegue ese momento, porque estoy que reviento de puro ansiar... Antes, empero, de arrojarme en Dios, tendré que bajar hasta el profundo de mi nada, miseria y pecado, y pasar unos cuantos días envuelta en el fango y lodazal de mis vicios y pecados, detestando mi existencia y mis productos viciosos, indiferentes y hasta loables, si es que hay alguno, incluso los escritos; pues sin bajar nunca he podido subir, ni sé ni quiero, ni gozar sin antes sufrir. Por esto, cuando termine de escribir mi vida, tendrá que darme unos Ejercicios de vida purgativa que me hundan al profundo del abismo y confundan con los demonios, para hacerme arrojar de mí cuanto antes toda la baba de soberbia y complacencia, vanidad y orgullo que he sentido y siento al ver a mi alma, aunque pecadora, cual ninguna apasionada de Dios y buscando por calles y plazas a este mismo Dios en todas las fases y episodios de mi vida que escribo»².

Las primeras líneas con que se abre la Autobiografía son ya un testimonio fehaciente de esta conciencia:

«Con asombro y repugnancia grandes tomo la pluma, para referir, no sé si mi historia, o las divinas relaciones de la divina Misericordia con esta nada criminal, merecedora de todo desprecio. La infinita estimación que merecen las misericordias

2. Carta de 3-III-1912; *Itin.*, II, 200-201. — Al entrar de monja su deseo era que Dios le concediera 18 años de vida para con ellos hacerle olvidar los agravios inferidos en los 18 de su vida seglar. Cf. carta de 24-VIII-1910; *Itin.*, I, p. 71.

de mi Dios, quisiera traducirla refiriendo su historia con el aprecio y perfección que se merece; mas viendo que con ella se confunde mi nada criminal y que aparecerá quizá identificada con la misma en esta historia, la relataría con sumo desprecio y en términos generales y confusos, si la obediencia me permitiera, y hasta quisiera escribirla con carbón en lugar de pluma y tinta»³.

Respecto a los pecados que cometió en la crisis de su adolescencia, o sea, de los 15 a los 16 años, afirma expresamente que fueron muchos y graves:

«No detallo los pecados que cometí en este período y en los anteriores para no escandalizar a las almas inocentes que quizá leerán esta relación, pero afirmo que fueron muchos y graves»⁴.

Pero el P. Mariano que leyó la confesión general de toda su vida que Sor Angeles hizo con él años más tarde, pone aquí la siguiente apostilla:

«Si las almas inocentes, y las que no lo son, hubieran tenido la dicha de leer, como servidor, la confesión general de toda su vida escrita en Setiembre de 1910, no solamente no hubieran quedado escandalizadas, sino altamente admiradas de la bondad de Dios Uno y Trino para con esta humildísima criatura. No nos olvidemos que a los grandes santos, en virtud del altísimo conocimiento que tienen de Dios y de sus divinos atributos (como esta alma privilegiada), con cuya rectitud y santidad quisieran haber siempre conservado todos los actos de su vida, las simples imperfecciones les remuerden cual si fueran verdaderos pecados y las faltas leves como enormes maldades. No es de extrañar, pues, que a veces sean, o nos parezcan, algo exagerados al hablar de los defectos y pecados propios»⁵.

3. *Autob.*, p. 13.

4. *Autob.*, p. 21.

5. *Autob.*, p. 21-22 nota.

Refiriéndose a su infancia, a su primera Comunión, hecha a los once años, y a su vida de piedad de entonces, Sor Angeles nos proporciona la siguiente información:

«Me confesaba mensualmente, y todas las veces que recibía el sacramento de la Penitencia experimentaba en mi alma una cosa muy divina, y permanecía unida a Dios y en oración continua por espacio de uno o varios días, hasta que cometía la primera falta deliberada, cuyo remordimiento me retraía de nuestro Señor, y abandonaba la oración pensando que con ella más le ofendía que le agradaba. Pero continuaba practicando el ofrecimiento de obras y otros ejercicios de piedad, que hacía todos los días»⁶.

Tenemos en estas palabras un bello testimonio de los efectos positivos que la recepción del sacramento de la Penitencia causaba en su alma en aquella primera edad. Aparece también ya aquí un gesto o rasgo típico que veremos luego muchas veces en su vida: mientras se sentía culpable de una falta, no podía orar; la conciencia de la tal falta le hacía alejarse de la oración. Es claro que esta reacción en ella no era motivada por falta de fe, sino por todo lo contrario. Una conciencia viva de la pureza e inocencia requerida para acercarse a Dios en la oración es lo que la retraía del trato íntimo con Dios cuando había cometido una falta deliberada, singularmente si esa falta era contra la caridad o el amor al prójimo.

En la Autobiografía hay muchos datos sobre este particular. Nos dice, por ejemplo, que ella se sentía llamada a tener con Dios un trato familiar, íntimo y no como de lejos. Por esto mismo, si tenía su corazón manchado con alguna afección menos recta, se le planteaba el dilema: o tenía que convertirse, o de lo contrario se le hacía imposible la oración. Reconoce que éste ha sido un gran don

6. *Autob.*, p. 19.

que ha recibido de Dios, don que le ha proporcionado grandes bienes y consuelos, pero también ha constituido para ella una fuente de sufrimientos muy vivos⁷.

En el testimonio escrito por Sor Concepción —que fue *connovicia* y compañera de ella durante toda su vida religiosa— hallamos la siguiente información:

«También aseguro tuvo siempre grande horror a toda clase de culpas por leves que fueran. Y cuando por nuestra fragilidad caía en alguna pequeña falta, en seguida se arrepentía y hacía actos de contrición; pero alguna vez me ha dicho que hasta que se confesaba de ella, que no podía entrar en Dios en la oración; así que siempre que podía iba al Sacramento de la Penitencia. Sentía mucho las ofensas que se hacían a Dios Nuestro Señor, y por ellas ofrecía todas sus obras y penitencias»⁸.

Sobre el concepto de pecadora en que se tenía la Madre Angeles dice la misma testigo:

«Asimismo aseguro ser verdad que la Sierva de Dios tenía bajísima opinión de sí misma, considerándose la mayor pecadora y una criminal, que le daba algunas veces vergüenza de presentarse ante las criaturas, por el bajísimo concepto que se tenía de sí misma, pues era muy humildísima, huía de las alabanzas y obsequios y amaba y recibía con gozo los desprecios»⁹.

Sor M.^a Consolación Ipiña refiere también:

«La Sierva de Dios M. Angeles tenía bajísimo concepto de sí misma, considerándose indigna pecadora. Un día que se encontraba la Comunidad en el locutorio saludando a un R.P. de la Orden que por entonces la confesaba o dirigía, una religiosa dijo algunas palabras de alabanza para la Madre y ella

7. *Autob.*, p. 200.

8. Testimonio de Sor Concepción, p. 12.

9. Testimonio de Sor Concepción, p. 26-27.

llorando contestó que lo que ella quería era que la conociesen para que le perdonasen los pecados, como temiendo que el Confesor no diera importancia a su acusación y no la absolviera»¹⁰.

Este extremo se halla también confirmado por lo que nos refiere Sor M.^a Lourdes:

«Era tanta su delicadeza de conciencia que los confesores no hacían más que darla la bendición, lo que sentía mucho y les decía que por qué no la absolvían; después se iba ante el Sagrario y no se cansaba de dar golpes de pecho; veía faltas donde para la generalidad pasaba desapercibido»¹¹.

Este dato de que no la absolvían a veces los confesores no deja de prestarse a más de una reflexión. Un alma que tenía conciencia de haber recibido gracias tan singulares de Dios y de estar llamada a una intimidad tan particular con El, era lógico sintiera al vivo todo lo que desdecía de su vocación; mas los confesores, que ignoraban o hacían caso omiso de esto, fácilmente calificaban de escrúpulos monjiles sus acusaciones y en consecuencia la despachaban sin darle la absolución.

Que M. Angeles era propensa a los escrúpulos es un extremo que está corroborado por el testimonio del P. Mariano. Pero una consideración superficial de las cosas puede también confundir los planos y tomar por escrúpulo lo que no es tal, sino una viva conciencia de la respuesta que Dios pide al alma.

Fácilmente puede ocurrir —y ha ocurrido sin duda muchas veces— que el sacerdote, formado en libros de Moral que identifican los pecados tan sólo por su referencia a un código o catálogo legal, al no encontrar en

10. Testimonio de Sor M.^a Consolación, p. 14-15.

11. Testimonio de Sor Lourdes, p. 3.

los dichos catálogos o casilleros las faltas de que el alma se acusa, deduzca erróneamente que allí no hay materia de confesión y que por tanto no hay lugar para una absolución. Sin embargo, la realidad no es así, y Sor Angeles tenía razón al quejarse de este proceder.

La antes citada M. Consolación nos hace saber también cómo lloraba por no secundar los designios divinos. Se halla este dato a continuación del que hemos referido poco ha, tomado de esta misma testigo. Dice:

«En otra ocasión que nos hallábamos en recreación la dijeron algunas palabras de elogio y contestó: Si supieran el daño que me hacen con esas palabras no me las dirían, y alguna vez, o no sé si más, la vi llorar amargamente porque temía que no había secundado los designios que Dios tenía de ella»¹².

Sor Lourdes narra que en una plática dirigida a la Comunidad, en que el Padre habló de la infidelidad a Dios, la M. Angeles rompió a llorar y tuvo que salir fuera:

«Oyendo una plática que trataba de la infidelidad para con Nuestro Señor tanto la impresionó, que prorrumpió en sollozos y no pudiendo contenerse, tuvo que retirarse»¹³.

Los lugares de sus escritos en que aparece el bajo concepto que tenía de sí, de su ser de pecado, de su nada criminal —como suele decir—, son tantos, que parece imposible y aun superfluo ponerse a enumerarlos. Con todo, indicaremos algunos pasajes de las cartas al P. Mariano:

«Estoy firmemente convencida que soy un monstruo de pecado»¹⁴.

12. Testimonio de Sor Consolación, p. 15.

13. Testimonio de Sor Lourdes, p. 10.

14. Carta de 27-X-1920; *Itin.*, III, 176.

Ella misma se maravilla de que esta conciencia no sea capaz de hacerle perder la confianza:

«Mi historia entera, desde que nací, es una extraña mezcla de bien y de mal, de dones de Dios y de pecados, abusos, rebeldías, deicidios, etc... Que sienta esta verdad y no tema, sino que tenga cada vez más confianza, es una locura o un misterio»⁴.

Esta es la realidad. El conocimiento propio no la abate, sino que incluso es fuente de gozo:

«El conocimiento propio, en lugar de abatirme y atemorizarme, me produce gozo por el sentimiento de la infinita bondad y misericordia de Dios que lo acompaña. Me gozo en ser nada para que mi Dios lo sea todo, y el conocimiento de mi negra ingratitud e infinitos desórdenes, que debiera aplastarme, acentúa mi confianza en la caridad divina, así que no consigo la humillación que busco»¹⁶.

El gozarse en su propia ruindad es otro sentimiento en que abundaba y que está ampliamente atestiguado en sus escritos y corroborado por las testigos que escribieron sobre ella¹⁷.

Pero esto, claro, no obsta para que sintiera vivo horror hacia toda culpa. Dice Sor Purísima:

«La sierva de Dios tuvo siempre odio y horror a toda clase de culpa por ligera que ésta fuese valiéndose de todos los medios para huir toda ocasión de ofender a Dios N. Señor. Deploró siempre con gran amargura de su alma las ofensas que se hacen a Dios, lo que manifestó más claramente en una fervorosísima plática que dirigió a la Comunidad sobre la caridad de Dios para con las almas que son fieles a la gracia

15. Carta de 6-X-1920; *Itin.*, III, 169.

16. Carta de 6-IX-1920; *Itin.*, III, 147.

17. Véase, p. ej., Sor Natividad, II, p. 1.

y del alejamiento que N. Señor tiene para con aquellas almas que le ofenden aunque sea con el pecado venial hecho con plena advertencia»¹⁸.

Recepción frecuente del sacramento de la penitencia

Respecto a la frecuencia con que se confesaba, hay alguna divergencia en los testimonios, pero tal vez no sea difícil concordarlos, sobre todo teniendo en cuenta que esto no dependía sólo de ella, sino también de las oportunidades o posibilidades que tuviera. Sor Lourdes dice:

«Frecuentaba el sacramento de la penitencia, si la era factible, dos veces por semana»¹⁹.

Sor Natividad, en cambio, dice:

«Con la misma fe y solícito cuidado se acercaba a recibir cada ocho días el Sacramento de la Penitencia con verdadero dolor de sus faltas e imperfecciones y con propósito firme de arrancarlas hasta de raíz de su alma. Esto en los primeros años de vida religiosa, pues en sus medios y fines no tenía materia casi suficiente sobre que recayese la absolución sacramental (esto no me lo dijo ella, pues era humildísima, sino una persona que la conocía a fondo). Tenía ansia suma de recibir no cada ocho días sino a ser posible cada día la santa absolución (como la oí decir a ella misma) por los efectos tan divinos que en su alma sentía cuando el confesor la daba la absolución, pues le parecía y así era en realidad, que la sangre de Jesucristo la servía de baño salutífero donde veía con fe divina que su alma, corazón, sentidos y potencias quedaban como impregnadas y bañadas en esa sangre divina, la cual

18. Testimonio de Sor Purísima, I, p. 20.

19. Testimonio de Sor Lourdes, p. 3.

me comunica fuerzas sobrenaturales para obrar siempre lo más perfecto y agradable a la divina voluntad»²⁰.

Sor Natividad nos ha conservado coloquios o partes de coloquios escritos por ella para servir de ejercicio de preparación para la confesión²¹. Nos ha conservado asimismo un esquema de examen que hacía cada noche ante el Sagrario²².

Otra manifestación ampliamente atestiguada, tanto en los testimonios como en los propios escritos, es la preocupación por desagaviar a Dios por los pecados e ingrata correspondencia que recibe de los hombres, el ofrecerse como víctima por los pecadores, etc. Por no alargarnos, dejamos de citar textos y lugares, que serían muchos. Pese a todo esto, ella se acusaba de tibieza y flojedad cuando a las demás aparecía claro que su estado era de gran fervor²³.

Deseaba satisfacer en vida la pena debida por sus pecados, dice también Sor Natividad²⁴.

Sin embargo, de aquellos pecados que cometiera en la vida secular y en los tres primeros años de la vida religiosa, dirá más tarde que no siente ya remordimiento, aunque los recuerde. Sin duda, la noche purgativa que pasó a los 21 años, los había borrado enteramente²⁵.

Por efecto de sus estados místicos o gracias que recibía, había ocasiones en que no le era posible afligirse o dolerse de los pecados²⁶.

20. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 44. Sobre sus ansias de recibir muchas veces el sacramento de la Penitencia véase también *Autob.*, p. 151.

21. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 45.

22. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 46.

23. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 40.

24. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 4.

25. Véase carta de 4-VII-1910; *Itin.*, I, p. 53.

26. Cf. carta de 11-XI-1920; *Itin.*, III, p. 183-184.

Hubo también épocas en que fue particularmente víctima de aprensiones sobre el mal estado de conciencia, por ejemplo, en la crisis de 1907-1910. Entonces hacía confesiones a solas con Dios. Aunque estas confesiones le proporcionaban grandes bienes, sin embargo no le devolvían la tranquilidad «por estar persuadida de que la tranquilidad debía comunicarme Dios N. Sr. por medio de sus ministros, en cuyas manos puso las llaves del cielo, y no directamente por sí mismo»²⁷. Como ya dijimos en su lugar, el encuentro con el P. Mariano puso fin a este triste estado.

* * *

La dirección espiritual

La Comunidad de M. Angeles tenía Capellán, Confesor ordinario y Confesor extraordinario —éste cuatro veces al año—. Aparte de esto, en la vida espiritual de la M. Angeles juega un papel de primer orden el director espiritual.

Le costó mucho someterse a la dirección, aunque veía claro que ésta era la voluntad de Dios. Así lo reconoce en un emotivo pasaje de las cartas al P. Mariano en que relata las relaciones que tuviera años atrás con Jesús bajo el dictado de Buen Pastor:

«Los dos sufriendo y sin poder remediar, pues ni el Pastor podía venir adonde estaba la oveja, por hallarse como imposibilitado para desenredarla de las zarzas en que se había metido, ni la oveja podía librarse por sí misma. Esa eres tú —me decía Jesús—; tanto ha que te espero, sufriendo tu ausencia y tus penas, las que siento más que las propias mías, y no acabas de volver a mí. No puedo, Dios mío —le contestaba yo— porque vuestra voluntad y el decreto infali-

27. *Autob.*, p. 352.

ble que tenéis de que me conduzca a Vos un Ministro vuestro me impide ir por mis propios pies, como os impide a Vos el venir a mí a pesar de los ardientes deseos que tenéis de verme cuanto antes a vuestro lado, y ser poderoso para todo. Si fuera yo como algunas que no les cuesta trabajo comunicar las cosas de su alma con los confesores, en este mismo momento pondría en ejecución vuestro mandato y con ello haría desaparecer este abismo que media entre Vos y yo y me impide el unirme a Vos. ¡Pero me cuesta tanto hablar! Son tantas las dificultades que encuentro en traducir mi alma a un sacerdote o religioso, cualquiera que sea, con la misma franqueza que a Vos, como Vos me mandáis, que es imposible de toda imposibilidad que pueda yo cumplir este mandato, a no ser que Vos mismo os encarguéis de mostrar mi alma al Ministro designado»²⁸.

La razón o motivo por el que necesitaba la dirección la expresa también en una carta de la misma época, de esta manera:

«Acuérdate cuántas veces te ha dicho Dios que uno de los motivos que le obligaban a someterte a la dirección de sus Minsitros era tu costumbre de enterrar bajo la tierra de tu propio conocimiento todas sus luces, favores, vocaciones y manifestaciones de su voluntad, diciendo: Esto no viene bien con mis pecados, siendo quien soy no puedo ni debo regular mi conducta por las luces y favores que recibo...; al fin de que tu Director enterado de lo que Dios quiere y eres tú, te conserve en el terreno de la humildad sin dejar por esto de obligarte a responder a los designios de Dios y a corresponder a sus favores con la fe, gratitud y amor»²⁹.

O sea, que necesitaba de Director para que éste le enseñase a apreciar mejor las gracias y a corresponder a ellas.

28. Carta de 4-VIII-1910; *Itin.*, I, p. 46-47.

29. Carta de 12-VIII-1910; *Itin.*, I, p. 61.

Sor Angeles tiene además conciencia de que Dios mismo fue el que escogió los sujetos que fueron sus Directores —al menos los primeros—:

«De lo dicho puede inferir, mi amadísimo Padre, que no he sido yo quien le ha elegido por mi Director sino el mismo Dios, y de esto estoy bien segura. Y lo propio digo de los Directores primero y segundo, que también fueron elegidos por Dios y no por mí. Y en esto estoy muy firme; y es por esto que aunque he sufrido tanto y detesto con toda mi alma el mal uso que he hecho de ellos y mi conducta pésima en mi trato con ambos Directores, sobre todo con el segundo, no puedo arrepentirme de haberme entregado a su dirección, ni me he arrepentido jamás, a pesar de los terribles sufrimientos que me ha ocasionado la dirección (por mi culpa, se entiende)»³⁰.

Después que por decisión de la autoridad eclesiástica la M. Angeles se vio privada de su tercer director, el Padre Mariano, estuvo por algún tiempo sin tener ninguno. Pero luego se confió a la dirección del P. Narciso, franciscano, y más tarde a la del dominico P. Alfonso, como dijimos. La razón nos la da ella misma con estas palabras:

«Sentí necesidad del Director para la quietud de mi conciencia, y porque vi que mi Dios Humanado me esperaba en su Iglesia representada en sus ministros»³¹.

Esta misma razón, o sea, la necesidad de completar las relaciones directas con Dios por las relaciones con sus representantes visibles aparece muchas veces en sus cartas³².

Pero esto no quiere decir, claro está, que cualquier ministro de la Iglesia sea igualmente idóneo para guiar acertadamente a un alma determinada. Ella misma refiere

30. Carta de 4-VIII-1910; *Itin.*, I, p. 48-49.

31. Carta de 25-VIII-1920; *Itin.*, III, p. 125.

32. Véase, p. ej., *Itin.*, III, pp. 131, 136, 151.

que el Sr. Obispo le dijo en cierta ocasión que no es conveniente abrir la conciencia indiscriminadamente a todos los Prelados, pues con ello el alma se expone a recibir consejos desacertados³³.

De los cinco Directores que M. Angeles tuvo, reconoce que uno solo fue su Padre-verdad, el único que entendía «su idioma», el que se adaptó perfectamente a sus necesidades y le ayudó más eficazmente a responder a los designios divinos sobre su alma. No obstante, a falta de él, también los otros le fueron útiles y la ayudaron mucho.

Sin duda que las relaciones directivas entre el P. Mariano y la M. Sorazu merecen un estudio especial que nosotros no vamos a hacer. La experiencia que la M. Angeles tenía de que Dios le concedía sus gracias precisamente por intermedio de este Director contribuyó sin duda a elevar al más alto grado su identificación con la dirección³⁴.

En las cartas al P. Mariano hay muchos pasajes o lugares en que se evidencia esta identificación³⁵. Con todo, aun en la última época de su vida era a veces presa de aprensiones o tentaciones contra la dirección³⁶.

De todas formas, en el largo paréntesis (1913-1920) en que se vio privada del P. Mariano buscó Directores suplentes o sustitutos, como hemos dicho. Ella juzga desacertado, al menos en su caso, el consejo que el P. Arintero le dio en cierta ocasión en el sentido de que las almas muy adelantadas pueden pasarse sin director³⁷. Tras

33. Carta de 18-VIII-1920; *Itin.*, III, p. 109.

34. «En fin, Padre mío, que mi Dios se deja sentir demasiado en mi Padre para poder dudar o equivocarlo con otro» (Carta de 15-XI-1920; *Itin.*, III, p. 191).

35. Citamos algunos: *Itin.*, III, pp. 48, 51, 54, 84, 86, 90ss, 102, 104, 111, 130, 139s, 149, 151, 152, 181, 227.

36. Véase *Itin.*, III, p. 237ss.

37. Carta de 25-VIII-1920; *Itin.*, III, p. 137.

de lo cual la M. Angeles agrega esta apostilla o comentario:

«La dirección del hombre ciertamente me sobra, me estorba, etc., etc., pero no es humana sino divina la dirección que me pedía [el Señor]»³⁸.

En una carta escrita al propio P. Arintero (de fecha 15-VI-1919) —o sea, de la época en que sus relaciones directivas con el dominico P. Alfonso habían entrado en crisis—, la M. Angeles se extiende sobre la necesidad que su alma tiene de la dirección y se expresa en estos términos (resumimos): En sus relaciones con Dios necesita un intermediario visible, o sea, un Ministro de Dios. Se le representa éste como depósito que contiene las aguas divinas que su alma ansía y como concha que encierra las tres divinas Personas de la Trinidad...³⁹.

38 Id. ibid.

39. Del archivo de la Concepción de Valladolid, donde se guardan copias de varias cartas de M. Sorazu al P. Arintero.

CAPÍTULO XV

LA ORACION EN LA VIDA DE LA M. ANGELES SORAZU

«Lo que yo poseo nadie me lo puede quitar» (Palabras de Sor Angeles a su connovia Sor Concepción. Véase Testimonio de ésta, p. 29).

Crisis de la oración

Hoy que casi todas las cosas de la vida cristiana se hallan como puestas en cuarentena y sometidas a crítica, la oración no podía constituir una excepción. Efectivamente, la crisis actual se ceba de un modo particular en la oración. Si se trata de oración pública, actos comunitarios, etc., se dirá de ellos que son folklore, triunfalismo, «ballet», etc. Si de oración privada solitaria —sea oral o mental—, que es autosugestión, pérdida de tiempo, evasión, y siempre y en cualquiera de sus formas, una *alienación*. Este es el término hoy acuñado para atacar insidiosamente y dismantelar pieza por pieza toda la vida teológica cristiana, que vive y respira por la oración.

A pesar de ello, no estará de más atender a las críticas siempre que sean justas. No siempre los reproches que se hacen a la oración, tal como a veces ha sido entendida o practicada, están desprovistos de todo fundamento. El Cristianismo hará bien en afrontar lealmente la crítica y tomar en cuenta lo que en ella haya de justo, para afirmarse más sólidamente en sus propias fuentes, una vez hecha la decantación de cuanto pueda haber de espurio o inauténtico. De este modo no podrá menos de salir rejuvenecido y fortificado de la crisis.

Es claro que una oración que nos apartara del cumplimiento leal de nuestros deberes para con el prójimo, para con la sociedad, etc., no sería verdadera y auténtica oración cristiana. Pero también es claro que la verdadera oración cristiana en todos los tiempos —al menos tomada en su conjunto y en sus genuinos representantes— nunca ha errado en este punto. Ciertas fórmulas, acuñadas en la Tradición, como «fuga mundi», etc., tomadas demasiado en su materialidad literal, podrían llamarnos a engaño, o sea, darnos una pista equivocada.

Que la oración no apartaba a la M. Angeles del cumplimiento de los deberes sino que la impulsaba eficazmente a ello, creemos que es algo que se desprende de cuanto llevamos visto de su vida¹.

De todos modos, el último Concilio ha hecho bien, sin duda, al poner en guardia al cristiano ante el peligro de desvalorizar las tareas terrenas. La fe cristiana en Dios y en la vida eterna no debe nutrirse sobre el vaciamiento o negación de lo temporal y terreno. El equilibrio será a veces difícil de conseguir, pero siempre habrá que empeñarse en lograrlo, sin destruir ninguno de los dos polos

1. A veces, con todo, aparecen en sus cartas referencias sobre quejas de sus súbditas en el sentido de que con sus retiros y cuasmas abandonaba más de lo justo el cuidado de su Comunidad, quejas que ella misma da por buenas. Cf. por ej. *Itin.*, III, p. 235.

—temporal/eterno—. Precisamente, de la subsistencia de ambos, que a veces parecen antagónicos, se sigue la verdadera riqueza de la vida cristiana.

¿Alienación?

El que fue P. General de la Orden Franciscana, Constantino Koser, con motivo del 750 aniversario de las Llagas de San Francisco (1974), dirigió a sus religiosos una Carta Encíclica en la que abordaba este punto de la alienación, que, como hemos dicho, resume en cierto modo las objeciones actuales contra la oración y contra la religión en general.

El P. Koser viene a decir en dicha Carta: la acusación de alienación estaría justificada si Dios no existiera. En efecto, consagrar nuestra vida, nuestro ser, nuestro tiempo y nuestro todo a algo que no existe o que es una pura quimera, es claro que sería pernicioso y que con todo derecho habría que tratar de combatir y de desarraigar. Pero Dios existe. Y desde este momento El es el centro, el principio y el fin de todo cuanto tiene ser. Estamos hechos para El. El es nuestro destino. Por lo tanto, la oración tiene y tendrá siempre su razón de ser².

Objeciones contra la oración

Muchas de las objeciones que se acumulan hoy contra la oración, y más particularmente contra una vida consagrada a la oración, nacen de simplificaciones injustas, de contraposiciones inexactas y de una presentación carica-

2. Carta Encíclica del Rmo. P. Constantino Koser con ocasión del 750 aniversario de la estigmatización de San Francisco en el Alverna (24 de Agosto de 1975).

turesca de las cosas. Así por ejemplo, se contraponen «la vida tranquila» con «la hora de hacer», y se pregunta si puede haber tiempo para el «ocio» de la contemplación y los «consuelos» de la oración en un momento en que se nos piden tantas responsabilidades. Al hablar así es claro que se cometen injustos falseamientos y se olvida o pasa por alto el tremendo esfuerzo que este camino de la oración representa³.

Se alega asimismo que nuestra generación tiene una experiencia negativa respecto a la oración, experiencia de ausencia de Dios, de eclipse y silencio, y que hemos de ser en esto solidarios de nuestros contemporáneos, compartiendo lo que es tónica general de la época. A lo que responde H. U. von Balthasar: ¿Qué aprovecha a los que van a tuestas que vaya con ellos sin encender la linterna que llevo en el bolsillo? Solidario de verdad es el que aporta en pro de todos lo que ha recibido como don⁴.

A la experiencia negativa se le contesta con la positiva. Sor Angeles nos brinda la experiencia más rica que imaginarse puede en punto a oración. Y este don que ella recibió, no se le dio para sí sola, sino para ayuda de sus hermanos. Algo de esto nos viene a decir ella misma cuando apunta la razón por la que Dios la favoreció tanto. He aquí estas significativas palabras:

«Otro día, estando en el mismo patio —lo frecuentaba mucho porque era tornera—, Dios nuestro Señor me reveló la pobreza de virtudes o falta de jugo divino, que padecía la inmensa mayoría de las almas, que constituyen el vulgo devoto secular y regular, y que quería remediar en parte su necesidad por mi medio»⁵.

Creemos que estas palabras no tienen desperdicio.

3. H. U. VON BALTHASAR, *El Cristianismo es un don*, p. 153.

4. H. U. VON BALTHASAR, o. cit., p. 157.

5. *Autobiografía*, p. 114.

*La oración, una realidad que llena toda
la vida de la M. Angeles*

Aquí no podemos intentar hacer un estudio ni aun medianamente completo de un tema tan vasto, tan rico y complejo como es este de la oración en la vida de la Madre Angeles. Tan sólo trataremos de dar algunos datos e indicaciones que permiten constatar el lugar no sólo importante sino único que ocupa la oración en su vida. No olvidemos que se trata de una religiosa de vida contemplativa, destinada por vocación y por su mismo instituto a desarrollar y alimentar esta realidad que constituye la medula misma de toda vida cristiana auténtica.

Al hablar de la oración en Sor Angeles no podemos ceñirnos a un ejercicio determinado o acto particular, pues se trata de una realidad que llena toda su vida.

Por de pronto, no sabemos que la M. Angeles haya dejado ningún método concreto para hacer oración. Y sabemos —porque nos lo dice ella— que no era nada aficionada a leer tratados sobre la oración⁶. Esto no quiere decir que, a las religiosas jóvenes sobre todo, no les diera instrucciones o consejos prácticos para facilitarles el acceso o la introducción en la oración. Efectivamente, consta que así lo hacía.

También es cosa sabida que en la vida de la M. Angeles topamos con la presencia de lo místico, pero aquí prescindimos más bien de ello, como prescindimos también de todo aspecto demasiado técnico sobre estas cuestiones.

Esta realidad de la oración en la M. Angeles, si quisiéramos analizarla en toda su extensión, exigiría asimismo descender a muchos ejercicios o formas concretas en que se manifiesta en su vida —algunas ya se han tocado, otras

6. *Autob.*, p. 55.

bastará con indicarlas—: devoción al Santísimo, Vía Crucis, visita de imágenes, devoción a la Pasión, devoción a la Virgen, a los ángeles y santos, etc. Pero prescindimos también de todo esto por el peligro de perdernos o de atomizar una realidad que en sí es una.

Oración litúrgica y oración personal

En nuestros días se ha creado una tensión bastante artificial y absurda entre oración litúrgica y oración personal y privada. En Angeles Sorazu la oración litúrgica ocupa un puesto privilegiado y tiene una importancia capitalísima. Incluso confiesa que muchos de los favores los recibió en el Oficio⁷. Pero jamás se le pasó por las mientes que pudiera haber ninguna oposición o enemiga entre esta clase de oración y las otras, o que hubiera que profesar un exclusivismo en favor de la primera. Como dice el autor antes citado, la oración litúrgica supone la personal. Esta es imprescindible, y sin ella no se mantiene la otra⁸.

En un cuaderno que se guarda en la Concepción de Valladolid y que contiene diversos escritos inéditos de M. Angeles, leemos (p. 98): «Oficio Divino. Liturgia sagrada: Es la primera obligación, la primera y más excelente de las oraciones. Tiene la propiedad de envolver todo el hombre y de impregnar suave y lenta, pero seguramente, todas sus facultades de los sentimientos que ella expresa. Para quien la practica debidamente Dios viene a ser una actualidad viva, palpitante, a la vez objetiva y subjetiva»...

Y más abajo (p. 105) hallamos: «Oración mental. Segunda obligación: La gran ciencia de la vida es la ciencia

7. *Autob.*, p. 214; cf. testimonio de Sor Natividad, I, p. 5.

8. H. U. VON BALTHASAR, o. cit., p. 155-156.

de la oración. Es un acumulador de la vida y savia divinas. Condensa en el alma el fluido divino para comunicarlo a las almas confiadas a su cuidado, quienes participan las gracias que ella recibe. Es el centro del abastecimiento —el canal— el compendio de todas las gracias que Dios me concede o quiere concederme y no puede mientras no me ponga de frente con El o vaco a El en este santo ejercicio», etc.

La M. Angeles implantó en su Comunidad dos horas diarias de meditación u oración mental⁹.

Respecto al celo desplegado por Sor Angeles para que sus religiosas fueran almas de oración, dice la testigo Sor Natividad:

«También trabajó mucho por hacernos almas interiores, y por consiguiente almas dadas a la oración y contemplación de los divinos misterios. Como al principio cuesta bastante el entrar por estas vías de oración, y nuestra Madre lo sabía por experiencia, nos propuso una hermosa preparación para antes de la oración, que inserto aquí».

Efectivamente, la testigo nos ha conservado el texto de este ejercicio, advirtiéndolo que la Madre lo compuso para ayuda de otras, pues «ella no tenía ya necesidad de esas ayudas»¹⁰.

¿Oración meditativa?

En la primera edición de *La Vida Espiritual* puede leerse al pie de página una nota extensa, puesta por el editor P. Nazario Pérez. Dicho Padre había pedido a la Madre Angeles que se declarara con alguna mayor extensión

9. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 52.

10. Testimonio de Sor Natividad, I, pp. 52, 54.

sobre un punto que de refilón o por modo de alusión se toca en el libro, a saber, el perjuicio o males que a veces acarrea a las almas la lectura de los libros de Mística. En la citada nota el editor publica un largo fragmento o trozo de la carta que la M. Angeles le escribiera en respuesta a esta demanda. He aquí un párrafo de esta respuesta:

«Otras almas inclinadas al quietismo, ante la dificultad que encontramos todos en los principios para ejercitar las potencias en la meditación, buscan en dichos libros la aprobación de su inclinación al ocio y se cruzan de brazos. Sin haberse ejercitado en la meditación esperan el don de la contemplación, y mientras lo esperan, el menor mal que hacen durante la oración es dormirse. Lo gracioso del caso es que se imaginan que tienen oración de quietud. Así pasan cinco, diez y más años hasta que conocen su yerro. Mas como tropiezan con las mismas dificultades, no todos tienen energías para vencerse; muchas mueren sin adquirir el don de la oración»¹¹.

En este texto la M. Angeles parece suponer implícitamente que de ley ordinaria no se llega a la contemplación si no ha precedido el ejercicio de la meditación, que supone la aplicación laboriosa de las potencias por uno mismo. Claro está que dentro de esta terminología general de «meditación» caben formas o modalidades tan diversas como son la meditación de tipo discursivo y la oración afectiva. Esta distinción entre meditación discursiva y oración de tipo afectivo creemos que no se halla en la M. Angeles, seguramente porque no la encontraba en los libros o enseñanza común que ella había recibido. Pero puede darse por descontado que lo que ella llama meditación incluye también esto.

11. O. cit., p. 40.

De todos modos, por falta de datos precisos, no nos es fácil determinar cómo era la oración de la M. Angeles en sus principios, y en qué proporciones se juntaba en ella la oración pasiva con la activa. Ella misma tuvo siempre suma repugnancia a estos análisis, es decir, al examen reflejo de sus propios actos en esta materia.

Lo que está fuera de toda duda, eso sí, es el lugar a todas luces relevante que ocupa en su vida la oración. La relación directa con Dios, el trato con Dios en fe, tal como se hace en la oración, es el presupuesto y base de la vida interior cristiana. Que este trato conozca alternativas de consolación o desolación, de facilidad o dificultad, de sentimiento de presencia o de ausencia de Dios, que se realice en forma meditativa o afectiva, etc., etc., esto ya es accidental o secundario. No hay que olvidar además que el modo de este trato con Dios conoce o experimenta una evolución a lo largo del itinerario espiritual de una misma persona.

En otro lugar —Carta al P. Nazario de 16-XI-19— la M. Angeles emplea la denominación «arcas vacías» para calificar a aquellas personas que haciendo profesión de vida piadosa, todo se reduce en ellas a tratar con confesores, directores, etc., y en cambio carecen de verdadero trato con Dios. Al llamarlas así la M. Angeles nos está diciendo que esto —el trato con Dios— es la condición primera e insoslayable de la vida interior. También dirá con frecuencia que a las relaciones «inmediatas» —es decir, a las que se tienen con Dios en la oración— es preciso agregar las «mediatas» —las que se tienen con los representantes de Dios, o sea, con los ministros de la Iglesia en la confesión, dirección, etc.—.

*La oración en las diversas fases de la vida
de la M. Angeles*

Basta leer los primeros capítulos de la Autobiografía para echar de ver el puesto primordial que ocupa la oración desde la conversión de Florencia. En este primer período, cuando aún vivía en el siglo, la meditación de la Pasión era su ocupación preferida¹². Pero ya por este tiempo Dios la favorecía «alguna que otra vez» con la contemplación¹³.

Después que hubo entrado en el convento, cuando se produce lo que ella llama «segunda conversión», toma la determinación de añadir una hora por su cuenta al tiempo que la Comunidad dedicaba al ejercicio de la oración mental¹⁴.

Expresamente subraya que en esta segunda conversión todo le fue más difícil que en la primera, pues tropezó con el embotamiento de las potencias, la dificultad casi insuperable para dedicarse a este ejercicio, la repugnancia que hacia él sentía, etc.¹⁵. No obstante, perseveró, y con la ayuda de San José —a quien ya en el siglo había escogido como protector en este ejercicio—, obtuvo la victoria, y Dios coronó sus esfuerzos concediéndole la facilidad para la oración y el don de la contemplación.

En la época de purgación —que está extensamente referida en la Autobiografía—, una de las materias de oración por ella preferidas era el llamado ejercicio de buena cristiana y buena religiosa, que consistía en meditar el Catecismo: misterios cristianos y artículos de la fe, mandamientos, etc. En este ejercicio, recordando el texto li-

12. *Autob.*, p. 31.

13. *Autob.*, p. 32.

14. *Autob.*, p. 60.

15. *Autob.*, p. 62-63.

teral del Catecismo bajo la mirada maternal de la Virgen, su oración se elevó a altísima contemplación¹⁶.

Como ya quedó indicado en la parte biográfica o primera de este trabajo, Sor Angeles robaba al descanso de la noche un par de horas —de doce a dos—¹⁷. También este tiempo lo dedicaba a diversas prácticas de oración.

A los primeros años de su vida religiosa parece referirse el dato que figura en la Autobiografía¹⁸, a saber, que por espacio de hora y media meditaba las alabanzas que en obsequio de Dios y de la Virgen compuso San Francisco, pasándosele el tiempo con dos o tres versículos de dichas alabanzas. Como ella misma lo advierte, más que meditación aquello era contemplación. En dicha contemplación recibía luces relativas al Ser divino y sus atributos, y al Verbo Encarnado.

Después de la entrega de Dios y estado de unión que por unos tres meses gozó Sor Angeles a fines del año de 1894, se inicia en su vida un largo período en el que la nota dominante es el acompañar a Jesús en los misterios de su vida en la tierra, o sea, desde la Encarnación hasta la Ascensión. Tampoco esta meditación o contemplación de los misterios de la vida de Cristo era meramente ordinaria, pues en ella recibía diversas luces y favores.

Otro favor, del que a ratos gozaba mucho, era «el sentimiento de la presencia real de la Divinidad en todo tiempo y lugar»¹⁹.

Más tarde —como sabemos por su vida—, será elevada al estado de unión transformante, y su oración revestirá las características de la oración pasiva o infusa en sus más altos grados. En *La Vida Espiritual* se contiene

16. *Autob.*, p. 89.

17. Cf. también testimonio de Sor Natividad, I, p. 29.

18. *Autob.*, p. 96.

19. *Autob.*, p. 120; cf. también pp. 129, 353, etc.; Testimonio de Sor Nativ., II, p. 19.

una exposición bastante pormenorizada de su oración en estos grados.

Lo que no existe apenas en la vida mística de la M. Angeles son las llamadas «exterioridades» o fenómenos accesorios, es decir, la reflexión o repercusión de las comunicaciones en los sentidos y en el organismo, provocando u originando hechos comprobables por las personas que vivían cerca de la interesada, y que por su carácter de insólitos suelen acaparar la atención del vulgo.

No obstante, en sus Cartas hay constancia de la dificultad que experimentaba —por efecto de su estado místico— para los rezos vocales²⁰. En *La Vida Espiritual* hay también referencias al «gemido» que como consecuencia de las comunicaciones exhalaba y dañaba su salud²¹.

Facetas o aspectos de su trato con Dios

En la Autobiografía²² Sor Angeles nos proporciona algunos datos muy interesantes para conocer ciertas facetas o aspectos de su trato con Dios, a saber: la necesidad de pertenecer a Dios sin reservas o por entero, no con un corazón dividido; la necesidad de tener un trato familiar con Dios, aunque siempre dentro del mayor respeto; la imposibilidad de orar mientras tuviese conciencia de haber cometido alguna falta, sobre todo contra la caridad, hasta tanto no se reconciliase u obtuviese el perdón de la ofendida²³.

20. Carta de 25-XI-1920; *Itin.*, III, p. 109-200 y otros lugares.

21. O. cit., c. XVIII, p. 208-211 (1.^a ed.). Cf. también *Itin.*, III, 56, 59, etc.

22. *Autob.*, p. 200ss.

23. Véase un caso concreto en *Itin.*, I, p. 78.

En la Autobiografía nos informa también:

«Como Dios nuestro Señor me alejaba de las criaturas y de su modo de pensar a distancias inmensas cuando me recibía en su intimidad, —y esto lo hacía todas las veces que oraba mentalmente—...»²⁴.

Este modo de hablar da a entender que su oración traspasaba los módulos de la oración ordinaria.

Consciente de que la oración representaba el encuentro con Dios, se preparaba para ella cuidadosamente. En el citado lugar nos describe con detalle cómo era esta preparación. Había un tiempo del día, a saber, desde las cinco de la tarde hasta las ocho o nueve del día siguiente, que Sor Angeles consideraba como un tiempo sagrado, especialmente dedicado al trato con Dios. Y pues que al orar mentalmente era recibida en la intimidad de Dios, debía disponerse adecuadamente para esta audiencia, dando un adiós al mundo y a todas sus cosas, purificándose de las faltas, desasiéndose de todo, etc. Esta preparación está muy largamente descrita en el citado lugar, al que remitimos al lector.

Como persona humana que era, también estaba sometida —claro está— a las comunes pensiones y limitaciones, como son, por ejemplo, las distracciones. Como botón de muestra, véase lo que dice en carta al P. Mariano:

«Terminadas las Vísperas (las que he rezado tan distraída como siempre)»...²⁵.

Una expresión que también se encuentra con alguna frecuencia en la correspondencia epistolar con el P. Ma-

24. *Autob.*, p. 203.

25. Carta de 12-VIII-1910; *Itin.*, I, p. 62.

riano es la de «orar las cartas» de éste. Es decir, que convertía en objeto de oración dichas cartas²⁶.

Su vocación a la oración y trato con Dios le hacía aborrecer los «trabajos escriturarios» a que se veía sometida por obediencia, los cuales la obligaban a permanecer en el mundo de las criaturas y a renunciar por ratos a esta su vocación. También el cargo de Abadesa la obligaba a un cierto comercio imprescindible con las criaturas, que hubiera deseado reducir al mínimo. Se resarcía en parte procurándose temporadas o «vacaciones» lo más largas posibles, en que practicaba el más completo retiro disponiendo que otra religiosa la sustituyera en las obligaciones del cargo. Ella misma tiene remordimiento porque este proceder suyo disgusta a las monjas y confiesa que, en efecto, hace más vida de ermitaña que de monja²⁷.

Testimonio de las religiosas

Si fuéramos a espigar en los testimonios de las que vivieron con ella, recogeríamos sin duda un buen ramillete de datos e informaciones que confirmarían lo que venimos diciendo, a saber, que M. Angeles fue ante todo un alma de oración. De todos modos, citaremos algunos de estos testimonios.

Sor Concepción:

«Siempre se le veía muy recogida y ferviente con su Dios y su amado»²⁸.

«Siempre estaba muy recogida en la presencia de sus amores Jesús y María, que ella amaba con delirio. Cuando jóvenes, aun en el trabajo siempre la veía muy recogida en su Dios, y

26. Véase p. ej., carta de 4-XII-1920; *Itin.*, I, p. 217.

27. Véase carta de 7-I-1921; *Itin.*, III, p. 235. — Sobre estas temporadas de retiro, véase también carta de 1-IX-1910; *Itin.*, I, p. 80.

28. Testimonio de Sor Concepción, p. 4.

si le hacían preguntas que la hacían hablar, al finalizar el trabajo decía: Me han fastidiado con hablarme, porque no he podido hacer lo que yo deseaba»²⁹.

«También aseguro tuvo siempre grande horror a toda clase de culpa por leves que fueran, y cuando por nuestra fragilidad caía en alguna pequeña falta, en seguida se arrepentía y hacía actos de contrición; pero alguna vez me ha dicho que hasta que se confesara de ella, que no podía entrar en Dios en la oración»³⁰.

«Hablaba siempre poco pero cuando lo hacía eran cosas de Dios, todas muy divinas, y de la Sagrada Escritura»³¹.

«Era muy mortificada en todas las cosas y muy silenciosa, pero cuando era necesario siempre hablaba y lo hacía con mucha suavidad y dulzura, y siempre cosas edificantes y santas; así que todas hallaban mucho gusto en estar con ella»³².

Casi siempre se la veía «como abismada en su Dios»³³.

Sor Concepción refiere además estas palabras que Madre Angeles le dijo en una ocasión.

«Yo he gozado mucho en Dios N. Señor, aunque también he sufrido, pero lo que yo poseo nadie me lo puede quitar»³⁴.

Sor Refugio:

«A primera vista se conocía que nuestra queridísima Madre Angeles era un alma muy grande que vivía en Dios y para Dios»³⁵.

«Al rezo del Oficio Divino le consideraba como primera obligación y vivía de él»³⁶.

Aconsejaba siempre el retiro, a fin de vivir para Dios³⁷.

29. Testimonio de Sor Concepción, p. 10.

30. Testimonio de Sor Concepción, p. 12.

31. Testimonio de Sor Concepción, p. 12.

32. Testimonio de Sor Concepción, p. 28.

33. Testimonio de Sor Concepción, p. 28.

34. Testimonio de Sor Concepción, p. 29.

35. Testimonio de Sor Refugio, p. 2-3.

36. Testimonio de Sor Refugio, p. 7.

37. Testimonio de Sor Refugio, p. 12.

Sor Consolación:

Cuando tenía que determinar alguna cosa recurría a la oración para saber y conocer cómo conducirse³⁸.

Hasta en las acciones más comunes y ordinarias se la notaba muchas veces como absorta en Dios y que más estaba en Dios que en el refectorio, etc.³⁹.

Sor Lourdes:

«Vivía abstraída de todo lo terreno, y siempre en la presencia de Dios; y decía: Quisiera que nadie se acercase a los muros del convento para que nos dejaran vivir solo para Nuestro Señor»⁴⁰.

«Son innumerables los actos que realizaba de adoración, gratitud, de amor y súplicas que hacía a favor del género humano»⁴¹.

«El silencio deseaba que se guardara con todo rigor»⁴².

«La gustaba que el Oficio Divino lo rezáramos con la mayor perfección posible. A este fin con frecuencia nos decía que tuviéramos ensayos, y nos decía: Hay que rezar con entusiasmo»⁴³.

Sor Purísima:

«La sierva de Dios rezaba con extraordinario fervor y reverencia el Oficio Divino»⁴⁴.

«La sierva de Dios aunque muy parca y reservada en sus palabras, hallaba todas sus delicias en hablar de Dios, de sus infinitas perfecciones, de su amor para con las almas con tal ardor de espíritu y espiritual unción, que parecía estar fuera de sí»⁴⁵.

38. Testimonio de Sor Consolación, p. 10.

39. Testimonio de Sor Consolación, p. 11.

40. Testimonio de Sor Lourdes, p. 1.

41. Testimonio de Sor Lourdes, p. 5.

42. Testimonio de Sor Lourdes, p. 19.

43. Testimonio de Sor Lourdes, p. 21.

44. Testimonio de Sor Purísima, I, p. 6.

45. Testimonio de Sor Purísima, I, p. 20.

«Y aun en el tiempo de la recreación todas sus conversaciones eran de Dios, de nuestra Purísima Madre o de cosas referentes a la gloria de Dios, todo lo demás lo miraba con una santa indiferencia»⁴⁶.

«En una ocasión encontré a mi santa Madre un poco pensativa y me atreví a preguntarle si tal vez sería yo la causa de su pena por algún disgusto que le hubiera dado. Y me contestó con su acostumbrada bondad y sencillez que eso era según los pasos que anduviera, por lo que me dio a entender que se encontraba su espíritu en la meditación y contemplación de la vida de Jesús paciente»⁴⁷.

«La sierva de Dios nada obró sin seria ponderación y reflexión, precediendo a todas sus acciones la plegaria acudiendo a Dios Nuestro Señor por medio de la oración para cumplir fielmente todos sus deberes»⁴⁸.

Sor Natividad:

«Al mismo tiempo que se recreaba su espíritu en unión con las religiosas tocando y cantando al Niño Dios en el pesebre, su espíritu de águila se remontaba a regiones sobrenaturales, y en un momento recorría las vidas divina y humana del Niño Dios, descubriéndosele misterios insondables y arcanos impenetrables de la Divinidad y Humanidad de Jesucristo, así que en un momento hacía multitud innumerable de actos de fe, de esperanza y amor encendidísimo de Dios y del prójimo con actos de entrega y de confianza a las tres divinas Personas de la Beatísima Trinidad, sin olvidar a su Santísima Madre a quien amaba con amor delirante, y no se crea que por estar nuestra santa Madre embebida en Dios se olvidaba de las que tenía a su lado, para encomendarlas muy de veras según las necesidades de cada una, y lo mismo hacía por el mundo entero empezando por pedir por S.S. el Papa reinan-

46. Testimonio de Sor Purísima, I, p. 21.

Testimonio de Sor Purísima, II, p. 26-27.

Testimonio de Sor Purísima, II, p. 36.

te, Cardenales, Arzobispos, Obispos, Canónigos, Sacerdotes, en especial Directores de almas», etc.⁴⁹.

«Decía con gracia: Mi secreto para mí»⁵⁰.

«Fue celosísima de que guardásemos durante el día y la noche el santo silencio»⁵¹.

Sor Natividad refiere también lo que contaba Sor Encarnación, la monja leonesa que fue compañera de Sor Angeles en el oficio de tornera, a saber: que pasó días de cielo a su lado, que el torno tenía convertido en un oratorio, donde tenían sus ratos de lectura espiritual, sus ratos de oración acompañada con labor de manos cuando era hora de trabajar, que la lectura se la explicaba con gran claridad y mucho conocimiento, sobre todo cuando leían los santos Evangelios y la Mística Ciudad Dios⁵².

Vocación o destino de Sor Angeles

Por todos estos datos y muchos más que se podrían reunir, queda evidenciado hasta la saciedad que la oración es una realidad impresionante que llena toda la vida de la M. Angeles. Tanto, que se puede decir que su vocación o destino fue dar testimonio eminente de este constitutivo esencial de toda vida cristiana.

La oración de la M. Angeles es ante todo trato con Dios, mas también —al menos en los principios y sin dejar de ser trato con Dios— reflexión sobre los grandes misterios de la fe cristiana, examen sobre los deberes que ésta comporta, etc. La M. Angeles no reconocería como auténtica una oración que no se basase sobre el sólido fun-

49. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 18.

50. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 88.

51. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 124.

52. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 61.

damento de la fe objetiva y sobre la aceptación de las exigencias que ésta lleva consigo.

Por lo demás, la M. Angeles no gusta de volver sobre sí misma con acto reflejo para analizar cómo es su propia oración. No propone métodos concretos, aunque sabemos que para iniciar a sus monjas en este camino les facilitaba ciertos esquemas o ayudas.

Mal está el absolutizar los métodos, pero también parece excesiva la reacción contraria. Cierta iniciación o aprendizaje es útil, y aun normalmente necesario.

La oración reviste en la práctica infinidad de formas y modalidades y podrá ser gozosa, penosa, con sentimiento de la presencia o proximidad de Dios, o bien, de su ausencia, etc. Pero todo esto es accesorio. Lo importante será siempre la fidelidad a la misma, hecha en la forma que se pueda.

La M. Angeles nos ha dejado un testimonio conmovedor de algo que la vida cristiana no puede dejar de lado sin dejar de ser cristiana.

En nuestros días se oyen a veces —incluso de boca de personas de la Iglesia y que ocupan en ella cargos de responsabilidad— palabras que parecen poner en duda o negar el valor de la oración, su sentido, razón de ser, eficacia, etc. Se vierten conceptos cuya falsedad hasta un niño de siete años que sea creyente e instruido en la fe puede advertir. Si todo aquel que se pone al sol se calienta y recibe sus efluvios benéficos, ¿cómo el ponerse a estar con Dios va a ser sin consecuencias para nuestra vida? .

53. Otra cosa será el que estas consecuencias deban advertirse al instante o traducirse en forma de sentimientos, sensaciones perceptibles, etc. La vida teologal cristiana está más allá de lo sensible, aunque no carezca tampoco de una experiencia de su género.

Por todo ello Angeles Sorazu es hoy más actual que nunca. Porque si de algo es ella mensajera y testigo, es de esto: del valor de la oración. Una de las cosas de las que el mundo de hoy está más necesitado es de esto: de ejemplos vivos de oración. Y eso es justamente la M. Angeles Sorazu: un ejemplo y una experiencia singularísima de oración.

CAPÍTULO XVI

LA VOCACION A LA VIDA RELIGIOSA CONTEMPLATIVA

Dieciocho años de edad contaba Sor Angeles al ingresar religiosa, y, según se desprende de una carta suya al P. Mariano, su deseo al entrar era que el Señor le concediera otros dieciocho años con los que hiciera olvidar a Dios los agravios inferidos durante su vida secular¹.

En realidad vivirá de religiosa exactamente treinta años y tres días. Murió el 28 de Agosto de 1921. Y la noche del 25 de Agosto, a pesar de su extrema gravedad, la pasó conmemorando el trigésimo aniversario de su entrada en el claustro y dando a Dios gracias por el beneficio de la vocación religiosa. Agradeciendo dicho beneficio en nombre propio y de tantos otros que no saben apreciarlo como se merece².

Este rasgo del aprecio y estima que hacía del don de la vocación religiosa es uno de los extremos más firmemente acentuados y atestiguados en su vida. En fin de cuentas ella confesaba paladinamente que todo lo había aprendido en aquella santa casa, es decir, en el seno de

1. Carta de 24-VIII-1910; *Itin.*, I, p. 71.

2. VILLASANTE, *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu*, I, p. 352.

la familia religiosa en que transcurrió su vida. Por otra parte, esto no obsta para que reconociera igualmente que a lo largo de su vida religiosa le había tocado sufrir mucho.

* * *

La vocación a la vida religiosa, y particularmente a la vida religiosa contemplativa, está llamada a cumplir una función eclesial importante y única, como lo ha recordado el Concilio Vaticano II y nos lo están enseñando de consuno tantos otros documentos emanados del Magisterio eclesiástico en estos últimos años («Venite seorsum», «Evangelica testificatio», etc.). Se trata de una vocación que brota de las entrañas del Evangelio y que guarda una íntima relación con la vida y vocación cristiana. Una vocación, en fin, que hunde sus raíces en la misma consagración bautismal.

Esta vocación tiene la particularidad de presentar como en una cierta desnudez aquello que constituye el nervio mismo o esencia de la vocación cristiana. En este sentido un autor ha podido comparar la vida religiosa con la radiografía³. Así como la radiografía nos ofrece el esqueleto o la espina dorsal del hombre, del mismo modo la vida religiosa presenta lo que es la esencia y el tuétano de la vida cristiana.

En efecto, la vida religiosa da testimonio de la realidad de los valores trascendentes y eternos que la fe cristiana cree y confiesa. Más aún, nos presenta algo así como el paradigma de la verdadera liberación del hombre, tal como la entiende y realiza el Cristianismo cuando es íntegramente vivido, pues la liberación cristiana consiste al fin y al cabo en la aceptación de las bienaventuranzas.

3. TILLARD (J. M. R.), *El proyecto de vida de los religiosos*, p. 227 (2.^a ed.).

Por todo ello fácilmente se comprende cuál es la función que este estado cumple en la Iglesia. Viene a ser como una llamada y despertador, a fin de que el cristiano recuerde la orientación esencial que debe tener su vida y se anime a cumplir con fidelidad y sin desmayos los deberes que esta vida cristiana entraña.

En la vida pública de Cristo observamos como dos clases de discípulos del Señor. Unos que, dejando su vida normal, oficio y todo cuanto poseían, le seguían a El constante y permanentemente, de modo que la persona de Cristo venía a constituir, aun literal y materialmente, el eje y el centro de toda su vida; y una segunda clase de discípulos —que no por ello tienen que ser discípulos de segunda clase, quede esto claro—, una clase de discípulos que, sin abandonar el modo de vida normal y corriente del hombre, se adherían también al Maestro, pero continuando insertos en el modo de vida humana corriente.

Este doble modo de seguir a Jesús proseguirá a lo largo de toda la historia del Cristianismo: el primero dará origen a la vida religiosa y el segundo a la vida cristiana común o general; y, como se ha dicho, la primera tendrá la propiedad de presentar como un paradigma o radiografía de lo que debe contener la segunda, si es que ha de ser de verdad cristiana.

La vida religiosa no es —como a veces se ha pretendido— un estilo de vida egoísta, cerrado en sí y despreocupado de los demás. Ciertas expresiones que a veces se encuentran en la literatura ascética tradicional, tomadas un poco materialmente y a la letra, prescindiendo de su espíritu y sentido verdadero, han podido dar ocasión a tales caricaturas e interpretaciones erróneas.

Es una vida centrada toda en Dios como debe serlo también la vida cristiana general, aunque el cristiano que vive en el estado secular deba realizar esta vocación divi-

na en medio del cumplimiento de muchas tareas temporales, profanas, etc. —lo que, por otra parte, tampoco es del todo ajeno a la vida religiosa, de la que tampoco están ausentes del todo tales tareas—. De todos modos, la vida seglar realiza la vida cristiana más encarnada en las realidades terrenas, pero para ello deberá alimentarse de la savia de los valores transcendentales y eternos que en la vida religiosa aparecen en primer plano y como en su estado desnudo.

* * *

En las páginas siguientes trataremos de resumir el pensamiento de la M. Angeles respecto a la vida religiosa en general y a la vida contemplativa en particular. Para ello acudiremos principalmente a los testimonios.

Aprecio y estima de la vocación religiosa

El primer rasgo que está atestiguado de forma inequívoca es el aprecio y estima que hacía de esta vocación.

Abundan los testimonios al respecto.

Sor M.^a Refugio:

«Con toda verdad podemos decir el aprecio y estima tan grande en que tenía el ser cristiana, hija de la Santa Madre Iglesia y el de ser religiosa, agradeciendo al Señor tan singulares beneficios, y prueba de ello es que procuró corresponder a ellos con la santidad de su vida, pues como nos decía: Si con solo el hecho de ser cristianas tenemos obligación de que nuestra vida sea todo lo más perfecta y santa posible, ¡cuántos motivos más tenemos siendo Religiosas!»⁴.

«Lo que sí quería era alma generosa para Dios N. Señor, y que agradeciéndose mucho la gracia tan inmensa como es la vo-

4. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 15.

cación religiosa, alma de buena voluntad para emplearse en su santo servicio y alma que amara el divino beneplácito»⁵.

Sor Lourdes:

«Apreciaba mucho la vocación. Decía que aunque la dieran todos los reinos del mundo y la misma gloria estando en el siglo que en el claustro, que prefería éste por amor a Dios, pues solo en el otro mundo sabríamos apreciar el inmenso beneficio de la vocación. Cuando veía que alguna llamada para el estado religioso no correspondía, decía: Los Angeles lloran, y no la gustaba tener trato con ellas»⁶.

Sor Natividad:

«Continuamente daba gracias al Señor y su Sma. Madre por el beneficio inmenso de la vocación religiosa»⁷.

Esta misma testigo cuenta un curioso episodio que ocurrió con el padre de una religiosa que ingresó en el monasterio, siendo Abadesa M. Angeles. Dicho padre no debía de ser partidario de que su hija entrara religiosa, pero, por fin, ante las instancias de ella, cedió. Cuando, pasado algún tiempo, fue a visitarla, al ver a su hija entre rejas rompió a llorar, no obstante que ella se hallaba contentísima. La M. Angeles tomó la palabra, y le hizo tales consideraciones, que lo cambió por completo. Desde aquel día aquel padre y su familia se convirtieron en bienhechores insignes de la Comunidad, y aun entró en ésta una segunda hija. El convencimiento de la M. Angeles sobre el gran don que es la vida religiosa, expresado con persuasivas palabras, obró el milagro de trocar aquel corazón.

5. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 22.

6. Testimonio de Sor Lourdes, p. 19-20.

7. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 123.

Formación de las religiosas

La formación que impartía a las aspirantes y religiosas jóvenes giraba en torno a estos dos polos, a saber: llegar a ser buenas cristianas y buenas religiosas, y cumplir los deberes inherentes a estos dos títulos⁸.

Conseguir el fin para el que Dios nos llamó: tal era el deseo y la meta que inculcaba, dice Sor M.^a Refugio⁹.

Uno de los ejercicios o prácticas que recomendaba era la renovación de los votos¹⁰.

Sor Lourdes nos ha conservado una expresión que parece le era familiar: «El Señor es muy Celoso y no le agrada que se busque consuelo en las criaturas». La expresión tomada de la Escritura (Ex 20,5; 34,14) se halla también en sus escritos originales¹¹.

Sobre el significado que atribuía a la ceremonia de la toma de hábito, nos informa Sor M.^a Refugio:

«Al tomar el santo hábito deseaba muy de veras que al quitarnos ya las vestiduras seculares nos despojáramos al mismo tiempo del hombre viejo con todos sus vicios, deseándolo tan de verdad y haciéndolo tan al vivo que los desechaba con desdén y con desprecio, queriendo nos vistiéramos del nuevo, creado por Dios en justicia, en santidad y en verdad»¹².

8. Vide Sor Nativ., I, pp. 51, 121.

9. Cf. testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 29.

10. Sor Concepción, p. 7; Sor Consolación, p. 19.

11. Testimonio de Sor Lourdes, p. 20. — «Dios, cuyo nombre es Celoso y que quiere ser amado El solo, como dice la Escritura, siente mucho los extravíos del corazón humano, sobre todo en las almas que favorece con predilección, en quienes persigue de muerte todo afecto puramente humano, por inocente que sea» (*La Vida Espiritual*, cap. 17, p. 178; 2.^a ed.).

12. Testimonio de Sor Refugio, p. 21.

El fin y las ocupaciones de la religiosa

El fin y ocupación de la religiosa, según la M. Angeles, consiste

«en dar alabanza, honor y culto en todo tiempo y lugar, lo mismo en el coro que fuera de él, al Dios tres veces santo, y esto en nombre de todas las criaturas, en agradecimiento a tantos beneficios como está continuamente derramando sobre nosotros y toda la creación»¹³.

La misma informante, Sor Natividad, dice que hacía cifrar en esto la obligación de la religiosa, máxime si es de clausura:

«Nos decía que la obligación y deber de una religiosa, máxime si es de clausura, es ayudar en todo y por todo a los Sacerdotes y religiosos que se dedican a la cura de almas, sobre todo a los Misioneros, y que Dios tiene destinadas a las almas religiosas el número de pecadores que han de salvar por su cuenta»¹⁴.

La preocupación por la salvación del prójimo

Esta preocupación por contribuir a la salvación de los demás se halla profusamente atestiguada. Sor M.^a Refugio dice:

«Al rezo del Oficio Divino le consideraba como primera obligación y vivía de él; pedía por todos sus hermanos vivos y difuntos y se unía a toda la Santa Iglesia triunfante, militante y purgante. Y ¡cuántas y cuán grandes súplicas hacía al Señor cuando realizaba estos actos de culto! No hay más que ver todos sus coloquios, oraciones y santas advertencias que

13. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 4.

14. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 55.

nos daba, puesto que todos son una expresión sencilla y manifiesta de lo mucho, muchísimo que por las almas se interesaba, para que todos, todos se salven y que ninguno se condene, ni siquiera los paganos»¹⁵.

Refiriéndose a la oración que hacía por la conversión de los infieles exclama Sor Natividad:

«¡Cuántos Misioneros, al fin de sus días, se presentarán ante el trono del Altísimo, dándole gracias por las conversiones que ellos con la gracia de Dios obraron, por las súplicas y ruegos de esta alma privilegiada! No solo hacía ella estas súplicas, sino que en los corazones de todas sus religiosas inoculaba esos mismos sentimientos de petición y ferviente súplica»¹⁶.

La misma Sor Natividad, refiriéndose a la plática que M. Angeles dirigió a sus monjas cuando recibió el Viático, escribe:

«Nos descubrió un secreto de la caridad en esta plática de despedida al cielo. Entre las muchas cosas que nos dijo ésta fue especialísima: que Dios N. S. mira con ojos complacientes toda súplica que hagamos por nuestro prójimo, más si cabe que las que le hacemos por nosotras mismas, y que ella sabía por experiencia propia: nunca recordaba que Dios la hubiese dejado de conceder gracia que pidiese para otros, y es, porque Dios quiere que nos olvidemos por completo de nosotras mismas y pensemos solo en los otros y sus intereses, y entonces cuando El ve esta generosidad de olvidarnos de nosotras, entonces El cuida de todo lo que nos pertenece con providencia singularísima, y no solo en cuanto a nosotras sino también en cuanto a nuestras familias»¹⁷.

15. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 7.

16. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 2.

17. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 112.

En otro lugar nos dice la misma informante:

«Continuamente hacía oración por las necesidades de todos vivos y difuntos, por las necesidades corporales, especialmente por las espirituales, procurando evitar ofensas a Dios N. S.; al efecto se ofrecía como víctima expiatoria para resarcir al Señor por los vivos y difuntos; a este fin añadía penitencias y actos de otras virtudes, ofreciéndolo todo al Señor con este fin. Procuraba que sus hijas las religiosas practicasen estos actos de caridad, inculcando en sus almas tan nobles sentimientos para gloria de Dios y bien de las almas»¹⁸.

Tomaba a su cargo desagraviar a Dios por las ofensas que se le infieren:

«Pues bien: de todos estos pecados e ingratitudes para con Dios se hacía cargo esta mi santa Madre, para desagraviarle de tantas injurias y desacatos y pedirle incesantemente por el perdón de todos ellos y que compadecido les perdonase y no les castigase»¹⁹.

En suma, tanto teórica como prácticamente la M. Angeles no concibe ni vive la vida religiosa como cerrada en sí misma, como una vida en que la religiosa no piensa más que en sí. Sor Natividad lo repite una vez más:

«Ya he dicho y nunca me cansaré de decir que esta alma no vivió en este mundo para sí sola, vivió para todos, por medio de la oración de súplica, consiguiendo para sí y para su prójimo gracias muy grandes que no sabremos hasta el día del Juicio»²⁰.

En una carta al P. Mariano le dice Sor Angeles lo que cree haber entendido acerca de su propia misión. Esta misión es doble. Por una parte, salvar muchas almas. Pero

18. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 54.

19. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 122.

20. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 134.

esto es más bien la parte secundaria de dicha misión. La parte primaria o primera es vivir de una misma vida de amor y de gloria con Dios²¹.

* * *

La clausura y el apartamiento del mundo

Distintivo de la vida religiosa contemplativa es la clausura, el apartamiento del mundo, materializado aún por señales exteriores, como pueden ser el muro, las rejas, etc. M. Angeles amaba mucho esta ley de la clausura como signo, medio y defensa para la realización de la vocación contemplativa.

Algunas frases suyas, materialmente tomadas, podrán parecer exageradas, pero es claro que para entenderlas bien hay que saber mirarlas dentro del espíritu o talante general que informa su vida. Así Sor Lourdes nos dice:

«Vivía abstraída de todo lo terreno, y siempre en la presencia de Dios; y decía: Quisiera que nadie se acercase a los muros del convento, para que nos dejaran vivir solo para Nuestro Señor»²².

21. Carta de 12-VIII-1910; *Itin.*, I, p. 59. — La M. Angeles Sorazu es autora también, como es sabido, de un opúsculo titulado «La Ovejita de María Inmaculada» (Cf. *Opúsculos Marianos*, p. 99-170). Tomando pie de 24 tarjetas o grabados que representan a la Virgen bajo el atributo de Pastora de ovejas, ha expuesto en forma de comentario o explicación de los dichos grabados una síntesis de lo que debe ser la trayectoria o vida de una religiosa de clausura. No faltan en el dicho opúsculo los trazos autobiográficos, así como tampoco las alusiones a faltas o descarríos que se suelen dar en la vida claustral. Sobre todo se subraya la función de María que conduce a las ovejas hasta Cristo, las relaciones directas con Cristo, la fase suprema de la participación de la Pasión, etc. En suma, es como un pequeño tratado de la vida religiosa contemplativa, de su verdadero sentido, objetivo y fin, de lo que se debe evitar en ella, etc.

22. Testimonio de Sor Lourdes, p. 1.

Quería que se guardase estrictamente la ley de la clausura. La misma Sor Lourdes dice al respecto:

«Era celosísima de la observancia. Cuando tenía que entrar alguien en la clausura, siempre advertía a las porteras que no se detuvieran más que lo preciso»²³.

En este espíritu de amor al retiro y al apartamiento del mundo educó sin duda M. Angeles a su amada Comunidad. Así parece desprenderse de diversos datos o referencias que encontramos en sus escritos. En una de sus cartas al P. Mariano leemos lo siguiente:

«Esto me afligió, y aflige mucho, porque se me figura que estando siempre tan ocupada como estoy y metida entre criaturas, no puedo ser tan buena ni llegar al grado de unión con Dios a que pueden llegar las religiosas súbditas a poco que se dediquen a la oración y vida interior, máxime en esta Comunidad, donde no tienen trato con seglares, ni unas con otras, si ellas no quieren. Pero procuro resignarme en la voluntad de mi Dios, pensando que lo mismo puedo glorificarle en otras almas que en mí misma y por mí misma, viviendo dedicada a la santificación del prójimo, si es ésta la voluntad de mi Dios, como creo que lo es»²⁴.

En otra parte confiesa que siguiendo su inclinación al retiro se conduce más como ermitaña que como religiosa que vive en Comunidad, pero el reconocerlo denota que tiene clara conciencia de los deberes que la convivencia impone.

Otro detalle, que sin duda se explica por este su afán o celo de cultivar el apartamiento del mundo es que M. An-

23. Testimonio de Sor Lourdes, p. 19.

24. Carta de 25-VIII-1911; *Itin.*, II, p. 69-70.

geles acostumbraba a presentarse en la grada cubierta la cara con el velo ²⁵.

No obstante este su empeño por evitar el trato con criaturas, el cumplimiento de los deberes le imponía relacionarse con otros, ya de dentro ya de fuera del convento, ya de palabra, ya por escrito, y entonces ella no rehuía el hacerlo. Los trabajos de escribir, impuestos por la obediencia, fueron una de sus cruces más penosas y sensibles, por cuanto le impedían —en parte— vacar a la oración y contemplación. Para resarcirse de estas pérdidas solía pedir al Director temporadas de «vacaciones», y ella misma se procuraba también «cuaresmas», o sea, tiempos prolongados de retiro absoluto, en que, delegando en otra religiosa la atención o cuidado de la Comunidad, vivía en la más completa soledad, *ensayándose* —como ella decía— *para la vida del cielo* ²⁶.

Y a la verdad, si nuestra vida eterna ha de consistir en contemplar y amar a Dios, y el cristiano que peregrina en este mundo es ya aquí abajo poseedor de la facultad que le capacita para hacer lo mismo que hará en el cielo —aunque aquí lo haga en la forma acomodada a la economía de fe en que ahora estamos—, si esto es así, decimos, entonces es claro que la vida contemplativa no hace otra cosa que poner de relieve y destacar algo que pertenece a la substancia misma de la vocación cristiana.

* * *

Con su vida, escritos y su riquísima y originalísima experiencia y vivencia del misterio cristiano Sor Angeles

25. Cf. carta de 25-VIII-1911; *Itin.*, II, p. 66; carta de 11-III-1912; *Itin.*, II, p. 203.

26. Véase el billete que escribió a M. Presentación con ocasión de su último retiro poco antes de morir; VILLASANTE, *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu*, II, Ap. Doc. n.º 269.

—aun sin habérselo propuesto— viene a dar el más cumplido mentís a tantas ideas y asertos erróneos con que insidiosamente se nos bombardea en la actualidad. No es raro, en efecto, que hoy se intente dismantelar toda esa vida interior o contemplativa, so pretexto de que ella no representa el verdadero cristianismo sino una falsificación del mismo. Sería un cristianismo espúreo, «platonizante», etc.

Se quiere hacer creer que el dogma de la Encarnación significa que debemos aceptar pura y simplemente lo terreno y material, renunciando a todo lo supraterráneo, divino o celestial. ¡Formidable tergiversación de los datos de la fe! Ello está por supuesto en flagrante contradicción con todo el Nuevo Testamento, con toda la Tradición y con la enseñanza de la Iglesia. Una cosa es que el cristiano debe también aprender a tomar en serio las realidades temporales y los deberes que éstas le imponen —cosa que, por otra parte, siempre se ha enseñado—, y otra muy distinta querer borrar de su horizonte toda referencia a su destino divino y supraterráneo.

La acusación de que la fe cristiana tradicional haya aceptado ideas y expresiones platónicas no prueba en absoluto que el Cristianismo se haya falseado con ello. En efecto, el hecho de que se haya dado en la historia una cierta simbiosis o sintonización entre ciertas ideas, fórmulas o atisbos de la filosofía griega precristiana y el cristianismo, sólo prueba que esta filosofía supo plantear problemas e interrogantes sobre el destino humano que son en realidad eternos y a los que el cristianismo vino a dar cumplida respuesta. La revelación cristiana iluminó, confirmó y completó lo que la reflexión anterior había de algún modo intuito. Esto explica, sin duda, que hubiera una fácil asimilación o adopción de esta cultura por el cristianismo²⁷.

27. URS VON BALTHASAR, *Ensayos Teológicos*, II *Sponsa Verbi*, p. 415ss.

En cuanto a la Encarnación, se falsea totalmente el sentido de este dogma o artículo de la fe cuando se lo presenta como una invitación a que el hombre se encierre exclusivamente en lo carnal, terrestre o mundano. Está demasiado claro que la significación de este misterio en la Escritura y en la fe de la Iglesia es más bien la inversa, a saber: que el Hijo de Dios vino del seno del Padre hasta nosotros para descubrirnos y revelarnos al Padre y los designios de Este en relación a la humanidad, para efectuar nuestra salvación, y una vez cumplida su misión se volvió otra vez al cielo y allí nos ha preparado la morada. Es más, se nos invita para que vivamos ya desde ahora con la mente y el corazón puestos en estos bienes eternos que Cristo nos ha merecido y alcanzado (Jo 16,5; 14, 2; Ephes 2,6; Col 3,1).

La vida religiosa contemplativa —y particularmente la femenina— ha conocido importantes reajustes y adaptaciones en nuestros días, o sea, en los años posteriores a la muerte de la M. Angeles. La principal novedad ha sido, sin duda, la organización del trabajo remunerado en los monasterios y la tendencia a reagruparse éstos en Federaciones con el fin de ayudarse en la solución de los problemas comunes. Estas iniciativas arrancan del tiempo de Pío XII, que publicó la constitución «Sponsa Christi». La misma evolución socio-económica venía exigiendo estos reajustes. Cuando ellos se hacen con el debido respeto a la naturaleza de la vida contemplativa, lejos de perjudicar a ésta, la enriquecen y fortalecen.

También la clausura parece evolucionar hacia formas más humanas. De todos modos y con todas las adaptaciones que parezcan aconsejables, no se puede olvidar que ella es esencial para el mantenimiento de este tipo de vida,

es decir, de los monasterios, que, como dice con frase feliz la «Venite seorsum», «se sitúan en el centro mismo del misterio cristiano»²⁸.

Hoy indudablemente ronda un peligro muy real: el peligro de que, so pretexto de «aggiornamento» conciliar, la vida contemplativa venga a perder su misma alma y esencia. La sociedad «permisiva» y de consumo con su hedonismo y materialismo solapado puede minar por dentro a las instituciones religiosas y acarrear sobre ellas la muerte. Ya santa Teresa de Lisieux advertía a su hermana abadesa que no cayera en la tentación de convertir la vida religiosa en un modo de vida fácil y muelle. La fidelidad en guardar las directrices que vienen del Papa será siempre una salvaguardia. Por desgracia tampoco faltan voces que aconsejan en sentido opuesto.

Sólo un amor vigilante por el misterio de la vida contemplativa podrá salvar a ésta en un mundo en que la frivolidad, el secularismo y la sensualidad se introducen por todas partes por la tele, por las revistas gráficas, por los medios de comunicación, etc.

Finalmente, como dice muy bien Urs von Balthasar, los contemplativos necesitan una atención especial: «La Iglesia cuida de las vocaciones contemplativas como si se tratara de las niñas de sus ojos. Lo son, como dicen Orígenes y otros Padres: Los que ven a Dios son los ojos de la Iglesia. Los contemplativos necesitan en sus conventos una dirección espiritual selecta; el cargo de director espiritual en los monasterios contemplativos no puede desempeñarlo sin más cualquier sacerdote anciano que ha quedado fuera de servicio»²⁹.

28. *Acta Apostolicae Sedis* (1969), 674ss.

29. O. cit., p. 447.

CAPÍTULO XVII

FORMADORA DE ALMAS

Cuando un alma se deja atraer por Dios, no puede correr sola; tras ella son atraídas todas las almas que ama. Es una consecuencia natural de la atracción de Dios¹.

Esta ley se cumplió también en el caso de Angeles Sorazu.

A modo de complemento del resumen biográfico queremos decir aquí algo sobre el influjo ejercido por M. Angeles en su entorno, aun a sabiendas de que nuestros datos son muy incompletos.

Angeles Sorazu no vivió para ella sola. Mejor dicho, no vivió en absoluto para sí: vivió para Dios. Y su vida en Dios la condujo a sus hermanas, a interesarse por ellas. Las riquezas que Dios había depositado en su alma las repartía ante todo entre las que convivían con ella. Este extremo está bien afirmado y puesto de relieve en los testimonios de las religiosas que la conocieron.

«Reformadora y fundadora de esta Comunidad» la llama sin reticencias Sor Natividad de la Puebla².

1. Cf. HANS URS VON BALTHASAR, *Teresa de Lisieux*, p. 201.
— Cf. *Historia de un alma*, cap. X.

2. Testimonio 3.º, p. 99.

Aquí sólo vamos a ocuparnos de un aspecto o faceta de esta labor suya proyectada hacia sus hermanas, a saber: el celo que desplegó en la formación de las nuevas vocaciones, o sea, de las religiosas jóvenes. Junto con esto, diremos algo sobre los frutos que obtuvo, sobre el plantel que llegó a formar, y sobre algunas religiosas que fueron aventajadas discípulas y que volaron al cielo antes que ella. Nos basamos en los datos que constan en los testimonios de la citada M. Natividad. Sin duda que una exposición que quisiera ser medianamente completa debería abarcar muchas más semblanzas que las pocas y escuetas que aquí se ofrecen.

Cuando M. Angeles entró en el convento, la Comunidad constaba de ocho monjas solamente³.

Por referencias de la misma M. Angeles dice saber la M. Natividad cómo aquélla empezó a pedir a N. Señor en la oración que le trajese religiosas de buen espíritu para compartir con ellas las felicidades y santos entusiasmos que sentía de ser religiosa. Veía además que siendo tan pocas no se podía cumplir bien la Regla.

Efectivamente, las vocaciones llegaron. Primero fue una vascongada que entró para el estado de lega: Sor Visitación Lasa. A ésta siguieron otras seis jóvenes: Sor Concepción Prendes, Sor Mercedes, Sor Encarnación, Sor Asunción, Sor Margarita y Sor María.

De todas ellas fue maestra y directora la M. Angeles, aun sin tener cargo o nombramiento oficial para ello. Una vez que eran ya profesas, se reunían en los asuetos que les concedía la M. Abadesa. La Abadesa, M. Antonia —y más tarde, M. Rosario—, conocedora del buen espíritu y dones que atesoraba la M. Angeles, daba a ésta amplio permiso para que instruyera a las jóvenes en los caminos del espíritu.

3. *Autobiografía*, p. 40 nota 3.

Tres salieron tan consumadas discípulas, que bien honrada quedó la Maestra, dice la referida Sor Natividad⁴.

Las reunía a todas y les predicaba pláticas sentada en un banco, y todas las jóvenes sentadas en el suelo a su alrededor escuchaban estupefactas⁵.

¿En qué consistía esta enseñanza? «Trabajó lo indecible por hacernos almas perfectas por el fiel cumplimiento de las obligaciones de cristianas y religiosas», dice la misma testigo M. Natividad⁶.

Para esto compuso el ejercicio que M. Angeles llamaba «Ejercicio santo de una buena cristiana y de una buena religiosa», que primeramente practicó ella misma con conocidos frutos, y después lo proponía a las religiosas jóvenes. «Todos los domingos nos reuníamos todas las religiosas jóvenes en el coro —fuera del acto de Comunidad—, y hacíamos ese santo ejercicio que nos duraba por espacio de una hora»⁷.

«En lo que más trabajó fue en inculcarnos la imitación de Jesús y María, en trabajar por adquirir las virtudes, en especial la caridad divina y fraterna, la humildad y obediencia, etc. Nos enseñó a ser almas de oración, penitencia y abnegación, almas de celo por la salvación de las almas y gloria de Dios. Su celda fue siempre para todas como un oasis delicioso donde todas encontraban en su caridad y amor de verdadera Madre el refrigerio en toda duda, el consuelo en toda pena, etc.»⁸.

Sobre cómo practicaban este ejercicio de buena cristiana y religiosa todos los domingos y días de fiesta habla también la misma testigo en otro lugar⁹: «Dicho ejerci-

4. Testimonio 1.º, p. 48.

5. Testimonio 1.º, p. 49.

6. Testimonio 1.º, p. 104.

7. Testimonio 1.º, p. 104.

8. Testimonio 1.º, p. 104.

9. Testimonio 3.º, p. 76.

cio consistía en recordar y recitar lo más esencial del Catecismo y modelar nuestra vida por las grandes enseñanzas allí encerradas».

Después que fue Abadesa, como hubo de reformar la Comunidad, quitar abusos, etc., no dejó de tener oposición. Sobre todo dos se le declararon en contra¹⁰. Pero ella nunca las guardó rencor, las hablaba con cariño, las encomendaba a Dios, etc.

Dice M. Natividad que en sus años de Abadesa M. Angeles recibió alrededor de veinte jóvenes. A todas daba ella misma Ejercicios para las tomas de hábito y profesión. Añádase las pláticas que predicaba a toda la Comunidad, de que dan fe todas las testigos.

Sor Natividad nos ha dejado además unas pequeñas semblanzas de religiosas que fueron aprovechadas discípulas de M. Angeles. A juicio de la autora de estas semblanzas ellas constituyen como la corona de su Maestra. Por razones comprensibles Sor Natividad no quiere hablar de las que aún viven —mejor dicho, vivían cuando ella escribía—, y se limita a las fallecidas antes de la misma M. Angeles. Sólo hace una semi excepción a favor de Sor Visitación, que falleció después de M. Angeles.

Tres religiosas que entraron después de M. Angeles fueron Sor Encarnación, Sor María y Sor Visitación. Las tres fueron émulas de su espíritu, se aprovecharon singularmente del trato y comunicación que tuvieron con ella, siendo almas muy interiores, de mucho trato con Dios, muy abnegadas, mortificadas y de una caridad asombrosa¹¹.

10. Testimonio 3.º, p. 68.

11. Testimonio 2.º, p. 54.

Sor Visitación

Sor Visitación sobrevivió a M. Angeles cinco años. Amó mucho a M. Angeles y la cuidó en calidad de enfermera. Gracias a sus cuidados dice la testigo que llegó M. Angeles a los 48 años. Era natural de Aldaba (Guipúzcoa). En el siglo se llamó Juana Francisca Lasa. Murió en 1926 con 53 años¹².

Todas las demás que a continuación se nombran murieron antes que la propia M. Angeles.

*Sor Encarnación Fernández*¹³.

Era leonesa. De buena disposición, pero al principio era ruda e ignorante. Con la ayuda del cielo y de M. Angeles se hizo en pocos años muy sabia en las cosas del espíritu, en la oración muy favorecida de Dios. De gran caridad y obediencia. Fue compañera de M. Angeles en el oficio de tornera. Decía Sor Encarnación que había pasado ratos de cielo en el torno junto a M. Angeles. Que ésta tenía convertido el torno en un oratorio donde tenía sus ratos de lectura espiritual y sus ratos de oración acompañada con labor de manos. Que la lectura se la explicaba con gran claridad y muchos conocimientos, sobre todo cuando leían los santos evangelios y la Mística Ciudad —que eran los dos libros queridos de su corazón—, como también el Catecismo. (En esta época Sor Angeles todavía no era Abadesa). Confesaba esta religiosa que todo se lo de-

12. Sobre esta religiosa véase *Autobiografía*, p. 57 nota. — En tiempos de M. Sorazu había en la comunidad varias religiosas vascas, además de Sor Visitación: Victoria Elespe (Sor Patrocinio), de Gordejuela; Jovita Basauri (Sor Asunción), de Elgueta; Aurora Echevarría (Sor María), de Bilbao; Matea Alonso Ruiz de Gauna (Sor Refugio), de Vitoria; Natividad Ipiña (Sor Consolación), de Bilbao.

13. Sor Natividad, Testimonio 2.º, p. 58ss.

bía a M. Angeles. Murió en 1919 asistida por la propia M. Angeles.

Sor María Alonso Suárez

M. Angeles hace de ella el más cumplido elogio al llamarla «otra yo»¹⁴. En religión Sor María de Jesús. También leonesa. Murió a los 36 años de edad con meningitis, el año 1907. Compañera de Sor Angeles en sus trabajos de jardinería. Sólo vivió para Dios y para sus hermanas en religión, en quienes tenía concentrado todo su afecto¹⁵. Tomó el hábito y profesó cuando la Comunidad se encontraba viviendo en el convento de Jesús-María.

Entre las religiosas jóvenes que fueron recibidas por la propia M. Angeles, o sea, siendo ésta Abadesa, y salieron aprovechadas discípulas suyas y murieron antes que ella, la M. Natividad hace una breve semblanza biográfica de las seis siguientes:

*Sor María Aurora*¹⁶

Murió en 1915, a los dos años de entrar religiosa.

Se distinguió en la humildad, modestia, caridad y obediencia. Nada hacía sin consultar. La obediencia fue su norte.

*Sor Angeles García Bustamante*¹⁷

También leonesa. Murió en 1916. Se distinguió por su amor a Dios, silencio interior y exterior, desasimiento

14. Cf. *Autob.*, p. 147.

15. Sor Natividad, Testimonio 2.º, p. 62.

16. Natividad, Testimonio 2.º, p. 69.

17. Natividad, Testimonio 2.º, p. 70.

de todo cuanto le podía quitar la atención del sumo Bien. Estuvo en total cuatro años en el convento. Nunca usó más de tres libros: el Breviario, el Catecismo y el libro de Nieremberg titulado *Hermosura de Dios*: este libro no lo dejó de sus manos hasta un mes antes de su muerte. Tenía una intuición admirable para las cosas de Dios. Con una pequeña plática tenía ocupación para muchísimo tiempo. Su camino no fue de consuelos sensibles, sino de cruz desnuda, llevada con alegría. Fue como una segunda Teresita del Niño Jesús. Murió de tuberculosis. Hizo la profesión solemne *in articulo mortis*, pues aún era de votos simples. Daba gracias a Dios de haber venido a aquella casa y de haber conocido a M. Sorazu. Decía que nunca podría pagar lo que de ella había aprendido. Sus familiares quisieron sacarla del convento para ver si en su casa se ponía bien, pero ella no quiso.

Sor Purificación Billullas

Murió en 1916. Destacó por su humildad, desprecio propio y elección de lo peor para sí. Quería los oficios bajos: barrer, limpiar. Vivió pocos años en el convento. Con ella tuvo que trabajar mucho M. Angeles porque era corta de entendimiento y muy atrasada en conocimientos de religión y piedad. Tomó como costumbre cantar el trisagio y el Gloria Patri. Este canto la ayudaba para estar en Dios. Murió de cáncer.

Sor María Inmaculada de Jesús Sacramentado

M. Angeles esperaba mucho de ella; pensaba que con el tiempo había de ser una de las religiosas más útiles para la Comunidad, llamada a ser una excelente Superiora. Fue

de las tres escogidas para ir a reformar el convento de Logroño, cuando aún sólo llevaba cuatro o cinco años de religión. Pero estando en Logroño se le declaró la tuberculosis. M. Angeles, al saberlo, hizo que volviera a Valladolid, con la esperanza de que allí se repondría. Pero a pesar de todos los cuidados, remedios y consultas, la enfermedad siguió su curso. Murió cantando un cántico de alabanzas a la Misericordia divina, en el año de 1917. Era palentina, de Villada, hija de familia acomodada. Si alguna vez había ofendido en algo a alguna, no dejaba de pedir perdón. En el siglo se llamó Felisa Rosch.

Sor María Esperanza

Murió en 1920. A poco de entrar, enfermó, pero ella pedía con lágrimas la dejaran tomar el hábito y profesar, pues quería morir en el convento; y así se hizo. Sus familiares —entre los que tenía dos hermanos sacerdotes— quisieron llevársela a casa. La M. Angeles la dejó sola con ellos en el locutorio a fin de que decidiesen libremente. Los familiares no dejaron piedra por mover, pero ella se batió con tenacidad. Dijo que no se iba a casa aunque supiera que se iba a morir a los meses. «Aquí quiero vivir y aquí quiero morir», decía. La M. Angeles, al ver su decisión, no creyó prudente aconsejarla que se fuera. Su mal era incurable. Hizo la profesión solemne *in articulo mortis* sin haber cumplido el tiempo.

Sor Socorro Pérez

Natural de Valladolid. En el siglo había sido criada de una señora. Esta señora ingresó religiosa en la Concepción en 1907 y murió en 1926 con 74 años de edad.

Pues bien: al entrar su señora en el convento, la criada se quedó un tanto desconcertada. Ella era joven y andaba en tratos para casarse; pero el chico se ausentó de Valladolid y no volvió. Entonces ella pidió ser admitida en el mismo convento que su señora. La M. Angeles, a la vista de las circunstancias que concurrían en su caso, quiso probar su vocación difiriendo el admitirla durante un año poco más o menos. Dio pruebas inequívocas de desprendimiento. Trece años vivió en el convento. Se distinguió por su laboriosidad. Murió en abril de 1921 cuando tantos estragos causó la gripe. Su ilusión solía ser poder obsequiar a M. Angeles el día de su santo con muchos escapularios y otros objetos para que tuviera con qué agradecer a los bienhechores, pues era muy hábil en labores de aguja.

Dice Sor Natividad¹⁸ que ha querido dar una reseña de estas monjas que murieron antes que M. Angeles porque forman parte de la corona que Dios le concedió, ya que ella empleó toda su vida en salvar y santificar a las que tenía a su lado.

Sin duda que esta lista podría y debería alargarse mucho más y completarse con tantas otras religiosas formadas en su espíritu y que han volado al cielo en los cincuenta y más años que han transcurrido desde que M. Angeles murió. Ello sería sin duda un testimonio de gran valor en favor de M. Angeles. Pero nosotros no estamos en condiciones de poder hacer este trabajo. Nuestro intento era tan sólo poner de relieve el celo que desplegaba en hacer el bien a sus hermanas y mostrar algo del fruto que cosechó. Creemos que esto ha quedado suficientemente en evidencia con lo que hemos dicho y se evidenciará aún más cuando hablemos de cómo practicaba las virtudes.

18. Natividad, Testimonio 3.º, p. 9.

PARTE IV

Las virtudes

CAPÍTULO XVIII

LA VIRTUD TEOLOGAL DE LA FE

La Fe es la primera virtud teologal. Dicho en pocas palabras, la Fe no es otra cosa que la respuesta afirmativa que da el hombre a la Revelación de Dios. Claro que esta misma respuesta requiere la gracia, es posible por la gracia, es, en cierto modo, respuesta divino-humana.

Dios nos ha hablado. Nos ha descubierto sus designios y su plan de salvación. Nos ha hablado sobre todo en y por Jesucristo. Esta palabra de Dios solicita y reclama la respuesta del hombre, el sí por nuestra parte. Y eso es la Fe: el sí que damos a la Revelación de Dios.

Como San Pablo lo repite insistente y machaconamente, este sí es lo decisivo en el negocio de nuestra justificación y santificación.

Decir sí al mensaje salvador que Dios nos ha anunciado por su Revelación. Es el todo.

Porque, en efecto, si este sí es lo que debe ser, no se quedará en un mero asentimiento teórico, sino que comprometerá todas las fuerzas de nuestra personalidad.

Este es el caso de M. Angeles. Es un alma que ha querido dejarse modelar totalmente por la Revelación, plerarse a sus exigencias, conformarse según las luces y claridades que vienen de esta palabra de Dios. Es este un

aspecto que resalta con relieve impresionante cuando se estudia de cerca la figura de M. Angeles, sus escritos y los testimonios que sobre ella nos han dejado las religiosas que la conocieron.

Valga por todos el siguiente pasaje, que constituye el comienzo del testimonio de Sor Purísima:

«La sierva de Dios creía internamente en todas y cada una de las verdades de la fe, y asimismo las confesaba externamente, cuando hablaba a sus Religiosas de estas mismas verdades, con gran fervor de espíritu, causándonos gran admiración como igualmente lo hacía con todas las personas que trataba. — La sierva de Dios, con el mayor gozo de su espíritu, daba gracias a Dios por el inmenso beneficio de haber nacido en un país católico y se condolía grandemente de los pobrecitos infieles, que ignoran los misterios de nuestra Sacrosanta Religión. Pedía a Dios N. Señor con fervorosas súplicas que difundiese la luz del Evangelio por todo el orbe, rogando a las Religiosas hicieran las mismas peticiones para que todos los hombres vengan al conocimiento de Dios»¹.

M. Angeles es ante todo un alma que se alimentó de este manjar sobresustancial de la palabra divina y doctrina católica. Trató con toda su alma de dar una respuesta plena y total a esta palabra, trató de conformar su vida a las exigencias de esta palabra. M. Angeles creyó, vivió, penetró y profundizó en las verdades reveladas, dogmas católicos y misterios cristianos en una medida que verdaderamente conmueve e impresiona. Las que la conocieron y vivieron con ella afirman unánimemente que más vivía en este mundo sobrenatural de la fe que en este otro mundo de los sentidos y de las realidades naturales.

No es que leyera muchos libros con que poder alimentar y enriquecer su fe. Tampoco los tenía a mano.

1. Testimonio de Sor Purísima, p. 1. — Véase también Sor Natividad, Testimonio 1.º, p. 1; Testimonio 3.º, p. 22.

La época en que le tocó vivir fue más bien pobre en este punto. Apenas supo crear nada original ni renovador.

Pero de lo que tenía a mano, con fino instinto, supo elegir lo mejor y lo sustancial, y asirse firmemente a ello.

Aprecio del Catecismo

Ya desde niña sobresale en ella la afición y predilección que sentía por el pequeño libro del Catecismo. Una cierta luz, que ella considera derivada de las gracias del bautismo, le daba claridad y facilidad para penetrar los misterios que se contienen en este libro y para exponerlos a otros². Aquí está, como en su germen y principio, el carisma de M. Angeles. Es un alma que vive de la fe hasta ser conformada por ella.

El pequeño libro del Catecismo, que es como un breviario de la fe católica, será objeto de una grandísima estima por parte de M. Angeles, y esto a lo largo de toda su vida. Lo estudiará a conciencia. Incluso lo llevará al pecho como muestra de su gran aprecio y estima³.

Lejos de considerar el catecismo como cosa propia sólo para niños, ella sabe que aquí está el meollo, el verdadero fundamento y cimiento, y se aplicará asiduamente a estudiarlo, a examinarse a su luz, y a tratar de conformarse en todo con el modelo que de aquí se desprende. «Su pan cotidiano era la Doctrina Cristiana», nos dice Sor Concepción⁴.

Sabemos muy bien cómo eran los Catecismos de la época: los llamados Astetes. Hoy se los critica y desprecia. Se dice de ellos que están hechos con una pésima pedagogía, etc., etc. Puede que sea así. No nos metemos en ello.

2. *Autob.*, p. 49.

3. *Autob.*, p. 90.

4. Testimonio de Sor Concepción, p. 6.

Lo cierto es que bajo el sencillo esquema de lo que hay que creer, lo que hay que orar, lo que hay que obrar y lo que hay que recibir, ofrecían una visión fácilmente abaricable de la fe cristiana, mandamientos, virtudes, oración, sacramentos, etc. Y la M. Angeles no se engañaba al ver aquí el cimiento berroqueño de toda vida cristiana sólida y verdadera. Sabía que no es raro el error en esta materia; es decir, el descuidar lo fundamental, el no poner bien las bases y andarse por las ramas soñando en espiritualidades fantásticas, en castillos encantados. Ella no querrá saber nada de eso. Protesta que su camino es el camino trillado, el camino real, el basado en el Catecismo. Tanto fue su amor a este pequeño libro, que quiso ser enterrada con él, nos dice Sor Concepción⁵. Y así se cumplió, tal como ella lo quiso.

La Regla y Constituciones de su Orden

Como además de cristiana era religiosa; otro libro al que concederá importancia capital para plasmar según él su vida es el que contiene la legislación de su Orden Concepcionista, o sea, la Regla y las Constituciones. Nos dice en su Autobiografía que a los pocos días de su ingreso en el convento fue constituida lectora en el refectorio, y la primera vez que leyó la santa regla entendió «de una manera clara la altísima perfección que entraña el exacto cumplimiento de nuestra regla, y cuán lejos estaban las religiosas que constituían la Comunidad del estado de perfección a que eran llamadas por su vocación religiosa»⁶.

5. Testimonio de Sor Concepción. p. 6.

6. *Autob.*, p. 42.

Sor Natividad nos dice que llevaba las Reglas escritas en un cuadernito, juntamente con el Catecismo y el Evangelio⁷.

Asimilarse el contenido o substancia del Catecismo y de la Regla, conformar la vida con las exigencias de ambos, he aquí lo que ella llama sólida fundamentación, presupuesto imprescindible para cimentar la espiritualidad sobre las auténticas bases.

Incluso compuso un ejercicio que llamaba «Ejercicio de buena cristiana y buena religiosa», que consistía en reflexionar sobre el Catecismo y la Regla, sobre el fin para el que fuimos creados, sobre las obligaciones que impone la vida cristiana y religiosa, en dar gracias por esta vocación cristiana y religiosa, etc. Este ejercicio lo practicó ella con mucho fruto en los primeros años de su vida religiosa. Y después lo recomendaba a las religiosas jóvenes, a fin de que edificasen sobre sólidos cimientos su vida. Aun sin tener propiamente oficio de ello, fue Sor Angeles algo así como maestra de las que fueron entrando tras ella⁸.

La Mística Ciudad de Dios, de la Vble. M. Agreda

Las Ordenes Religiosas comunican a sus miembros el tesoro de sus viejas espiritualidades. Sor Angeles, constituida lectora del refectorio, a poco de entrar, hubo de leer *la Mística Ciudad* de la Vble. M. Agreda. Aquí vino a descubrir una verdadera cantera inagotable, de la que había de sacar inapreciables bienes.

Es cosa sabida que este libro, mundialmente famoso, ha dado origen a numerosas controversias y que es, por

7. Sor Natividad; Testimonio 1.º, p. 123.

8. Sor Natividad; Testimonio 1.º, p. 48.

tanto, discutidísimo. Una vez más Sor Angeles nos dará prueba de su instinto fino y certero. Ella sabrá dejar lo accidental y se apropiará de la medula substancial de este libro. En efecto, el contenido de la obra es solidísimo y sumamente valioso, aunque envuelto en una especie de ropaje o fronda de anécdotas, que es lo que ha dado ocasión a tantas discusiones.

Sor Angeles sabe ir al meollo, y así el libro le resultó altamente provechoso y formativo. ¿Qué es, en efecto, la Mística Ciudad? Una vida de la Virgen escrita con fines de edificación. En él se presenta a la Virgen como la más perfecta discípula de Jesús, y a propósito y con ocasión de los pasos y misterios de la vida de María, y en la escuela de ella, se le va formando al lector en el más genuino espíritu cristiano y evangélico. Con esta intención leyó y releyó Sor Angeles durante muchos años la Mística Ciudad, y así pudo reportar de ella frutos maravillosos.

Consta que en los últimos años de su vida ya no la leía, aunque siempre le conservó su estima y reverencia. Fue una obra que tuvo una función decisiva y como providencial en la primera parte de su vida religiosa.

El libro de los Evangelios

Ediciones de los Evangelios en lengua vulgar no abundaban en tiempo de Sor Angeles ni había especial afición o interés por leerlos. Ella nos cuenta en la Autobiografía cuándo conoció por primera vez un librito que traía los Evangelios en castellano y el acontecimiento que supuso para ella semejante hallazgo. Fue por 1896 cuando contaba 23 años y residía en el convento de Jesús-María⁹.

9. *Autob.*, p. 138-139.

Excusado decir que desde este día y para todo el resto de su vida, los Evangelios serán otro de sus libros predilectos. Los testimonios de las que vivieron con ella lo afirman¹⁰.

Cuando por decisión de la autoridad eclesiástica le quitaron el Director —que lo era también de otras muchas religiosas del convento—, pronunció una plática a la Comunidad en la que dijo que por lo menos seguirían teniendo estas tres cosas sustanciales: el Catecismo, el Evangelio y la Mística Ciudad¹¹.

La Liturgia

La Iglesia tiene su medio o camino propio para hacer llegar a los fieles el mensaje de la Revelación, para hacer que se lo asimilen y vivan y se modelen según sus exigencias. Este camino es ni más ni menos la Liturgia.

También en este punto Sor Angeles manifiesta tener un instinto certero. Vivía en íntima consonancia con los tiempos y fiestas litúrgicas. Beber de esta fuente y alimentarse de ella fue su auténtico camino.

No tenía para esto las facilidades que hoy hay. No conoció el Oficio en lengua vulgar. Sor Concepción Prendes declara: «Entendía el latín. Así que siempre la veía andar con los breviarios a vueltas, y con los Santos Evangelios, y con la Sagrada Escritura»¹².

Tal vez esto de que entendía latín no haya que tomarlo del todo a la letra. Pero ella se las arreglaba para saber lo que querían decir aquellos textos, y vivía de ellos.

10. Vide Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 11, de Sor Concepción, p. 7, etc.

11. Sor Concepción, p. 23.

12. *Autob.*, p. 59 nota. Vide Sor Natividad, Testimonio 1.º, p. 141.

En Adviento tenía escritas las antífonas y responsorios y los repetía con frecuencia¹³. Sus pláticas eran en consonancia con los tiempos y misterios de la Liturgia¹⁴. Cuando se hallaba enferma quería que le leyeran los responsorios de Adviento y Cuaresma¹⁵. Daba una gran importancia al Oficio Divino, a la celebración de las festividades, etc. En el Oficio recibió los mayores favores¹⁶. Pedía identificación con la Liturgia¹⁷.

Ella misma nos ha dicho que la verdadera espiritualidad consiste en la vida de fe, en asimilarse las realidades divinas que encierra el Sto. Evangelio, la vida de N. Sr. Jesucristo, sus palabras divinas, etc. que la Santa Madre Iglesia propone a la consideración de los fieles en la Sagrada Liturgia en las diversas festividades del año, en asimilarse dichos misterios por la fe amorosa y la práctica de las virtudes que encierran¹⁸.

Este es el camino de la M. Sorazu, el que ella ha inculcado a sus hijas. Salta a la vista la coincidencia con lo que enseñará el Concilio Vaticano II.

Como fue cantora, tenía consigo la Semanilla con los Oficios de Semana Santa. Una de sus devociones preferidas fue volver sobre aquellos textos acompañados de su canto. El canto fue, en efecto, uno de sus auxiliares para vivir y asimilarse los misterios cristianos. Y otro fue el dibujo: aunque no tenía ni rudimentos en este arte, sintió la necesidad de cultivarlo para plasmar de alguna manera lo que entendía acerca de los misterios divinos.

* * *

13. Testimonio de Sor Concepción, p. 1.

14. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 8.

15. Sor M.^a Refugio, id. *ibid.*

16. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 5.

17. Sor Natividad, I, p. 19.—Esto no obstante, más adelante y por efecto sin duda de su vida mística hallará dificultad en todo rezo vocal, aun en el Oficio: cf. *Itin.*, III, p. 199-200.

18. Carta de 25-VI-1920; *Itin.*, III, 31.

La distinción entre piedad objetiva y piedad subjetiva ha sido empleada con fines tendenciosos y por ello ha merecido ciertas críticas del Magisterio¹⁹. Pero si por piedad objetiva entendemos la que está sólidamente anclada en la Revelación divina y en las verdades de la fe católica —como debe estar la piedad cristiana genuina—, es claro que la de M. Angeles realiza esta condición en el más alto grado. Su piedad no es una piedad subjetiva, es decir, desarrollo de una religiosidad sin relación o con poca relación con el orden objetivo que nos describe la verdad revelada. Todo lo contrario se desprende con claridad meridiana de lo que sabemos de su vida y nos dicen las testigos.

Pocas almas han conocido a Dios, sus misterios, etc. más profundamente que M. Angeles, nos dice Sor Natividad²⁰. Sus pláticas causaban profunda impresión por este motivo. Los testimonios son también concordes en este punto.

Su trato con Dios era con un tú vivo y personal, lo mismo su trato con la Virgen, con los ángeles, etc. El mundo sobrenatural tenía para ella más realidad que el natural, vivía inmersa en él. Aquí también M. Angeles supo ir directamente al meollo y al fin. Lo que hoy no sabemos hacer. Enredados en nuestras desmitificaciones, etc. se nos esfuma lo esencial, y quedamos sin nada. Por todo ello M. Angeles nos es muy necesaria.

* * *

La vida mística y la fe

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, con ser verdadero, parece no ser aún suficiente, si no se añade una palabra sobre la vida mística que en la M. Angeles alcanzó un

19. Cf. «Mediator Dei», n.º 28.

20. Testimonio 1.º, p. 93.

desarrollo tan extraordinario, y sobre la relación entre esta vida mística y su fe.

En efecto, la vida mística de la M. Angeles no deroga en nada a su vida de fe, que es la que ella ama y a la que quiere asirse con toda su alma.

Del conjunto de datos que poseemos sobre la historia de la M. Sorazu se deduce claramente que ante la irrupción de lo místico en su vida su actitud fue más bien de reserva, de temor, de desasimiento, en fin. Por su parte no quería salir del camino real y trillado, temía caer en engaños, quería vivir en la verdad, etc. Y aunque tuvo que plegarse también en esto a la voluntad de Dios y a los hechos, siempre mantuvo su corazón desasido de todo lo que no es Dios, protestando no querer otro camino que el de la fe.

Así, por ejemplo, al Director le dirá que aborrece todo lo que no sea puramente Dios y que aun las visitas de Dios le parecen una sombra de la Divinidad y no Dios mismo, que ella no quiere vivir en sombras y figuras sino en la realidad, etc.²¹.

Véase también el siguiente pasaje tomado de *La Vida Espiritual*. Hablando con Dios dice:

«No quiero verte con los ojos corporales ni con la luz de la razón natural, sino con la fe, con esa fe, rayo lucidísimo que reverbera en el entendimiento vacío, puro y elevado o identificado con la verdad. Ni quiero percibirte con el sentido, sino con el corazón informado en la caridad; esto en esta vida, pues en la otra con el *lumen gloriae*, y que consiga pronto esta dicha, si conviene a tu gloria. Sí, Dios mío, pronto, porque ya no me satisface, sino que desprecio todo lo que ven mis ojos, comprende mi entendimiento, percibe mi sentido y experimenta mi corazón en esta vida, pues entiendo que no eres Tú, sino una oscura sombra de tu bondad, y yo Te amo y an-

21. Carta de 7-II-1912; *Itin.*, II, 192.

helo poseer a Ti, sumo Bien mío, y poseerte perfectamente, lo que no conseguiré mientras viva en carne mortal»²².

Se ha hecho observar que la adhesión a la regla de fe católica y a la Iglesia jerárquica y externa es un distintivo característico de los verdaderos místicos. Por lo que se refiere a la M. Sorazu es este un hecho incontrovertible.

Por otra parte, la vida mística, tal como se ha desarrollado en esta alma, se halla en clara conexión con la fe (fe objetiva, *fides quae creditur*).

La correlación y diferencia que existe entre ambas se puede decir que es la misma que hay entre una cosa simplemente creída y una cosa experimentada.

Podría pensarse que fe y experiencia deben excluirse absoluta y necesariamente, pero no es así. Sabemos que aun la fe ordinaria, si se la vive, conlleva una cierta experiencia, de la cual goza el creyente, experiencia que no impide la fe, sino que es compatible con ella. En cuanto a esa otra experiencia que se da en los místicos —mucho más ostensible, manifiesta y patente—, hay que decir que tampoco traspasa las fronteras de la fe, aunque a veces se acerque conocidamente a la visión.

Este rasgo o carácter de la vida mística de M. Sorazu, que consistía en experimentar existencialmente los misterios de la fe está muy atestiguado en sus escritos, así como también la impresión de estupor que le causaban dichos misterios así percibidos.

Vamos a citar, entre muchos, algunos textos:

«En este período continuaba experimentando el favor que dije en otro lugar del vivo sentimiento de la presencia real de la Divinidad en todas partes. Lo gustaba con tanta viveza que aunque la fe no me lo enseñara, lo creyera y diera mi vida en testimonio de esta verdad, que experimentaba vi-

22. *La Vida Espiritual*, cap. 18, p. 197 (2.^a ed.).

siblemente. La presencia divina me producía maravillosos efectos, siempre, pero singularmente en el retiro de mi celdita, a no ser que estuviera preocupada con las ansiedades, que padecía con frecuencia y me retraían de Dios»²³.

«...palpa la realidad divina de lo que la fe nos enseña...»²⁴.

«...experimenta un júbilo inefable, pues no es lo mismo pensar y reflexionar esta verdad en la oscuridad de la fe, que verlo en Dios con la evidencia y estimación inmensa que se aprende en esta visión»²⁵.

«Después de muchas comunicaciones divinas, Dios nuestro Señor se revela al alma en el misterio de su Trina Unidad por modo maravillosísimo, produciendo en ella mayor estupefacción y efectos más divinos que en las demás revelaciones y comunicaciones de su naturaleza divina. Por muchos días permanece en este asombro, repitiendo: La Santísima Trinidad, Dios Uno y Trino, ¡qué grande es!, ¡qué admirable!, ¡qué portento de grandeza y de bondad!, ¡qué divino! ¡Y...es mío!»²⁶.

23. *Autob.*, p. 136.

24. *La Vida Espiritual*, cap. 20, p. 264 (2.^a ed.).

25. *La Vida Espiritual*, cap. 19, p. 230 (2.^a ed.).

26. *La Vida Espiritual*, cap. 18, p. 199 (2.^a ed.). — Hay un lugar en las cartas al P. Mariano (carta de 1-IX-1910; *Itin.*, I, p. 86) en que la M. Sorazu afirma haber perdido la fe en virtud de los favores recibidos: es decir, tenía tal evidencia y experiencia de la presencia de Dios en todo lugar, que aquello ya no parecía creer sino ver. Con todo, es claro que estas luces y experiencias no suprimen la fe.

CAPÍTULO XIX

LA VIRTUD DE LA ESPERANZA

En la epístola a los hebreos tenemos una imagen gráfica y sumamente expresiva de lo que es y de lo que representa la esperanza para el cristiano: «ésta —dice— es para nosotros como un ancla de la existencia, sólida y firme, que entra además hasta el otro lado de la cortina, hasta el lugar donde como precursor entró por nosotros Jesús, hecho sumo sacerdote perpetuo en la línea de Melquisedec»¹.

La confianza de conseguir la vida eterna constituye el objeto de la esperanza.

Cristo y lo que El ha hecho por nosotros —en concreto su Pasión, Muerte y Resurrección— son el fundamento o motivo de la esperanza cristiana. Cristo ha resucitado y vencido a la muerte. Nuestra suerte está ligada a la suya. Según la frase atrevida de Pablo, «nos ha resucitado y hecho sentar a nosotros con El en el cielo»².

La esperanza no produce certeza absoluta de la salvación, sino inspira firme confianza en la bondad de Dios, en los méritos de Cristo, en los auxilios de la gracia. No

1. Hebr 6,20.

2. Eph 2,6.

excluye ni la humildad ni el temor fundado en nuestra propia flaqueza.

Los pecados contra la esperanza son la desesperación por una parte y la presunción por otra. El primero consiste en una desconfianza voluntaria de obtener la bienaventuranza y los medios necesarios para alcanzarla. El segundo es una confianza desordenada que pretende conseguir la bienaventuranza sin los medios ordenados por Dios.

La esperanza no excluye, por tanto, el temor filial que nos hace evitar las ocasiones de pecado y tomar precauciones contra nuestra debilidad.

* * *

La tentación típica de M. Angeles

En el carácter de Sor Angeles parece haber una cierta propensión a la tentación de desesperación. Tal vez fuera algo congénito en ella o consecuencia de haberse criado en un ambiente religioso un tanto rigorista.

Lo cierto es que la tentación que con más frecuencia e insistencia aflorará en su vida será ésta de la desesperación. Y porque supo reaccionar contra ella y vencerla llegó a ser la M. Angeles maestra consumada en la virtud de la Esperanza.

Veamos algunos datos.

Desde niña tiene algunas ideas un tanto extrañas, que no sabemos cómo se le metieron. Cree que una vez convertida a Dios, no puede cometer la más mínima imperfección³. Esta idea errónea era la causa de no querer convertirse del todo y de aplazar dicha conversión hasta que

3. *Autob.*, p. 22.

fuese persona hecha y derecha, o sea, hasta cumplir los 25 años. Algo parecido observamos en los primeros siglos de la Iglesia cuando ciertos catecúmenos retrasaban el bautismo hasta la hora de la muerte. Creían que si después de bautizados pecaban, ya no había posibilidad de salvarse.

No obstante estos sus planes, la gracia la alcanza y se convierte a los 16 años. Empez a hacer una vida totalmente entregada a Dios.

Pero a los pocos meses siente una tentación de abandonar el camino emprendido y de volver a las vanidades del mundo. Ella no sabe distinguir entre sentir y consentir, y cree haber cometido un pecado gravísimo y se mete en un laberinto de horrosas confusiones⁴. Esto de meterse en un laberinto de horrosas confusiones le pasará aun después con frecuencia. La idea antes dicha de que una vez convertida no cabe reincidir en falta alguna —pues de lo contraio no hay lugar para la salvación—, esta idea, decimos, sigue presente en su espíritu.

Ya en el convento, en la época de purgación se le imponía con un relieve impresionante la idea de que estaba excluida de la salvación, que había un decreto de condenación contra ella, etc.⁵. Con todo, y no obstante que ella parecía aceptar y dar por cierta su condenación, cifraba su felicidad en servir al Señor por ser quien es, tal como se lo había enseñado la Virgen⁶. Había aquí una cierta contradicción, o mejor, una persuasión más aparente que real.

El 25 de Septiembre de 1894 —a los 21 años de edad— tendrá lugar la entrega de Dios a Sor Angeles, que dejará imborrables recuerdos y huellas en su vida. También en aquel momento solemne Sor Angeles pide a Dios que, des-

4. *Autob.*, p. 35.

5. *Autob.*, p. 67.

6. *Autob.*, p. 69.

pués de un tal favor, no permita que le ofenda con una sola falta venial, pues para ella esto sería insufrible. Dios no otorga esta petición, como tampoco otorga la de que, en caso contrario la saque entonces mismo de esta vida. Pero, en cambio, le promete que no morirá sin que llegue al grado de santidad a que está destinada, y que a la hora de la muerte se encontrará en tan buenas o mejores relaciones con Dios que las que gozaba entonces, o sea, en el momento de aquella dichosa entrega⁷.

«Esto entendí y lo creí y vivo en esta creencia», añade la M. Angeles. A pesar de ello, aun después veremos que será presa muchas veces de esta tentación típica.

Aunque no podía dudar de las gracias místicas, de su realidad y verdad, mientras estaba bajo la acción de las mismas; pero cuando pasaban, le asaltaban las dudas, la idea de que era ilusa, falsaria, de que estaba en mal estado de conciencia, de que estaba condenada, etc. Su misma humildad, o mejor, el bajo concepto que tenía de sí, se convertía en aliado de la tentación. ¿Cómo puede ser que a mí me haga Dios tales favores?, —se decía—. Por tanto, se inclinaba a la incredulidad. En consecuencia, estaba claro que andaba perdida y descarriada y que acabaría mal.

Estas ideas de no aceptar los favores de Dios por cuanto no cuadraban con su indignidad, se imponían en ella con tal fuerza, que venían a ser un verdadero óbice y rémora para su correspondencia y respuesta a la gracia. En los años de 1907 y siguientes, cuando perdió la confianza con el segundo director, reconoce que llegó a ser «la incertidumbre personificada»⁸.

No sólo incredulidad, sino aun falta de aprecio de los favores, ya que se le hacían a una persona tan indigna, es

7. *Autob.*, p. 110.

8. *Autob.*, p. 348.

actitud típica de la M. Sorazu. Ella lo nota como la principal causa de sus estancamientos y retrocesos.

La negrura de su persona tiznaba de negro a los favores, aun en el caso de que no pudiese desconocer la realidad de los mismos. Claro está que esta reacción también era excesiva y equivocada, pues los favores deben ser estimados por razón del que los hace.

La psicología de la M. Angeles se nos presenta como un tanto paradójica. Por un lado, después de la solemne promesa de Dios, de que hemos hablado, parece que debería haber gozado de paz imperturbable. Pero no fue así. Le sigue persiguiendo —al menos por temporadas— la idea de que va por malos caminos, de que andaba extraviada, etc. En la superficie de su alma las borrascas eran frecuentes, aunque en el fondo hubiera paz.

Los dones que recibía de Dios, las gracias de predilección, etc., contribuían a acrecentar sus dudas y sus temores.

Pasión por la verdad

Los testimonios de las que la conocieron están acordes en atribuir a la M. Sorazu la siguiente cualidad: «era *veracísima*» —dicen—. Su ansia era vivir en la verdad. No admitir nada que fuese ilusión, engaño, falsedad o hipocresía. Por eso llegará a decir que las almas fieles temen a los directores crédulos, dispuestos a admitir sin examen cuanto les digan, más que a los mismos demonios. En cambio, de los directores incrédulos dirá que, si bien hacen sufrir a las almas, no las exponen a tantos peligros⁹. Por su amor a la verdad, no quería que los directores dieran crédito a los relatos de favores sin previo examen¹⁰.

9. *La Vida Espiritual*; Apéndice, cap. 2, p. 347 (2.^a ed.)

10. *La Vida Espiritual*; Apéndice, cap. 2, p. 343 (2.^a ed.).

Estas aprensiones de que tan fuertemente era combatida la M. Angeles parece que fueron el contrapeso necesario de las grandes gracias y favores que recibió. Contrapeso necesario para mantenerla en la humildad y temor santo de Dios.

En su Autobiografía ¹¹ nos cuenta la impresión que le causó de recién profesa un ejemplo que leyó en las Crónicas de la Orden, a saber: de un religioso que fue muy favorecido de Dios, pero al fin se ensoberbeció, apostató y se ahorcó. Todo ello le hizo temer mucho los favores de Dios, especialmente los que tuvieran reflejo al exterior y le granjearan muestras de deferencia por parte de la Comunidad.

Los temores de que tal vez era engañadora, falsaria, etc. eran tan persistentes, que más de una vez se vio precisado el P. Mariano a aquietarla en este punto ¹².

En la Autobiografía ¹³ nos dice Sor Angeles que a pesar de su trato casi continuo con Dios y con la Virgen, en sus relaciones con las criaturas cometía muchas faltas y padecía mucho por ello. Tales faltas le parecían graves por las circunstancias de los favores recibidos, y con la conciencia inquieta o manchada no se atrevía a comunicar con Dios directamente. Deseando sustraerse enteramente al pecado, pedía a Dios que le inculcase el santo temor, pues creía que sus faltas provenían de que no había visto en Dios más atributos que la Bondad y la Misericordia. Para ello pensaba en los novísimos, leía ejemplos de castigos terribles impuestos por Dios, tomaba del P. La Puen- te reflexiones terroríficas, etc., pero todo en vano, pues

11. *Autob.*, p. 115.

12. Véase, por ejemplo, el siguiente texto: «No has interpretado rectamente la razón de pedirte tus escritos, pues bien convencido estoy de que no eres ni jamás serás fingidora, mentirosa, ni hipócrita.» (Carta de 6-I-1912; *Itin.*, II, p. 177).

13. *Autob.*, p. 164.

Dios, por el contrario, le reveló los sentimientos de amor paternal que abrigaba hacia la humanidad pecadora.

* * *

Su don de infundir confianza a los atribulados

Por otra parte, Sor Angeles sufrió mucho físicamente durante toda su vida por causa de sus enfermedades y achaques. Hay que decir que tampoco se cuidaba demasiado. Hacía grandes abstinencias, mortificaciones y penitencias —al menos en los primeros años de su vida religiosa; después parece que fue más prudente, pero siempre fue descuidada para las cosas de la vida corporal, aunque las testigos reconocen que siempre andaba bien aseada y limpia, dentro de su pobreza—¹⁴. Pasaba grandes fríos —a los que era muy sensible—, sin procurarse alivio. Dormía muy poco. Sor Natividad nos dice que, gracias a los cuidados de la enfermera guipuzcoana Sor Visitación, pudo Sor Angeles alcanzar los 48 años.

De todas formas, M. Angeles conoció en grado sumo padecimientos y dolores violentos. Tanto, que decía que no le extrañaba que algunos enfermos —los que no tienen fe— desesperasen¹⁵. Por ello rogaba mucho por los enfermos y pedía se les encomendase¹⁶. Sor Natividad dice textualmente: «No siendo un alma tan espiritual y entregada a Dios por medio de una Esperanza firme en El mil veces se hubiera desesperado»¹⁷.

14. En su descargo tal vez haya que decir también que el P. Ocerín, que hacía mucho apostolado entre las monjas, impulsaba a éstas hacia una santidad de «grandes obras».

15. Testimonio de Sor Refugio, p. 10.

16. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 84.

17. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 83.

Pero de aquí aprendió a preocuparse de las enfermas y moribundas, a quienes atendía personalmente. Tenía especial gracia para infundir confianza en Dios, dice Sor Natividad¹⁸. Esta misma testigo le atribuye las siguientes palabras:

«Si me fuese dado reunir a todos los pecadores del mundo entero y predicarles un sermón de la confianza en Dios y en su Misericordia Divina, con qué gusto lo haría, persuadida que todos, absolutamente todos se habían de reconciliar con Dios y con la Iglesia»¹⁹.

Sobresalió en el cuidado de las enfermas —nos dicen también las testigos—²⁰.

Las monjas querían morir antes que ella para poder gozar de su asistencia en aquella hora²¹. «¡Qué dulce me parecía la muerte, con tal enfermera a la cabecera!»²².

Sor Natividad dice también:

«Mi santa Madre María de los Angeles siempre se manifestó animada de esperanza heroica. Reconociéndose desprovista de merecimientos propios para lograr la salvación eterna, confiaba en el Señor, y que por sus infinitos merecimientos de su vida, pasión y muerte afrentosísima y por su preciosísima sangre conseguiría su salvación eterna»²³.

«Varias veces la oí decir en las conferencias que me daba en particular hablándome de la confianza y esperanza en Dios, me decía que el alma tanto alcanza y consigue de Dios cuanta es su confianza y esperanza en El, que Dios no se deja vencer en generosidad por sus criaturas, que el mayor agravio

18. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 86.

19. Id. *ibid*.

20. Sor Natividad, I, p. 106; Sor Purísima, II, p. 33.

21. Sor Natividad, II, p. 54.

22. Id. *ibid*. — Vide también Sor Lourdes, p. 9.

23. Sor Natividad, II, p. 1. — Vide también Sor Purísima, I, p. 10.

que podemos inferir a Dios N. Señor es el no confiar en su Bondad y Misericordia»²⁴.

«La sierva de Dios tuvo siempre firme esperanza de conseguir por los infinitos méritos de Jesucristo la vida eterna demostrándolo con sus eficacísimas palabras y ejemplos»²⁵.

Sor Purísima recuerda también que en la plática de su toma de hábito habló tan altamente de la Bondad y Misericordia de Dios para con los pobrecitos pecadores, que infundió en su corazón una grande confianza en la infinita Bondad de Dios²⁶.

Infundía esta esperanza de una manera especial en las personas atribuladas, afligidas y enfermas, «como por experiencia pude ver en varias ocasiones», dice Sor Purísima²⁷.

Otra testigo nos habla de la tranquilidad y confianza que infundía a una que creía que se iba a condenar²⁸.

Pasaba grandes ratos consolando a las religiosas, dice Sor Concepción²⁹.

Esta misma Sor Concepción, que había sido conovicia suya, nos ha transmitido esta confidencia que le hizo a ella a solas la víspera de su muerte:

«La víspera de su muerte estuve un ratito con ella sola. Me dijo que estaba muy tranquila y que pronto estaría en la presencia de su Dios, y que entonces lo adoraría con la más profunda humildad como entonces pudiera. Tanta era la esperanza que tenía de llegar a gozar de su Dios. Y aseguro que esta misma gracia y confianza de poseer a Dios inculcaba a

24. Sor Natividad, II, p. 2.

25. Sor Purísima, I, p. 11.

26. Id. *ibid.*

27. Sor Purísima, I, p. 17.

28. Sor Lourdes, p. 9.

29. Sor Concepción, p. 13.

las almas que a ella acudían afligidas, y escrupulosas de su salvación, pues era muy compasiva y bondadosa para las almas afligidas»³⁰.

* * *

En el capítulo final del tratado *La Vida Espiritual* nos ha dejado la M. Sorazu una paráfrasis del salmo 21. Ve en él los misterios dolorosos que Dios le reserva para la hora final. El desamparo, la tentación de desesperación. No puede fiarse de sus obras, pues no ve más que pecados. Los espíritus infernales se han repartido sus ropas, es decir, sus obras, pues todas están llenas de imperfecciones. Pero la túnica de la gracia santificante es de Dios. Al echar suertes, la suerte ha declarado que el alma adornada con ella pertenece a Dios, a pesar del despojo de las obras buenas llevado a cabo por los malignos. Mal que les pese a los demonios, esta alma se salvará³¹.

* * *

Hoy corremos el peligro de desplazar el objeto de la esperanza a esta tierra. El peligro de olvidar la otra vida a la que estamos destinados. La fe en el progreso trata de convertirse en auténtico sucedáneo de la esperanza cristiana³². Pero la fe cristiana nos precave contra todas las pretensiones de absolutizar bienes temporales y nos avisa que nos guardemos de los nuevos ídolos, que cada época pretende crear. No podemos confundir las esperanzas humana con la esperanza cristiana. No podemos hacer de la esperanza algo enteramente inmanente a este mundo.

30. Sor Concepción, p. 9.

31. *La Vida Espiritual*, cap. 23, p. 322 (2.^a ed.).

32. Véase la Pastoral «Tiempo de Esperanza-Cuaresma 1978», de los Obispos de Pamplona-Tudela, Vitoria, Bilbao y San Sebastián.

Por otra parte, también es verdad que las aspiraciones por un mundo mejor y más justo no son elementos enteramente extraños a la esperanza teológica sino realizaciones parciales y anunciadoras del reino de Dios que será consumado en el futuro.

Pero nunca podemos identificar estos ideales con el objeto de la esperanza o hacer que suplanten a éste. La esperanza cristiana no alcanza su plenitud en la historia sino más allá de la historia, «al otro lado de la cortina», como nos ha dicho la epístola a los Hebreos.

También en esto la M. Sorazu es para nosotros un aviso y un recordatorio.

No tenemos aquí ciudad permanente³³.

La M. Angeles deseó los bienes eternos y confió en alcanzarlos por la infinita misericordia de Dios. Tentaciones en contra no le faltaron, como hemos visto. Pero las superó, y por eso mismo llegó a ser apóstol de la esperanza en torno suyo. Es significativo que los testigos subrayen tan unánimemente el don que tenía de inspirar confianza a las almas atribuladas, escrupulosas, a las enfermas y moribundas.

33. Cf. Hebr 11,14ss.

CAPÍTULO XX

CARIDAD DIVINA: AMOR TEOLÓGICO A DIOS

Que Dios nos ama y que busca nuestro amor: he aquí lo que se desprende con claridad meridiana de la Revelación.

Santa Teresa de Lisieux intuyó bien pronto esta verdad y consagró su vida a dar a Dios la respuesta de amor que El busca de nosotros. Así al morir pudo exclamar: «No me arrepiento de haberme entregado al amor»¹.

Las vidas de los Santos y de las almas que han sobresalido en el camino de la virtud son una prueba conmovedora de que el amor de Dios halla esta respuesta que El espera del hombre. La M. Sorazu es también un notable caso y muestra de ello.

Cuando a Cristo preguntaron cuál era el mayor mandamiento, contestó sin vacilar que el primero y más grande mandamiento es el del amor a Dios; y que el segundo —el del amor al prójimo— es semejante al primero².

Aquí está el meollo de toda la Revelación. La sustancia de la vida cristiana, la esencia de la santidad.

Dado el modo de ser limitado del hombre, suele advertirse con frecuencia una cierta tensión entre estos dos

1. «Novissima Verba»; *Obras de Santa Teresita del Niño Jesús*.

2. Mc 12,29-31.

polos (amor a Dios y amor al prójimo). Los verdaderamente santos siempre han sabido realizar la síntesis entre ambos. Pero en los demás no es raro observar un cierto unilateralismo. Todos hemos conocido seguramente un cierto tipo de Cristianismo muy marcadamente vertical, el cual no tenía la misma sensibilidad ante las necesidades humanas. La sobrina de M. Sorazu —Concepción— contaba con un cierto retintín que cuando ella quedó huérfana y desamparada, siendo aún niña, vinieron de la parroquia de Tolosa ciertos señores —miembros de alguna Congregación— muy preocupados de que no se extraviara, de que tuviera educación religiosa, etc. «¡Qué poco me preguntaron si tenía hambre!» —decía—.

Ilogícidades de éstas se han dado, sin duda. Y tal vez ello sea una de las causas de la reacción también exagerada que hoy se nota hacia el otro lado. El Papa Pablo VI en una de sus audiencias de los miércoles denunciaba el *horizontalismo* como el mayor peligro de los cristianos de hoy.

Hoy, en efecto, está bastante extendida una cierta tendencia a reducir el Cristianismo a un humanismo —cuando no a «liberaciones» puramente políticas o de signo económico—. Trabajar por acrecentar el bienestar intramundano del hombre: eso sería todo.

Es la nueva interpretación del Cristianismo, que quiere imponerse. Nada de otra vida ni de Dios ni de Cristo como Hijo de Dios encarnado. La Iglesia sería como una asociación filantrópica, una especie de Cruz Roja... La oración no tendría sentido, ni la vida contemplativa, ni aun la vida religiosa... Parece mentira que se haya podido llegar hasta esto, pero las pruebas de ello por desgracia abundan.

* * *

El amor desinteresado a Dios

En este capítulo trataremos de decir algo sobre el amor a Dios en Angeles Sorazu —muy resumido, sin duda, pues el tema es vastísimo—.

Angeles Sorazu, sea en unión con la Virgen o con los ángeles, con Cristo o inmediatamente con la Divinidad, se nos aparece siempre como un alma de trato íntimo con Dios. Para ella Dios es un ser personal, un Tú concreto y vivo, con el que mantiene relaciones constantes. Pero nunca perderá tampoco la reverencia suma, el respeto y el santo temor que se le debe.

La oración en último término es acto, ejercicio e incentivo del amor a Dios. Por eso es algo constitutivo de la vida cristiana y no un mero medio o práctica. Es en cierto modo el fin mismo. La oración llevada a sus más altos desarrollos llena toda la vida de la M. Sorazu.

Punto de capital importancia para la debida orientación de nuestra vida es que la persona acierte a salir de sí. Que ponga el centro de la atención y del amor fuera de sí. De lo contrario, será presa de su egoísmo.

Los cohetes lanzados en dirección a otro astro —la Luna, Marte, etc.— tienen que vencer al principio la fuerza de atracción de la Tierra. Una vez vencida ésta, se dirigen raudos a su destino. Este es todo un símbolo de lo que le pasa al hombre en el camino espiritual: la principal dificultad radica en salir de sí, en vencer la atracción del yo.

La conducta seguida por Dios con Sor Angeles durante la época de purgación (1893-1894) contribuyó sin duda a desprenderla de sí y le sirvió para orientar su vida en la debida dirección. Bajo la acción de la luz purgativa Sor Angeles sentía —y lo ha dejado descrito en páginas impresionantes— que Dios la rechazaba, que era abominable

ante El por sus faltas. Más tarde, al rechazo sucedió la indiferencia, no menos dolorosa: Dios no se acordaba de ella, la tenía olvidada, había sido su Padre pero ya no lo era, etc.

Estos desprecios de Dios —por hablar de alguna manera, pues así se expresa ella—, junto con la acción secreta de la gracia y el magisterio de la Virgen, sirvieron para desarrollar en ella de un modo maravilloso el amor desinteresado a Dios: el amarle por ser quien es. Este aspecto está muy bella y largamente contado en sus libros, y parece necesario indicarlo por la relación directa que tiene con la caridad.

Toda la vida de M. Sorazu es vida enteramente vuelta a Dios, como el girasol que siempre mira al sol —por servirnos de un ejemplo que le gustaba citar³—. Vivía en la mayor pobreza, abstracción de criaturas, toda vuelta a El. Decía que para poseer al Todo es preciso dejarlo todo. Así lo había experimentado, y lo cumplió y practicó.

Una frase que también repetía —tomada, al parecer, de la *Mística Ciudad*— es la agustiniana de que el alma vive más donde ama que donde anima. Así le ocurría a ella. Vivía en un gran desapego de las cosas de la tierra⁴. Vivía abismada en Dios, todo lo hacía por amor a El⁵. Vivía más en Dios que en las cosas de la tierra, tenía que hacerse violencia para atender a las cosas materiales⁶.

En la Autobiografía nos cuenta⁷ que allá por Mayo de 1908 padeció una grave enfermedad y que ofreció todos sus padecimientos —que fueron grandes— por los siguientes motivos: en agradecimiento a la Trinidad por los dones y privilegios que concedió a la Virgen, agrade-

3. Cf. *Autob.*, p. 151.

4. Testimonio de Sor Concepción, p. 8.

5. Testimonio de Sor Concepción, p. 28.

6. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 3.

7. *Autob.*, p. 339.

cimiento a la Virgen por los beneficios dispensados a ella —a Sor Angeles—, en agradecimiento al Padre por los tesoros que desde toda la eternidad comunica al Verbo y por los que comunica a la santa Humanidad en la Encarnación. Salta a la vista el ejercicio de la más pura caridad que estos actos suponen. Dios en correspondencia se le mostraba como obligado a consolarla y a favorecerla porque se había entregado sin reservas a su santo amor y servicio desde jovencita.

Conocido es también el episodio que cuenta como ocurrido cuando se hallaba en el convento de Jesús-María⁸. Alguna monja le dijo que Jesús no quiere a las viejas, y que cuando ella sea vieja, también a ella la abandonará. Sor Angeles expuso al Señor en la oración sus cuidados sobre su porvenir si su Bondad divina la abandonaba en la ancianidad, después de haberle tenido entretenida con El, sin más amistad ni relaciones que las suyas, en su juventud. A lo que Dios le significó que siempre sería con ella El mismo. Que eso otro les pasa a las que le sirven con reservas. Después de haber pasado su juventud en pasatiempos y goces terrenales, se dedican a su amor y servicio cuando agotadas sus energías no están más que para cuidarse, y buscan siempre sus intereses personales...

Sor Angeles sentía —a ratos con más viveza— la presencia de Dios en la naturaleza, lo que contribuía mucho a elevarla a su amor. También sobre esto hay muchos y bellos datos en la Autobiografía⁹. Así nos habla del canto de las ranas, que la elevaba a Dios cuando se hallaba en el convento de Jesús-María¹⁰. Del canto de la codorniz, cuando regresó de allí¹¹. Otra expresión suya, que se

8. *Autob.*, p. 190.

9. Véase, por ejemplo, la descripción del estado de unión después de la entrega de Dios: *Autob.*, p. 112ss.

10. *Autob.*, p. 129.

11. *Autob.*, p. 148.

halla en la Autobiografía¹² y repiten los testigos¹³ es que veía a Dios hasta en las tejas del tejado. «En todas las criaturas, hasta en las causas naturales de los animales veía algún rasgo de Dios»¹⁴.

Por efecto de esta su intimidad con Dios y de la experiencia de su bondad, el mundo de los humanos se le hacía extraño y frío¹⁵. La corteza dura de las criaturas le producía una impresión penosa. Pero este sufrimiento era mucho mayor y subía de punto al tratarse del Director. Le parecía que la misma bondad que experimentaba en el trato directo con Dios debía ver reflejada en su representante visible. Más de una vez se le quejó de ello al P. Mariano¹⁶.

Por otra parte, ella tenía conciencia bien clara de que con estas almas a quienes ha favorecido con sus gracias de predilección Dios es Celoso, quiere ser amado El solo, las quiere enteramente para Sí y no les permite otros afectos¹⁷.

Con la entrega de la Sma. Trinidad de 11 de Junio de 1911 se inaugura en la M. Sorazu el grado místico llamado el matrimonio espiritual. Dicha entrega tuvo lugar en la víspera de la fiesta de la Sma. Trinidad. Entonces se inaugura en ella un período de relaciones con las tres divinas Personas. Le parecía vivir en una fiesta perpetua de la Sma. Trinidad¹⁸. Amar será de hoy más su ejercicio. Amar a Dios con el amor que el mismo Dios

12. *Autob.*, p. 353.

13. Testimonio de Sor Lourdes, p. 2.

14. Testimonio de Sor Consolación, p. 19.

15. *La Vida Espiritual*, cap. 17, p. 177 (2.^a ed.).

16. *La Vida Espiritual*, cap. 17, p. 179 (2.^a ed.); cf. VILLASANTE, *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu*, I, p. 261.

17. Testimonio de Sor Lourdes, p. 20; *La Vida Espiritual*, cap. 17, p. 178 (2.^a ed.).

18. *La Vida Espiritual*, cap. 15, p. 153 (2.^a ed.).

le presta. Algunos dibujos que la sierva de Dios nos ha dejado tratan de representar este estado: «Sub umbra illius quem desideraveram sedi», etc.

La participación de los atributos divinos

En este estado M. Sorazu recibirá mercedes altísimas, como son los toques sustanciales que la introducen en la participación de los atributos divinos. Páginas sublimes nos ha dejado sobre esta participación en su libro *La Vida Espiritual*. Estos toques le proporcionaban nuevos ojos y nuevo amor¹⁹.

He aquí algunos atributos de los que nos habla: la Verdad²⁰, La Voluntad²¹, la Caridad²², la Fecundidad²³, la Bondad²⁴, la Justicia, la Misericordia, la Aseidad, etc. Estos toques sustanciales y noticias sustanciales producen en ella un ansia cada vez más insaciable de la visión beatífica²⁵.

Estos toques sustanciales producen en el alma placer y pena simultáneos e insoportables²⁶ y arrancan de ella profundos gemidos dolorosos a la naturaleza y perjudiciales a la salud.

Esta vida mística descomponía su organismo. Ella misma escribió que no podía tener salud mientras supiera que existe Dios. Se le paralizaba el organismo nada más po-

19. *La Vida Espiritual*, cap. 18, p. 193 (2.^a ed.).

20. *La Vida Espiritual*, cap. 18, p. 198.

21. *La Vida Espiritual*, cap. 19, p. 212.

22. *La Vida Espiritual*, cap. 19, p. 213.

23. *La Vida Espiritual*, cap. 19, p. 215.

24. *La Vida Espiritual*, cap. 19, p. 229.

25. *La Vida Espiritual*, cap. 18, p. 196; cap. 19, p. 223.

26. *La Vida Espiritual*, cap. 18, p. 194.

nerse a hacer un coloquio o ejercicio piadoso, nos dice Sor Lourdes ²⁷.

Como dijo San Juan de la Cruz, el cauterio hace llaga y cura la llaga llagando más, hasta que sea todo llaga y al fin se rompa la tela del cuerpo que aún le separa de Dios. Cuando está toda llagada, está toda sanada, porque está transformada en amor ²⁸.

Este amor le quitó la vida, nos dice Sor Natividad ²⁹.

* * *

El afecto de complacencia

Uno de los rasgos más típicos de la caridad de M. Angeles es lo que ella llama el afecto de complacencia. Es decir, el gozarse en las perfecciones de Dios, el desear todo bien para su amado y ser feliz con la felicidad de El. Son innumerables los textos o lugares de sus escritos en que de modo sobresaliente campea esta nota de purísimo amor ³⁰.

También las testigos dan fe de este rasgo. Así, por ejemplo, Sor Natividad nos habla expresamente del afecto de complacencia ³¹. Nos dice que Sor Angeles daba gracias a Dios por sus atributos ³². Que su gozo era que Dios sea el que es ³³, etc.

27. Testimonio de Sor Lourdes, p. 10.

28. Llama n. 6, 7.

29. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 100.

30. Véanse algunos lugares: *Autob.*, p. 354ss; *La Vida Espiritual*, cap. 20, p. 254; «Conceptos sobre el misterio de la Sma. Trinidad», VILLASANTE, *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu*, vol. II, p. 144 (Apéndice Documental n.º 160).

31. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 98.

32. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 114.

33. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 2.

Todas las testigos nos hablan también de sus pláticas, tanto de las que hacía a la Comunidad como de las que dirigía en particular a algunas religiosas. Acerca de estas pláticas dice Sor Natividad: Hablaba sobre los atributos de Dios³⁴; sabía adaptarse a los alcances de las oyentes³⁵. «Sólo Dios puede infundir sabiduría tan divina. ¡Si hubiera tenido otros oyentes!», exclama la misma Sor Natividad³⁶.

Sor María Refugio dice³⁷: «Todas sus pláticas y conversaciones eran de Dios, del amor a nuestra Purísima Madre y a las virtudes, con mucho amor y unción, que se nos hacía muy corto el tiempo. Nunca nos cansábamos de oír cosas tan divinas como nos decía, haciéndonos fácil y amable el camino de la virtud... Todas sus palabras alentaban mucho, dando paz, tranquilidad al alma, o según en la necesidad que una se encontraba, teniendo gracia especial para infundir confianza en Dios Nuestro Señor».

Daba gusto oír cómo explicaba la Sagrada Escritura, dice Sor Concepción³⁸. Sentía deseo de comunicar tantas cosas divinas como tenía en su mente para provecho de otros, asegura la misma³⁹. Sor Natividad hace observar que como no había luz mientras hablaba, no se podía escribir lo que decía⁴⁰.

Sor M.^a Lourdes atestigua⁴¹: «Al despertar tenía costumbre de decir: Dios mío, Dios mío, vaciarme de todo lo terreno y llenarme de vos, pues continuamente estaba en su presencia y se desataba en actos de Fe, Esperanza y Caridad. Estaba tan endiosada y tan intensamente le amaba,

34. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 95.

35. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 59.

36. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 14.

37. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 13.

38. Testimonio de Sor Concepción, p. 29.

39. Testimonio de Sor Concepción, p. 8.

40. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 51.

41. Testimonio de Sor Lurdes, p. 1.

que parecía un Serafín. Sólo el verla daba recogimiento. La gustaba contemplar el firmamento, y decía: todo me habla de Dios, hasta las tejas, y deseando que nosotras voláramos por el camino de la perfección nos aconsejaba que imitáramos al girasol que siempre está frente al Sol»...

* * *

A muchas reflexiones se presta la vida de la M. Angeles Sorazu. Sólo haremos una: que Dios quiere ser amado de sus criaturas racionales, que busca su amor. El nos ama y quiere ser correspondido por nosotros. Esta es la sustancia y el meollo y el sentido de la Revelación. El amor es en definitiva el valor supremo que cuenta ante Dios.

CAPÍTULO XXI

CARIDAD FRATERNA

Cuando aquel escriba preguntó al Señor cuál era el mayor mandamiento, el Señor contestó algo que no se le había preguntado. A continuación del amor de Dios puso el amor al prójimo¹.

Y no hay quien ignore que en la última Cena dejó a sus discípulos el mandato del amor fraterno como su recomendación más apremiante, como su testamento, su mandamiento nuevo: «Amaos los unos a los otros como Yo os he amado»².

En este «Como Yo os he amado» estriba la novedad y singularidad de la caridad cristiana. Con Cristo, en efecto, ha aparecido en la tierra algo nuevo y desconocido hasta entonces: el amor de Dios —que es el lazo de unión de las tres Personas divinas en la Trinidad—, ha irrumpido fuera y buscado a la criatura para amarla con amor que no se justifica ni explica con los conocidos módulos del interés o provecho, de méritos o cualidades nuestras. Es otra cosa. Es amor puro, divino, es Caridad. Este amor divino, nuevo y desinteresado, del que Cristo nos

1. Cf. Mc 12,28ss.

2. Jo 13,34.

ha dado pruebas tan conmovedoras, ha sido plantado por El en nuestros corazones para que a su vez lo irradiemos en el mundo en nuestras relaciones mutuas. Jesús lo ha puesto como el distintivo y la característica del cristiano: En esto conocerán todos que sois mis discípulos³.

El amor con que Dios nos ha amado y que es atributo de la Trinidad debe resplandecer en el amor fraterno de los creyentes. San Juan dirá que esta es la señal de que hemos pasado de muerte a vida⁴.

* * *

Cómo desplegó la caridad en su entorno

La verdadera caridad y amor al prójimo que ardió en la M. Angeles aparece muy puesta de relieve en los testimonios de las que la conocieron y trataron. Espigaremos algunos datos entre lo mucho que hallamos.

El primer pecado de que tenía conciencia parece que consistió en un mal juicio que formó internamente cuando tenía dos años, hallándose aún en brazos de su madre, respecto a una mujer que habló mal de otra persona. Esto debió de ocurrir cuando vivían en Cestona por causa de la guerra civil⁵. Por este pecado empezaba siempre sus confesiones generales.

Cuando entró en el convento se encontró con una Comunidad dividida en bandos y un tanto relajada. Sor Angeles no hacía distinción, y así pertenecía a ambos bandos, pero esto le creaba situaciones difíciles⁶. No había recreación en común. Cada religiosa se reunía con su amiga

3. Jo 13,35.

4. 1 Jo 3,14; 3,18; 4,21.

5. Testimonio de Sor M.^a Consolación, p. 1.

6. Cf. *Autob.*, p. 202.

y pasaban las horas libres charlando, visitándose mutuamente en la celda ⁷.

Cuando se acercaba el día de la profesión de Sor Angeles, dos religiosas le participaron su intención de venir a su celda a charlar, y aun le pusieron tres o cuatro sillas. Ella retiró todas las sillas menos una, con lo cual las interesadas se dieron por aludidas, y la dejaron en paz ⁸.

Ansiaba la reforma de los abusos, la observancia de la Regla y el que se llevase una vida religiosa más auténtica. No obstante, durante muchos años, no viendo el modo de conseguirlo, se mantenía a igual distancia de unas y otras, siendo un poco el paño de lágrimas de las más infortunadas ⁹.

Si no secundó las iniciativas reformadoras del P. Ocerin —lo cual le valió una reprensión de éste—, fue porque veía claro que con ello se iba a acentuar aún más la desunión de la Comunidad. Hay que tener en cuenta que por aquella época ella era una simple súbdita y no veía el modo de cambiar la situación. Más adelante, procediendo con tacto, conseguirá llevar su amada Comunidad a un alto grado de observancia y perfección religiosa. Aun antes de ser Abadesa puso las bases trabajando en la formación de las religiosas jóvenes.

Si el conseguir la unión entre los hombres es obra de Dios, como dice la Escritura ¹⁰, esta obra de Dios resplandeció claramente en la vida de M. Angeles, que logró transformar su amada Comunidad. La M. Angeles llegó a convertir el convento en un paraíso, dice Sor Natividad ¹¹.

7. *Autob.*, p. 47.

8. *Autob.*, p. 48.

9. *Autob.*, p. 202.

10. Cf. Is 66,18-21.

11. Sor Natividad, Testimonio 2.º, p. 67.

El alma verdaderamente cristiana no se preocupa sólo de su salvación y santificación, sino también de la de los otros. Esto aparece con gran relieve en la vida de la M. Sorazu.

En los primeros años de su vida religiosa pedía a Dios que enviase numerosas vocaciones a la Comunidad. Quería que aumentase el número de las religiosas, pues a la sazón eran muy pocas, y siendo pocas no se podía cumplir debidamente la Regla. Dios escuchó sus peticiones. El número de religiosas fue en aumento, y Sor Angeles trabajó preferentemente en la formación de las nuevas, es decir, de las jóvenes.

Por aquellos años Sor Angeles tuvo el oficio de tornera, que le daba ocasión para tratar con la gente de fuera. Venían pobres a pedir al torno. Ella se ingeniaba para no despachar a ninguno sin algún alivio o remedio, aun privándose de lo que se le daba para su propio sustento.

La situación interna de la Comunidad y su postura de ser de todos y de nadie, le creaba situaciones delicadas, y a veces cometía algunas faltas contra la caridad, lo cual sentía muchísimo. En la Autobiografía hay más de un episodio sobre incidentes de este tipo¹². Si había incurrido en alguna falta o crítica, tenía que retractarse; de lo contrario no podía orar. Si había dado oídos a críticas contra alguna, tenía que ir a las que así habían hablado y exponerles sus sentimientos de caridad para con aquella religiosa.

No dejaba hablar mal de nadie. Así todas acabaron comprendiendo que con ella tenían las espaldas seguras¹³.

* * *

Después que fue Abadesa, desplegó su caridad y celo en elevar y mejorar su amada Comunidad bajo todos los

12. Cf. *Autob.*, pp. 201ss, 236ss, 352.

13. Sor Natividad, Testimonio 1.º, p. 135.

aspectos, a pesar de la extrema pobreza del convento y sin arredrarse por las oposiciones, que no le faltaron.

Ni su caridad y celo se limitaba a las de dentro. A un hombre que se hallaba sin trabajo, por ayudarlo, le encargó el arreglo del tejado¹⁴.

Otro hombre que trabajaba para el convento solía venir acompañado de un hijo suyo menor de edad, en calidad de ayudante. La M. Angeles, compadecida de su corta edad, le daba siempre merienda¹⁵.

No le gustaba escribir cartas de mero cumplimiento; pero si se trataba de acudir a una necesidad, no dejaba de hacerlo¹⁶.

Incluso venían a pedirle consejo y consuelo personas de fuera, y las atendía.

Escribía también a sus familiares, madre, etc., aunque no con mucha frecuencia¹⁷.

Sor Concepción, que fue connovicia suya y por tanto la conoció durante toda su vida religiosa, nos habla de su celo por traer almas a Dios¹⁸. Trabajó asimismo por la implantación de los Jueves Eucarísticos en Tolosa y en Valladolid.

Pero sobre todo el orar por los demás, el encomendar a Dios los pecadores, pedir la conversión, interesarse ante Dios por las necesidades de la Iglesia, era algo que sen-

14. Testimonio de Sor Lourdes, p. 14/18.

15. Sor Natividad, Testimonio 3.º, p. 64.

16. Testimonio de Sor Concepción, p. 13.

17. En el semanario vasco *Argia* n.º de 18-X-1925 se reproducen unas breves frases en vasco escritas por M. Angeles a una tía suya. El autor del artículo firma Odieta. Dicho autor habla de cartas familiares y de cartas a D. Manuel Beobide que era párroco de Zumaya. Sor Angeles mantuvo también correspondencia con su hermano franciscano.

18. Testimonio de Sor Concepción, p. 29.

tía muy al vivo y practicaba e inculcaba a sus religiosas. Lo afirman así las testigos unánimemente.

Aconsejaba ofrecer los trabajos y oraciones en desagravio y por la conversión de los pecadores, dice Sor Refugio¹⁹. Incluso a las preocupadas les daba este remedio: que pidieran la conversión de los pecadores²⁰.

Don de consolar a las atribuladas

Uno de los rasgos de M. Sorazu, en que coinciden todas las testigos, es su don de consolar a las afligidas, atribuladas, escrupulosas, en asistir a las enfermas, moribundas, etc. No podía ver que nadie sufriera, dice Sor Refugio²¹. Tenía esperanza y sabía infundirla, afirma Sor Lourdes²². Esta misma Sor Lourdes se admira de cómo podía soportar tanta impertinencia de monjas escrupulosas que acudían a ella²³. Bien es verdad que algunas veces, como tenía que escribir y no la dejaban en paz, cambiaba de sitio para que no supieran dónde estaba²⁴.

En consolar enfermas y atribuladas pasaba muchísimo tiempo, dice Sor M.^a Consolación²⁵. Y Sor Lourdes: Era sumamente paciente en oír y consolar²⁶. Compasiva con las almas escrupulosas y afligidas; pasaba grandes ratos consolando²⁷. Infundía esperanza a las atribuladas y enfermas²⁸.

19. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 7.

20. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 13.

21. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 17.

22. Testimonio de Sor Lourdes, p. 8.

23. Testimonio de Sor Lourdes, p. 14/18.

24. Testimonio de Sor Lourdes, p. 10.

25. Testimonio de Sor M.^a Consolación, p. 8.

26. Testimonio de Sor Lourdes, p. 12.

27. Testimonio de Sor Concepción, p. 13.

28. Testimonio de Sor Purísima, 1.^o, p. 17.

Estando en Ejercicios, Sor Concepción le escribió una carta en que exponía su situación de desolación interior. Al punto M. Angeles le contestó por escrito²⁹. Sor M.^a Lourdes trae también otra carta escrita en Ejercicios a una atribulada: le dice que no se asfixie en sí, que salga de sí³⁰.

Sobre todo cuando había en casa enfermas graves y moribundas, no se apartaba de su lado. Las monjas decían que querían morir antes que ella para tener la felicidad de ser atendidas y asistidas por ella en este trance. Precisamente una de las monjas que le fue poco adicta murió antes que ella, y en su enfermedad no quería que la Madre se apartase de su lado.

«Si se la recuerda tanto, es por ese amor y caridad tan verdadera que tenía», dice Sor Refugio³¹. Hablaba bien de todas las religiosas³². Amaba a todas en general y a cada una en particular con amor muy entrañable, trabajando por la santificación de nuestras almas, afirma también la misma³³.

A los familiares de una religiosa se les quemó la casa. La M. Angeles les envió algunos colchones y ayudas³⁴.

Sor M.^a Refugio cuenta cómo, a raíz de entrar ella religiosa, sin que hubiera dicho nada a M. Angeles, ésta encargó que le hicieran una almohadilla de lana que pudiera utilizar cuando estuviera de rodillas. Efectivamente tenía alguna debilidad o principio de dolencia, pero no se lo había manifestado³⁵.

29. Testimonio de Sor Concepción, p. 13.

30. Testimonio de Sor Lourdes, p. 13-14.

31. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 19.

32. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 28.

33. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 28-29.

34. Testimonio de Sor Natividad, 3.^o, p. 67.

35. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 19.

No permitía que se faltase a la caridad con el prójimo ³⁶.

Otro rasgo que la caracterizaba: era agradecida a los beneficios ³⁷.

Cuando la caridad o necesidad lo exigía, hablaba, aun en horas de silencio ³⁸. A dos religiosas que no se llevaban bien, las reconcilió ³⁹. A pesar de sus enfermedades, era afable para atender a sus hijas ⁴⁰. Se hacía a todos los caracteres ⁴¹. Pasó la vida haciendo bien a amigos y enemigos ⁴².

Se captaba las simpatías ⁴³. Era afable y simpática ⁴⁴. En Navidad tocaba el tambor y lo hacía con mucha gracia ⁴⁵. En la recreación sabía poner alegría ⁴⁶.

Generosa en repartir sus dones

Otro rasgo muy acusado de su perfil espiritual: su alma atesoraba grandes riquezas espirituales. Pues bien: era generosa en repartir estas riquezas para enriquecer a otros. Todas las testigos hablan con admiración de las pláticas que dirigía a la Comunidad y aun a veces a religiosas en particular. Estas pláticas eran larguísimas. A veces duraban hasta dos horas. Versaban sobre Dios, la Virgen, las

36. Testimonio de Sor Purísima, 2.º, p. 19; cf. Sor Natividad, I, pp. 78, 106.

37. Sor Purísima, 2.º, p. 38; Sor Concepción, p. 22; Sor Consolación, p. 12.

38. Sor Consolación, p. 16.

39. Sor Consolación, p. 9.

40. Sor M.º Refugio, p. 16.

41. Sor Consolación, p. 28.

42. Sor Lourdes, p. 11.

43. Sor Lourdes, p. 14/18.

44. Sor Lourdes, p. 19.

45. Sor Lourdes, p. 19.

46. Sor Lourdes, p. 18.

fiestas del año, etc. Se desprendía en bien de todos de lo que atesoraba ⁴⁷.

Sabía que las gracias no se le habían dado para ella sola. Alguna vez que las monjas se refirieron a los favores o regalos divinos que recibía, ella respondió que, si en su mano estuviera, a todas haría partícipes de dichos regalos y bienes divinos ⁴⁸.

En fin, es indecible el interés que ponía por la santificación de las religiosas ⁴⁹.

Pagaba las ofensas con beneficios ⁵⁰. No faltaría a nadie ni de palabra ni de obra ⁵¹. Sentía los bienes y los males de otros ⁵². A cada una honraba según su dignidad ⁵³. Con todo, no dejaba pasar las faltas sin coregir ⁵⁴. En el locutorio sabía cortar con gracia las visitas que se alargaban demasiado ⁵⁵. No dejaba de advertir lo que veía era necesario ⁵⁶. A una que no rezaba con la debida atención le dijo: «¡Qué poquito amor de Dios tiene!» ⁵⁷. Vencía todos los respetos humanos ⁵⁸.

Se presentaba siempre limpia, aseada, aunque pobre. El convento quería también que estuviese siempre limpio, aunque pobre.

* * *

-
47. Sor Refugio, p. 17.
48. Sor Refugio, p. 14.
49. Sor Refugio, p. 14.
50. Sor Purísima, II, p. 33.
51. Sor Refugio, p. 16.
52. Sor Concepción, p. 17.
53. Sor Concepción, p. 22.
54. Sor Lourdes, p. 15.
55. Sor Lourdes, p. 14/18.
56. Sor Refugio, p. 22.
57. Sor Purísima, 1.º, p. 22.
58. Sor Concepción, p. 22.

Su conducta ante las persecuciones

No obstante lo dicho, hay que añadir algo más, sin lo cual quedaría esto incompleto. M. Angeles conoció la contradicción, las persecuciones, la difamación, los insultos, ultrajes e injurias. Es en la conducta que observó ante estas contrariedades donde más inequívocamente se evidenció su virtud y caridad heroica.

Por los informes de Sor Natividad se deduce que dos o tres religiosas de la Comunidad se le oponían. Añádase que el segundo director, después que su dirección con la M. Angeles entró en crisis —por las razones que dijimos—, promovió campañas contra ella.

A este sacerdote parece referirse el dato que nos proporciona Sor M.^a Consolación:

«Una persona muy respetable creyó o pareció creer de ella una cosa muy indigna, y en una ocasión en que nos hablaba de esta persona —con motivo de su fallecimiento, un Sr. sacerdote—, la R.M. Angeles se deshizo en alabanzas de esta persona, que en verdad las merecía, pero así demostró no tener ningún resentimiento aun cuando a ella la hubo mortificado siendo inocente. Sobre este caso oí a una religiosa mejor enterada que servidora, que bastaba ver cómo sobrellevó nuestra querida Madre esta tribulación para decir que era una Santa»⁵⁹.

Estas campañas también hallaban eco en algunas religiosas de la Comunidad, que se pusieron en contra y la ultrajaban; pero la Comunidad no lo sabía, y ella ocultaba todo. Urdían maquinaciones, sirviéndose de personas de fuera, etc.⁶⁰.

59. Sor M.^a Consolación, p. 9-10.

60. Sor Natividad, 1.^o, p. 108-109.

El verse luego privada de su tercer director por la autoridad eclesiástica fue igualmente ocasión para persecuciones y campañas contra ella.

Pero su conducta mansa y sufrida hizo que a la postre todo redundara en mayor honra de ella.

Más adelante, como también dijimos, una de las religiosas jóvenes recibidas por ella le dio serios disgustos.

Sor M.^a Consolación trae también este dato: Con motivo de una obra de celo que M. Angeles traía entre manos, recibió una carta de un Sacerdote que tomó a mal que ella tomara parte en aquella obra, y le dirigía algunas frases duras que ella sintió mucho. Una religiosa, a quien mostró la carta, le dijo: —Madre, a esa carta contesto yo. —De ninguna manera, dijo la Madre, y lo sufrió sin ninguna queja ⁶¹.

Siempre supo refrenar la ira, ser dulce, afirma Sor Concepción ⁶².

María Antonia —alias Ovidia— Navarro, que entró monja en 1919 y salió en 1928, decía que creía sinceramente que M. Angeles era un alma santa, de verdaderas y auténticas virtudes. Que como superiora trataba muy bien a las monjas. Decía también que si hubiera vivido la M. Angeles ella no hubiera salido del convento. Que era muy madre. Que en los recreos era muy alegre, etc.

Su última recomendación, en la plática que dirigió a la Comunidad al recibir el viático, fue sobre la caridad, tomando pie de la oración sacerdotal de Jesús ⁶³.

* * *

61. Sor Consolación, p. 10.

62. Sor Concepción, p. 27.

63. Sor Natividad, 1.^o, p. 111.

H. de Lubac ha podido hablar de ausencia de auténtico encuentro en nuestra sociedad de hoy, lo que quiere decir ausencia de amor al prójimo⁶⁴.

Por un lado, se quiere hacer caso omiso del amor a Dios so pretexto de que hay que amar al prójimo, pero luego el mismo amor al prójimo se desvirtúa y disuelve en sucedáneos que en modo alguno pueden suplir a la verdadera caridad. La organización de la beneficencia, los planes para mejorar las condiciones materiales de la vida sin duda están bien, pero no bastan, porque no llegan a este encuentro personal con el hombre.

Por esto, el tener presente la imagen de la verdadera caridad, tal como se nos ofrece en las semblanzas de las almas santas, nos es hoy más necesario que nunca a fin de que nos guardemos de indebidas reducciones, sucedáneos y aun falsificaciones.

64. H. DE LUBAC, *Las iglesias particulares en la Iglesia Universal*; Ediciones Sígueme, 1974, Salamanca, p. 220 nota.

CAPÍTULO XXII

VIRTUDES CARDINALES Y MORALES

La misión más alta del hombre y de la mujer —ha dicho Isabel Sánchez— es la santidad. En la Iglesia los hombres más promocionados no son los teólogos, ni los sacerdotes, ni el Papa: son los santos.

La existencia entera de Sor Angeles —como nos lo dice su connovia Sor Concepción— fue una «vida toda enderezada a la propia santificación y a la adquisición de los bienes eternos»¹.

También el tema de la santidad parece haberse vuelto hoy problema. En efecto, una cierta insistencia en el esfuerzo ascético tiene el peligro de inducir a un como pelagianismo práctico, como si la santidad hubiera de ser fruto de nuestras diligencias y no don de Dios. Mas la actitud contraria está asimismo expuesta al peligro del quietismo, como si uno no tuviera nada que hacer en este negocio. Cualquier desplazamiento de acentos puede romper el debido equilibrio.

También en este punto Angeles Sorazu parece mantenerse en el fiel, sea por intuición cristiana, sea por esa «unción» que guía a las almas.

1. Testimonio de Sor Concepción, p. 18.

Lo que no se puede negar, lo que en Sor Angeles destaca con trazos firmes, es la preocupación por conformar la propia vida con las exigencias de la ley de Dios.

En este capítulo, más aún que en los otros, nos interesa saber qué es lo que piensan las religiosas que la conocieron y fueron testigos de su vida, y así procuraremos dejarles hablar a ellas.

Como la materia es vasta, con el fin de evitar la dispersión, aunque sea un poco convencionalmente, ordenamos el tema según el consabido esquema de las cuatro virtudes cardinales: I *Prudencia*, II *Justicia*, III *Fortaleza*, IV *Templanza*. Comprendemos que este encasillado tiene algo de artificial. Ciertos hechos lo mismo cabría ponerlos en una casilla que en otra, mientras que otros en ninguna encajan si no es tomando estos nombres en un sentido muy amplio y con óptica cristiana. De todos modos, nosotros no le damos al esquema más valor que el de servir de pauta para la exposición.

I. — PRUDENCIA

Bajo este epígrafe queremos registrar ciertos rasgos o facetas del alma de Sor Angeles que aparecen señalados por las religiosas que escribieron testimonios sobre ella, y que de una u otra manera dicen relación con esta virtud cardinal.

Y sea la primera

La preocupación por la verdad

Es un rasgo que en el perfil espiritual de Sor Angeles sobresale muy notablemente.

Era «veracísima». Por dos veces subraya este extremo Sor M.^a Consolación Ipiña en su testimonio:

«Todo lo que ella refiere en la Autobiografía sobre su amor a Dios y demás lo creo, porque era veracísima e incapaz de engañar a sus Confesores»².

«Me remito a sus escritos en los que se reflejan su alma y su espíritu, y yo los creo todo verdaderos por ser la M. Angeles veracísima, ingenua y sencilla, incapaz de engañar a sus Confesores, ni estampar en el papel nada que no fuese verdad o que a ella le pareciera tal. Siempre escribió por obediencia y con grandísima repugnancia, y muchas veces nos manifestó la grande violencia que tenía que hacerse para escribir»³.

Efectivamente, este rasgo de su alma destaca con un relieve impresionante, y así puede comprobarlo quienquiera que lea sus obras y especialmente su extensa correspondencia espiritual.

El hecho de que un poco a su pesar —por hablar de alguna manera— fuera como perseguida por las gracias extraordinarias —de las que se creía totalmente indigna— contribuyó sin duda a afinar en ella esta pasión por la verdad. Temía caer en engaño o ilusión, y a las veces se encastillaba, por así decir, en una actitud de incredulidad.

Por esta razón no quería que el Director aceptase las cosas sin previo examen:

«Si el Director, sin previo examen, cree lo que le dice el alma, además de exponerse a sufrir un engaño, acentúa los temores y dudas de la interesada, porque se fía tan poco del criterio del Director como del propio, y a veces menos. Las almas favorecidas con gracias extraordinarias temen más a los Directores fáciles en creer cuanto se les dice, que al mismo demonio. Y a la verdad que son temibles; y doblemente

2. Testimonio de Sor Consolación, p. 16-18.

3. Testimonio de Sor Concepción, p. 26.

temibles si a su credulidad se agrega la curiosidad y afición a las vías extraordinarias y comunicaciones sobrenaturales»⁴.

En su lugar hicimos alusión a la crisis dolorosa que por esta causa le tocó pasar también con su quinto Director, por lo que aquí no insistimos más en ello.

Sor Natividad nos informa asimismo:

«En el trato con las religiosas y con los seculares fue sincerísima y verdadera, como enseñada en la escuela del Santo Evangelio, que dice: Sed sencillos como las palomas y prudentes como las serpientes. Nuestra madre tenía un candor de niña angelical. Su trato era agradabilísimo»⁵.

En la correspondencia mantenida con el P. Mariano aflora con frecuencia la preocupación por vivir en la verdad y huir de todo lo que sea objetiva o subjetivamente falso. Esta preocupación es muy típica en la M. Sorazu. Véanse algunos lugares:

— Dios le mostró la Verdad para que fuese hija de la Verdad⁶.

— Se siente llevada a vivir en el terreno de la verdad⁷.

— Su deseo es vivir en la verdad⁸.

— Su deseo es conocer la verdad⁹. Etc.

Ponderada y reflexiva

Otro rasgo que tiene que ver con la Prudencia y que aparece largamente atestiguado por las informantes, es el de que sabía prever, ponderar y pesar las cosas.

4. Apéndice sobre la dirección en *La Vida Espiritual*; 2.^a ed., p. 343.

5. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 124.

6. Carta de 21-VII-1910; *Itin.*, I, p. 31.

7. Carta de 12-VIII-1910; *Itin.*, I, p. 55.

8. Carta de 5-XI-1911; *Itin.*, II, p. 128.

9. Carta de 17-I-1821; *Itin.*, III, p. 260.

Sor Concepción, connovincia suya, dice a este propósito:

«Pues en su modo de proceder era ejemplarísima, en todo muy prudente y discreta. Nada hacía sin pensarlo bien ante la presencia de Dios»¹⁰.

Y Sor Purísima:

«La sierva de Dios nada obró sin seria ponderación y reflexión, precediendo a todas sus acciones la plegaria, acudiendo a Dios N. Sr. por medio de la oración para cumplir fielmente todos sus deberes»¹¹.

Sor M.^a Consolación:

«Obraba todo con seria ponderación y mucho espíritu, recurriendo a la oración para saber y conocer cómo conducirse cuando tenía que deliberar o determinar alguna cosa»¹².

Sor Natividad:

«En los negocios que emprendía nunca obraba a la ligera, sin saber de dónde le podría venir el remedio, y cuando tenía bien estudiado el asunto, y con los medios en su mano, entonces emprendía la obra»¹³.

La misma testigo nos informa también:

«Nos proveía con prudencia maternal de todo lo necesario de comida y vestido. No nos teníamos que preocupar en lo más mínimo de nosotras mismas para nada; ella era el ojo providente que sin mirar todo lo veía para remediarnos. A fin de año hacía las compras al por mayor, quedando pagado todo al poco tiempo»¹⁴.

10. Testimonio de Sor Concepción, p. 19.

11. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 36.

12. Testimonio de Sor M.^a Consolación, p. 10.

13. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 121.

14. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 120.

«Con gran discreción y prudencia mandaba a las religiosas, teniendo en cuenta y midiendo muy bien las fuerzas de cada una, para cargarla según sus fuerzas, lo mismo en lo espiritual que en lo corporal. Nunca cometió excesos en el gobernar; si se excedió en algo, fue en su bondad y condescendencia con las religiosas; lo demás, nada de acritudes, nada de imperio; siempre y en todo un dechado acabado de sus ejemplares divinos Jesús y María: todo por amor, nada con fuerza. Solía decirnos: Vencer siendo vencidos, es el mayor golpe que podéis dar al amor propio»¹⁵.

Tacto

Quando fue elegida Abadesa se vio precisada a emprender una obra de reforma para corregir ciertos abusos y relajaciones que venían de muy atrás, pero supo hacerlo todo con el mayor tacto. Acerca de este extremo nos informa la misma testigo:

«No menos confianza y esperanza en Dios necesitó esta sierva de Dios al ser nombrada Abadesa de esta Comunidad y tener tantas oposiciones para implantar en ella el cumplimiento de la regla y otras santas costumbres, y quitar relajaciones y abusos que pasando los tiempos de su primitivo fervor se suelen introducir en casi todas las Comunidades, si no hay alguna alma de temple, que con bondad, mansedumbre y prudencia ataje todos estos desórdenes y ponga las cosas en su nuevo ser de observancia. Nuestra santa Madre se portó en este punto tan importante con tal prudencia, mansedumbre y discreción, que era la admiración aun de las religiosas que más se oponían, y que en muy poco tiempo consiguió lo que deseaba su espíritu, y aun las más rebeldes se le entregaron»¹⁶.

15. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 119.

16. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 80.

Sobre su prudencia al efectuar correcciones nos dice Sor Lourdes:

«Era prudentísima cuando tenía que dar alguna corrección. Lo hacía con tal amabilidad y acierto que al corazón más duro doblegaba y hacía que con gusto se cumpliese lo que disponía»¹⁷.

Pedir consejo

Pedir consejo, saber oír el parecer de otros antes de proceder, es parte —y muy importante— de la virtud de la prudencia. También este extremo está subrayado y repetidamente atestiguado por las informantes.

Sor Concepción nos dice:

«Como era Abadesa, cuando tenía alguna cosa que hacer o resolver, ella lo proponía a las del consejo, para si les parecía bien, y tanto fuera para lo temporal como para lo espiritual, con su prudencia y discreción conseguía poner orden en algunas cosas y plantar otras de edificación; y aunque al pronto hallara algunas dificultades por parte de las religiosas, al fin con su prudencia y su bondad y atractivo conseguía todo lo que deseaba»¹⁸.

Sor M.^a Lourdes:

«Siendo de un talento extraordinario tomaba parecer de las más ignorantes»¹⁹.

Sor Natividad:

«Y lo que más me llena de asombro y admiración: a pesar de todas sus luces y talento precoz, era su humildad tan gran-

17. Testimonio de Sor Lourdes, p. 18-19bis.

18. Testimonio de Sor Concepción, p. 19.

19. Testimonio de Sor Lourdes, p. 17.

de, de no hacer nada por sí misma sin consultar en todo y por todo a las religiosas que forman el Discretorio»²⁰.

«Prudentísima se mostró mi santa Madre. A pesar de sus dotes excepcionales de gobierno, e inteligencia privilegiada, nunca se la vio obrar a la ligera, y sin seria consideración, sin el previo consejo de personas prudentes y eminentes en ciencia y virtud. Tomó consejo cuando emprendió la reforma de la disciplina regular de esta Comunidad»²¹.

Aconsejar

Si está atestiguado por las religiosas que vivieron con ella este aspecto de la prudencia que podríamos llamar pasivo —pedir consejo—, no lo está menos el activo, o sea, el de que lo daba. Efectivamente, también esto consta por los testimonios. Consta que muchos, de dentro y aun de fuera, pedían consejo a la Madre, y ella lo daba oportunamente, aunque a veces declinara el hacerlo por no creerse llamada a «consejera». Veamos algunos de estos testimonios.

Sor Concepción:

«Tanta era su prudencia y discreción que muchas religiosas iban a ella a consultar sus dudas y temores, y tomar sus consejos y exhortaciones. Lo mismo algunas personas de fuera, convencidas de la prudencia no común de la sierva de Dios, venían a consultar, y quedaban siempre satisfechas de sus sabios consejos: entre las cuales recuerdo al Sr. Dn. Cástor Abaitua»²².

Sor M.^a Refugio:

«Si conocía que por alguna causa estaba una preocupada, llena de caridad decía: No se preocupe por eso o no sufra.

20. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 118.

21. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 80.

22. Testimonio de Sor Concepción, p. 19-20.

Tantas cuantas veces le venga tal preocupación procure desecharlo y vaya a Dios Ntro. Señor, a Ntra. Purísima Madre y pídale la conversión de los pecadores. Si así lo hace una y otra vez, verá cómo el Señor le recompensará, le dará las gracias necesarias y la tranquilidad»²³.

Sor Lourdes:

«Muchos venían a pedirle consejo, y otros por escrito: a todos consolaba y marchaban admirados de su extraordinario talento, su afabilidad y santidad; y con algunas personas no sé cómo podía soportar tanta impertinencia, pues había días de estar agobiada de trabajo y por añadidura enferma y no cesaban de pedirla que les escribiera, a lo que ella accedía, temiéndose que imponer un buen sacrificio»²⁴.

Sor Purísima:

«La sierva de Dios se ofreció con celo a ayudar a los demás con sus acertados consejos y sabias amonestaciones, como lo demostró en una ocasión que tenía que hacer forzosamente una obra y no sabía cómo ejecutarla; me fui a pedir su consejo en ocasión en que la sierva de Dios estaba muy ocupada y no podía atender a mis ruegos, por lo que me retiré de su presencia muy apenada por no saber qué hacer, cuando he aquí que apenas llegué a la celda, y cuál fue mi sorpresa cuando veo a la sierva de Dios que viene a llamarme para aconsejarme en lo que debía de hacer, por lo que quedé muy tranquila y admirada de su gran caridad y prudencia»²⁵.

Sor Natividad:

«También dio pruebas de gran prudencia mi Santa Madre en el uso caritativo que hizo a favor de sus religiosas y prójimos de los dones extraordinarios, con que Dios la dotó en

23. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 12-13.

24. Testimonio de Sor Lourdes, p. 14/18.

25. Testimonio de Sor Purísima, II, p. 31-32.

grado eminente, en especial del de consejo. Convencidas de ello estábamos las religiosas y por eso la consultábamos frecuentemente con gran provecho de nuestras almas, que nada hacíamos sin su consejo, licencia y bendición. Lo mismo hacían los seglares y personas de gran dignidad, como Prelados y Sacerdotes»²⁶.

Sor Natividad nos ha conservado el juicio que un señor seglar, padre de una religiosa, emitió acerca de la Madre Angeles. Dice así la informante:

«D. José Echevarría, director del asilo de la Misericordia de Bilbao, hombre de gran talento y aptitudes gubernativas, la primera vez que saludó a nuestra Madre Angeles quedó asombrado de sus prendas intelectuales, y de la prudencia exquisita que en ella observó; cuando M. Angeles se despidió de dicho señor, le preguntó éste a su hija a ver si en la Orden no había mayor cargo que el de Abadesa; su hija le dijo que el mayor cargo era el de Abadesa; y él contestó: Pues lástima no tengan Madre Generala, que es el único cargo que estaría bien en esa religiosa de tanto talento y aptitudes relevantes»²⁷.

Para terminar este apartado de la Prudencia, y como una prueba más de ella, cabe citar también el velo que en el relato de su vida tiende sobre ciertos hechos. Así, por ejemplo, silencia los trabajos que sufrió con el segundo director²⁸. Lo mismo hace con respecto a la tribulación que sufrió su familia con ocasión de la muerte de la hermana mayor —se limita a mencionar la cosa, pero sin concretar nada—²⁹. Es decir, a veces consigna el hecho, pero sin ser más explícita; y la razón es, sin duda, porque

26. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 81.

27. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 117.

28. Véase sobre esto la carta de 9-IX-1912; *Itin.*, II, p. 271 y nota del editor P. Pobladora.

29. *Autob.*, p. 37.

puede quedar empañado el buen nombre de otros. Así, por ejemplo, nos dirá también que viviendo en Zumaya la familia perdió los pocos bienes que tenía —no nos dice cómo y por qué fue esta pérdida—³⁰; al profesar dice que tuvo una contradicción terrible por parte de las religiosas, pero no específica más³¹. Silencia asimismo la guerra que más tarde le hicieron algunas monjas de la Comunidad, etc.

II. — JUSTICIA

La M. Angeles fue súbdita y fue superiora. Como es obvio, en ambos estados la virtud de la Justicia implica el cumplimiento de obligaciones específicas. Diremos algo sobre el modo como las cumplía, tomándolo de los informes de las religiosas.

Cuando era súbdita

Respecto al tiempo en que fue súbdita, nos dice su connovia Sor Concepción:

«Siempre la vi, cuando era súbdita, reverente y obsequiosa con las mayores, y muy sencilla en manifestar lo que sentía, y fiel en no gravar a nadie, y muy agradecida en los beneficios que le hacían, recompensándolo con algún beneficio que ella pudiera hacer o pidiendo por el bienhechor, pues era muy benévola, a todos deseaba bien, y muy amable y complaciente con todas, procurando no disgustar a nadie»³².

Respecto al modo como cumplió sus deberes para con todos, nos dice Sor Purísima:

30. *Autob.*, p. 14.

31. *Autob.*, p. 48.

32. Testimonio de Sor Concepción, p. 22.

«Hasta tal punto llegó su obediencia que en una ocasión me dijo la sierva de Dios que no escribió una carta sin permiso, sirviéndome de grande admiración y ejemplo»³³.

De hecho, aun siendo superiora, vemos —por las cartas de dirección— que, cuando tenía que escribir alguna carta, pedía permiso o daba cuenta al Director³⁴.

De su comportamiento cuando era religiosa súbdita nos habla también Sor Natividad:

«Después de profesada obedeció a su abadesa y demás superiores y religiosas. Obedeció también a las reglas y constituciones y demás ordenaciones y preceptos de la religión, y todo con puntualidad, alegría y constancia»³⁵.

Fidelidad a las leyes

Tanto de súbdita como de superiora, uno de los rasgos más unánimemente atestiguados por las informantes es su espíritu de fidelidad a las leyes, reglas, observancias y al cumplimiento de los deberes. Así M. Refugio nos dice:

«Era observantísima de todo y en todos los actos y deseaba también que sus religiosas fuéramos puntuales en observarlos todos»³⁶.

Sor Lourdes:

«Era celosísima de la observancia. Cuando tenía que entrar alguien en la clausura, siempre advertía a las porteras que no se detuvieran más que lo preciso»³⁷.

33. Testimonio de Sor Purísima, II, p. 37.

34. Véase, p. ej., *Itin.*, II, pp. 51, 76, 77, etc.

35. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 40.

36. Testimonio de Sor Refugio, p. 12.

37. Testimonio de Sor Lourdes, p. 19.

Sor Purísima:

«La sierva de Dios fue observantísima en la guarda de los mandamientos de Dios, de la Iglesia, Regla, Constituciones y Santos Votos»³⁸.

Sor Natividad refiere que para guardarlas mejor tenía las reglas y constituciones escritas en un cuadernito que llevaba siempre consigo, junto con el Catecismo y Santos Evangelios, que eran sus tres prendas queridas, y una cuarta, el Crucifijo³⁹.

La misma testigo dice también:

«Observantísima fue igualmente de las leyes de su Orden Concepcionista Franciscana en todo tiempo y lugar, no queriendo eximirse por nada de su cumplimiento, aunque tuviera causas para ello, siendo modelo en todo para sus hijas, por el fiel cumplimiento de las reglas y constituciones, las cuales enseñó a observar a todas las religiosas, pero dentro de las leyes de la caridad, pues lo que tenía de rigidez para ella, lo tenía de benignidad y caridad para sus hijas»⁴⁰.

Su comportamiento como Superiora

Sobre este aspecto tan importante de su vida hay muchos datos en los informes de las religiosas. He aquí algunos rasgos entre los que parecen más salientes y representativos para conocer su imagen como superiora:

Sor Natividad:

«Su celda estaba patente de día y de noche para recibir con mucho agrado a todas sus religiosas, por grandes que fuesen sus ocupaciones, y que en verdad lo eran, pues se dedica-

38. Testimonio de Sor Purísima, I, p. 23.

39. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 123.

40. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 20-21.

ba casi todo el día en escribir materias tan delicadas como escribía: sin embargo, nunca nos despedía, y si alguna vez lo requería el caso lo hacía con tal delicadeza y tan finos modales, que la religiosa no se disgustaba por ello; al contrario quedaba con solo mirarla consolada, pues su mirada sin hablar tenía esa virtud de consolar al triste y necesitado»⁴¹.

Sor Lourdes:

«Su inagotable caridad la impulsaba a hacerse toda para todos; así que cuando teníamos alguna preocupación no dudábamos el acudir a ella, a todas nos recibía con agrado y con santa paciencia, oía nuestras impertinencias, nos consolaba e instruía como era menester y salíamos de su presencia alentadas para la virtud, consoladas, alegres y fervorosas»⁴².

Uno de los puntos delicados era el de la distribución de cargos y oficios dentro del monasterio. Sobre el particular se expresan así las religiosas.

Sor Concepción:

«Cuando Abadesa, que lo fue por 17 años seguidos, siempre la vi ejercitar la justicia según Dios manda, pues cuando tenía que distribuir los cargos, miraba las disposiciones de la persona para el cargo que fuera para el bien de su alma y provecho de la Comunidad, sin miramientos de personas solo para agradecer a Dios N. Señor y cumplir bien con su deber»⁴³.

Sor Natividad:

«Lo mismo hizo en la distribución de oficios, poniendo en ellos a las más dignas, sin miramientos humanos y disgustos y persecuciones por la justicia que le podrían sobrevenir, pues en sus obras siempre ponía la mira en Dios y su gloria; lo demás no le importaba nada. En esto de oficios nos

41. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 56-57.

42. Testimonio de Sor Lourdes, p. 12.

43. Testimonio de Sor Concepción. p. 20-21.

tenía muy bien enseñadas, pues si a alguien la veía propensa a pegarse a los oficios y a unos más que a otros, entonces nuestra Madre procuraba mortificarla con mucha maña, poniéndola en uno dos meses, en otro oficio otros dos meses, y así sucesivamente, hasta que les mirase a todos los oficios altos y bajos con santa indiferencia»⁴⁴.

Respecto al día de elecciones nos informa la misma testigo:

«Es más, en esta santa Casa (hablo por las que he conocido, y por las que ahora forman la Comunidad), cuando llega el día de elecciones, en esta casa es como un día cualquiera, tranquilo, pacífico, como si nada sucediese; se prepara el voto para elegir la más digna según Dios, y se termina la elección con la tranquilidad y paz que se empezó; nada de corrillos, nada de habladurías los días antes; en esta santa casa no los he conocido y quiera Dios que nunca lo llegue a conocer»⁴⁵.

Según la legislación vigente en aquel tiempo, había dos clases de religiosas: las Madres o Coristas y las legas o hermanas de velo blanco; éstas pertenecían en cierto sentido a un rango inferior, se ocupaban en los trabajos llamados serviles (huerta, cocina, etc.) y estaban además privadas de ciertos derechos que eran exclusivos de las otras, lo cual podía hacer su condición un tanto enojosa. En los informes hay muchos datos sobre las atenciones que M. Angeles les prodigaba, compartiendo sus trabajos, etc. Sor Lourdes dice:

«Con las hermanas de obediencia tenía también mucha consideración y las apreciaba mucho, las aliviaba el trabajo todo lo que podía; implantó en la Comunidad la costumbre de que las Coristas fueran a lavar»⁴⁶.

44. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 126.

45. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 126.

46. Testimonio de Sor Lourdes, p. 14/18.

Otros rasgos que dicen relación con la Justicia: el respeto de los derechos ajenos y el agradecimiento de los beneficios recibidos. Sor Purísima nos informa:

«La sierva de Dios supo siempre respetar y hacer respetar los derechos ajenos, celando el honor del prójimo; fue siempre muy agradecida a los beneficios que recibía y recompensaba con gran generosidad cualquier servicio que se le prestaba (dentro de los límites de la altísima pobreza que profesaba), dio a cada uno su derecho»⁴⁷.

Sor Natividad:

«Pagó con justicia todo lo que debía al prójimo en las obras que se ejecutaron durante su gobierno sin dejar nada a deber a nadie; lo mismo hacía con los que sirven a la Comunidad, quedando todos contentos con su régimen que a todos agradó, y diciendo de ella grandes elogios por lo justa y equitativa que era»⁴⁸.

Sor M.^a Consolación:

«Era siempre muy agradecida a los bienhechores y a los servicios que se la prestaban, aun con las religiosas en las pequeñeces que se ofrecían de servirle en algo»⁴⁹.

Parte un tanto penosa pero inexcusable del cargo de superiora es el de efectuar las debidas correcciones y aun castigos. También sobre este extremo hay numerosos datos en los informes. Citaremos algunos pasajes.

Sor M.^a Consolación:

«Alguna vez que tuvo que imponer alguna penitencia, aun cuando le costaba mucho, lo hacía para cumplir con el deber de justicia»⁵⁰.

47. Testimonio de Sor Purísima, II, p. 37-38.

48. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 128.

49. Testimonio de Sor Consolación, p. 11-12.

50. Testimonio de Sor Consolación, p. 12.

Sor Natividad:

«De todo nos pedía cuenta en las conferencias que teníamos en particular, nos reprendía con mucha caridad y prudencia»⁵¹.

«Fue rectísima y justa (dentro de la bondad que la caracterizaba) para castigar lo mal obrado, como para premiar-nos nuestro buen comportamiento; corregía con gran madurez y entereza, nunca sin antes haberse enterado, por sí misma, de la falta cometida, máxime si tenía visos de acusación, entonces con justicia se enteraba de las dos partes, y si podía de una tercera, para mejor cerciorarse de la verdad y entonces deliberada la falta imponía el castigo, pero nunca castigó sin hacer antes este examen, como lo exige la justicia y equidad»⁵².

«Nunca castigó a las acusadas hasta saber con certeza la verdad de la acusación»⁵³.

Corregía muchas veces con sola su mirada: es otro dato de que dan fe las religiosas⁵⁴.

III. — FORTALEZA

La fortaleza mostrada ante la prueba y ante la adversidad, la entereza y, sobre todo, el modo de sobrellevar la cruz: he aquí uno de los signos, tal vez el más inequívoco, de la santidad cristiana.

En la carta anteúltima de la larga serie que escribió la M. Angeles al P. Mariano de Vega —la que hace el número 216, escrita cuando se hallaba agobiada por los dolores y penalidades de la postrera enfermedad—, dice así:

51. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 52.

52. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 124.

53. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 59.

54. Cf. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 57.

«Alguna vez se me ha ocurrido pedir a Nuestro Señor que me dé fortaleza; pero no lo he hecho, temiendo que si me concede esta gracia, mi sufrimiento será menor, y quiero que la voluntad santísima de Dios sea glorificada en mi grande flaqueza»⁵⁵.

No quiere disminuir ni una gota del cáliz que el Padre le tiene reservado: he aquí su deseo y su actitud ante aquella prueba postrera, que fue bien grande, como veremos. Pero en ella demostró a la par su conformidad con la voluntad de Dios y su fortaleza; no una fortaleza estoica sino cristiana.

A continuación vamos a tratar de reseñar brevemente los hechos principales de su vida que de alguna manera dicen relación con la fortaleza: cruces y dificultades de diversas clases que hubo de arrostrar, modo como las sobrellevó, etc. Para todo acudiremos a las informaciones de las religiosas que vivieron con ella.

Rasgos generales

Empecemos por algunos rasgos que podemos llamar generales o trazos característicos de su contextura espiritual:

«Nunca emprendió nada con ligereza, ni abandonó lo emprendido»⁵⁶.

El no echarse atrás por respetos humanos es otra de las facetas más atestiguadas⁵⁷.

55. Carta de 1-VI-1921; *Itin.*, III, p. 291-292.

56. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 81.

57. Véase Sor Concepción, p. 22; Sor Consolación, p. 12; Sor Natividad, I, p. 127.

«No le asustó ni persecución de dentro ni de fuera»⁵⁸.

«Firme y constante en el cumplimiento de sus deberes sin arredrarse por los respetos humanos y sin aceptación de personas»⁵⁹.

En medio de las adversidades su espíritu se conservó tranquilo y alegre⁶⁰.

Su espíritu se conservó siempre pronto y sereno⁶¹.

Sor Purísima nos habla también de la alegría de su rostro en medio de la enfermedad⁶².

La misma nos habla también de que «se gozaba en el padecer algo por Dios»⁶³.

«Aparecía siempre dulce, mansa y paciente aun en medio de las mayores contrariedades e injurias»⁶⁴.

Como rasgo de fortaleza podemos citar también la reconvención que hizo a cierto Predicador, que en el locutorio se permitió ciertas libertades criticando a sus Superiores, etc. La Madre Sorazu se encaró con él, afeando su proceder⁶⁵.

58. Sor Natividad, I, p. 127.

59. Sor Purísima, II, p. 38.

60. Cf. Sor Purísima, II, p. 39.

61. Cf. Sor Consolación, p. 12.

62. Cf. Sor Purísima, I, p. 12.

63. Cf. Sor Purísima, II, p. 26.

64. Cf. Sor Purísima, II, p. 40.

65. «El Padre Predicador come, cena y hace todo en casa del Capellán. Predicar, predica bien; pero él no me gusta. Si le hubiera conocido y tratado antes, creo que no le llamara para predicar; pero me acordé tarde. Ayer cuando vino nos llamó al locutorio para saludarnos y enterarse de lo que debía hacer; y como le oyese hablar mal de sus superiores y decir ciertas cosas que no me parecen bien le contrarié y dije que no me gustaba ni obraba según el Santo Evangelio, si en este mundo no cambia tendrá que hacerlo en el purgatorio, etc., etc.; pero muy enfadada. El también debió enfadarse conmigo, pero no me importa; únicamente siento el haberme visto precisada a decirle en su cara el mal concepto que tengo de

*Principales pruebas sufridas por la M. Angeles
y su ordenación en cuatro capítulos*

Un poco convencionalmente agruparemos en cuatro apartados las principales cruces o tribulaciones que tuvo que sufrir la M. Angeles en su vida —aparte de las inherentes a la vida religiosa, que en su caso no debieron de ser pequeñas, dado el estado de su convento y comunidad cuando ella ingresó—.

He aquí los dichos cuatro apartados:

- 1.º Sufrimientos procedentes de su vida interior.
- 2.º Sufrimientos que dicen relación con la dirección espiritual.
- 3.º Sufrimientos relacionados con el cargo de Abadesa.
- 4.º Sufrimientos procedentes de su salud precaria, enfermedades, etc.

A continuación diremos algo en particular sobre cada uno de estos apartados.

1.º — *Pruebas originadas por su vida interior.* — Sin duda que la vida interior, que fue tan rica y profunda en la M. Angeles, fue una de las fuentes principales de sus sufrimientos —y también, desde luego, de sus goces más puros—. Epocas de desolación o desierto espiritual, de purgación o noches, etc. Escrúpulos, inquietudes de conciencia, aprensiones o temores en torno a la bondad del espíritu que la animaba, etc. De todo ello hay descripciones bastante prolijas y detalladas en sus escritos, por lo cual aquí no vamos a ocuparnos sobre el particular.

En la Autobiografía se refieren, como dichas por Dios en el momento de su entrega a Sor Angeles, unas palabras en las que se pondera la fidelidad y puro amor con

él y lo que sentía de sus proceder. Si falté, absuélvame.» (Carta de 30-XI-1912; *Itin.*, II, p. 289).

que ésta sobrellevó la penosa purgación o noche que precedió a dicha entrega ⁶⁶.

2.º — *Pruebas procedentes de la dirección espiritual.* — Alma marcada con una vocación mística tan notable, se hallaba por lo mismo más necesitada de dirección, pero sentía una repugnancia casi invencible a franquearse. De aquí otra fuente constante de sufrimientos. Por un lado, porque no se abría. Por otro lado, porque, cuando lo hacía, creía que engañaba a los Directores, etc.

Con el segundo de sus Directores, que fue el Sr. Deán, tuvo además una de las más penosas crisis, pues al notar éste que había perdido la confianza de su dirigida —por las razones que en su lugar se dijeron—, se volvió contra ella, etc. ⁶⁷.

Ante la dificultad invencible que la M. Angeles experimentaba para someterse a la dirección, Dios mismo le prometió que en su día le proporcionaría un Director cortado a la medida de sus necesidades, y ella vivió efectivamente muchos años sostenida por esta esperanza ⁶⁸. Dios cumplió su promesa proporcionándole tal Director en la persona del P. Mariano.

Mas he aquí que también esta dirección le había de originar sinsabores y pruebas. Por una parte, se le antojaba que este Director en su trato era excesivamente adusto y severo, frío y falto de amor, lo cual le hacía sufrir

66. «Es tanta la gloria que me ha procurado tu resignación en mi divino querer, tu fidelidad y puro amor en el período de purgación, y por ello has merecido tanta gracia a mi divina estimación, que no solamente perdoné tus pecados y no veo en ti mancha ni imperfección, sino que apareces a mis ojos llena de méritos y virtudes y te estimo *justa, santa*» (*Autob.*, p. 109).

67. Sobre las situaciones delicadas o apuradas en que a veces se veía Sor Angeles al encontrarse con este Director, véase, por ejemplo, la carta de 24-VIII-1910; *Itin.*, I, p. 74ss.

68. Cf. carta de 28-VIII-1911; *Itin.*, II, p. 64.

mucho. En las cartas a él hay muchas referencias sobre este particular ⁶⁹.

Por otro lado, con sus mandatos de escribir le ocasionaba uno de los sufrimientos más vivos, ya que para poder cumplir esta obediencia tenía que frenar o represar sus ansias de entregarse a la contemplación. Las cartas al P. Mariano están también llenas de quejas porque la somete a este trabajo de escribir ⁷⁰.

Pero la contrariedad más grande y más sensible fue, sin duda, la de verse privada de este Director por orden de la autoridad eclesiástica. El golpe no podía ser más duro, sobre todo viniendo de donde venía. Fue una prueba, incluso para su fe, pero todo supo sufrirlo con entereza; y al fin —como se dijo en la parte primera de este libro—, la misma autoridad eclesiástica, sin que los afectados por la medida intervinieran para nada, tomó la iniciativa de autorizar a la M. Angeles para que pudiera reanudar la dirección con su Padre-verdad.

3.º — *Pruebas relacionadas con su cargo de Abadesa.* — Otro capítulo muy importante de trabajos y tribulaciones fue el que se le originó de su cargo de Abadesa. Sobre estas pruebas hablan también muy extensa y reiterativamente las testigos.

Sor Lourdes alude a pérdidas materiales:

«...cuando el Señor la sometió a pruebas físicas y morales y pérdidas materiales y en circunstancias bien críticas, todo lo soportó con inalterable paciencia. Cuando nos veía preocuparnos por alguna cosa, decía: Hay que vivir de presente, y no desperdiciar la gracia; todo lo demás dejarlo al Señor: esta esperanza la infundía en los demás» ⁷¹.

69. Cf. por ejemplo, carta de 19-IX-1911; *Itin.*, II, p. 78.

70. Por citar un caso, cf. carta de 14-XI-1911; *Itin.*, II, p. 134.

71. Testimonio de Sor Lourdes, p. 8.

La Comunidad donde Sor Angeles entró religiosa debía de ser en aquel entonces —y aun después— extremadamente pobre y carente de los medios económicos más necesarios. Entre otros pormenores Sor Natividad cuenta la siguiente anécdota o caso. Se debía una cuenta considerable al carpintero. Este había venido por dos veces a cobrarla, pero la tornera tuvo que despacharlo con las manos vacías. Por tercera vez vino algo incomodado. La tornera pasó el recado a la Abadesa, que era M. Angeles. Esta se fue al coro y se puso a orar a Jesús Sacramentado y a su Purísima Madre. Ese mismo día vino una persona al torno y entregó la cantidad que se necesitaba para el pago del carpintero. Sor Natividad dice saber este episodio por haberlo oído a la propia tornera Sor Sagrario, ya difunta a la hora en que ella escribe ⁷².

En otro lugar habla también esta misma Sor Natividad de la penuria y estrechez económica de la casa; pero la M. Angeles se las arreglaba para que a las religiosas no les faltara nada de lo necesario, dentro de la pobreza ⁷³.

Estando la Comunidad en situación económica apurada, hubo vez en que tuvo hasta cuatro o cinco enfermas incurables. Madre Angeles, para que nada les faltase a las enfermas, pedía limosna a los bienhechores ⁷⁴.

A una religiosa que andaba sin ganas de comer le puso en el cajón de la mesa del refectorio cosas que le apetecían ⁷⁵.

* * *

Mención aparte merecen las pruebas consistentes en la oposición que se formó contra ella por su labor de reformadora de la Comunidad. Las religiosas que por este mo-

72. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 81.

73. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 120.

74. Cf. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 61.

75. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 62.

tivo se oponían a la Abadesa encontraban apoyo y se aliaban con personas de fuera —algún Confesor, etc.—.

Sor Lourdes nos informa:

«Había una persona que fue uno de los mayores tormentos que tuvo, pues continuamente la estaba mortificando, y llegó hasta a insultarla llamándola santa de paja y otras cositas que no se pueden confiar a la pluma. Pues nuestra santa Madre todo lo soportaba con inalterable paciencia, y en silencio, y a no haberlo descubierto la causante no se hubiera sabido»⁷⁶.

La M. Angeles le pagó, haciéndole todo el bien que podía, no sólo a ella sino aun a su familia⁷⁷.

También Sor Natividad nos habla de las oposiciones que tuvo que vencer para implantar en la Comunidad el fiel cumplimiento de la Regla, desterrar los abusos introducidos, etc.⁷⁸.

Esta misma testigo en diversos lugares de sus informes hace referencia a contradicciones, persecuciones, calumnias:

«furiósa tormenta que sobre ella se cñó»

«con su varonil fortaleza consiguió superar todos los obstáculos», etc.⁷⁹.

«En la persecución que contra ella se levantó por personas de dentro y de fuera mostró en grado heroico su gran fortaleza, pues pudiendo con sola una palabra que hubiera hablado en su defensa haber cambiado los ánimos y puesto todo en su lugar, no quiso salir en su defensa en lo más mínimo, y quiso mejor pasar por el papel de hipócrita y por otras muchas cosas que la levantaron injustamente hasta con calumnias afrentosas»⁸⁰.

76. Testimonio de Sor Lourdes, p. 11-12.

77. Testimonio de Sor Lourdes, p. 11-12.

78. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 80.

79. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 84-85; p. 130.

80. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 131; cf. también II, p. 13.

En otro lugar dice la misma informante que la persecución fue motivada por sujetos de la misma Comunidad en unión con personas puestas en dignidad y a ella en otros tiempos muy adictas —parece referirse al Sr. Deán, su segundo Director—⁸¹.

La dicha Sor Natividad precisa también la fecha de esta tormenta: años 1907-1908

«en los cuales se desencadenó hacia la sierva de Dios una tempestad horrorosa de humillaciones, desprecios, calumnias las más tremendas ocasionadas éstas por su segundo Director que se dejó alucinar y engañar de dos o tres religiosas»⁸².

En otra parte habla la misma testigo de dos religiosas

«que fueron siempre contrarias a los caminos de M. Angeles, y creo yo —dice— que esa antipatía obedecía más a cierta envidia mujeril; por cierto que labraron bien la corona de esta sierva de Dios. Todos los disgustos y sufrimientos terribles que por su causa la vinieron no fueron bastante causa para amenguar su caridad hacia las mismas»⁸³.

«No obstante ser la que era mi santa Madre tuvo sus émulas y enemigas dentro de la clausura, y fuera también, instigadas por estas mismas»⁸⁴.

* * *

En la Comunidad de Sor Angeles podía apreciarse una diferencia bastante notable entre las religiosas viejas y las religiosas jóvenes: estas últimas habían sido formadas por ella misma. Pues bien: una de las cruces más dolorosas para la M. Angeles fue la que le provino precisamente de una de estas religiosas jóvenes, que durante ocho años

81. Cf. Sor Natividad, II, p. 15.

82. Cf. Sor Natividad, II, p. 41.

83. Cf. Sor Natividad, II, p. 53.

84. Cf. Sor Natividad, III, p. 67.

consecutivos contribuyó también a labrar su corona, según la misma Sor Natividad, la cual puntualiza que esta tribulación es de época distinta a la otra⁸⁵.

Seguramente esta prueba pertenece a los últimos años de la vida de la M. Angeles, y la religiosa aludida es la misma que hubo de pasar al convento de Clarisas de Calabazanos, como se dijo en la parte primera de este libro.

Sobre su conducta en todos estos lances nos dice la misma testigo: que todo lo llevó en silencio y en paciencia más que heroica, sin quejarse en lo más mínimo y sin permitirse el menor desahogo ni con las religiosas ni con los confesores⁸⁶.

4.º — *Dolores físicos, enfermedades, etc.* — Finalmente, es preciso decir algo sobre el cuarto capítulo de pruebas o cruces que conoció M. Angeles, a saber, el de sus sufrimientos físicos, enfermedades, etc. Siempre fue de escasa salud y desde niña padeció numerosas enfermedades. De religiosa, sobre todo en los primeros años, cometió sin duda excesos en materia de penitencia, ayunos, privaciones, fríos soportados sin admitir alivios, etc. Con frecuencia estaba enferma, pero particularmente su última enfermedad fue muy dolorosa.

Vamos a resumir lo que al respecto dicen las testigos: Sobre sus enfermedades dice Sor Natividad:

«No menos fortaleza necesitó y gran magnanimidad en sufrir las múltiples y graves enfermedades que tuvo que padecer toda la vida religiosa, y parte en el mundo, pero enfermedades hasta si caben raras, que los médicos se veían y se deseaban para entenderlas, con fiebres altísimas, que no podían atajar con nada»⁸⁷.

85. Cf. Sor Natividad, III, p. 73.

86. Cf. Sor Natividad, III, p. 100.

87. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 130.

Sobre su última enfermedad dice Sor Concepción que fue

«penosísima y sufrió mucho en su dolencia, pero hasta lo último de su vida, tan conforme como siempre»⁸⁸.

Sor Consolación descende a más pormenores:

«En sus enfermedades, muy continuas los últimos años, siempre se mostró paciente y resignada; los meses últimos de su vida fueron llenos de grandes sufrimientos»⁸⁹.

«Era sumamente sufrida y paciente; no recuerdo haberla oído jamás quejarse sino una vez muy afligida por la enfermedad lloraba y mostró alguna no sé si podré llamar impaciencia porque se la aliviara, y los ayes y desgarradores gritos de dolor de los últimos días de su vida que fueron verdaderamente horrorosos sobre toda ponderación»⁹⁰.

«Como ya dejo dicho, los últimos meses de su vida fueron en extremo penosos y dolorosos, lo que sufrió con heroica paciencia siempre resignada y dispuesta lo mismo a vivir que morir: lo que Dios N. Señor quisiera»⁹¹.

Según dictamen médico la enfermedad que le ocasionó la muerte fue cáncer. No parece que ella lo supiera ni sospechara, al menos por lo que se desprende de lo que suele decir respecto a su salud en sus cartas al P. Mariano⁹².

Sor Natividad nos proporciona los siguientes datos:

«En las últimas visitas del médico nos dijo que nuestra Madre era una verdadera heroína, pues cuantas personas he conocido con esa misma enfermedad las he visto siempre en

88. Testimonio de Sor Concepción, p. 25.

89. Testimonio de Sor Consolación, p. 12.

90. Testimonio de Sor Consolación, p. 13-14.

91. Testimonio de Sor Consolación, p. 26.

92. Cf. p. ej. carta de 22-IV-1921; *Itin.*, III, p. 288.

un grito, y esta religiosa siempre igual con una paciencia inalterable. No puede por menos de ser una Santa»⁹³.

La experiencia de sus muchos sufrimientos y de lo fácil que es desesperarse en ellos si no se tiene vida espiritual, le hizo tener una gran compasión hacia los enfermos, y encargaba a las religiosas que pidiesen mucho por ellos⁹⁴.

Finalmente, para terminar esta parte referente a la Fortaleza, transcribimos el juicio expresado por su connovicia Sor Concepción:

«Yo soy una pobre religiosa ignorante, pero a mi modo de ver y entender las cosas, la sierva de Dios era esa mujer fuerte que nos habla el Santo Evangelio [sic], venida de los confines de la tierra, porque era de esas almas extraordinarias y toda de Dios, que fue fiel en multiplicar los talentos que Dios N. Señor le confió»⁹⁵.

IV. — TEMPLANZA

En este último apartado, titulado Templanza, incluimos diversos datos y referencias —tomados sobre todo de los testimonios de las religiosas— que de un modo u otro dicen relación con virtudes que un poco convencionalmente se agrupan bajo esta virtud cardinal, tales como la pureza, humildad, modestia y porte, pobreza, paciencia, mansedumbre, silencio, mortificación y penitencia. Aun a riesgo de incurrir en algún desorden o en repeticiones, citaremos los datos tal como vienen en los testimonios. Parece esto preferible antes que caer en el peligro de sacrificar los datos concretos por amoldarlos a los encasillados.

93. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 83.

94. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 84.

95. Testimonio de Sor Concepción, p. 30.

Empezaremos por el tema de la pureza. Según todos los testimonios que poseemos, la M. Angeles desconoció las luchas y tentaciones en esta materia. A nosotros nos corresponde servir al lector los datos con fidelidad, tal como los hallamos en las fuentes, sin que nos sea lícito alterarlos para que encajen en los esquemas previamente establecidos por psicólogos, psicoanalistas, etc.

En una carta a su Padre-verdad Sor Angeles le dice:

«... aparte de que no puede mi memoria retener nada malo en esta materia, ni mi entendimiento comprender, ni mi voluntad querer, ni mi cuerpo ha tenido tampoco hasta ahora facilidad para ningún pecado contra la santa pureza, por haber sido grande, muy grande, la misericordia de Dios con mi alma pecadora, como V.R., Padre mío, sabe tan bien o mejor que yo»⁹⁶.

En otra carta, dando cuenta al director —por expreso encargo de él— de los votos que en su vida ha hecho, dice:

«En el voto de castidad, en el que no tenía (me parece) ninguna deficiencia ni cometía la más ligera falta de pensamiento, debido a la providencia singular de mi Dios», etc.⁹⁷.

Las informaciones de los testigos vienen a corroborar esto mismo.

Sor Consolación:

«La M. Angeles era amantísima de la pureza, mortificaba su carne y los sentidos de su cuerpo principalmente con el ayuno y yo creo que lo hacía más por imitar a N. Señor Je-

96. Carta de 1-VII-1911; *Itin.*, II, p. 38.

97. Carta de 25-VIII-1911; *Itin.*, II, p. 65. Véase también carta de 5-XI-1911; *Itin.*, II, p. 131-132. Cf. asimismo la carta escrita al P. Nazario Pérez, parcialmente publicada en *Opúsculos Marianos*, p. 24.

su Cristo que por la necesidad que tuviera de mortificarse, pues en la virtud de la santa pureza debía tener algún privilegio o don especial. En todo el tenor de su vida, en el andar, en el mirar, en el hablar, resplandeció siempre una modestia edificante y muchas veces se notaba en ella un no sé qué divino o no sé cómo diga»⁹⁸.

Sor Purísima:

«En la mortificación de sus sentidos fue ejemplarísima; resplandecía siempre en todas sus acciones una modestia angelical en su manera de andar, en sus miradas y en sus palabras»⁹⁹.

Sor Natividad nos dice también que la M. Angeles desconoció por completo las luchas contra esta virtud, y que ésta fue una de las gracias extraordinarias que le concedió la Santísima Virgen¹⁰⁰.

Humildad

Sobre la práctica de la virtud de la humildad por la sierva de Dios se ocupan con extensión los testimonios. Referiremos algunos datos tomados de los mismos.

Su connovia Sor Concepción, entre otras cosas, nos dice lo siguiente:

«...y cuando súbdita, dócilmente sujetaba su juicio al ajeno, y respetaba a todos, y algunas veces la he visto hablar a la R. Madre de rodillas»¹⁰¹.

98. Testimonio de Sor Consolación, p. 14.

99. Testimonio de Sor Purísima, II, p. 45.

100. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 73. Más abajo vuelve a decir en sustancia lo mismo: I, p. 136.

101. Testimonio de Sor Concepción, p. 27.

Sor Consolación refiere que un día se hallaba la Comunidad en el locutorio saludando a un Padre de la Orden que por entonces confesaba o dirigía a M. Angeles. Alguna religiosa dijo algunas palabras de alabanza para la Madre, a lo que ella, llorando, repuso que lo que ella quería era que la conociesen para que le perdonasen los pecados, como temiendo que el confesor no diera importancia a su acusación y no la absolvieran¹⁰².

Otra vez que en la recreación le dijeron algunas palabras de elogio, contestó:

«Si supieran el daño que me hacen con esas palabras no me las dirían»¹⁰³.

La misma testigo añade:

«Yo creo tenía esta virtud de la humildad en grado muy superior. Algunas veces hacía la penitencia de postrarse en tierra a la puerta del refectorio para que las religiosas pasasen sobre ella y lo hacía de manera que se demostraba bien su humildad en esta y otras penitencias»¹⁰⁴.

Esta penitencia de postrarse al paso de la Comunidad la refieren también Sor Lourdes¹⁰⁵ y Sor Natividad¹⁰⁶. Esta última agrega que no faltó quien criticase el hecho motejándolo de hipocresía y ganas de llamar la atención¹⁰⁷.

Sobre el bajo concepto que de sí misma tenía dice la misma Sor Purísima:

«La sierva de Dios pensaba bajamente de sí misma, como pude ver por experiencia muchas veces, causándome grande

102. Testimonio de Sor Consolación, p. 14-15.

103. Testimonio de Sor Consolación, p. 15.

104. Testimonio de Sor Consolación, p. 15.

105. Testimonio de Sor Lourdes, p. 17.

106. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 96.

107. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 96. — Véase también Sor Purísima, II, p. 45.

admiración y asombro su profundísima humildad. No sé qué tenía la sierva de Dios que aunque procuraba por todos los medios posibles con su humildad ocultar los dones y gracias sobrenaturales con que Dios N. Señor había enriquecido su alma privilegiada, con todo se creía inútil para todo»¹⁰⁸.

Sobre su inclinación a tomar para sí los trabajos más humildes, dice Sor Consolación:

«Oí a una religiosa de las antiguas que en algún tiempo procuró la R. M. Angeles lo más viejo y pobre para su uso y se ocupaba de la limpieza de lo más humilde de la casa»¹⁰⁹.

Sobre su participación en actos como fregar, cavar, sacar escombros, ayudar a las legas, etc. hablan también repetidas veces los informes¹¹⁰.

Sor Natividad agrega que siempre enseñó a huir de las alabanzas humanas porque éstas son como la polilla que carcome las acciones más rectas y más puras¹¹¹.

«Nunca ni por asomo hablaba de sí misma para nada», dice también esta Sor Natividad¹¹².

108. Testimonio de Sor Purísima, II, p. 42-43.— La propia Sor Angeles reconoce en algún lugar de sus obras que el diablo a veces hallaba un aliado en este bajo concepto de sí. Ya hemos dicho repetidas veces que esta baja idea le hacía mirar como sospechosas las gracias extraordinarias y la alta santidad a la que por otra parte le empujaba la gracia. A esto alude sin duda al decir que el diablo hallaba un aliado en este bajo concepto que tenía de sí misma.

109. Testimonio de Sor Consolación, p. 16.

110. Sor Lourdes, p. 17; Sor Purísima, II, p. 44; Sor Natividad, III, p. 97-98.

111. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 11. Sobre el peligro que son para la humildad las palabras laudatorias véase lo que dice la propia interesada en un acto de entrega a la Virgen que se halla en *Itin.*, II, p. 158.

112. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 137.

La misma testigo nos informa que por dos años ocultó la edad que tenía, con el fin de que no la eligieran Abadesa¹¹³.

Y en otro lugar:

«No siendo que se la escapase sin darse cuenta, lo demás no nos decía nada que pudiese redundar en su alabanza»¹¹⁴.

Modestia y porte

Sobre su modestia y porte hallamos los siguientes datos.

Sor Concepción:

«Tenía una modestia encantadora; su presencia causaba reverencia y respeto, y muy limpia y aseada en todas las cosas, y procuraba que el convento estuviera también siempre muy limpio, y un trato muy fino en dar a cada persona según su dignidad»¹¹⁵.

Sor María Refugio:

«Gozando como gozaba su alma de esa paz tan celestial, claro está que a su lado todo era paz, difundiéndola con su ejemplo en nuestras almas, como también por medio de la palabra y de la pluma. Mucho, mucho deseaba que poseyeran nuestras almas tan santo don y fruto del Espíritu Santo, por lo necesario que es para el bien y adelanto de nuestro espíritu»¹¹⁶.

Sor Lourdes:

«La gustaba la limpieza y andaba muy arregladita y que nosotras anduviéramos, pero no consentía nada de vanidad,

113. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 95.

114. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 88.

115. Testimonio de Sor Concepción, p. 22.

116. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 25.

ni un alfiler. El convento que estuviere muy limpio y ordenado, pero que en todo resplandeciera la pobreza»¹¹⁷.

Sor Natividad nos habla de su porte y trato fino, como si fuera hija de familia aristocrática, y añade:

«...hasta que no leí, después de muerta, su autobiografía no supe que pertenecía a una familia modesta de pescadores; nadie podía por su trato sospechar que así era, sino más bien hija de grandes señores»¹¹⁸.

Pobreza

Sor Purísima:

«Fue amantísima de la pobreza como verdadera hija de N. S. P. S. Francisco, lo que demostró siempre en la celda, en su hábito y en todas las cosas de su uso. En cierta ocasión regalaron un cuadro de N.S. para la celda y mandaron se pusiera un marco y la sierva de Dios dijo que era más perfecto estar sin marco y así se quedó. Nos recomendaba siempre mucho que fuéramos muy amantes de la santa pobreza»¹¹⁹.

La misma testigo dice también:

«La sierva de Dios tuvo siempre un total desapego y desprecio de todas las cosas de este mundo, como lo manifestaba siempre con sus hechos y palabras inculcando en nuestros corazones el desprecio de todo lo transitorio y al mismo tiempo una grande estima de las cosas celestiales y eternas»¹²⁰.

117. Testimonio de Sor Lourdes, p. 13/16.

118. Testimonio de Sor Natividad, III, p. 91.

119. Testimonio de Sor Purísima, II, p. 41.

120. Testimonio de Sor Purísima, I, p. 12.

Sor Concepción:

«...estaba despegada de todas las cosas de esta vida, por solo el amor de su Dios, a quien amaba con predilección, no poseyendo para su uso más que lo más necesario y lo que le daban por caridad»¹²¹.

Mansedumbre y Paciencia

Su connovicia Sor Concepción nos informa:

«Llena de mansedumbre para con todos, y aunque tuviera alguna contrariedad siempre se mostraba afable y clemente, sin mostrar resentimiento»¹²².

«Nunca decía nada, a todo callaba; y cuando súbdita, dócilmente sujetaba su juicio al ajeno, y respetaba a todos»¹²³.

Sor Consolación:

«Era mansa, dulce, paciente, y cuando tenía que reprender alguna cosa, si era cosa que fuese en menoscabo de la observancia o cosa así, lo hacía con gran entereza»¹²⁴.

Sor Lourdes:

«Vivía completamente abandonada al beneplácito divino. Decía: para poseer el todo hay que dejarlo todo. Así que cuando el Señor la sometió a pruebas físicas y morales y pérdidas materiales y circunstancias bien críticas, todo lo soportó con inalterable paciencia»¹²⁵.

121. Testimonio de Sor Concepción, p. 27-28.

122. Testimonio de Sor Concepción, p. 26.

123. Testimonio de Sor Concepción, p. 27.

124. Testimonio de Sor Consolación, p. 15-16.

125. Testimonio de Sor Lourdes, p. 8.

Silencio y recogimiento

Como alma que tenía puesto su norte en Dios, en amarle y vivir para El, evitaba cuidadosamente la disipación y el derramamiento exterior, aunque no por eso descuidó nunca el cumplimiento de sus deberes. Sabía integrar en el amor a Dios el amor al prójimo, y el cuidado de las cosas temporales en el cuidado por buscar al que está por encima de todas.

Pero si consiguió esta difícil ciencia fue porque siempre buscó en primer lugar al que debe ser amado El solo, el trato con El, etc. Por lo mismo apreció sumamente el silencio, el recogimiento, así como el guardar secreto de todo cuanto se refería a sus relaciones íntimas con Dios, favores recibidos, etc.

Los testimonios al respecto abundan.

Sor Concepción:

«Era muy mortificada en todas las cosas, y muy silenciosa; pero cuando era necesario, siempre hablaba y lo hacía con mucha suavidad y dulzura, y siempre cosas edificantes y santas; así que todas hallaban mucho gusto en estar con ella, y es que como poseía ese espíritu de mortificación, se hacía a todos los caracteres, solo por dar gusto a Dios, que poseía de lleno en su preciosa alma, y por su amor, para imitarle, se hacía para todos para ganarlos para su Dios»¹²⁶.

Sor Consolación:

«Era muy amiga del silencio, pero cuando la caridad o necesidad lo exigía no nos negaba sus palabras aun en horas de silencio»¹²⁷.

126. Testimonio de Sor Concepción, p. 28.

127. Testimonio de Sor Consolación, p. 16.

Sor Lourdes:

«El silencio deseaba que se guardara con todo rigor tocando a silencio, a no ser con las enfermitas y entre día por cada palabra ociosa teníamos que besar otras tantas veces el suelo en el refectorio; y en una de las oficinas que con más facilidad se podía faltar, puso un cuadro escrito por ella diciendo: en esta oficina, donde el Señor mora nadie se enfade ni se ofenda al Señor con palabras ociosas»¹²⁸.

Sor Purísima nos informa que Sor Angeles fue muy parca y moderada en la comida, bebida y sueño, y aun en el hablar

«hablando siempre en voz baja y solo lo necesario, nunca en sitio prohibido por la Santa Regla»¹²⁹.

Sor Natividad nos dice que en los primeros años de su vida religiosa fue «parquísima en sus palabras»¹³⁰. Pero cuando fue Abadesa —dice la misma testigo—, no tuvo más remedio que hablar con las religiosas que acudían a ella en demanda de consejo y dirección, y lo mismo en las recreaciones¹³¹.

«Su conversación muy agradable, prudente y caritativa; nunca ni por broma la oí faltar al prójimo ni en lo más mínimo»¹³².

Como parte del silencio podemos registrar también esa especie de reserva o pudor por el que Sor Angeles ocultaba todo lo referente a sus relaciones con Dios y singularmente las gracias que de El recibía. Excepto a los di-

128. Testimonio de Sor Lourdes, p. 19.

129. Testimonio de Sor Purísima, II, p. 40.

130. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 135.

131. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 135.

132. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 135.

rectores espirituales —y sabemos cuánto le costaba franquearse a ellos—, a nadie más comunicaba el secreto del Señor.

Respecto a este particular nos dice Sor Natividad que

«se daba gran maña para ocultar sus grandes talentos y gracias extraordinarias que de Dios recibía, y en su profundísima humildad creía que todas las criaturas recibían las mismas gracias que ella»¹³³.

Lo de que creía que todas las almas recibían las mismas gracias que ella, nos parece que debe tomarse con alguna reserva. Hay suficientes datos por los que se deduce que M. Angeles —que conocía bastante bien a sus religiosas—, se daba cuenta de la realidad en este punto. En este mismo libro hay testimonios que lo evidencian.

Guardaba el secreto de su amado, nos informa también Sor Concepción¹³⁴.

Penitencias

Finalmente, vamos a referirnos con brevedad a sus prácticas de penitencia, mortificación, ayunos, etc.

De todo el tenor de la vida de Sor Angeles, así como de los informes que nos dan las religiosas que la conocieron, se deduce a las claras que ella practicó de todo esto en grado sumo. En un grado que a nosotros nos puede parecer excesivo, sobre todo en los primeros años de su vida religiosa, antes de que tuviera director espiritual. Como ella misma confiesa, la imperiosa necesidad que sentía de imitar a Cristo era la que le impulsaba a imponer-

133. Testimonio de Sor Natividad, II, p. 34; cf. también III, p. 98.

134. Testimonio de Sor Concepción, p. 4.

se estas privaciones, a sufrir las inclemencias del tiempo, sobre todo el frío, sin admitir alivios, etc. Pero sabía también atenerse a lo que le mandaban.

Sor Concepción nos cuenta la siguiente anécdota:

«Siendo muy joven estando las dos solas en el jardín, me enseñó un cilicio de hoja lata de cuatro dedos de ancho, para ponerse, todo lleno de agujeros como esos arrolladores (sic) que se usan para el pan, ese era su deseo, pero me dijo que no se lo dejaban poner, y que tenía que tirarle, como así lo hizo tirándolo al pozo»¹³⁵.

La misma nos informa también:

«Daba unas disciplinas tremendas de sangre, yo he visto algunas veces el sitio, porque como joven que era no quería que nadie la sintiera ni supiera lo que ella hacía, así que buscaba los sitios más retirados del convento»¹³⁶.

Todas las testigos nos hablan asimismo de su parquead en la comida y bebida y en el sueño. Como ya hemos dicho varias veces, se levantaba a las doce de la noche y consagraba un par de horas a la oración nocturna.

Pero como expresamente advierte Sor Natividad, en materia de penitencias sabía atenerse a la obediencia a Dios y a sus Directores¹³⁷.

Una nota que se advierte en la psicología de Sor Angeles es un cierto desinterés por lo que a la vida vegetativa y animal del cuerpo se refiere, como si todas sus energías y fuerzas anímicas se concentraran en lo que era el único objeto de su amor, siguiéndose de aquí que el alma no atendiera suficientemente a estas otras funciones. Ella misma lo hace notar así repetidas veces en sus escritos.

135. Testimonio de Sor Concepción, p. 25.

136. Testimonio de Sor Concepción, p. 25-26.

137. Testimonio de Sor Natividad, I, p. 134.

Hablando Sor Refugio del amor que la sierva de Dios sentía hacia el divino Niño, escribe las siguientes palabras en que alude a la extrema sensibilidad que tenía Sor Angeles ante el frío:

«Le manifestaba su amor cantando villancicos y tocando con mucha gracia los instrumentos y sobre todo imitándole en el rigor del frío que para nuestra amadísima Madre era muy sensible, y en otras penalidades»¹³⁸.

Aquí está el secreto de todas sus mortificaciones y privaciones: su amor a Jesús y su deseo de imitarle¹³⁹.

138. Testimonio de Sor M.^a Refugio, p. 9.

139. Sobre sus penitencias, mortificaciones, ayunos, aguante del rigor del frío y el móvil que le impulsaba a todo ello, o sea, la necesidad de conformar su vida con la de Jesús, hay muchos datos en la Autobiografía (Cf., por ejemplo, pp. 99, 143, 243, etc.). En una carta al P. Mariano (3-XII-1910, *Itin.*, I, p. 166ss) da cuenta de lo que le sucedió una vez que para protegerse del frío quiso ponerse la basquiña, como hacían otras monjas: la dicha prenda se le convirtió en molestia insoportable y aun le habló diciendo: «Yo no te puedo servir, tienes que imitar a Jesús», etc., de modo que hubo de quitársela.

PARTE V

Epílogo

CAPÍTULO XXIII

ORIENTACION DECIDIDAMENTE OBJETIVA DEL CAMINO ESPIRITUAL DE LA M. A. SORAZU

¿Cabe hablar de misión en el caso de la M. Sorazu?

¿Cabe hablar de misión, o al menos de una doctrina, mensaje o enseñanza particular que se desprende de la vida y escritos de la M. Angeles Sorazu? Es decir, de un mensaje o enseñanza que Dios hubiera querido comunicar por su medio en orden a edificar a la Iglesia. ¿Hallamos en sus escritos vestigios de alguna conciencia que ella tuviera al respecto?

Si ciertos santos son —como ha escrito H. Urs von Balthasar¹— «grandes luminares de consuelo y de fervor que Dios ha colocado en medio de su Iglesia», «una nueva exposición de la revelación, un enriquecimiento de la doctrina, en torno a rasgos poco observados hasta ahora», «un fenómeno teológico que encierra en sí una doctrina viva, fecunda y adaptada a la época, ...doctrina regalada por el Espíritu Santo». Si todo esto es cierto, y es asimismo verdad lo que el mismo autor dice poco más adelante: «Creemos...que pocas cosas pueden fecundar y

1. *Teresa de Lisieux*, p. 21.

rejuvenecer la teología y, por ella, toda la vida cristiana, como una inyección de sangre de la hagiografía»², no estará de más preguntarse si en el caso de la M. Sorazu —regalo de Dios a la Iglesia de nuestros días— no se encuentra o contiene algún mensaje o enseñanza peculiar, o si se trata de una de estas grandes ofertas que hace Dios para vivificar la fe en estos tiempos en que dicha fe se halla tan expuesta a toda clase de asaltos y a ser desvirtuada.

En los escritos de la M. Sorazu hay más de una alusión a alguna razón o motivo de índole eclesial por el que Dios la colmó de gracias excepcionales.

Recuérdese, por ejemplo, el pasaje aquel de la Autobiografía —más de una vez citado—:

«Otro día estando en el mismo patio —frecuentaba mucho porque era tornera— Dios nuestro Señor me reveló la pobreza de virtudes o falta de jugo divino que padecía la inmensa mayoría de las almas que constituyen el vulgo devoto secular y regular, y que quería remediar en parte su necesidad por mi medio»³.

«Falta de jugo divino». Dios quería remediar en parte esta necesidad por su medio.

En la carta que la sierva de Dios dirigió al P. Nazario con ocasión de mandarle sus escritos, la propia autora resume en estos términos la enseñanza que se ha de sacar de dichos escritos: «Inspirar en las almas la afición a los misterios de la vida de Jesús y a la práctica de la vida mariana» «Difundir la doctrina de la vida espiritual, mostrando aquí —en la *Autobiografía*— con el ejemplo lo

2. O. cit., p. 35.

3. *Autobiografía*, p. 114.— En diversas partes de las cartas al P. Mariano se encuentran también alusiones a algún fin que Dios persigue en su caso. Véase p. ej. carta de 17-I-1921; *Itin.*, III, p. 260.— Carta de 26-I-1911; *Itin.*, I, p. 220.

que allí —en *La Vida Espiritual*— en general se dice: que el único camino para la unión con Dios es la imitación y el amor de Cristo, y que en este camino se entra por la verdadera devoción a Nuestra Señora»⁴.

Confiesa a veces que una fuerza secreta la empuja a escribir, pese a la repugnancia que siente por este trabajo, pero lo acepta pensando en el provecho de las almas:

«Lo que me llama la atención es que no obstante parecerme que todo lo que escribo son mentiras, y aborrecer tanto todo lo que no sea puramente Dios, pues aun las visitas de Dios califico de mentiras, por parecerme es una sombra de la Divinidad y no Dios mismo, y no querer ni gustarme vivir en sombras y figuras, sino en la realidad, etc., siento una necesidad o no sé qué de escribir estas mismas mentiras que aborrezco para provecho de otras almas, aunque me persuada que a costa de mi condenación voy a salvar almas»⁵.

Por este pasaje y otros más que se podrían citar, se ve que no está ausente de la M. Angeles la idea o persuasión de que Dios persigue en su caso unos fines relacionados con el bien de la Iglesia; pero esta persuasión coexiste con la repugnancia que le causaba el tener que emplearse en este trabajo y con los escrúpulos y ansiedades de conciencia que le asaltaban por causa del mismo.

* * *

El camino de santidad de la M. A. Sorazu

La trama de las vidas santas, lo que constituye su nervio y alma, se reduce, como ha dicho Philippon⁶ «a ciertos elementos sencillos, pero decisivos, que desempeñan en

4. Cf. *Autob.*, pp. 10, 12.

5. Carta al P. Mariano de 7-II-1912; *Itin.*, II, p. 193.

6. Citado por H. U. Von Balthasar, o. cit., p. 33.

la síntesis concreta de sus almas, el mismo papel que los primeros principios directivos de una ciencia. Cuando se los ha comprendido, se tiene en la mano la clave del todo».

Vamos a intentar dar con esta clave por lo que se refiere a la vida y obra de la M. Sorazu. Ello nos ayudará también a descubrir lo que podríamos llamar su doctrina y aun su misión.

En la vida de Angeles Sorazu nos hallamos como ante una paradoja. Por una parte, esta vida es eminentemente mística. Es decir, se trata de una vida en que la presencia de estados y favores místicos es casi constante. Pero, por otra parte, todo el peso de su doctrina se sitúa justamente en el otro lado, o sea, tiende a recalcar la importancia y excelencia de la vida cristiana ordinaria y común —por decirlo de algún modo—, o sea, el camino normal de la fe.

También en la doctrina de Teresa de Lisieux se observa la misma insistencia sobre este punto⁷.

En los escritos de M. Angeles se advierte incluso una especie de prevención o actitud antimística, fácil de detectar y que sorprende tanto más cuanto que su vida, como hemos dicho, fue eminentemente mística.

Así p. ej. en el apéndice a *La Vida Espiritual* la Madre Angeles trata de la dirección espiritual y problemas relacionados con ella. Dice por supuesto que el director debe aceptar los hechos y no cerrarse en banda a los caminos extraordinarios cuando se encuentra con un alma a quien Dios conduce por ellos. Pero le recomienda que por sistema sea amigo de las vías ordinarias y así lo manifieste⁸.

En el prólogo a *La Vida Espiritual* (1.^a edición) figura un trozo de una carta de la M. Angeles al P. Nazario

7. Cf. H. U. VON BALTHASAR, o. cit., p. 347.

8. Apéndice a *La Vida Espiritual*, cap. 2.^o, pp. 343, 347 (2.^a ed.).

Pérez, que guarda relación con el objeto o fin de esta obra. En dicha carta la M. Angeles habla del camino real o camino por excelencia, del abismo que está a la izquierda del camino, y de los senderos áridos de la derecha, que a ninguna parte conducen. Dice que estos senderos de la derecha se refieren al

«extravío que padecen las almas que descuidando la meditación y participación de los misterios de la vida de Jesús, consagran su vida, o parte de ella, a saborear los libros que tratan de teología mística para estudiarse a sí mismas, conocer los fenómenos que acompañan a sus relaciones sobrenaturales, los estados que pretenden, etc., etc., cuyo número entendí que es mayor que el de las almas generosas, desinteresadas, que pretenden la gloria divina en la propia santificación como procuraron y buscaron Jesús y María durante su estancia en la tierra; después de éstos, los apóstoles y primitivos cristianos. Entendí que dichas almas egoístas desnudas de sólida virtud edifican su edificio místico sobre arena, y para conseguir la unión divina que pretenden tienen necesariamente que volverse al camino»⁹.

Este concepto desfavorable de los que se dedican a leer libros de teología mística no pudo menos de extrañar al P. Nazario, quien le pidió que se explicara más sobre el particular, y así lo hizo ella en otra carta, que está también reproducida en el libro¹⁰.

El P. Camilo Abad S.J., biógrafo del P. Nazario, nos ha dejado constancia de la repercusión que esta doctrina tuvo sobre el propio P. Nazario. Dice así:

«Prescindiendo de otros tratados modernos, como el del P. Maumigny, que cita alguna vez, manejó también las *Cuestiones Místicas* del P. Arintero y los *Principios Fundamentales de la Mística* del P. Seisdedos, aunque nunca

9. Cf. Prólogo a *La Vida Espiritual*, p. 10-11 (1.^a ed.).

10. Cf. *La Vida Espiritual*, p. 39 nota (1.^a ed.).

tuvo afán por esta clase de lecturas, y menos, desde que vio el juicio que de muchas personas de su tiempo entregadas a ellas hacía la M. Angeles Sorazu»¹¹.

La M. Angeles por medio de sus escritos quiere inculcar en las almas el amor a las prácticas

«que los amigos de medios peregrinos para llegar a la unión divina llaman *ordinarias*, prácticas que, aceptadas con espíritu de fe, reportan al alma la santidad más sublime, infinitas y peregrinas riquezas que no sospechan siquiera las almas que buscan la santidad por otros medios»¹².

Los caminos ordinarios: he aquí, pues, lo que a ella interesa; y esto tanto más cuanto que en sus días ve una cierta tendencia a tenerlos en poco o a sustituirlos por otros, reputados por mejores.

Incluso la M. Sorazu ha acuñado una curiosa expresión: «Teología divina o cristiana»; expresión que se ilumina o aclara cuando se la pone en relación con la de «Teología mística» con la que efectivamente guarda relación, pero relación de oposición, en la mente de la Madre Sorazu. La primera es la que a ella le interesa, no la segunda, al menos como alimento normal del cristiano en su camino a Dios¹³.

Por todo cuanto llevamos visto a lo largo de todo el libro sabemos ya cuál es este camino ordinario que la M. Sorazu quiere inculcar, el mismo que ella ha querido seguir siempre y en el que ha querido permanecer, aunque Dios en cierto modo la haya sacado de él. No tenemos más que recordar sus preferencias por el catecismo, por la liturgia, por el rosario, por los misterios de la vida de

11. ABAD (CAMILO M.^a), *El R. P. Nazario Pérez, de la Compañía de Jesús. Una vida totalmente consagrada a Nuestra Señora*; 1954. Ed. Sal Terrae, Santander; p. 443.

12. Prólogo a *La Vida Espiritual*, p. 11 (1.^a ed.).

13. *Autob.*, p. 55.

Cristo que la Iglesia celebra, por la humanidad de Cristo, y, por supuesto, por la Virgen.

En los escritos de la M. Sorazu que el P. Nazario Pérez publicó con el título *Opúsculos Marianos* se encuentran unas «Meditaciones sobre el misterio de la Encarnación». En la primera de estas Meditaciones, al glosar la escena de la Anunciación y el diálogo sostenido entre el arcángel San Gabriel y la Virgen, M. Sorazu hace hincapié en la actitud un tanto reticente y cautelosa de la Virgen, que no se precipita a dar el sí a la propuesta sin antes cerciorarse de ciertos puntos, y escribe:

«Mientras escucha la inesperada embajada, ábrense ante la Virgen horizontes mil, cada uno más divino; mas no se precipita a penetrar en ellos para recoger el privilegio de la divina Maternidad y la diadema de Reina. Ha conocido el secreto de su mérito extraordinario en la estimación de Dios, el inapreciable valor que el Señor se dignó conceder a su inviolable fidelidad a la gracia y a las demás virtudes que ha practicado en su obsequio, y prefiere la virtud a los dones y privilegios. Sin perjuicio de su perfecto equilibrio en el beneplácito eterno de Dios, manifiesta, pues, al Angel su propósito de permanecer virgen en cumplimiento de su voto. ¿Cómo será esto, le dice, porque no conozco varón?»¹⁴.

«Prefiere la virtud a los dones»; he aquí la actitud que M. Angeles cree descubrir en la Virgen. Idéntica expresión se encuentra en su pluma cuando describe la actitud o postura que a su juicio debe tener el director de almas¹⁵.

Es decir: así como la Virgen prefería el cumplimiento de su voto de virginidad (virtud) a la maternidad divina (don), así también las almas y los directores de ellas deben fomentar esta misma actitud u orientación; es decir, estimar y preferir ante todo la práctica de la sólida virtud,

14. *Opúsculos Marianos*, p. 66-67.

15. Cf. Apéndice a *La Vida Espiritual*, cap. 2, p. 343 (2.^a ed.).

guardándose de poner en primer término como finalidad la adquisición de ciertos dones o favores por el alma.

Esta será una constante, firmemente subrayada en la vida y doctrina de la M. Angeles:

«De todos modos, me resigno enteramente en la santísima voluntad de mi Dios, cuyo cumplimiento prefiero a todas las comunicaciones divinas, reposo místico y dones espirituales, a todo, a todo»¹⁶.

En el supradicho libro *Opúsculos Marianos* se hallan también unos llamados «Mensajes», entre los que el segundo trata de la excelencia del Rosario¹⁷. La excelencia del Rosario para la M. Sorazu estriba en

«la comunicación de los misterios que lo constituyen, que es el fin principal para que fue instituido»¹⁸.

En este mismo Mensaje sobre el Rosario la M. Angeles pone en boca de la Virgen estas palabras:

«Durante mi estancia en la tierra fui el Rosario viviente, y lo fueron conmigo los Apóstoles y primitivos cristianos, los cuales compartieron mi enjesusamiento. Por la asidua memoria de la vida de Jesús e imitación de sus virtudes, en los primeros tiempos del Cristianismo contábanse los Santos por los hijos de la Iglesia»¹⁹.

16. Carta de 7-I-1921; *Itin.*, III, p. 237.

17. *Opúsculos Marianos*, p. 184ss.

18. L. cit., p. 184. — Véase también este otro pasaje: «En sus relaciones con Jesús en adelante participará su doble vida, compartirá su fidelidad a la gracia, sus virtudes y sufrimientos, además de los dones, que es lo esencial, lo que constituye la santidad del cristiano y su verdadera grandeza» (*Op. Mar.*, p. 204). El sentido del inciso «además de los dones» parece ser aquí el de «aparte de los dones».

19. *Opúsculos Marianos*, p. 120.

He aquí una nueva manera de decir cuál es para ella el genuino camino cristiano, a saber, la asimilación del camino de Jesucristo, que el Rosario nos propone.

Es decir, la adhesión a Cristo, palabra de Dios, tal como nos es propuesta por la Iglesia en la Liturgia, en el ciclo de las fiestas del año litúrgico, en el Rosario, en el Catecismo, etc.: he aquí el único camino que ella reconoce como el auténtico, el cristiano.

En una de sus cartas al P. Mariano refiere haber escuchado la lectura del Diario de Santa Verónica —seguramente en el refectorio—. Con este motivo dice:

«se acentuó la aversión que tengo a ciertos caminos o grados místicos» «me persuadí que me perjudica escuchar esta clase de lecturas, mejor dicho, todos los libros que hablan de comunicaciones sobrenaturales y grados místicos»²⁰.

La misma constatación se encuentra en muchos otros lugares.

La razón por la que le desagradan y aun hacen mal los libros de Mística es fácil de adivinar, y aun lo dice ella misma a su modo: estos libros con sus relatos de grados místicos, favores de Dios, etc., fácilmente pueden fomentar una actitud egoísta, inducen al alma a poner la atención en sí misma, mientras que la teología que ella ha llamado «cristiana o divina» lleva a colocar la atención allí donde debe estar, o sea, en Dios, en Cristo, la Virgen, etc.

La teología mística al desplazar el acento de lo teológico a lo descriptivo y psicológico se presta efectivamente al inconveniente dicho.

Esta era también una de las causas principales por las que le repugnaba el trabajo autobiográfico, aunque por obediencia se sometiera al mismo:

20. Carta de 6-I-1921; *Itin.*, III, p. 234.

«Jamás me ha gustado ni he podido fijarme en mí si no es para llorar y confesar mis pecados, por estar llamada a vivir no en mí, sino en Dios y solo de su gloria»²¹.

Si las cartas de su Padre-verdad la llenan y satisfacen es porque en ellas encuentra la única teología mística que le gusta²². El P. Mariano, que era profesor de teología dogmática, sabía dar pasto a esta alma a base del mundo objetivo de la Revelación cristiana, y esto era justamente lo que la aprovechaba.

En la imposibilidad de transcribir más textos, citamos a continuación algunos otros lugares que abundan en las mismas ideas: El volver la vista sobre sí le hace mal²³. La perjudican los libros de Mística²⁴. Se siente llamada a vivir en Dios, no en sí²⁵. No quiere fijarse en los favores²⁶.

* * *

Pese a todo, Sor Angeles no puede negar que hay en su vida un «muro» que parte a ésta en dos²⁷. Este muro o frontera lo sitúa hacia mediados de julio (sic) de aquel año 1911. En realidad Angeles Sorazu fue elevada al estado de transformación concretamente el 10 de junio de dicho 1911, sábado, víspera de la fiesta de la Sma. Trinidad.

El muro a que se refiere en el lugar citado alude sin duda a la nueva situación creada en su vida por esta gracia. En las cartas del año siguiente hay también diversas

21. Carta de 19-I-1921; *Itin.*, III, p. 270.

22. Cf. carta de 19-I-1921; *Itin.*, III, p. 270.

23. Cf. *Itin.*, III, p. 213.

24. Cf. *Itin.*, III, p. 234.

25. Cf. *Itin.*, III, p. 190.

26. Cf. *Itin.*, II, p. 217.

27. Cf. carta de 8-12-X-1911; *Itin.*, II, p. 10.

alusiones a la fiesta de la Trinidad del año anterior y al hecho nuevo que desde entonces está presente en su vida²⁸.

O sea, Angeles Sorazu no puede negar que al margen de lo que ella buscaba o quería, Dios se ha volcado sobre ella con favores inesperados e inauditos. Pero aun así seguirá teniendo una cierta repugnancia o aversión a fijarse en estas cosas y a concederles demasiada importancia. Tememe que los dones hagan olvidar al Dador, que es al fin y al cabo el que interesa²⁹.

Y en la formación de las monjas seguirá esta misma pedagogía. Querrá que orienten su vida a lo objetivo y sustantivo, sin desviarse hacia eso que ella llama «los senderos de la derecha»³⁰, que llevan al alma a laberintos sin salida.

* * *

Discusiones en torno al problema místico en vida de la M. Sorazu

Para comprender todo el sentido y alcance de estos textos se hace preciso también evocar la época y el ambiente en que la M. Angeles los escribió.

En efecto, conociendo el entorno, no es posible sustraerse a la persuasión de que estas reiteradas afirmaciones suponen una toma de postura de nuestra autora respecto a algunos puntos de vista y tesis que entonces se debatían con calor.

La propaganda mística del P. Arintero (1860-1928) suscitó entusiasmo, pero también polémicas. Dicho Padre

28. Cf. *Itin.*, II, pp. 219, 222.

29. Cf. *Itin.*, III, p. 264; *Itin.*, II, p. 217, etc. Una de las páginas más explícitas sobre esta actitud, que incluso venía a constituir una rémora, véase en *Itin.*, I, 152.

30. Cf. *La Vida Espiritual*, p. 10 (1.ª ed.).

publicó *Evolución Mística* en 1908, *Cuestiones Místicas* en 1916. El P. Jerónimo Seisdedos S.I., por su parte, editó de 1913 a 1919 sus *Principios Fundamentales de la Mística*, 5 volúmenes. Citamos estos hechos por ser anteriores a la muerte de la M. Sorazu, ya que las polémicas más ruidosas tuvieron lugar los años siguientes: Congreso Teresiano de Madrid, 1923; Semana de Espiritualidad en honor del P. Lapuente, Valladolid, 1924; Congreso Sanjuanista, Madrid 1928³¹.

Como es sabido, el P. Arintero sostenía que no hay dos caminos en la vida espiritual, uno ascético y otro místico, sino que todos están llamados a la vida mística; que la mística está contenida en el desarrollo normal de la vida de la gracia; que no hay más contemplación que la infusa, etc. Por el lado opuesto al P. Arintero se sitúan decididamente los Carmelitas y Jesuitas, mientras que entre los religiosos de las otras Ordenes o entre los miembros del clero diocesano unos se alinean por un lado y otros por otro, o adoptan posturas más eclécticas y matizadas.

La M. Angeles, por su trato con Padres de diversas Ordenes, sacerdotes diocesanos, etc., no estaba ajena o ignorante de aquellas acaloradas discusiones e incluso vislumbraba lo que en ellas podía estar en juego, es decir, la esencia misma de la vida cristiana.

Recordemos los nombres de algunos Padres de diversas Ordenes con los que ella o su Comunidad tuvo relación, y la actitud o postura que algunos de ellos consta que mantuvieron respecto a la llamada cuestión mística.

El P. Andrés Ocerin-Jáuregui, franciscano de la Provincia de Cantabria, fue, como ya se ha dicho, el primer director de la M. Angeles. En esta cuestión seguía deci-

31. Cf. JIMÉNEZ DUQUE (BALDOMERO), *La Espiritualidad en el s. XIX español*; Espirituales Españoles, Madrid 1974; p. 184.

didamente la línea arinteriana, como se echa de ver en el libro u opúsculo que editó sobre la M. Esperanza (la clarisa de Lerma, antigua amiga de la M. Angeles)³².

Los PP. Leonardo Cardenoso y Mariano Martínez, franciscanos, de la Provincia de S. Gregorio de Filipinas, que residían en la capellanía de las Clarisas de Medina del Campo, mantuvieron también cierta relación con la M. Sorazu y seguían asimismo las tesis arinterianas³³.

Otro franciscano ilustre que se relacionó con la comunidad de la M. Sorazu fue el P. Manuel Torres, muerto en 1923. Por lo menos sabemos que este Padre asistió en la hora de la muerte a una religiosa, Sor Purificación Billullas, fallecida el 13-VII-1916³⁴.

El quinto director de M. Angeles fue, como se sabe, un dominico, el P. Alfonso. Y tal vez por intermedio de éste vino a tener la Comunidad de M. Sorazu relación con el propio P. Arintero.

El P. Arintero incluso predicó Ejercicios a la Comunidad en 1920³⁵. En carta escrita al P. Mariano durante estos Ejercicios la M. Sorazu se expresa así:

«No me he confesado con él ni pienso hacerlo. La plática que predicó el primer día, o sea las palabras de San Juan: Considerad qué amor tan entrañable nos ha manifestado el Padre que ha querido que nos llamemos hijos de Dios y que lo seamos, etc. ha sido lo único que me ha aprovechado. Todo lo

32. *Manual Espiritual. Vida o Autobiografía de la sierva de Dios Madre María Esperanza de S. Rafael*; Bilibao 1941.

33. En la *Autobiografía*, p. 55 nota 2, se hallarán algunas referencias del P. Mariano Martínez sobre la M. Sorazu y su opinión sobre la lectura de libros místicos. A raíz de la muerte de M. Angeles este Padre escribió sobre ella en varias revistas. En el archivo del convento de la M. Sorazu hay también una carta de este Padre, del año de 1924, en que narra lo que la M. Sorazu le dijo una vez en el locutorio: La contemplación no la consigue el alma por más que haga, si Dios no se la concede, etc.

34. Cf. testimonio de Sor Natividad, II, p. 84.

35. Cf. carta de 20-V-1920; *Itin.*, III, p. 21.

demás me molesta, aunque habla muy bien. Siempre que oigo hablar de mística me ocurre lo mismo»³⁶.

También con el Capuchino P. Juan de Guernica tuvo relaciones la Comunidad de M. Angeles³⁷. Este Padre fue el fundador de la archicofradía de los Jueves Eucarísticos. Publicó *La Perla de la Habana - Sor María Ana de Jesús Castro, religiosa Capuchina*, Zaragoza 1914, 2 tomos; e *Introducción a la Mística Franciscana* (Buenos Aires 1925). En esta obra, aparecida después de la muerte de M. Angeles, el P. Guernica se muestra reticente y cauto a la hora de dilucidar si la escuela franciscano-bonaventuriana concuerda o no con las tesis del P. Arinterro. Su postura más bien parece negativa³⁸.

Finalmente, en las cartas de M. Sorazu al P. Mariano se encuentra un pasaje en que se nombra explícitamente al P. Jerónimo Seisdedos³⁹. M. Angeles cuenta en esta carta cómo el P. García, jesuita, vino a visitarla de parte del P. Nazario Pérez, y le indicó que sus escritos —que M. Angeles había entregado, como se sabe, al P. Nazario— estaban siendo examinados, entre otros, por dicho P. Seisdedos. Por su importancia, aunque es un tanto largo, transcribimos íntegramente el texto:

«Me citó los Padres que los han examinado; pero no recuerdo los nombres, fuera del P. Seisdedos; y al oír citar a éste vi cumplido lo que me había significado Nuestro Señor Jesucristo hace mucho tiempo, quizá más de un año. Fue que oyendo hablar de dicho Padre en sentido desfavorable en una ocasión, o sea reprochar sus opiniones sobre la teología mística o la universalidad de la vocación a los estados pasivos o grados sobrenaturales (no recuerdo bien lo que fue), en una

36. Id. *ibid.*, p. 21-22.

37. Véase carta al P. Mariano de 25-IX-1929; *Itin.*, III, p. 163.

38. Cf. *ob. cit.*, p. 61.

39. Carta de 25-VI-1920; *Itin.*, III, p. 31-32.

luz donde me manifiesta Nuestro Señor las cosas que quiere, y más y mejor en el mismo Jesucristo, que se hacía presente a mi alma, vi que la espiritualidad que predica y defiende el sujeto de referencia es extremada, y que dista más de la verdadera que la del P. Seisdedos; que la verdadera espiritualidad y la mística más elevada consiste en la vida de fe, en asimilarse las realidades divinas que encierra el Santo Evangelio, la vida de Nuestro Señor Jesucristo, sus palabras divinas, etc., que la Santa Madre Iglesia propone a la consideración de los fieles en la Santa Liturgia en las diversas festividades del año, asimilarse dichos misterios por la fe amorosa y la práctica de las virtudes que encierran; que ésta es la mística que enseñó el Espíritu Santo al Colegio apostólico y participaron los primeros cristianos, cuya vida fue Jesucristo, y por esto contábanse los Santos por los fieles hijos de la Iglesia; que en esta asimilación de los misterios de Jesús, de sus enseñanzas y virtudes, consistió la espiritualidad de Nuestro Padre San Francisco y, en general, de todos los Fundadores de las Ordenes Religiosas y de todos los Santos, cuya suprema aspiración fue reproducir la vida de Cristo con las inefables relaciones establecidas en su doble naturaleza. En una palabra, me enseñó en qué consiste la verdadera espiritualidad, y vi iniciados en ésta a todos los Santos, mejor que supieron describirla los biógrafos que escribieron su historia. Posteriormente he conocido muchos secretos en este sentido y he visto a los Santos de todos los tiempos precedidos de su Reina y guiados todos e informados en la caridad del Divino Espíritu elevarse hacia la Unión Hipostática para compartir el admirable comercio de las dos naturalezas, y con Jesucristo y por Jesucristo perderse en el seno de la Trinidad.

Pero vamos al fin de estas manifestaciones. Nuestro Señor me dijo que estaba interesada su gloria en que prevalezca la opinión y doctrina que enseña a buscar la renovación y divinización de la criatura, la unión divina y demás gracias místicas en la vida litúrgica, o sea en los misterios que la Santa Liturgia nos recuerda constantemente; en la práctica de las virtudes que encierran, en vivir de la fe y practicar con fe y caridad lo que parece ordinario, una espiritualidad tan sencilla

como elevada, que se parezca a la de la Virgen y a la que exteriorizó el Hijo Unigénito de Dios, cuya vida, comparada con la del Santo Precursor, parecía vulgar, y por tal la conceptuaron los depositarios de la autoridad y ciencia divinas y hasta el mismo demonio, mientras que el vulgo o las muchedumbres sencillas percibieron lo que había en El de portentoso y regenerador. No sé si me explico. Jesús me pidió mi cooperación; e infundió en mi corazón un celo tan ardiente por defender su gloria en este sentido que no lo puedo sufrir, y sólo mi vocación me contiene para que no vaya por esos mundos a predicar a las naciones, al mundo entero para iniciarlo en los secretos de la verdadera ciencia. Uno de los medios que me indicó Nuestro Señor para cooperar a sus designios fue el mismo que la Santísima Virgen me había insinuado muchas veces: que entregase mis escritos al P. Nazario Pérez, y que por su medio los conocería el P. Seisdedos y modificaría y completaría sus teorías. A ninguno de los dos Padres conocía ni sabía sus destinos; para mandar los escritos al P. Nazario tuve necesidad de preguntar dónde estaba, y aunque dicho Padre me ha indicado varias veces que otro Padre había revisado con él los escritos, no tuve interés en preguntar quién fuese ni jamás le hice mención del P. Seisdedos y de lo que a él se refiere, y resulta que dicho Padre es el que le ha ayudado en el examen»⁴⁰.

Este texto es por demás claro. Si bien se observa, no zanja la cuestión teórica, dando por absolutamente verdadera una sentencia y por totalmente falsa la otra, pero sí se califica a una de ellas por más cercana a la verdad; a la otra, en cambio, se la califica de extremada. Incluso se nos descubre una de las razones por las que la M. Angeles se empeñó tanto en que el jesuita P. Nazario, y no otro, fuera el depositario de sus escritos. Tal como ella se expresa, la gloria de Dios está comprometida en que prevalezca la verdadera noción o concepto acerca de la auténti-

40. Carta de 25-VI-1920; *Itin.*, III, p. 31-32.

ca vida cristiana, y nos da de dicha vida una visión o descripción elemental, si se quiere, pero certera.

Tenemos, pues, aquí una toma de postura o actitud consciente, tanto más notable cuanto que muchos de los que la rodeaban la hubieran inducido más bien hacia la postura contraria.

De todas formas, la vida de la M. Angeles Sorazu nunca estuvo problematizada por estas cuestiones. Simple hija de la Iglesia, vive de su doctrina comunicada por los canales consabidos. Nunca pretendió dones ni favores, de los que en todo caso se consideraba indigna. Dichos dones irrumpieron en su vida al margen de todo cuanto ella podía esperar. Durante muchos años su postura psicológica fue más bien de resistencia y aun de incredulidad y hasta de falta de estima de los mismos. Claro está que esta actitud también era perjudicial. La gran razón por la que Dios quiso que tuviera director fue para que éste la enseñara a acoger los dones de Dios como es debido y a responder a ellos ⁴¹.

De todos modos, Dios la llevó a ella por esos caminos que ella suele denominar extraordinarios o de predilección ⁴².

Pero el norte y orientación de su vida no ha cambiado por esta elección que libérrimamente hizo Dios de ella. La orientación de su alma, lo mismo que la de todo fiel cristiano que camina por las vías comunes, será amar a la Virgen, a Cristo, a Dios, ser hija fiel de la Iglesia. Estos

41. Carta de 12-VIII-1910; *Itin.*, I, p. 61.

42. En la terminología de la M. Sorazu aparecen reiteradamente estas expresiones, como también la de almas privilegiadas. Sin duda que no tienen riguroso valor técnico. Cf. VILLASANTE, *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu*, vol. I Índice de materias s.v. Predilección; vol. II Apéndice Documental, s.v. Predilección, Privilegiadas (almas). En diversos lugares de sus obras la M. Sorazu hace depender de las gracias recibidas por el alma en el momento del bautismo el que pertenezca a esta especie o categoría.

done, que sin duda Dios puede hacer al alma, no constituyen el objetivo al que tiende la actividad espiritual de ésta.

En la formación que ella daba a las religiosas jóvenes y a la Comunidad en general —por medio de sus pláticas, etc.—, M. Angeles seguirá siempre este camino objetivo de la presentación del misterio cristiano, camino real como ella lo llama, divinísimo y que es el que hace todas sus delicias. En suma, el mismo camino que la Iglesia nos propone en la Liturgia. Ella sabe que éste y no otro es el camino para la unión divina tal y como el Señor la quiera conceder.

Naturalmente, todo esto no obsta para que la Mística deba ser objeto de estudio sobre todo por parte de los Sacerdotes. El deber que éstos tienen de dirigir a las almas exige o lleva consigo que tengan conocimiento de estas cosas, supuesto que se trata de caminos que Dios sigue efectivamente con algunos. En las cartas al P. Mariano hay un pasaje en el que da cuenta a éste de un consejo que dio al P. Andrés Ocerín-Jáuregui en el sentido de que los franciscanos se dediquen más a este estudio. Dice así:

«El consejo que le di de que procurase que sus religiosos se dedicasen al estudio de la teología mística, lo hice por advertir que están poco instruidos en esta materia»⁴³.

* * *

Para terminar, como misión querida por Dios se debe apuntar sin duda la de referir y contar a los hombres de nuestros días —que hablan de silencio y muerte de Dios— la historia de su encuentro y de sus relaciones con ese

43. Carta de 19-XII-1912; *Itin.*, II, p. 296.— M. Angeles escribió al P. Ocerín con ocasión de haber sido nombrado éste Vicario General de la Orden Franciscana en España.

Dios, que no está muerto sino vivo y que es capaz de vivificar y de realizar maravillas. Sin duda que esta hermana nuestra, al relatar la historia de sus relaciones con Dios, nos aporta un testimonio de los más conmovedores y persuasivos y de los más valiosos para avivar nuestra fe y nuestra vida cristiana.

Cierto que la interpretación de las experiencias de los místicos tiene sus problemas y dificultades. La propia Madre Sorazu es bien consciente de ello. Ella misma nos ha dicho —en un texto poco ha citado— que las comunicaciones de Dios son sombra de Dios y no Dios mismo. De todas formas, también las sombras dan fe de la presencia de la realidad.

En cuanto al mensaje o doctrina de la M. Angeles, está claro que es el mismo que propone la Iglesia. De él ha vivido ella, de él se ha alimentado, es el único que ella conoce y acepta como válido. Dentro de este mensaje o camino ha subrayado la importancia o papel de la Virgen María. También ha subrayado la importancia de la dirección y por tanto de la vinculación a la Iglesia visible y ministerial. En suma, Sor Angeles es una hija genuina de la Iglesia. No conoce otro evangelio ni camino fuera del que ella predica y anuncia.

INDICE DE MATERIAS

(Se cita la página)

- Abadesa*. Labor de M. Angeles como —, 82
Abadesa perpetua. Elección de la Santísima Virgen como —, 80
Absolución. A veces los confesores la despachaban sin darle la —, 229
Abstractismo. Mal que acecha a nuestro Cristianismo, 115
Actitud ante lo místico en M. Sorazu, 296
Adhesión a Jesús y María, 137
Afecto de complacencia, rasgo de la vida espiritual de M. Sorazu, 126, 318
Afectos. Pureza de —, 67
Alabanzas a Dios y a la Virgen, compuestas por S. Francisco, 249
Amor puro a Dios, fruto de la purgación pasiva, 125
Arcas vacías: almas que tienen trato con directores y no con Dios, 202, 247
Arzobispo. Al morir pidió que viniera el — a bendecirla, 206
Atributos de Dios, 317
Ayunos y privaciones que se imponía, 70
Bailes. Afición a los —, 30
Bautismo. Gracias especiales recibidas en el —, 192
Calabazanos. Convento de clarisas de —, 106, 358
Camino real y senderos de la derecha, 379, 392
Cáncer, enfermedad de que murió, 359
Canto. Se sirvió de él como auxiliar de su vida espiritual, 294
Cantora. Sor Angeles desempeñó este oficio durante 13 años, 74
Carácter de Florencia, 43

- Cargos* u oficios de Sor Angeles antes de ser Abadesa, 80
- Caridad*. Corrección de las faltas contra la — por M. Angeles, 82
- Caridad fraterna*. Cómo sentía las faltas contra la —, 324
- Cariño*. Necesidad de que el director la tratase con —, 96
- Carisma*. En qué consiste el — de M. Angeles, 196, 200
- Cartas familiares* de M. Sorazu, 54
- Cartas*. No escribía — sin permiso, 344
- Catecismo*. Predilección por el —, 25, 26, 41, 174, 290
- Celoso*. Dios es —, frase que M. Sorazu repetía, 264, 316
- Cese* de la dirección del P. Mariano, 98
- Comunidad*. Estado de la — al tiempo de ser nombrada Abadesa la M. Sorazu, 76
- Comunión*. Primera —, 27
- Comunión espiritual*, 152
- Concepcionista*. Sobre el verdadero espíritu de la Orden —, 185
- Confesión*. Sacramento de la —, 27
- Confirmación*. Sacramento de la —, 24
- Conocimiento* propio. En lugar de abatirla, le produce gozo, 231
- Consagración* a la Virgen con ocasión de su profesión religiosa, 67
- Contemplación*. En la época de la vida seglar, 34
- Contemplación* de la verdad cristiana, vocación genuina de M. Sorazu, 197
- Conversión* de Sorazu, 31. Segunda —, 68, 248
- Crédulos*. Directores —, más temibles que los demonios, 303, 335
- Crisis* de Florencia a la edad de 15 años, 27
- Crisis directiva* con el 2.º director, 90
- Cuestión* mística, 386
- Culpas*. Horror a toda clase de —, 228
- Culto divino*, ocupación de la religiosa, 168
- Desesperación*. Tentación de —, 300, 308
- Desierto*. Retirarse al —, 34-35, 197
- Desprecios* de Dios, sufridos por M. Sorazu, 314

- Dibujo*. M. Angeles se sirvió del — para expresar sus vivencias místicas, 294
- Dibujos de la sierva de Dios*, 317
- Dirección espiritual*. Dios quería que se confiara a la —, 70.
Dios la amenaza con abandonarla si no se confía a la —, 75. Razón por la que necesitaba de —, 195, 235
- Directores de M. Sorazu*, 217
- Directores crédulos y aficionados a exterioridades*, 93
- Directores espirituales*. Procederes vituperables de algunos —, 208
- Discípulos*. Dos clases de — de Cristo, 261
- Distracciones en la oración*, 251
- Ejercicio de buena cristiana y buena religiosa*, 248, 277, 291
- Encarnación*. Con gran gozo celebraba su fiesta el 25 de Marzo, 144
- Enfermas*. Don de consolar a las —, 306
- Enseñanza que se saca de los escritos de M. Sorazu*, 376
- Ermitaña*. Parecía haber nacido para —, 42. Hace más vida de — que de monja, 252, 269
- Escribir*. Cómo comenzó a —, 88
- Escrúpulos y ansiedades de conciencia*, 203
- Escuela*. Asistencia a la —, 25-27
- Espiritualidad*. En qué consiste la verdadera —, 389
- Estima de la vocación religiosa*, 66, 259
- Evangelios*. Descubrimiento bibliográfico de los —, 70
- Exterioridades o fenómenos accesorios*, 250
- Falta*. La primera — de que tenía conciencia, 24, 322
- Faltas*. Se dan aun en las almas santas, 163
- Faltas*. Hasta que se confesara de ellas no podía entrar en la oración, 253
- Fin que persiguen los escritos de M. Sorazu*, 123
- Firmamento*. Le gustaba contemplar el —, 320
- Fisonomía o facciones de M. Sorazu*, 29
- Fondo del alma en paz con superficie alborotada*, 186
- Formación de las religiosas*. Labor desplegada por M. Sorazu en la —, 277

- Formación sólida que quería en las religiosas*, 221
- Francisco (San)*. Biografía de — en vasco, que probablemente leyó Florencia, 32, 46, 214. Devoción a —, 215. Intervención de — en la 2.^a conversión, 68
- Gallo*. Misa de —, 154
- Girasol*, imagen de su alma, 139
- Gloria de Dios y propia santificación*, 161
- Hábito*. Significado de la ceremonia de la toma de —, 264
- Horizontalismo y Verticalismo en la vida cristiana*, 312
- Humanidad de Cristo y la Virgen en los grados místicos superiores*, 120
- Idioma familiar de Florencia*, 55
- Iglesia y Papa*. Amor a la —, 204. Tentaciones contra la institución divina de la —, 207
- Impecabilidad*. Idea errónea que tuvo en este punto, 300
- Intermediario visible o Ministro de Dios*. Necesidad de un —, 238
- Jerarquía eclesiástica*. Fe, confianza y veneración hacia los representantes de la —, 202. Contradicciones que tuvo que sufrir de la —, 207
- Jesús*, el que manda en la tierra de Dios, 140
- José (San)*, protector en el ejercicio de la oración, 248
- Jueves Eucarísticos*. Trabajó por la implantación de los —, 325. En Tolosa se implantaron por iniciativa de M. Sorazu, 39, 63, 153
- Ley*. Fidelidad a la —, 173
- Libertad cristiana*, 176
- Libros que utilizó en la época seglar*, 46
- Liturgia*. Identificación con la —, 132, 389
- Logroño*. Relaciones con el convento de —, 100, 210
- Llagas de S. Francisco*. Significado que les atribuye, 222
- Maitines de Sábado Santo*, compuestos por M. Sorazu, 143
- Mariana (Devoción)*. Fue la primera piedra de su templo espiritual, 122

- Mariano*. El germen — en la vida de M. Sorazu, 118
- Mariano de Vega*, Padre-verdad de M. Sorazu, 94, 107, 217
- Meditación* y contemplación, 246
- Mirra*. El monte de la —, 142
- Misericordia* divina. Sentía deseos de predicar sobre la —, 306
- Misterios* de la vida de Cristo, 69
- Mística*. Actitud de prevención ante la —, 199. Necesidad de que los sacerdotes estudien la —, 392
- Mística Ciudad* de Dios, obra de la Vble. M. Agreda, 123
- Mortificaciones*. Razón de las — que se imponía, 139
- Muerte* de la M. Sorazu, 109
- Música y canto*. Afición a la — en la familia de Sorazu, 56.
Lecciones de — que le sirvieron por dote, 36
- Noviciado* de M. Sorazu, 66
- Obrera* de la fábrica de boinas, 27, 31
- Oficio Divino*. Empeño que ponía por un rezo digno del —, 254
- Oficios* que desempeñó en el convento en los primeros años, 68
- Oración*. Preparación para la —, 251. No podía entrar en la — cuando se sentía culpable de una falta, 227
- Oración litúrgica* y oración mental en la vida de M. Sorazu, 244
- Orden*. (Padres de la —). Preguntaba dónde había un convento de —, 71, 217
- Ordinarios* (Caminos —), los que M. Sorazu ama y recomienda, 380
- «*Otra yo*», elogio que M. Sorazu hace de una religiosa, 280
- Padre* de una religiosa, que no era partidario de que su hija fuera monja. Cómo le cambió M. Sorazu, 263
- Paradoja* entre la vida de M. Sorazu, que es mística, y el peso de su doctrina, que se sitúa al otro lado, 378
- Parapsicología*, 73
- Pastor* (Buen —). Relaciones con Jesús bajo este dictado, 234
- Pecadora*. Conciencia de —, 42, 225
- «*Pedigüeño*». El — de las Capuchinas de Caspe, 37-38
- Penitencia* (Sacramento de la —). Efectos divinos al recibirlo, 227, 232

- Pérez (Nazario, S.J.), depositario de los escritos de M. Sorazu, 104
- Piedad* objetiva y subjetiva, 295
- Pláticas* de M. Sorazu, 278, 294, 319, 328
- Pobres*. Atención a los —, 324. Sus familiares fueron muy —, 25
- Porte* y modales finos, 366, 41
- Predicador*, Reconvencción que hizo a un —, 351
- Prendas* u objetos que más amaba, 345
- Presencia* de Dios en la naturaleza, sentida por M. Sorazu, 72, 297, 315
- Propósitos* en la 2.^a conversión, 68
- Purgatorio* de la vida espiritual, 68
- Razón* por la que Dios favoreció tanto a M. Sorazu, 242
- Relaciones* inmediatas y mediatas con Dios, 202, 247
- Religiosas* que recibió M. Angeles durante el tiempo que fue Abadesa, 81
- Sacerdote*. La religiosa de clausura, ayuda del —, 265
- Sacramentado*. Angeles de Jesús —, apelativo que a veces usa al firmar, 155
- Sacramento* (Vida de —) o de adoración a Jesús Sacramentado, 150
- Salud*. Se resentía por efecto de su vida mística, 317
- Secreto*. Guardaba — respecto a las gracias de Dios, 369
- Siglo* XIX. Fiesta de fin de —, 73
- Silencio*. Era muy celosa del —, como ayuda de la oración, 253, 256, 368
- Silencios* que por discreción y caridad se notan en la Autobiografía, 342
- Sueño* (Primer —). Cuando despertaba del — se levantaba a orar, 61
- Sufrimientos* que le ocasionaba el tener que escribir, 97
- Teología* divina o cristiana, en contraposición a teología mística, 380
- Tercera* Orden Franciscana, a la que perteneció Florencia, 214
- Tratados* de oración. No era aficionada a leer —, 243
- Tribulación* con ocasión de la muerte de su hermana, 37

- Valeriana*, religiosa del convento de Jesús-María, amiga de Sorazu, 71
- Vascas*. Religiosas — en la comunidad de M. Sorazu, 279
- Velo* que usaba M. Sorazu en el locutorio, 110, 270
- Velo blanco*. Hermanas de —, 347
- Verdad*. Pasión por la —, característica de M. Sorazu, 195, 335
- Vida común* y vocaciones especiales, 193
- Vida divina* de Jesús, libro que M. Angeles quiso escribir, 90, 137
- Virgen María*. No separa a Dios de la — ni a ésta de Dios, 117
- Vocación religiosa*. Cómo se decidió la — de Florencia, 34
- Vocación religiosa y vocación cristiana*. Relación entre —, 260
- Vocaciones*. Pedía a Dios les enviara —, 276, 324
- Voluntad* de Dios (La —), el argumento decisivo para M. Sorazu, 183.

INDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
<i>Presentación</i>	5
<i>Introducción</i>	11
<i>Bibliografía</i>	19

PARTE I

NOTAS SOBRE SU BIOGRAFIA

Capítulo I. <i>Florencia en su vida seglar (1873-1891)</i> En Zumaya. — En San Sebastián. — En Tolosa. — La crisis de los 15 años. — ¿Se conserva alguna foto de Florencia?. — La conversión. — La vocación re- ligiosa. — Viaje a Caspe. — Fallecimiento de la her- mana. — Se decide por Valladolid	23
Cap. II. <i>Algunas compañeras de Florencia durante la época de su vida seglar</i> Angela Vidador. — Encarnación Vidal. — María Ote- gui. — Pilar Otegui. — Andrea Frago. — Rafaela Alonso. — M. ^a Asunción Iriondo. — Sor Victoria de San José Gabirondo y otras. — Juana Urnau	45
Cap. III. <i>Fr. Pedro, el hermano franciscano de Sor Angeles (1871-1948)</i> Hermanos de Florencia. — El idioma familiar de Florencia. — Fr. Pedro, el hermano franciscano. — Relaciones de Fr. Pedro con su hermana	53

- Cap. IV. *Ingreso de Florencia en el claustro y primeros años de vida religiosa (hasta que fue nombrada Abadesa) (1891-1904)*
 La revelación de la vida mariana. — La segunda conversión. — En el convento de Jesús-María. — Retorno al propio convento. — El ultimátum del cielo ... 65
- Cap. V. *Segunda parte de la vida religiosa de M. Sorazu (Desde que fue nombrada Abadesa hasta su muerte) (1904-1921)*
 Labor desplegada por M. Angeles como Abadesa. — Cambio de dirección espiritual. — La M. Angeles comienza a escribir. — Crisis directiva. — Mariano de Vega, el «Padre-verdad». — Composición de la Autobiografía. — Cese del P. Mariano en la dirección. — Lazos con el monasterio «Madre de Dios» de Logroño. — El P. Narciso, 4.º director de la M. Angeles. — El P. Alfonso, 5.º director de la M. Angeles. — M. Angeles envía sus escritos al Padre Nazario Pérez, S.J. — Un incidente doméstico. — Otra vez el «Padre-verdad». — Última enfermedad y muerte 79

PARTE II

LOS AMORES FUNDAMENTALES

- Cap. VI. *Lugar que ocupa la Virgen María en el camino espiritual de la M. Sorazu*
 Características de la piedad mariana de la M. Sorazu. — Breve historia del germen mariano y de su desarrollo en la vida de M. Angeles. — La «Mística Ciudad» de la Vble. M. Agreda. — La Virgen le enseñó la ciencia del puro amor. — El afecto de complacencia. — Feliz conjunción de los tres amores: a Dios, a Cristo y a la Virgen 115

Cap. VII. <i>La inviolable adhesión a Jesucristo</i>	
Plática del día de Todos los Santos.— Sobre Cristo, obra «ad extra». — Los nombres de Cristo. — El libro que quiso escribir. — Orientación cristocéntrica de la vida espiritual de la M. Sorazu. — El ejercicio que llamaba su «recreación». — Sin Jesús, perdida en la tierra de Dios. — La participación de la Pasión. — Testimonios de las religiosas. — Epílogo	131
Cap. VIII. <i>«A veranear al Sagrario»</i>	
La devoción a Jesús Sacramentado. — La misa de renovación de las especies	147
Cap. IX. <i>La aspiración a la santidad</i>	
El deseo de la santidad, cuestionado. — El deseo de la santidad en M. Sorazu. — Sta. Teresa de Lisieux y Sorazu. — Empeño por la santificación de las religiosas. — La santidad, hoy	157
Cap. X. <i>La Voluntad de Dios</i>	
Voluntad de signo y voluntad de beneplácito. — La sólida fundamentación cristiana. — Actitud de Sor Angeles ante los favores de Dios. — La aceptación de la cruz. — La voluntad de Dios, el argumento decisivo	171

PARTE III

ALGUNOS ASPECTOS PARTICULARES

Cap. XI. <i>El carisma de M. Angeles Sorazu</i>	
Diversas clases de almas. — Vocación singular a la santidad. — La contemplación de la verdad revelada. — Falta de interés por la mística descriptiva. — Las desviaciones de hoy	191

Cap. XII. <i>Hija de la Iglesia</i> Relaciones con la Jerarquía.— La «corteza humana» en la Iglesia	201
Cap. XIII. <i>Filiación franciscana de la M. Angeles Sorazu</i> La nota franciscana en la M. Sorazu.— Actitud respecto a otras Ordenes, etc.	213
Cap. XIV. <i>El sacramento de la Penitencia y el espíritu de compunción</i> Conciencia de pecado.— Recepción frecuente del sacramento de la penitencia.— La dirección espiritual	223
Cap. XV. <i>La Oración en la vida de la M. Angeles Sorazu</i> Crisis de la oración.— ¿Alienación? — Objeciones contra la oración.— La oración, una realidad que llena toda la vida de la M. Angeles.— Oración litúrgica y oración personal.— ¿Oración meditativa? — La oración en las diversas fases de la vida de la M. Angeles.— Facetas o aspectos de su trato con Dios.— Testimonio de las religiosas.— Vocación o destino de Sor Angeles	239
Cap. XVI. <i>La vocación a la vida religiosa contemplativa</i> Aprecio y estima de la vocación religiosa.— Formación de las religiosas.— El fin y las ocupaciones de la religiosa.— La preocupación por la salvación del prójimo.— La clausura y el apartamiento del mundo.	259
Cap. XVII. <i>Formadora de almas</i> Sor Visitación.— Sor Encarnación Fernández.— Sor María Alonso Suárez.— Sor María Aurora.— Sor Angeles García Bustamante.— Sor Purificación Billullas.— Sor María Inmaculada de Jesús Sacramentado.— Sor María Esperanza.— Sor Socorro Pérez	275

PARTE IV
LAS VIRTUDES

- Cap. XVIII. *La virtud teologal de la fe*
 Aprecio del Catecismo. — La Regla y Constituciones de su Orden. — La «Mística Ciudad de Dios», de la Vble. M. Agreda. — El libro de los Evangelios. — La Liturgia. — La vida mística y la fe 287
- Cap. XIX. *La virtud de la Esperanza*
 La tentación típica de M. Angeles. — Pasión por la verdad. — Su don de infundir confianza a los atribulados 299
- Cap. XX. *Caridad divina: amor teologal a Dios*
 El amor desinteresado a Dios. — La participación de los atributos divinos. — El afecto de complacencia 311
- Cap. XXI. *Caridad fraterna*
 Cómo desplegó la caridad en su entorno. — Don de consolar a las atribuladas. — Generosa en repartir sus dones. — Su conducta ante las persecuciones ... 321
- Cap. XXII. *Virtudes cardinales y morales*
- I Prudencia. La preocupación por la verdad. — Ponderada y reflexiva. — Tacto. — Pedir consejo. — Aconsejar.
- II Justicia. Cuando era súbdita. — Fidelidad a las leyes. — Su comportamiento como Superiora.
- III Fortaleza. Rasgos generales. — Principales pruebas sufridas por la M. Angeles y su ordenación en cuatro capítulos.
- IV Templanza. Pureza. — Humildad. — Modestia y porte. — Pobreza. — Mansedumbre y paciencia. — Silencio y recogimiento. — Penitencias ... 333

PARTE V
EPILOGO

Cap. XXIII. <i>Orientación decididamente objetiva del camino espiritual de la M. A. Sorazu</i>	
¿Cabe hablar de misión en el caso de la M. Sorazu? — El camino de santidad de la M. A. Sorazu. — Discusiones en torno al problema místico en vida de la M. Sorazu	375
<i>Indice de Materias</i>	395